

891.73
K96
LT18

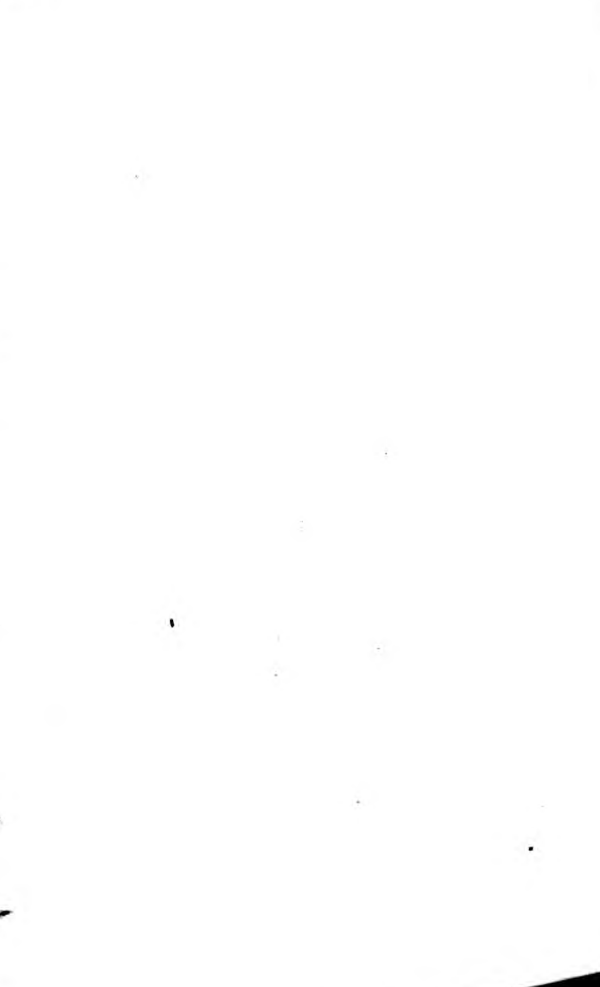


LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF ILLINOIS

891.73

K96

LT18





COLECCION UNIVERSAL

A. Kuprin

EL BRAZALETE DE RUBÍES

MCMXX

ES PROPIEDAD
Copyright by Calpe, 1920.

Papel fabricado especialmente por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

COLECCIÓN UNIVERSAL

ALEJANDRO KUPRIN

El brazalete de rubíes

NOVELAS

La traducción del ruso ha
sido hecha por N. Tasin



MADRID-BARCELONA
MCMXX

891.73

K96

LT18

ALEJANDRO KUPRIN

Es un autor muy leído en Rusia. Cuando empezó, hace unos veinte años, a publicar novelas, el "gran viejo de la tierra rusa", el conde León Tolstoi, le dió, en términos muy encomiásticos, la bienvenida a la república de las letras. "Escribe muy bien ese oficial", solía decir Tolstoi, de Kuprin.

Kuprin es un oficial de carrera. Nacido en 1870, de una familia pobre—como casi todos los escritores rusos de la última generación—, hizo sus estudios en una escuela militar, y en 1890 recibió el grado de oficial. Pero esta carrera no le gustaba. Sentía más bien inclinación a la literatura. Todos sus ocios los empleaba en escribir novelas. Durante varios años, sus manuscritos fueron rechazados por los editores de publicaciones periódicas. Kuprin no se desesperaba y seguía trabajando. Al fin consiguió que se publicara su novela El dios implacable, traducida en la Colección Universal—números 61 y 62—. Fué un éxito. El debutante obtuvo una buena acogida.

Animado por el primer triunfo, Kuprin se entregó por entero a la literatura. En seguida—en

1897—abandonó el servicio militar y se lanzó a la conquista de un puesto de honor en las cúspides del Olimpo literario. Lo ha conseguido. Su novela *El duelo*, así como la serie de ellas que ha publicado, le han hecho famoso. Conociendo a fondo la vida militar, ha descrito, de mano maestra, las costumbres del cuartel. En estos últimos tiempos se inspira en la vida de los grandes centros industriales, especialmente en sus bajos fondos.

Actualmente, a los cincuenta años, Kuprin tiene un renombre literario muy respetable, y ocupa en la literatura rusa un puesto de honor al lado de Gorki, Andreiev y Korolenko.

EL BRAZALETE DE RUBIES

I

Al mediar agosto, poco antes del nacimiento de la luna, el tiempo se había tornado de pronto abominable, como sucede con frecuencia en la costa norte del mar negro. Ya una niebla pesada y espesa se extendía durante días enteros sobre la tierra y sobre el mar, y la enorme sirena del faro mugía furiosamente día y noche, como un buey iracundo. Ya caía sin tregua una lluvia fina, como polvo de agua, que convertía en barro la arcilla de los caminos y las sendas e imposibilitaba el tránsito de carros y coches. Ya un terrible huracán soplaba del Noroeste, del lado de la estepa, y sacudía los árboles, que se encorvaban y se erguían, en un a modo de oleaje, y casi arrancaba los tejados de cinc de las casas de campo, sobre los que parecía que andaba algún ser invisible calzado con pesadas botas. Las ventanas temblaban, crujían las puertas, se oía en las chimeneas el silbo rabioso del viento. Durante uno de los últimos huracanes, algunas lanchas de pesca se habían perdido, y una semana después habían sido

hallados, en diferentes puntos de la costa, los cadáveres de los pescadores, arrojados por el mar.

La colonia veraniega del próximo pueblecito marítimo, en su mayoría compuesta de griegos y judíos, gente, como toda la meridional, amiga de gozar de la vida, se apresuraba a retornar a la gran ciudad vecina, por encontrarse ya a disgusto en la playa.

Por los caminos fangosos avanzaban trabajosamente carros cargados de todo género de efectos: colchones, divanes, cajones, sillas, lavabos, samovares, etc. Daba lástima ver, al través de la fina lluvia incesante, todos aquellos objetos, que parecían miserables, sórdidos, y en lo alto de cuyo hacinamiento iban sentadas las criadas y las cocineras, llevando en la mano planchas, latas y cestas; los caballos, cansados, jadeantes, cubiertos de espuma, no pudiendo a veces andar y deteniéndose en medio del camino, daban también lástima, lo mismo que los cocheros, mojados, envueltos en esteras para protegerse contra la lluvia y gritando con voz acatarrada para hacer andar a los caballos.

Era todavía más triste ver las casas de campo abandonadas, rodeadas de una súbita soledad, con sus jardines devastados y mutilados, sus cristales rotos, sus perros solitarios y todos los vestigios que suelen dejar de su presencia los habitantes efímeros del campo: los pedacitos de papel, los platos rotos, las cajas y los frascos vacíos.

Pero a principios de septiembre el tiempo cam-

bió de un modo inesperado. Los días se tornaron súbitamente claros, soleados, calurosos, como no habían sido ni en julio. Los campos desnudos y enjutos se cubrieron de telas de araña plateadas. Los árboles, quietos, dejaban caer sin ruido sus hojas amarillas.

La princesa Vera Nicolaievna Cheina, esposa del presidente de la nobleza del distrito, no podía abandonar su casa de campo, porque su casa de la ciudad se hallaba en reparación todavía. Y la regocijaban mucho la vuelta de los días hermosos, la tranquilidad, la soledad, el aire puro, las golondrinas que se posaban en los hilos del telégrafo y se disponían ya a partir a los países meridionales; la ligera brisa, un poco salada, del mar.

II

Además, aquel día, el 17 de septiembre, era su cumpleaños. Siempre había amado aquel día, lleno para ella de recuerdos encantadores de la infancia. Esperaba todos los años, en tal fecha, no sabía qué acontecimiento milagroso y feliz. Su marido, antes de marcharse por la mañana a la ciudad, adonde había sido llamado para un asunto urgente, le había dejado en la mesa de noche un estuche con unos magníficos pendientes de perlas, en forma de peras, y aquel regalo la había llenado de alegría.

Estaba sola en la casa. Su hermano soltero, Ni-

colás, el fiscal sustituto, que vivía con ellos, se había marchado a la ciudad para asistir a la vista de una causa. Su marido le había prometido llevarle de la ciudad, a comer con ellos, a algunos de sus amigos íntimos. Se alegraba mucho de pasar su cumpleaños en el campo. En la ciudad hubiera habido que gastar mucho dinero en una gran comida de gala; acaso hubiera habido que dar un baile, mientras que allí, en el campo, bastaba con algunos gastos insignificantes. El príncipe Chein, a pesar de la alta posición que ocupaba—o quizá con motivo de ella—, tenía que luchar con serias dificultades económicas. Su enorme patrimonio había sufrido no pocos menoscabos. Sin embargo, el príncipe se veía obligado a vivir con esplendidez, a recibir, a emplear en obras de beneficencia sumas considerables, a vestir bien, a tener caballos y coches.

La princesa Vera, cuyo amor apasionado a su marido se había convertido hacía tiempo en una amistad fuerte, fiel y verdadera, le ayudaba lo que le era dable a evitar la ruina completa. Sin que él lo notase, renunciaba a muchas cosas y se esforzaba en limitar cuanto podía los gastos de la casa.

Se encontraba en aquel momento en el jardín, cortando flores para adornar la mesa. No quedaban más flores de verano que algunos claveles de diversos colores y algunas rosas medio mustias; pero, en cambio, había magníficas flores de otoño, georginas y crisantemos, orgullosos de su belleza

y fragantes con una fragancia melancólica. Las otras flores, después de un festín de amor y de maternidad ubérrima del verano, dejaban caer sin ruido, en tierra, las innumerables semillas de la vida futura.

Muy cerca, en el camino, se oyeron los sonidos de una sirena de automóvil. La hermana de la princesa Vera, Ana Nicolaievna Friese, llegaba. Le había prometido por teléfono aquella mañana a Vera ir a ayudarla en los preparativos de la comida. La princesa Vera reconoció la sirena y salió al encuentro de su hermana. Algunos minutos después, una elegante *limousine* se detuvo ante la puerta; el *chauffeur* bajó del pescante y abrió la portezuela.

Las dos hermanas se abrazaron cariñosamente. Desde su tierna infancia estaban unidas por una gran amistad. Sus tipos diferían de un modo asombroso. La mayor, Vera, había heredado de su madre, que era inglesa, la gran estatura flexible, el rostro delicado, pero frío y orgulloso; las manos, bellas, aunque un poco grandes, y los magníficos hombros caídos como los que se ven en algunos retratos antiguos. La menor, Ana, por el contrario, había heredado la sangre mongola de su padre, un príncipe tártaro, descendiente en línea recta, según la leyenda, del propio Tamerlán, el famoso asesino. Era cosa de medio palmo más baja que su hermana, ancha de hombros, muy viva, ligera y burlona. Su rostro, de un tipo mongol muy marcado, de pómulos salientes, de ojos

estrechos, que, además, acostumbraba ella a guiñar; de boquita sensual—sobre todo por la prominencia del labio inferior—, tenía un encanto inexplicable, cuyo secreto quizá se encontrase en su sonrisa, quizá en el carácter extremadamente femenino de sus rasgos, o acaso en su mímica pintoresca, provocativa y coqueta. La graciosa fealdad de Ana Nicolaievna atraía a los hombres mucho más que la belleza aristocrática de su hermana.

Estaba casada con un hombre muy rico y muy estúpido, que no hacía absolutamente nada, pero que figuraba como presidente honorario de cierta sociedad filantrópica, y poseía un título sonoro. Detestaba a su marido, pero tenía dos hijos de él, un niño y una niña. Después de su segundo parto había decidido no tener más hijos, y seguía firme en su decisión. Vera, en cambio, soñaba, no ya con tener hijos, sino con tener los más posibles, y, no obstante, no los tenía; amaba de un modo enfermizo, adoraba a los enclenques, aunque lindos, hijos de su hermana, muy bien educados y dóciles, de carita pálida, como enharinada, y cabellos rizados de muñeca.

Ana se distinguía por su alegre descuido y sus contradicciones gentiles, a veces extrañas. Se entregaba con placer al "flirt" más arriesgado en todos los balnearios de Europa; pero no le era nunca infiel a su marido, lo que no obstaba para que se burlara de él hasta en su presencia. Le gustaba tirar el dinero, se pirraba por la ruleta,

por los bailes, por las impresiones fuertes, por los espectáculos extravagantes; en el extranjero frecuentaba las tabernas de mala fama; pero al mismo tiempo era muy generosa, muy creyente, y hasta se había convertido secretamente al catolicismo. De hombros y pecho esculturales, se destacaba, para ir a los bailes, harto más de lo que la moda y las conveniencias le permitían. Por el contrario, su hermana Vera era sencilla y severa, fría y altivamente amable con todo el mundo, celosa de su independencia y regiamente serena.

III

—¡Dios mío, qué bien se está aquí! ¡Esto es delicioso!—decía Ana, marchando junto a Vera, con paso rápido y menudo, por la senda—. ¿Quieres que nos sentemos un poco en el banco, al borde del precipicio? Hace mucho tiempo que no he visto el mar. Este aire es un encanto, da gusto respirarlo. En Crimea, el año pasado hice un descubrimiento admirable: ¿sabes a qué huele el agua del mar durante la marea? ¡A reseda!

Vera sonrió con cariño:

—¡Tienes unas fantasías!...

—¡No, no! Recuerdo que se burlaron de mí cuando afirmé una noche que en la luz de la luna hay un ligero matiz rosa. Y, sin embargo, el pintor Boritsky—que está haciendo ahora mi retrato—dice que tengo razón, y que los pintores lo sabían hacía mucho tiempo.

—Parece que estás un poco enamorada de tu pintor.

—¡Qué cosas tienes!—dijo riendo Ana.

Después, acercándose al borde del precipicio, que descendía al mar en una pendiente casi vertical, miró abajo. Lanzando un grito de terror, dió apresuradamente algunos pasos hacia atrás, palidísima.

—¡Dios mío, qué altura!—dijo con voz débil y trémula—. Siempre que miro abajo desde una gran altura, siento una especie de cosquilleo dulce y desagradable al mismo tiempo en el pecho..., y, sin embargo, me gusta mirar...

Quiso asomarse de nuevo; pero su hermana no se lo permitió.

—¡Querida Ana, no hagas tonterías! Me da vértigo sólo de verte acercarte al precipicio. Siéntate, te lo ruego.

—Bueno, bueno. Cálmate. Ya estoy sentada. Mira qué hermoso espectáculo... No me cansaría nunca de admirarlo. ¡Qué agradecida estoy a Dios Todopoderoso de que haya creado para nosotros todas estas maravillas!

Ambas se quedaron pensativas unos instantes. A sus pies, muy honda, se extendía la tranquila inmensidad del mar. Desde el banco no se veía la playa, lo que acentuaba la impresión de espacio infinito y majestad. El agua, serena, acariciante, era de un azul alegre, más claro en ciertos lugares de la costa y más oscuro en el horizonte.

Lanchas de pesca—tan pequeñas que apenas se

veían—dormitaban cerca de la orilla. Más lejos se divisaba un barco de tres palos, con todo el blanco velamen hinchado por el viento. Parecía inmóvil, suspendido en el aire.

—Comprendo tu entusiasmo—dijo Vera—. Pero sobre mí, el mar produce una impresión muy diferente. Cuando lo veo por primera vez después de mucho tiempo, me conmueve, me llena de alegría, hiere mi imaginación. Parece que veo por primera vez un milagro grandioso y solemne. Pero luego, cuando me acostumbro a su contemplación, su inmensidad desierta me aburre. Me canso de mirarlo, y lo miro lo menos posible. Tengo ya bastante mar.

Ana sonrió.

—¿Por qué te sonríes?—preguntó Vera.

—El verano pasado—dijo Ana—hicimos una excursión a caballo desde Yalta a las montañas. Subiendo, subiendo, nos metimos en las entrañas de una espesa nube. Se sentía una gran humedad y casi no se veía. Seguimos subiendo por una senda muy en cuesta, que atravesaba una pinada. De pronto salimos de la pinada y de la niebla, y el espacio libre se abrió ante nosotros. Figúrate un claro del bosque entre rocas enormes, junto a un precipicio terriblemente hondo. Las aldeas se veían desde allí pequeñísimas, no mayores que cajas de cerillas; los bosques y los parques parecían trocitos de tierra y cubiertos de menuda hierba. Todo el valle descendía hacia el mar y parecía un mapa inmenso. ¡Y el mar se extendía a lo lejos, majes-

tuoso, resplandeciente! Se me figuraba encontrarme suspendida en el aire. ¡Me sentía ligera como una pluma! ¡Aquello era hermoso sobre toda ponderación! Pues bien: me vuelvo a nuestro guía, un tártaro, y le pregunto entusiasmada: “¿Verdad que esto es precioso, Seid-Obli?” El hizo una mueca de desagrado, y contestó: “¡Ah, señora! ¡Si usted supiera lo que me aburre! Lo veo todos los días...”

—¡Gracias por la comparación!—dijo riendo Vera—. Pero me parece que nosotros, la gente del Norte, no somos capaces de apreciar toda la belleza del mar. Yo prefiero el bosque. ¿Te acuerdas del bosque de nuestra finca? Puede una contemplarlo siempre sin cansarse. ¡Qué pinos! ¡Qué espléndida flora! ¡Qué calma! ¡Qué aire!

—A mí me es igual. Me gusta todo—respondió Ana—. Pero mi predilección es mi hermanita, mi prudente Vera. No somos más que dos en todo el mundo.

Abrazó a su hermana mayor y juntó su rostro al de ella.

Se levantó de pronto.

—¡Dios mío, estoy en Babia! Estamos tan abstraídas en nuestra estúpida conversación romántica sobre los encantos de la naturaleza, que no me he acordado hasta ahora del regalo que te traigo. Míralo. Temo que no te guste...

Ana sacó de su bolso un pequeño “carnet” encuadernado de un modo admirable: sobre un fondo de terciopelo antiguo, que el tiempo había des-

colorido, resaltaba un dibujo de oro viejo, de una finura y una belleza notables, obra, a todas luces, de un artista de primer orden. Las hojas del "carnet", enganchado a una cadenita de oro fina como un hilo, eran tabletas de marfil.

—¡Qué preciosidad! ¡Es una verdadera obra de arte!—exclamó Vera abrazando a su hermana—. Gracias, querida. ¿Dónde lo has encontrado?

—En un almacén de antigüedades. Ya sabes lo que me gusta escudriñar las cosas viejas. He tenido la suerte de tropezar con este "carnet"... Mira la cadenita... Es una verdadera cadena de Venecia, muy antigua además.

—Sí, se ve que es muy antigua. ¿Qué tiempo tendrá este "carnet"?

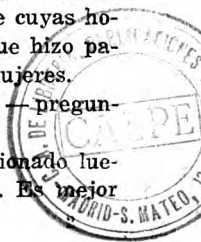
—Yo creo que su antigüedad debe de remontarse a fines del siglo diez y siete o principios del diez y ocho.

—Es curioso, ¿verdad?—dijo Vera pensativa—. Tengo ahora en la mano un objeto que acaso haya pertenecido a la marquesa de Pompadour o a la propia María Antonieta... Pero vamos a ver lo que ocurre por casa.

Atravesaron una amplia terraza de piedra, cubierta de espesos parrales, al través de cuyas hojas la luz adquiriría un matiz verdoso que hizo palidecer levemente la cara de las dos mujeres.

—¿Harás servir aquí la comida?—preguntó Ana.

—Eso había pensado; pero he reflexionado luego; las noches refrescan ahora mucho. Es mejor



que comamos en el comedor. Luego, los hombres saldrán a fumar a la terraza.

—¿Habrá alguno interesante?

—No sé todavía. Sólo sé que vendrá el abuelito.

—¡Ah, el querido abuelito! Me alegraré mucho de verle. Hace mucho tiempo que no le he visto. Ana empezó a dar palmadas de alegría.

—Vendrá mi cuñada, y quizá el profesor Spechnikov. Me encontraba en un gran aprieto: ya sabes que el abuelito y el profesor son unos gastrónomos; pero ni aquí ni en el pueblo es posible hallar nada bueno. Luka, el cocinero, ha conseguido unas perdices que ha matado un cazador. Me ha prometido hacer un plato excelente. Después tendremos el inevitable "rostbeaf", cangrejos...

—Bueno, no está mal... No te inquietes. Verdad es que a ti también, aquí, para "inter nos", te gusta comer bien.

—Tendremos además un plato poco vulgar: esta mañana, un pescador ha traído un gallo de mar. ¡Un verdadero monstruo! Me ha dado miedo.

Ana, siempre curiosa, se empeñó en ver el monstruo, y mandó que se lo llevaran. Un minuto después se presentó el cocinero Luka, alto, afeitado, amarillo, con una ancha cubeta.

—¡Doce libras y media, excelencia!—dijo con orgullo cocineril—. Lo hemos pesado.

El pescado era demasiado grande para la cubeta, y estaba enrollado en el agua. Su escama era de un matiz dorado, y sus aletas, de un vivo color rojo. A ambos lados de la boca enorme y rapaz

tenía unas anchas alas, que se plegaban como abanicos. Estaba todavía vivo y agitaba las branquias.

Ana le tocó suavemente la cabeza con el dedo, y al verle sacudir la cola retrocedió dando un chillido.

—¡Esté tranquila su excelencia!—le dijo el cocinero a Vera, comprendiendo que la comida la inquietaba—. Todo estará muy bien. Acaban de traer unos buenos melones... Permítame que le pregunte en qué salsa quiere que se prepare el gallo: ¿en salsa provenzal, o polaca? ¿O quizá en salsa tártara?

—Como quieras, y puedes marcharte —ordenó la princesa.

IV

Minutos después empezaron a llegar los invitados. El príncipe Chein llevó a su hermana, la viuda Ludmila Lvovna Durasova, una mujer gruesa, suave y silente; a un joven muy rico, un Don Juan, alegre como unas castañuelas, a quien todos llamaban cariñosamente Vasiuchok (1), y que era utilísimo en sociedad, pues sabía organizar espectáculos y fiestas de caridad, y a la pianista Yenny Reiter, que había estudiado en el Instituto Smolny con la princesa Vera. No tardaron en llegar el hermano de ésta, Nicolás Nicolaievich; el marido de Ana; el profesor Spechnikov, gor-

(1) Diminutivo de Vasily.

dísimo, con una enorme barbilla afeitada; Von-Zek, vicegobernador de la provincia. En fin, ya muy tarde, llegó en un hermoso *landeau* el general Anosov, acompañado de dos oficiales: el coronel de Estado Mayor Ponomarev, un hombre gastado, envejecido prematuramente por el abrumador trabajo oficinesco, y el teniente de la Guardia Imperial Bajtinsky, considerado en Petrogrado uno de los mejores bailarines y directores de cotillón.

El general Anosov, un viejo fornido, de cabellos plateados, bajó pesadamente del coche. En la mano derecha llevaba un tubo que se colocaba a cada instante ante la oreja—pues era muy sordo—, y en la mano izquierda, un bastón con contera de goma. Su ancho rostro rojo, de gruesa nariz y ojos hinchados, risueños y un si es o no es irónicos, tenía una expresión a la vez dulce y majestuosa, muy común entre los hombres sencillos y valientes que han arrostrado todo género de peligros y expuesto a menudo la vida.

Las dos hermanas, que le habían reconocido desde lejos, corrieron a su encuentro. Llegaron a tiempo de sostenerle, medio en broma medio en serio, cada una por un brazo.

—¡Como un arzobispo!—dijo el general con voz de bajo y tono de chanza.

—¡Querido abuelito!—dijo Vera con dulce reproche—. ¡Le esperamos todos los días y no viene nunca!

—El abuelo se ha vuelto aquí, en el Mediodía,

muy malo—rió Ana—. Ha olvidado completamente a su ahijada. Le hace usted la corte a todas las mujeres, viejo Don Juan; pero nosotras no existimos para usted...

El general, la majestuosa cabeza descubierta, les besó la mano a ambas hermanas; después les besó las mejillas, luego las manos otra vez.

—Pequeñas, oíd... no me riñáis...—dijo, haciendo una pausa a cada palabra, y respirando pesadamente—. Palabra de honor, esos miserables doctores... han estado todo el verano curándome el reuma con... porquerías... y no me han dejado... Yo era su prisionero... Mi primera visita ha sido para vosotras... Bueno, ¿qué tal?... Tú, Verita, pareces completamente una *lady*... como tu pobre madre... Siempre estoy esperando que me llames para bautizar a tu hijo.

—Temo, abuelito, que eso no ocurra nunca.

—No pierdas la esperanza... Ruégale a Dios... Y tú, Anita, no has cambiado nada. Tendrás sesenta años y saltarás como una cigarra. Pero dejadme presentaros a los señores oficiales.

—¡Hace mucho tiempo que tuve el honor de ser presentado!—dijo el coronel Ponomarev saludando.

—Yo fuí presentado a la princesa en Petrogrado—manifestó a su vez el teniente.

—Entonces, tengo el gusto, Ana, de presentarte al señor Bajtinsky, un gran bailarín y una mala cabeza, pero un bravo oficial... Tenga la bondad, Bajtinsky, de coger del coche ese objeto...

Ya sabes tú de qué se trata... Vamos, hijas mías... ¿Qué nos vais a dar de comer? Después del régimen alimenticio a que me han tenido sometido esos malditos doctores, tengo un hambre terrible... digna de un cadete.

El general Anosov era compañero de armas y amigo entrañable del padre de Vera y de Ana. Toda su amistad y todo su amor al difunto los había puesto en sus hijas, a quienes conocía desde su más tierna infancia, y de una de las cuales, Ana, era padrino. Cuando eran pequeñas las visitaba diariamente. Las niñas le adoraban; nadie sabía jugar con ellas de un modo tan encantador; además, les llevaba siempre bonitos regalos y las convidaba con frecuencia al teatro y al circo. Pero lo que las divertía sobre todo—y se había grabado en su memoria para siempre—eran sus relatos de expediciones militares, de batallas, de campamentos, de victorias y retiradas, de muertos y heridos, que él las hacía con una calma épica y un tono bonachón, por la noche, mientras no se iban a acostar.

A la sazón, aquel resto viviente de los viejos tiempos era una figura pintoresca y simpática. Aunque era general, había en él una extremada sencillez, que rara vez se encuentra en los oficiales; era un creyente profundo e ingenuo, al modo de un simple soldado, fríamente valeroso, sumiso ante la muerte, piadoso con los vencidos y de una paciencia sin límites.

Había tomado parte en todas las guerras de

los últimos cincuenta años, excepto en la del Japón, en la que la hubiera tomado también de buena gana, pero a la que no le habían llamado. Durante su larga carrera no le había pegado a ningún soldado. En la insurrección polaca de 1863 se negó terminantemente a fusilar a los prisioneros, a pesar de la orden de su jefe.

—Si fueran espías—manifestó—, los fusilaría por mi propia mano; pero me niego en absoluto a fusilar prisioneros.

Lo dijo de un modo tan sencillo y al mismo tiempo tan respetuoso, mirando a su jefe con una mirada franca y firme, que, en vez de mandarle fusilar por desobediencia, le dejaron en paz.

Ya viejo, enfermo, sordo, mutilada una pierna por una explosión de obús, fué nombrado comandante de una fortaleza de segundo orden. Era un puesto casi honorario, del que dependía en muy pequeña parte la seguridad del Estado. Todo el mundo conocía en la ciudad al viejo general, cuyas costumbres, debilidades y manera de vestir hacían gracia. Se paseaba por las calles sin armas, con una levita pasada de moda, una gorra enorme, de visera ancha y recta, un bastón en la mano derecha y una trompetilla acústica en la izquierda, acompañado de dos grandes y perezosos *bulldogs* con la lengua fuera. Si durante el paseo se encontraba a algún conocido, los transeuntes oían desde lejos su voz atronadora, a la que se mezclaba el ladrido furioso de los dos perros.

Como muchos sordos, era un gran aficionado a la ópera. A veces, cuando los artistas estaban cantando un dúo suave y sentimental, gritaba de pronto con su voz de bajo:

—¡Diablo, está muy bien!

Todo el público se esforzaba en contener la risa; pero el general no se daba cuenta: creía ingenuamente haberle hecho a su vecino una observación en voz queda, casi murmurando.

En cumplimiento de su deber de comandante, visitaba con mucha frecuencia, siempre acompañado de sus dos perros, la prisión militar, donde se encontraban los oficiales arrestados. Los oficiales lo pasaban allí muy bien; jugaban a las cartas, tomaban te en alegre tertulia, contaban anécdotas. El arresto era para ellos un descanso de las fatigas del servicio.

El general le preguntaba a cada oficial por qué estaba arrestado, por quién y por cuánto tiempo. A veces elogiaba la conducta del oficial, castigado por un delito a todas luces contrario a las leyes; en cambio, a veces, empezaba a reñirle con tales voces que se le oía desde la calle. Pero, después de gritar así un rato, olvidaba su cólera y le preguntaba al oficial si tenía bastante dinero para hacerse llevar la comida de la ciudad, en sustitución de los poco apetitosos alimentos que les daban en la prisión. Y si se enteraba de que el oficial, escaso de blanca, no podía permitirse tal lujo, ordenaba se le llevase todos los días la comida de su propia casa, que se hallaba a doscientos pasos.

En aquella ciudad conoció a los Tuganovsky—tal era el nombre de la familia de Ana y Vera—, no tardando en aficionarse de tal modo a las niñas, que no podía pasar un día sin verlas. Cuando las niñas estaban fuera o las exigencias de su propio servicio le impedían visitarlas, se ponía de un humor endiablado y se aburría de un modo horrible en los vastos aposentos de su casa. Todos los veranos pedía licencia y se pasaba un mes entero en la finca de los Tuganovsky, distante de la ciudad cincuenta verstas.

Consideraba a las dos niñas como sus propias hijas. Aunque había sido casado, casi no se acordaba ya. Su mujer se había escapado con un tenor de ópera, enamorada de su chaqueta de terciopelo y de sus puños de encaje. El general le envió dinero hasta su muerte; pero cuando manifestó el deseo de volver con él, se negó terminantemente, a pesar de todos sus ruegos.

No había tenido hijos de aquel matrimonio.

V

Contra todas las previsiones, la noche era tan apacible, que ni el más leve soplo de viento agitaba la llama de las bujías encendidas en la terraza.

Durante la comida, el marido de Vera, el príncipe Basilio Lvovich, hizo los delicias de todos con sus relatos. Tenía una manera de narrar singular

e interesante. Tomaba como base de sus relatos un episodio de la vida real, en el que uno de los asistentes o alguno a quien todos los asistentes conocían, jugaba el papel principal: pero al referirlas, exageraba las cosas de un modo grotesco, poniendo una cara tan seria que los que le oían se desternillaban de risa.

Contó el fracaso sufrido por su cuñado Nicolás Nicolaievitch en sus pretensiones matrimoniales respecto a una hermosa y rica dama. Lo único verdadero era que el marido de aquella dama no había querido divorciarse; pero la imaginación del príncipe añadió a tal hecho detalles por completo fantásticos. El narrador representó a Nicolás, hombre ordinariamente grave, seco y un poco afectado, corriendo a media noche por la calle, en calcetines, con las botas debajo del brazo; luego seguía una escena cómica: un policía quería detenerle, y Nicolás se veía muy apurado para probarle que no era un ladrón, sino el sustituto del fiscal. Después de largas peripecias dramáticas, Nicolás casi conseguía su objeto; pero minutos antes de la boda, la banda de testigos falsos a quienes había recurrido para obtener el divorcio se declaraba en huelga pidiendo aumento de salario, y Nicolás, por avaricia—en efecto, era un poco avaro—, y como enemigo de las huelgas, se negaba a pagarles más, basándose en ciertos artículos de la ley. Entonces, los falsos testigos, en el momento crítico, declaraban que cuanto habían afirmado antes era mentira; que el marido de la

dama era el hombre más honrado y casto del mundo y que, por consiguiente, no había motivo alguno de divorcio.

Después de esta historia, el príncipe contó otra cuyo héroe era el marido de Ana, más cómica aún.

Todos se rieron mucho, el héroe de la anécdota más que ninguno. Aquel hombre delgado, de cara de muerto y ojos profundos, amaba tan locamente a su mujer como al día siguiente de su boda. procuraba siempre sentarse junto a ella y tocarla y le hacía la corte con tal asiduidad que daba pena verle.

Al levantarse de la mesa, Vera Nicolaievna contó maquinalmente los comensales, cuyo número ascendía a trece. Era supersticiosa y se puso triste. "Debía haberlos contado antes de sentarnos a la mesa—se dijo con descontento. Además, mi marido debía haberme dicho por teléfono cuántas personas había invitado a comer..."

En casa de Vera, lo mismo que en casa de Ana, se ponían siempre, después de comer, a jugar a las cartas. A las dos hermanas les gustaban con locura los juegos de azar. En una y otra casa existía ya, en lo tocante al juego, una especie de tradición: todos los jugadores recibían un número determinado de fichas de hueso, cada una de las cuales tenía su valor, y el juego duraba hasta que todas las fichas pasaban a manos de un solo jugador; entonces el juego cesaba, aunque todos los jugadores insistiesen en seguir jugando. Esta

ley severa había sido introducida principalmente en consideración a Ana y Vera, que jugaban con sobrada pasión y hubieran sido capaces de perder fuertes sumas. En virtud de tal reglamento, el dinero perdido por todos los jugadores no pasaba nunca de doscientos rublos por velada.

Aquella noche Vera no quiso jugar. Cuando todos se hubieron sentado a la mesa de juego, salió a la terraza, donde se preparaba la mesa para él; pero en el mismo instante, Dacha, su doncella, la llamó de un modo misterioso.

—¿Qué significa esto? —preguntó Vera con enojo, pasando en compañía de Dacha a su gabinetito de junto a la alcoba—. ¿Por qué pone usted esa cara de estúpida? ¿Qué tiene usted en la mano?

Dacha dejó sobre la mesa un paquetito cuadrado, envuelto en papel blanco y atado con una cinta color rosa.

—No es culpa mía, excelencia —dijo Dacha, ofendida por las palabras de Vera, y poniéndose colorada—. Llegó y dijo...

—¿Quién?

—Un mozo... con gorra encarnada...

—¿Y qué?

—Entró en la cocina y puso este paquete encima de la mesa, diciendo: "Entregue usted esto a la señora, pero en su propia mano." Yo le pregunté: "¿De parte de quién?" Y él me contestó: "Ahí lo dice", y se fué.

—¡Llámele usted en seguida!

—¡Imposible, señora! Hace mucho tiempo que se ha ido. Era a mitad de la comida, y no me atreví a molestar a usted. Hace lo menos media hora que se marchó.

—Bueno, puede usted retirarse.

La princesa cogió las tijeras, cortó la cinta y la tiró al cesto con el papel en que estaba escrita su dirección. Tenía en la mano un estuche de terciopelo rojo. Levantó la tapa, forrada de seda azul pálido, y vió, destacándose sobre un fondo de terciopelo negro, un brazaletes oval de oro y un papelito cuidadosamente doblado.

Se apresuró a desdoblar el papelito. Le parecía haber visto ya alguna vez aquella letra; pero como mujer que era, antes de leer la misiva examinó la alhaja. Era el brazaletes de un oro mediano, muy grueso, pero hueco, y lo cubrían pequeños rubíes antiguos, mal tallados. Mas había en medio, alrededor de una extraña piedrecita verde, cinco rubíes de verdadera belleza, cada uno del tamaño de un guisante. Cuando Vera, de un modo fortuito, los volvió hacia la lámpara eléctrica, brillaron con magníficos fulgores rojos.

—Parecen de sangre—se dijo con angustia.

Luego se acordó de la carta y empezó a leerla. He aquí lo que una mano, casi de pendolista, había escrito en ella:

“A su excelencia la princesa Vera Nicolaievna.

Distinguida señora: dirigiéndole mis saludos más respetuosos con motivo de su cumpleaños, me

atrevo a enviar a usted, con la expresión de mis más humildes sentimientos, ese modesto objeto.”

—¡Ah, el de siempre!—se dijo con disgusto Vera. Sin embargo, continuó leyendo.

“Nunca me hubiera permitido enviar a usted un regalo escogido por mí, para lo que no tengo derecho, ni gusto, ni—lo confieso francamente—dinero. Además, creo que en el mundo entero no se puede encontrar un tesoro digno de usted.

Pero ese brazalete pertenecía a mi abuela, y la última mujer que lo usó fué mi difunta madre. En medio, entre las piedras gruesas, verá usted una verde. Es un rubí de una especie muy rara, un rubí verde, y, según una leyenda familiar, tiene la facultad de dotar a las mujeres que lo llevan del don de la previsión y de disipar sus ideas negras, así como de preservar a los hombres de la muerte violenta.

Todas las piedras han sido cuidadosa y exactamente transportadas a ese brazalete de otro antiguo de plata, y puede usted estar segura de que nadie lo ha llevado nunca.

Puede usted, si quiere, tirar ese juguete, que le parecerá quizá absurdo, o regalárselo a cualquiera; yo, de todos modos, seré feliz al pensar que sus manos de usted lo han tocado.

Le ruego a usted que no se enfade conmigo. Aun me avergüenzo al recordar que hace siete años, cuando usted era todavía soltera, tuve la osadía de escribirle cartas estúpidas, y hasta de

esperar contestación. Ahora sólo guardo para usted una rendida adoración, un respeto infinito y una devoción de esclavo. Le pido constantemente a Dios que la haga a usted dichosa, y me recreo en el pensamiento de su dicha. Amo las butacas en que usted se sienta, el suelo que usted pisa, los árboles que roza usted ligeramente al pasar; amo a los servidores a quienes usted habla. No me inspiran celos ni los hombres ni las cosas.

Le ruego nuevamente que me perdone el haberla molestado con esta larga carta inútil.

Suvo hasta la muerte y después de la muerte, su humilde servidor

G. S. Y."

—¿Debo enseñarle esta carta a mi marido, o no? ¿Y si se la enseño, lo hago en seguida o cuando todos se hayan ido? No, lo mejor será esperar a que nos quedemos solos; de lo contrario, este desgraciado será objeto de la hilaridad general, y yo también me pondré en ridículo...

Mientras pensaba así, la princesa Vera admiraba las cinco llamas escarlata que rutilaban en el interior de los cinco rubíes.

VI

El coronel Ponomarev no sabía jugar al póker, y no quería sumarse a los jugadores. Pero al cabo cedió a sus instancias y se sentó con ellos.

Hubo que empezar por enseñarle a jugar, mas aprendió bastante pronto, y media hora después todas las fichas habían ido a parar a sus manos.

—¡Es usted terrible!—le dijo Ana, cómicamente encolerizada—. Ni siquiera nos ha dado usted tiempo para emocionarnos un poco.

Tres invitados—el profesor Spechnicov, el coronel y el vicegobernador, un alemán muy cortés. de pocos alcances y nada ameno—preocupaban sobre todo a Vera; se aburrían y no sabía qué hacer para distraerlos un poco. Por fin organizó especialmente para ellos, una partida aparte, a la que invitó, como cuarto jugador, al marido de Ana, la que le manifestó su agradecimiento con una guiñadura de ojos imperceptible para los demás, pero que Vera advirtió al punto; de no haberle invitado, hubiera seguido toda la tarde como una sombra a su mujer, aburriéndola con sus miradas amorosas y poniéndola de mal humor.

Así todo marchaba a las mil maravillas. La velada se deslizaba dulcemente y con animación. Se jugaba, se charlaba. El Don Juan Vasiuchok cantaba a media voz, acompañado al piano por Yenny Reiter, canciones populares italianas y canciones orientales de Rubinstein. Su voz, aunque no muy extensa, era de un timbre bastante agradable. Yenny Reiter, pianista de muchas pretensiones, le acompañaba siempre con gusto. Verdad es que, según se decía, Vasiuchok le hacía la corte.

Sentada en el canapé, Ana bromeaba con ei

joven oficial Bajtinsky. Vera se acercó a ellos, y, sonriendo, se puso a escucharlos.

—No, no, hablo muy en serio—decía alegremente Ana, fijando sus provocativos ojos tártaros en el oficial—. No crea usted que sólo los hombres trabajan. ¿En qué consiste su trabajo de ustedes? En correr locamente a caballo, en centaurear ante el escuadrón, mientras que nosotras... Mire usted: acabamos de terminar la lotería de beneficencia. ¡Dios mío, qué horror! Por todas partes la muchedumbre atropellándose, la plebe, los cocheros, los porteros, los... El aire impregnado de humo, gritos, juramentos, lamentaciones, quejas, ¡y todo el día de pie en los quioscos! Ahora tenemos que organizar un concierto a beneficio de los trabajadores intelectuales, después un baile...

—En el que espero que me concederá usted un vals...—dijo Bajtinsky con un gracioso saludo y un sonoro choque de espuelas bajo el sillón.

—Bueno, puede usted contar con él... Pero lo que me preocupa sobre todo es nuestro asilo... Un asilo para los niños viciosos, ¿comprende usted?

—Sí, sí, comprendo. Debe de ser una diversión.

—¿No le da a usted vergüenza tomar a broma cosas así? Como sabe usted, existen niños que han heredado de sus padres muchos vicios, que no han visto sino malos ejemplos... Pues bien, nosotras queremos corregirlos, hacerlos mejores...

—¡Admirable!



—...Elevar su moral, despertar en su alma la conciencia del deber... ¿Comprende usted? Pues bien, figúrese que nos llevan diariamente docenas, centenares de niños, pero... ¡no hay entre ellos niños viciosos! Cuando una les pregunta a los padres si el niño que llevan es vicioso, se creen insultados, ofendidos. Bueno, el asilo se ha abierto, se ha inaugurado solemnemente, todo está dispuesto para recibir a los niños viciosos; pero... ¡no hay ni uno! Y el establecimiento sigue vacío... Sólo queda un medio: anunciar un premio para cada niño vicioso...

—Ana Nicolaievna—interrumpió con tono grave y rendido el oficial—, ¿para qué distribuir premios? Tómenme ustedes a mí como pensionista de asilo. Le garantizo a usted que en el mundo entero no se encontrará un niño más vicioso que yo.

—¡Por Dios, señor! ¡Es imposible hablar con usted de cosas serias!—dijo Ana riendo, derribada la cabeza sobre el respaldo del sofá y brillantes los bellos ojos.

El príncipe Basilio Lvovich, sentado ante una gran mesa redonda, enseñaba a su hermana, al general Asonov y a su cuñado un álbum humorístico que llenaban sus propios dibujos. Los cuatro se reían a carcajadas. Su regocijo atrajo a la mesa a todos los demás invitados que no jugaban a las cartas.

El álbum era a modo de un suplemento ilustrado de los relatos humorísticos del príncipe Basi-

lio, que, con su calma imperturbable, mostraba al público sus dibujos cómicos con leyendas como las siguientes: "Aventuras amorosas del bravo general Anosov, en Turquía, Bulgaria y otros países", "Aventuras pintorescas del príncipe Nicolás en Montecarlo", etc.

—Van ustedes a ver ahora, señoras y señores, la historia breve e ilustrada de nuestra cara hermana Ludmila—dijo el príncipe, dirigiéndole a su hermana una mirada risueña—. Primera parte: la infancia; la niña crecía. Miren ustedes.

En una página del álbum estaba dibujada con rasgos caricaturescos una niñita, toda de líneas quebradas, con dos líneas rectas por piernas y muy separados los dedos de las manos.

—Ahora, la segunda parte: primer amor. Un alumno de la Academia de Caballería, de rodillas ante la heroína, le presenta una poesía escrita por él en su honor, y en la que hay estrofas magníficas, por ejemplo:

"Tu pie gentil y breve me vuelve lelo,
y cuando lo contemplo me elevo al cielo."

He aquí, señores, el pie admirable... Pero no nos detengamos, y continuemos. El dibujo representa al mismo admirador de mi cara hermana, que pretende inspirarle la idea de huir con él. Aquí tienen ustedes la fuga. Aquí pueden ustedes ver las consecuencias lamentables de ese acto: el padre, ardiendo en ira, se lanza tras los fugitivos y los alcanza. El héroe, a quien la cólera del padre llena de espanto, huye bravamente a

todo correr, y se esconde detrás de unos árboles, abandonando a la heroína a su triste destino.

Después el príncipe le mostró al público otra novela en caricaturas: "La princesa Vera y el telegrafista enamorado".

—Este poema conmovedor—dijo—sólo se compone de dibujos; el texto no se ha escrito aún.

—¡Caramba! ¡Esto es nuevo!—dijo el general Anosov—. Yo no lo había visto aún.

—Es la última novedad del mercado literario, señores. ¡La última publicación!

Vera le apoyó suavemente la mano en el hombro.

—Deja eso—le dijo en voz baja.

Pero el príncipe no hizo caso de sus palabras, o no las oyó.

—El comienzo de este poema—siguió diciendo—acaece en los tiempos prehistóricos. Un hermoso día del mes de mayo, una muchacha llamada Vera recibe por correo una carta con dos palomas arrullándose. Aquí las tienen ustedes, señoras y señores. La carta contiene una pomposa declaración de amor, escrita en abierta rebeldía contra toda regla ortográfica, y que empieza con las frases siguientes: "¡Oh, bella rubia! Proceloso mar de llamas agita mi corazón. Tu mirada, como una serpiente venenosa, emponzoña mi alma atormentada", etc., etc. Firma modestamente: "Un pobre telegrafista con sentimientos de caballero, que no se atreve a firmar con su nombre; demasiado modesto, y se limita a poner sus inicia-

les: P. P. G." Hay una postdata que dice: "Tenga la bondad de contestarme a lista de Correos."

El príncipe volvió la hoja y continuó:

—Aquí, señoras y señores, pueden ustedes admirar el retrato del caballero sin miedo y sin tacha, muy bien dibujado con lápices de colores. He aquí el corazón de Vera atravesado por una flecha. Pero como Vera es una muchacha ejemplar y bien educada, le enseña la carta a sus padres y al amigo de la infancia a quien está prometida, el guapo mozo Vasia Chein. Este, vertiendo lágrimas, le devuelve a Vera su anillo de alianza. "No seré yo—le dice—quien turbe tu felicidad; pero te suplico que no obres sin reflexionar antes. No sabes nada de la vida, hija mía, y eres como una mariposa atraída por la luz de la lámpara, mientras que yo... ¡Ay, yo conozco el mundo cruel e hipócrita! Desengáñate: los telegrafistas son unos encantadores pérfidos. Experimentan un enorme placer engañando con su belleza y con su labia a las muchachas para burlarse después de ellas cruelmente." Bueno, señoras y señores—añadió tras una corta pausa el príncipe—; han pasado seis meses. Arrastrada por el torbellino del vals de la vida, Vera ha olvidado a su telegrafista y se ha casado con el joven y hermoso Vasia. Pero el telegrafista no puede olvidarla. Miren ustedes este dibujo: representa al digno héroe, disfrazado de deshollinador, todo negro, que penetra en el cuarto de la princesa. Por todas partes se ven las señales de sus cinco dedos y de sus labios: en los

tapices, en los cojines, en el papel de las paredes, hasta en el suelo... Este otro dibujo lo representa disfrazado de doncella en la cocina de casa. Pero, perseguido por el amor de nuestro cocinero Luca, se ve obligado a huir. En este dibujo aparece en una casa de locos. En este otro, en un convento; los sufrimientos de su amor desgraciado le han hecho renunciar al mundo. Sin embargo, sigue enviándole a Vera todos los días cartas apasionadas. Miren ustedes las huellas de sus lágrimas en las cartas. Al fin muere de pena, no sin antes enviarle a Vera, como recuerdo eterno, dos botones de su uniforme y un frasco lleno de sus lágrimas.

—Señores, el te está servido—anunció Vera Nicolaievna.

VII

El sol se ponía lentamente. La banda de cielo rosada, estrecha como una rendija, que se veía aún en el horizonte, entre una gran nube y la tierra, desaparecía. No tardaron en hacerse invisibles tierra, cielo y árboles. En lo alto brillaban grandes estrellas parpadeantes. El faro lanzaba al cielo una fina columna de luz azulada y proyectaba en él un círculo luminoso y vago.

Las mariposas nocturnas chocaban con las pantallas de cristal de las bujías. El tabaco que florecía en la terraza exhalaba un olor más acre que durante el día.

El profesor Spechnicov, el vicegobernador y el coronel Ponomarev, habían sido llevados a la estación hacía rato, en automóvil, por el marido de Ana.

Los demás invitados estaban sentados en la terraza. Las dos hermanas habían obligado al general Anosov, a pesar de todas sus protestas, a ponerse el gabán y envolverse las piernas en una manta de viaje. Habían colocado al alcance de su mano una botella de "Pommard", su vino preferido, y ambas se habían sentado junto a él, cada una a un lado. Le rodeaban cariñosamente de pequeños cuidados, le llenaban el vaso de vino, le encendían cerillas... El viejo general parecía por completo feliz.

—Sí, ya llega el otoño, chiquitas—decía, mirando, pensativo, la llama de la bujía y sacudiendo la senil cabeza—, el otoño... Se ha acabado el verano. ¡Qué lástima tener que irme! Se estará tan bien aquí, junto al mar, en medio de esta calma...

—¿Y qué le impide a usted quedarse con nosotros?—preguntó Vera.

—No puedo, querida; no tengo derecho a descuidar mi servicio. Yo me quedaría muy gustoso, eso no hay que decirlo... ¡Qué perfume! Adoro el perfume de las flores de otoño..., sobre todo el de las rosas tardías...

Vera cogió de un vasito dos rosas, una rosa y otra escarlata, y se las colocó al general en la solapa del gabán.

—Gracias, Verita.

El anciano bajó un poco la cabeza para respirar el perfume de las flores, y su rostro se iluminó con una sonrisa venerable.

—Recuerdo que una vez..., hace mucho tiempo.. , en Bucarest, donde habíamos entrado, y entre cuyos habitantes nos habíamos instalado, me paseaba por la calle y sentí un fuerte olor a rosas. Me detuve y vi que unos soldados llevaban un magnífico frasco de cristal lleno de esencia de rosas, de la que habían impregnado sus botas y sus fusiles. “¿Qué es eso?”, les pregunté. “Una esencia—me contestaron—; hemos echado una poca en la sopa y le ha dado un sabor muy malo.” Les compré el frasco por un rublo. Aunque sólo quedaba la mitad de la esencia, valía cien lo menos. Los soldados me dijeron que habían encontrado también “una cosa que se parecía a los guisantes turcos, pero negra y no comestible”. Eran granos de café...

—Diga usted, abuelito—preguntó Ana—: ¿ha tenido usted alguna vez miedo en el combate?

—; Claro que sí, hija mía! Si alguien te dice que no ha tenido nunca miedo y que el silbido de las balas es para él una dulce música, no le hagas caso. Es un embustero o un loco. Todos tienen miedo, con la única diferencia de que unos pierden toda su sangre fría y otros se dominan. El miedo es siempre el mismo, sólo que algunos aprenden poco a poco a tener a raya sus nervios. Esos son los que llamamos héroes, valientes... De mí sé decir que una vez tuve un miedo terrible.

—Cuéntenos usted eso—pidieron las dos hermanas.

Los relatos del viejo general las entusiasmaron aún como cuando eran niñas. Ana hasta colocó, a la manera de una niña, ambos codos sobre la mesa y apoyó la cabeza en las manos. Existía un encanto particular en los relatos serenos e ingenuos del anciano. Su estilo, un poco tosco, recordaba el de ciertos libros antiguos.

—No es muy largo de contar—dijo—. Era en los Balkanes, en la célebre montaña Chipka, en pleno invierno. Yo estaba ligeramente herido en la cabeza. Vivía con otros tres oficiales en una especie de caverna. Una mañana me sucedió una cosa horrible: me levanté, y de pronto se me antojó que yo no era Jacobo, sino Nicolás. En vano me esforzaba en convencerme de que no era Nicolás, sino Jacobo. Pensé que me había vuelto loco, y empecé a pedir a grandes voces agua fría. Me vertí un cubo en la cabeza, y, al fin, recobré la razón.

—¡Cuántos éxitos amorosos habrá tenido usted! —dijo la pianista Yenny Reiter—. Debe usted de haber sido muy guapo en su juventud.

—¡El abuelo sigue siendo guapo!—protestó Ana.

—Yo no era guapo—contestó con una sonrisa serena el general—; pero gustaba. En Bucarest también me ocurrió una aventura conmovedora. Me alojaron en una casa donde había una muchacha muy linda. Pues bien: desde el primer mo-

mento me enamoré locamente de ella... Mi amor fué como una chispa eléctrica que hubiera pasado por entre nosotros...

Calló y se llevó a los labios el vaso de vino.

—¿Y se le declaró usted?

—Naturalmente; pero... sin palabras... He aquí lo que pasó...

—Abuelito, espero que no nos hará usted ruborizarnos—dijo Ana con una sonrisa picaresca.

—No, no. Nuestra novela fué muy correcta. En Bucarest, el vecindario era muy amable con nosotros. Un día que me puse a tocar el violín, las muchachas acudieron a bailar. Y desde entonces tuvimos baile casi todas las tardes. Una tarde, durante el baile, salí al vestíbulo, adonde poco antes había salido la heroína de mi novela, la joven búlgara, que al verme empezó a hundir las manos en el gran montón de pétalos de rosa secos que suele haber en muchas casas de Bucarest. Yo la abracé, la estreché contra mi corazón y le di mil besos en la boca.

El general calló un instante como para reunir sus recuerdos, y continuó:

—Desde entonces, todas las noches tuve entrevistas con mi amada, junto a la que olvidaba todas mis penas y preocupaciones. Y cuando recibimos la orden de dejar la ciudad, cambiamos un juramento de amor eterno.

—¿Y a eso se redujo todo?—dijo con desencanto Ludmila Lvovna, la cuñada de Vera.

—¿Qué más quería usted, señora?

—¡Vamos! Eso no es una novela, es una sencilla aventura de vivac de un oficial.

—No sé, señora; acaso tenga usted razón. Yo pensaba que aquello era un verdadero amor.

—No diga usted eso. ¿No ha sentido usted en su vida un verdadero amor..., un amor..., en fin, santo, eterno, divino?

—A la verdad, no puedo decírselo a usted—dijo el anciano levantándose del sillón—. Me parece que no. Cuando joven no tenía yo tiempo de eso. Las hazañas de la mocedad, las cartas, la guerra, me absorbían por entero. Se me antojaba en aquel tiempo que iba a ser eternamente joven y pujante, y un día muy triste para mí advertí, de pronto, que era viejo y que no valía ya nada... Y ahora, hijas mías, dejadme irme... Voy a despedirme de todos.

Y dirigiéndose a Bajtinsky, añadió:

—Hace una hermosa noche. Salgamos, si le parece a usted, al encuentro del automóvil.

—¡Yo iré con usted, abuelo!—exclamó Ana.

—¡Y yo también!—manifestó Vera.

Antes de salir, la princesa se acercó a su marido y le dijo en voz baja:

—Ve a mi cuarto... En el cajón de mi mesa verás un estuche de terciopelo rojo con una carta dentro. Léela.

VIII

Ana y Bajtinsky iban delante. A unos veinte pasos de ellos iba el general Anosov, del brazo de Vera. La noche era tan oscura que en los primeros momentos, mientras los ojos no se habituaban a las tinieblas, no se distinguía el camino. Anosov, que a pesar de sus años tenía buena vista, servíale a Vera de guía. De cuando en cuando, acariciaba cariñosamente con su gran mano fría la mano fina de la joven, que descansaba sobre la manga de su abrigo.

—¡Tiene gracia esta Ludmila Lvovna!—dijo de pronto el viejo, como si continuase en alta voz su pensamiento—. En cuanto una mujer pasa de los cincuenta años, se aficiona terriblemente a mezclarse en los amores de los demás, sobre todo si es soltera o viuda, o espía y calumnia, o se complace en hacer felices a los enamorados, o —es el caso más inofensivo— habla a toda hora del amor sublime, ideal... A mi juicio, la gente de nuestra época no sabe amar. Yo no veo ya verdadero amor. No lo veía tampoco en mi juventud.

—¡Vamos, abuelo!—objetó cariñosamente Vera, estrechándole con suavidad la mano—. Se calumnia usted... Usted se casó, luego amó...

—Niego la consecuencia, Verita... ¿Sabes tú cómo me casé? Ella era joven, fresca, y se me figuraba en extremo modesta y tímida. Casi no se atrevía a mirarme; bajaba los ojos, que som-

breaban largas pestañas; se ruborizaba a cada instante. Sus mejillas eran sonrosadas; su cuello, cándido; sus manos, sedosas y tibias. Me parece que la tentación, para un mozo como yo, no era pequeña... Mientras estaba junto a ella, su papá y su mamá vagaban en torno nuestro, nos espían. escondidos detrás de las puertas; me miraba siempre con ojos tristes y devotos de perro. Cuando estábamos tomando el te, ella me tocaba, como sin querer, con la pierna por debajo de la mesa. ¿Te parece poco, chiquita? ¡Sobraba! Era una farsa admirablemente representada, en la que a mí me habían adjudicado el papel de tonto. Un día me presenté a su papá: "Querido Nikita Antonovich, vengo a pedir a usted la mano de su hija. Crea usted que la noble joven...", etc. etc. Naturalmente, el buen papá tenía ya las lágrimas en los ojos, como preparadas de antemano, y se apresuró a cubrirme de besos paternos. "Lo sospechaba ya, querido, hacía mucho tiempo... Dios le bendiga a usted... Prométame guardar bien ese tesoro..." Bueno, a los tres meses, aquel tesoro se paseaba por la casa envuelta en un sucio peñador, en zapatillas, sin medias, con una porción de papelitos en la cabeza para que se le rizara el pelo, y les armaba unos escándalos terribles, dignos de una verdulera, a la cocinera y al ordenanza; coqueteaba impudicamente con mis compañeros, hacía mil cursilerías y ceceaba... En sociedad, no sé por qué, me llamaba "Jacques", de un modo canoro y lánguido: "Ja-a-a-cques". Era derrocha-

dora, falsa, sucia, ávida. En sus ojos se pintaba siempre la mentira... Ahora sólo es para mí un recuerdo; pero entonces... ¡Cuán agradecido le estoy al infeliz actor que se la llevó de mi casa!... Por fortuna, no teníamos hijos.

—¿La ha perdonado usted, abuelito?

—Perdonado... No es ésa la palabra. Los primeros días que siguieron a su fuga yo estaba furioso. Los hubiera matado a los dos, de haberlos encontrado. Después, poco a poco, me calmé, y sucedió a mi furia un desprecio profundo. Y me alegro mucho de no heber vertido sangre inútil. Además, aquello fué para mí una liberación; sin aquel acontecimiento tragicómico, yo hubiera seguido eternamente unido a aquella criatura desleal, sirviéndole de bestia de carga, siendo la cortina ocultadora de sus vicios... ¡No, Verita, más vale así!

—Y no obstante, estoy segura, abuelo, de que usted no ha olvidado aún la ofensa, y..., a eso se debe que sea usted pesimista. Generaliza usted su experiencia personal, y hace mal. Por ejemplo, yo y Vasia, ¿no somos una pareja feliz?

Anosov tardó un poco en contestar, y dijo al cabo con voz fatigada:

—Vuestro caso es una excepción. La mayoría de la gente, ¿para qué se casa? Empecemos por la mujer: le da vergüenza quedarse para vestir imágenes, sobre todo cuando ve casadas a todas sus amigas; no quiere ser una carga para su familia; desea convertirse en ama de casa, en señora independiente; el instinto de la maternidad

y la necesidad de un nido propio la agujonean. En cuanto al hombre, le guían otras razones: la vida de soltero suele acabar por fatigarle, con el desórden de la habitación, las comidas en los "restaurants", la poca limpieza, las colillas esparcidas por todas partes, la ropa blanca rota, las deudas, la conducta desconsiderada de los amigos, etcétera, etc. La vida de familia es mejor, más sana, más económica; además es grato tener hijos para vivir en ellos después de muerto..., una ilusión de inmortalidad... También a veces cree haber encontrado una criatura inocente, santa..., como me pasó a mí. En fin, no pocas veces se deja seducir por la idea de recibir con la mujer una buena dote. ¿Dónde está el amor en todo esto? ¿Dónde está el amor desinteresado, que no busca nada, que no espera recompensa alguna; ese amor del que se dice que es más fuerte que la muerte, ese amor, ¿comprendes?, al que se sacrifica la vida y la libertad, y en aras del cual se está dispuesto a sufrir todos los padecimientos y todos los martirios? Me hablarás de tu Vasia. Yo le quiero mucho. Es un buen muchacho. Quizá con el tiempo tenga ocasión de demostrarte que su amor es verdaderamente grande, dispuesto a todo; pero por ahora... No, el amor de que yo hablo, el verdadero amor, debe ser una tragedia, estar exento de toda preocupación mezquina, práctica.

—¿Ha conocido usted un amor semejante?

—¡No!—respondió el viejo con tono firme—. Es verdad que conozco dos casos que se acercan algo

a tal amor; pero uno de ellos es más bien un caso de estupidez, y el otro es un caso de morbosidad, de anormalidad. Puedo contártelos, si quieres, en pocas palabras.

—Se lo ruego a usted, abuelito.

—Bueno. En un regimiento de nuestra división tenían, naturalmente, un coronel, el cual a su vez tenía una mujer. Esta mujer era muy fea: flaca, huesosa, larga, roja, con una boca enorme. Abusaba terriblemente de los cosméticos y se empolvaba de un modo atroz. Sin embargo, era una verdadera Mesalina: un temperamento fogoso, un volcán de pasión. Autoritaria, altiva, trataba a todo el mundo con un desprecio sin límites. Era una aventurera..., y una morfinómana.

—El retrato es encantador — dijo Vera sonriendo.

—Pues bien: un día fué destinado al regimiento un teniente muy joven, un pipiolo, recién salido de la academia. Al cabo de un mes, la vieja Mesalina se había adueñado completamente de él. El pobre muchacho era su paje, su esclavo, su caballero en las fiestas mudanas. Le llevaba el abanico, el pañuelo; le avisaba y le despedía el coche. ¡Es terrible que un joven puro deposite su primer amor a los pies de una vieja perversa y dominante! Es hombre perdido. El estigma le dura toda la vida.

El viejo general hizo una corta pausa.

—Bueno, a los pocos meses estaba ya cansada de él, y reanudó sus relaciones con uno de sus anti-

guos amantes. Però el pòbre muchacho no podía olvidarla. La seguía siempre como su sombra. Se puso delgado, languideció. Hablando en estilo elevado, llevaba la muerte en el alma. Los celos le atormentaban atrocemente, y se pasaba noches enteras bajo la ventana de la Mesalina. Un día se organizó en el regimiento una jira, y, como ocurre siempre en esos casos, se bebió bastante. Ya de noche, los excursionistas volvían a pie a la ciudad. De pronto, un tren de mercancías apareció ante ellos subiendo lentamente una cuesta muy pina. Cuando el tren estuvo muy cerca, la Mesalina le dijo al oído al joven oficial: "Usted está hablándome siempre de su gran amor, y si yo le mandase que se tirase bajo el tren, no lo haría usted." Y él, sin contestar una palabra, echó a correr y se dejó caer en la vía de modo que el tren al pasar le dividiese en dos; pero un idiota intentó salvarle, y el loco, rechazándole, se asió a un riel con entrambas manos, y, naturalmente, las ruedas del tren se las cortaron.

—¡Qué horror!—exclamó Vera.

—Excuso decirte que tuvo que dejar el servicio. Los compañeros le dieron dinero para que se marchase, pues no podía permanecer en la ciudad después de aquel drama. Se había perdido por completo. No siéndolo posible ganarse la vida, se dedicó a la mendicidad... Después supe que había muerto helado a orillas del Neva.

Vera suspiró.

Hubo una breve pausa.



—Conozco también otro caso más triste aún —dijo el general—. En él la heroína es joven y bella, pero perversa como la del anterior. Se conducía como una verdadera prostituta. No éramos rigurosos en demasía en lo tocante a las pequeñas intrigas de amor; pero aquello pasaba de castaño obscuro. El marido se percataba de todo, y no se inmutaba. Cuando los amigos aludíamos a la conducta de su mujer, respondía: “¡No importa! Yo no me meto en nada. Con tal de que Elenita sea feliz...” ¡Imbécil! Ultimamente ella se puso en relaciones con un joven teniente llamado Vichniakov, de la misma compañía. Y vivían en una especie de matrimonio trilateral, como si fuera la cosa más natural del mundo. Nuestro regimiento no tardó en recibir orden de marchar al teatro de la guerra. Nuestras mujeres fueron a despedirnos a la estación. Ella salió también, y era un espectáculo vergonzoso verla abrazar con efusión a su teniente ante todos los circunstantes, sin hacer caso de su marido, a quien le gritó cuando estábamos ya en el tren: “Ten cuidado de Volodia—tal era el nombre de su amante—. Si le ocurre alguna desgracia, no volverás a verme nunca.”

—¿Y el marido se sometía a todo?—preguntó Vera.

—Sí. Y, sin embargo, era un hombre de corazón, valiente, intrépido. Hacía milagros en los campos de batalla. En un combate lanzó a su compañía catorce veces al asalto de una posición tur-

ca, y de doscientos hombres sólo le quedaron catorce, a los que, herido y todo, continuó mandando. Pero su mujer era para él un ser superior, y por serle agradable aceptaba todas las humillaciones. Cuidaba como una madre al tenientillo, le abrigaba con su propio capote para que no se enfriase, le reemplazaba en el servicio mientras jugaba a las cartas. Pero Vichniacov contrajo unas fiebres tifoideas y falleció en el hospital. Aunque me dé vergüenza, he de confesarte que a todos nos regocijó la noticia...

—¿Y las mujeres? ¿Ha encontrado usted mujeres que sepan amar con amor verdadero?

—¡Oh, sí! Y te diré más: estoy seguro de que la mujer es capaz, por amor, de grandes sacrificios. El instinto de la maternidad la impulsa hasta al heroísmo. Cuando ama, el amor es para ella toda la vida, todo el universo. No tiene ella la culpa de que el amor se haya convertido en una cosa tan trivial, en un pasatiempo. La culpa la tienen los hombres, que, a los veinte años, ya tienen el alma gastada y son incapaces de grandes pasiones, de heroísmos en aras del amor, que no saben lo que es el verdadero cariño, la verdadera ternura, y la adoración de la mujer. Se nos asegura que en los tiempos antiguos los hombres sabían amar. Tal vez. Al menos, los espíritus selectos de la humanidad—los poetas, los novelistas, los artistas—han soñado siempre con el verdadero amor. Hace poco he leído la historia de Manon Lescaut... ¡Qué conmovedora es! Te confieso que

he llorado, leyéndola, como un niño. ¿No es verdad, querida, que toda mujer sueña en el fondo de su corazón con un amor ideal, sublime, dispuesto a todos los sacrificios, tierno y suave?

—¡Oh, sí, abuelo!

—Y cuando no lo encuentra se venga. Quizá dentro de treinta años... Yo no lo veré ya, pero tú lo verás aún... Dentro de treinta años, estoy seguro, las mujeres representarán un papel enorme en el mundo. Gozarán de un poder formidable. Se vestirán como ídolos indios. Nos tratarán con desprecio, como a seres inferiores, como a esclavos. Sus caprichos y sus deseos insensatos serán para nosotros leyes que nos veremos forzados a acatar. Y obedecerá todo a que no sabemos apreciar y respetar el amor. Será la venganza de las mujeres.

El viejo calló un instante, y preguntó de pronto:

—Dime, Verita, si no te molesta, ¿qué historia es ésa del telegrafista de que hablaba antes tu marido? Naturalmente, habrá exagerado mucho las cosas, según su costumbre; pero supongo que algunas serán verdaderas.

—¿Le interesa a usted?

—Sí. Pero si te es desagradable...

—¡Qué ha de serme! Se lo contaré a usted todo con mucho gusto.

Y Vera le contó al general, con todo lujo de detalles, la historia de un loco que desde dos años antes de su matrimonio la perseguía con su amor.

Ella no le había visto nunca, y ni siquiera le

conocía de nombre, pues se limitaba a escribirle, firmando sus iniciales, G. S. Y., y una vez le había escrito que era empleado público, sin mencionar el telégrafo. Debía de vigilarla sin cesar, pues le decía en sus cartas dónde pasaba las tardes, en qué compañía y con qué "toilette". Sus cartas, al principio, eran algo vulgares, llenas de protestas de amor, aunque muy respetuosas. Pero una vez ella le escribió—era un secreto para todos—rogándole que diese fin a sus declaraciones. Desde entonces no le había escrito sino raras veces—en Pascua, en Año Nuevo, el día de su cumpleaños—, y sin hablarle de amor.

Vera le contó al general que acababa de recibir un brazalete acompañado de una carta.

—Sí—dijo Anosov cuando ella acabó su relato—, es posible que no se trate sino de un maniático, de un anormal; pero... ¿quién sabe? Puede también que sea un verdadero amor ideal que hayas encontrado en tu camino, ese amor con que sueñan siempre las mujeres, y de que no son capaces los hombres... Pero me parece que veo acercarse unas linternas. Debe de ser el automóvil.

En aquel instante, en efecto, dos linternas de acetileno iluminaron el camino, y el silbido agudo de una sirena horadó el silencio de la noche.

El marido de Ana llegaba.

El general se despidió:

—Hasta la vista, Verita. Ahora vendré con más frecuencia.

El automóvil dejó a Vera en su casa y volvió a partir conduciendo al viejo general, a Ana con su marido y al teniente Bajtinsky.

IX

Vera subió, malhumorada, a la terraza, y entró en la casa. Desde lejos oyó la penetrante voz de su hermano Nicolás y le vió pasearse nerviosamente. Su marido, Basilio Lvovich, estaba sentado junto a la mesa, baja la gran cabeza rubia y rapada.

—¡Hace mucho tiempo que vengo diciéndolo! —gritaba Nicolás con acento de enojo—. ¡Hace mucho tiempo que insisto en que se les debe poner fin a esas cartas imbéciles! Ya antes de que Vera se casara contigo os divertíais con las cartas de ese telegrafista, no viendo en ellas sino el lado cómico... A propósito; aquí está Vera.

Se volvió a su hermana y continuó:

—Hablábamos, Verita, de tu telegrafista, que no deja de perseguirte. A mí me parece inadmisibile esa correspondencia.

—No hay tal correspondencia—rectificó fríamente el príncipe—. Sólo escribe él. Vera no toma parte.

Vera se ruborizó y se sentó en el canapé, a la sombra de las plantas.

—Perdón, no me he expresado bien—dijo Nicolás.

—Y no comprendo por qué le llamas “mi telegrafista”—objetó Vera, animada por el apoyo de su marido—. No tienes ningún motivo para eso.

—Perdón otra vez. Sólo quiero decir que hay que poner fin, cueste lo que cueste, a esas tonterías. Creo que el asunto toma un sesgo más grave, y que no podéis ya contentaros con bromas y caricaturas. Creed que lo único que me preocupa es tu buen nombre, Vera, y el tuyo, Basilio Lvovich.

—Sí; pero me parece que tomas la cosa muy por lo trágico—dijo el príncipe.

—Tal vez. Vosotros estáis abocados a ponerlos en una situación ridícula.

—¿Cómo?—preguntó el príncipe.

—Pues muy sencillamente. Figúrate que...—Nicolás cogió de la mesa el estuche con el brazalete y lo dejó de nuevo en su sitio con un gesto de desagrado—que este objeto monstruoso se queda aquí o lo tiramos o se lo damos a la doncella. El telegrafista puede vanagloriarse ante todo el mundo de que la princesa Vera Nicolaievna Cheina acepta sus regalos, y animarse, además, para hacerle otros. Acaso mañana le envíe una sortija de brillantes, y pasado un collar de perlas, y el mejor día sea detenido por robo o por desfalco. Entonces los príncipes Chein figurarían en el proceso entre los testigos... ¡Sería precioso!

—¡No; hay que devolver ese brazalete!—exclamó el príncipe.

—Soy de tu opinión—dijo Vera—. Y hay que devolverlo lo más pronto posible. Pero ¿cómo lo haremos no sabiendo la dirección?

—¡Eso es lo de menos—dijo Nicolás—. Nosotros conocemos sus iniciales...

—Sí: G. S. Y.

—Muy bien. Sabemos además que es telegrafista. No necesitamos más señas. Mañana, en la Guía Oficial, buscaré un telegrafista con esas iniciales. O si no, llamaré a un agente de policía y le mandaré que me lo encuentre. Para facilitar las indagaciones utilizaré este papelito escrito por él. En fin, mañana al mediodía sabré con exactitud el nombre y la dirección de ese caballero, hasta las horas en que se le puede hallar en su casa. Y una vez enterados de todo eso, no sólo podremos devolverle el tesoro, sino tomar algunas medidas eficaces para que no nos moleste más.

—¿Qué pretendes hacer? —preguntó el príncipe.

—Visitar al gobernador y rogarle...

—No, eso no. Ya sabes lo tirante de nuestras relaciones con el gobernador, que se alegraría mucho y nos cubriría de ridículo.

—Bueno, entonces visitaré al coronel de la gendarmería, de quien soy muy amigo, y le rogaré que llame a ese telegrafista y le amenace con el dedo. Ya sabes que lo hace de un modo muy artístico. Metiéndole el dedo por los ojos al inculpado y agitándolo furiosamente, grita: "¡No estoy dispuesto a consentir esas marranadas!"

—¡Oh, mezclar a los gendarmes!—exclamó Vera con un gesto de repugnancia.

—Tienes razón, Vera—aprobó su marido—; más vale no mezclar a nadie en este asunto. Empezarían a murmurar, a fantasear. Prefiero visitar yo mismo a ese joven—. ¿O acaso no será ya joven? Tal vez sea un señor de sesenta años... Es lo mismo, le visitaré, le devolveré el brazalete y le haré ver lo inconveniente de su conducta.

—¡Yo iré contigo!—le interrumpió bruscamente Nicolás—. Eres demasiado suave. Déjame a mí hablarle... Y ahora, amigos míos, permitidme que me vaya a mi cuarto. Tengo todavía que leer dos legajos.

Consultó su reloj y se dirigió a la puerta.

—No sé por qué, pero me da lástima ese desgraciado—dijo Vera con acento de indecisión.

—¡Haces mal en compadecerle!—contestó Nicolás—. No se lo merece. Si un hombre de nuestro círculo se hubiera permitido una cosa semejante, tu marido le hubiera provocado un duelo. Y si no lo hubiera hecho él, lo hubiera hecho yo. Con tu telegrafista, naturalmente, no podemos batirnos. En otra época me hubiera limitado a ordenar a la servidumbre que se lo llevase a la cuadra y le diesen unos centenares de vergajazos...

Y volviéndose a su cuñado, añadió:

—Espérame mañana en tu despacho; te telefonaré el resultado de mis indagaciones.

X

La escalera estaba sucia; olía a ratones, a gatos, a petróleo y a ropa mojada.

En el sexto piso el príncipe se detuvo.

—Espera un poco—le dijo a su cuñado—. Voy a descansar un instante... ¡Está muy mal, querido, lo que vamos a hacer!

Subieron aún algunos escalones, y se encontraron, por fin, ante la puerta que les habían indicado. La obscuridad era tan grande que Nicolás tuvo que encender unas cuantas cerillas para asegurarse de que no se habían equivocado de número.

Cuando sonó la campanilla, la puerta se abrió y apareció en el umbral una mujer gruesa, canosa y con gafas. Su cuerpo hallábase encorvado, al parecer, por una enfermedad.

—¿El señor Yeltkov, está en casa?—preguntó Nicolás.

La mujer dirigió una mirada inquieta a los dos hombres. Su exterior correcto pareció tranquilizarla.

—Sí, está en su cuarto. Tengan ustedes la bondad de pasar. La primera puerta a la izquierda.

El príncipe dió tres sonoros golpes en la puerta indicada.

Se oyó un ligero movimiento, y luego una voz débil, que dijo:

—¡Adelante!

La habitación, casi cuadrada, era baja de techo, pero espaciosa. La iluminaba débilmente la luz que penetraba por dos ventanitas redondas semejantes a las de los barcos. Toda ella, en conjunto, parecía un camarote de un buque mercante. Junto a una pared había una cama muy estrecha; junto a otra, un amplio canapé cubierto con un magnífico y viejo tapiz persa; en medio, una mesa con un tapete bordado a la ucraniana.

En los primeros momentos, los dos visitantes apenas distinguieron la fisonomía del dueño de la habitación, que se hallaba vuelto de espaldas a la luz, y se frotaba, confuso, las manos. Era alto, delgado, de larga cabellera rubia.

—Si no me engaño, usted es el señor Yeltkov —inquirió con acento altivo Nicolás.

—Sí. Servidor de usted. Tengo mucho gusto en conocerle. Permítame presentarme.

Yeltkov dió dos pasos en dirección a Nicolás con la mano terdida. Pero el fiscal, como si no la hubiera visto, se volvió al príncipe Chein.

—¿Ves? ¿No te decía que no me engañaba?

Yeltkov, con sus dedos agudos y largos, comenzó a abotonarse y desabotonarse la americana. Al cabo logró dominarse, y señalando al canapé y saludando torpemente, trabajosamente, con voz débil, dijo:

—Les ruego a ustedes que tomen asiento.

Ya los visitantes distinguían su fisonomía. Era muy pálido, de rostro delicado como el de una muchacha, y barbilla infantil con un agujerito en

medio. Se le podía suponer entre los treinta y los treinta y cinco años.

—¡Muchas gracias!—dijo sencillamente el príncipe, que le miraba con atención.

—¡Gracias!—dijo a su vez, pero más secamente, Nicolás.

Y ni uno ni otro se sentaron.

—No venimos sino por algunos minutos—empezó Nicolás—. Este señor es el príncipe Basilio Lvovich Chein, presidente de la nobleza de la región; yo soy el fiscal sustituto, Nicolás Nicolaievich. El asunto de que voy a tener en seguida el honor de hablar a usted nos concierne al príncipe y a mí, o, más bien, a la esposa del príncipe, es decir, mi hermana.

Yeltkov, terriblemente confuso, se dejó caer en el canapé, y balbuceó con los labios mortalmente pálidos:

—¡Les ruego a ustedes, señores, que se sienten!

Luego, recordando quizá que les había ya hecho, sin éxito, tal proposición, se levantó bruscamente, corrió a la ventana y volvió al mismo sitio. Sus manos, nerviosas, inquietas, ya tocaban los botones de su americana, ya su bigote rubio, ya su rostro.

—¡Estoy a las órdenes de vuestra excelencia!—dijo al fin, con voz sorda, dirigiéndole al príncipe miradas suplicantes.

Pero el príncipe callaba. Quien tomó la palabra fué su cuñado.

—Ante todo—dijo—, permítame usted que le devuelva su regalo.

Sacó de su bolsillo el estuche con el brazaletes, y lo puso cuidadosamente sobre la mesa.

—Este brazaletes hace, sin duda, honor a su gusto de usted; pero le rogamos encarecidamente que tales... sorpresas no se renueven.

—Les ruego a ustedes que me perdonen... Harto se me alcanza la incorrección de mi conducta—balbució Yeltkov, con los ojos bajos y poniéndose colorado—. ¿Puedo permitirme, señores, ofrecer a ustedes una taza de te?

—Celebro mucho, señor Yeltkov—continuó Nicolás, fingiendo no haber oído las últimas palabras—ver que es usted un hombre bien educado, un “gentleman” capaz de comprender una insinuación. Estoy seguro de que nos pondremos inmediatamente de acuerdo. Usted persigue a la princesa Vera Nicolaievna hace siete u ocho años, ¿no es eso?

—Sí—respondió Yeltkov suavemente, bajando los ojos ante aquel nombre sagrado para él.

—Y hasta ahora no hemos tomado ninguna medida contra usted; aunque no se le ocultará que no sólo nos asiste el derecho, sino que tenemos el deber de tomarla, ¿verdad?

—Sí.

—Pero su último acto de usted, el envío de este brazaletes, ha traspasado los límites de nuestra paciencia. ¿Comprende usted? Nuestra paciencia se ha agotado. No le ocultaré a usted que nuestro

primer pensamiento ha sido... recurrir a la autoridad; pero no lo hemos hecho, y me alegro, al ver, lo repito, que es usted un "gentleman", un hombre bien nacido...

—Perdón, ¿ha dicho usted...—preguntó de pronto Yeltkov echándose a reír—ha dicho usted que tenía la intención de recurrir a la autoridad? ¿No es eso? ¿Es eso lo que ha dicho usted?

Se metió las manos en los bolsillos, se repantigó en el extremo del canapé, sacó después un cigarrillo y lo encendió.

—¿Con que ha dicho usted que su intención era dirigirse a la Policía?... Perdóneme, príncipe, que me haya sentado. Bueno; puede usted continuar, señor.

El príncipe acercó la silla a la mesa y se sentó también. Miraba atentamente, con profunda curiosidad, a aquel hombre extraño.

—Y tenga usted en cuenta, querido, que dicha medida queda siempre a nuestra disposición—dijo con una sonrisa insolente Nicolás—. Su conducta de usted constituye una verdadera irrupción en una casa honorable...

—Permítame que le interrumpa...

—¿No, déjeme usted hablar!—gritó casi groseramente el fiscal sustituto.

—Como usted quiera. Hable, le escucho. Pero quisiera decirle algunas palabras al príncipe Basilio Lvovich.

Y sin hacer caso de Nicolás, Yeltkov se dirigió al príncipe:

—Este es el momento más penoso de toda mi vida. Es necesario, príncipe, que yo le hable a usted francamente y por encima de todas las conveniencias sociales. ¿Quiere usted escucharme?

—Le escucho a usted—contestó el príncipe.

Y advirtiendo que su cuñado manifestaba de nuevo la intención de hablar, le dijo con tono de impaciencia:

—¡Pero cállate, Kolia, deja hablar!

Durante algunos instantes, Yeltkov respiró trabajosamente, como si se ahogase, y luego, como si se lanzase de una montaña al fondo de un abismo, comenzó a hablar de una manera apresurada, sin mover apenas los labios, cuya mortal palidez no había desaparecido.

—Es difícil, príncipe, dirigirle a un hombre unas palabras tan fuera de lo usual como... “Amo a su mujer de usted”. Pero siete años de un amor desesperado... y muy correcto, me dan, me atrevo a decirlo, cierto derecho. Confieso que al principio, cuando Vera Nicolaievna era todavía soltera, tuve la audacia de escribirle algunas cartas estúpidas, y hasta de esperar contestación. Confieso también que mi último acto, el envío del brazalete, ha sido más estúpido aún. Pero... le miro a usted a los ojos, y veo que me comprende usted... Siento que nunca tendré fuerzas para dejar de amarla... Dígame usted, príncipe, dígame francamente qué haría usted para poner fin a... mi sentimiento. Usted podría, por ejemplo, conseguir que me expulsaran

de la ciudad, como ha dicho Nicolás Nicolaievich; pero eso no me impediría seguir amándola. Usted podría meterme en la cárcel; pero desde allí también podría yo, de vez en cuando, darle muestras de mi existencia. Como ve usted, esas medidas serían inútiles. Sólo queda un remedio: que yo desaparezca de la vida. Y yo estoy dispuesto a morir. Acepto la muerte en la forma que a usted le plazca.

—En vez de ir al grano—dijo Nicolás poniéndose el sombrero—, estamos hablando de exquisiteces sentimentales. Y, sin embargo, la cuestión es bien clara: se le propone a usted el dilema de renunciar definitivamente a la persecución de la princesa, o atenerse a las consecuencias de su tenacidad, dada nuestra posición, nuestras relaciones, etc., etc.

Yeltkov ni le miró siquiera, aunque oyó sus palabras. Dirigiéndose siempre al príncipe, preguntó:

—¿Me permite usted salir diez minutos? No se lo oculto a usted: quiero hablar por teléfono con la princesa Vera Nicolaievna. Le prometo a usted referirle nuestra conversación tan al detalle como me sea posible.

—Vaya usted—dijo Chein.

Cuando el príncipe y su cuñado se quedaron solos, Nicolás, encolerizado, protestó:

—¡Es imposible! ¡Es inadmisibile! En lugar de dejarme, como te he rogado, arreglar este asunto, entablas con este insensato un diálogo sentimen-

tal, le permites que hable de su amor... ¡Yo hubiera terminado en dos palabras la cuestión!

—Espera—dijo el príncipe—. En seguida va a aclararse todo. Yo sólo te puedo decir que al verle ante mí, al mirar su rostro, no dudo un momento que este hombre es incapaz de mentir, que este hombre es sincero. Y, en efecto, Kolia, hazte cargo: ¿tiene él la culpa de amar así? ¿Se puede dominar un sentimiento de ese género?

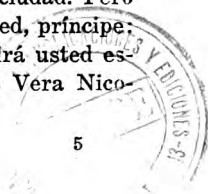
Calló un instante y añadió:

—Le compadezco con toda mi alma. Advierto que me hallo ante una profunda tragedia espiritual que me inspira respeto.

—¡Decadencia pura!—dijo Nicolás.

Al cabo de diez minutos volvió Yeltkov. Sus ojos brillaban y parecían aún más profundos; se diría que los inundaban lágrimas invisibles. Se veía que el joven había olvidado por completo las conveniencias y no ponía ya cuidado en su modo de conducirse ante la gente. El príncipe comprendió su estado de alma.

—Bueno, estoy dispuesto—dijo Yeltkov—. Desde mañana no oirá usted hablar más de mí. Podrá usted considerarme como muerto. Supongamos que he cometido un delito; por ejemplo: un desfalco, que me obliga a huir de la ciudad. Pero pongo una condición... Le hablo a usted, príncipe; pongo una sola condición: me permitirá usted escribirle por última vez a la princesa Vera Nicolaievna.



—¡No! ¡Hay que acabar de una vez para siempre!—gritó Nicolás—. ¡Nada de cartas!

—Bueno, puede usted escribir—dijo el príncipe con dulzura.

—Se acabó, pues—manifestó Yeltkov con una sonrisa extraña—. No volverá usted a oír hablar de mí, y, naturalmente, no volverá a verme. La princesa Vera Nicolaievna no quería al pronto hablar conmigo. Cuando le he preguntado si me permitía quedarme en la ciudad para verla, aunque fuera muy de tarde en tarde, sin importunarla, como es natural, con mi presencia, me ha contestado: “¡Si supiera usted hasta qué punto me molesta esta historia! Le ruego que la acabe lo más pronto posible.” Bueno, voy a acabarla. Me parece que he hecho cuanto he podido hacer...

Por la noche, de vuelta en la casa de campo, el príncipe Basilio Lvovich le contó a su mujer todos los detalles de su entrevista con Yeltkov. Creía de su deber hacerlo.

Vera, aunque muy turbada por el relato, no manifestó asombro alguno.

Cuando, más tarde, su marido fué a su habitación, contestó con un obstinado silencio a todas sus preguntas. Luego, de pronto, se volvió hacia la pared y dijo:

—Déjame. Estoy segura de que ese hombre va a matarse.

XI

La princesa Vera Nicolaievna nunca leía periódicos, porque le ensuciaban las manos y porque su lenguaje le parecía demasiado obscuro y casi no lo entendía.

Pero quiso el destino que abriera uno precisamente por la plana donde se leía el siguiente suelto:

“Muerte misteriosa. Ayer tarde, a las siete aproximadamente, puso fin a sus días el telegrafista G. S. Yeltkov. Su trágica resolución, según explica en una carta, obedeció a una malversación de fondos del Estado.”

Vera se quedó aterrada.

“Yo presentía—pensó—este fin trágico... ¿Era amor, o locura?”

Se pasó todo el día paseando por el jardín; su turbación creciente no le permitía estarse quieta. Pensaba sin cesar en aquel hombre desconocido, a quien nunca había visto ni vería ya nunca.

“Acaso hayas encontrado en tu camino un verdadero amor, dispuesto a todos los sacrificios”, recordó que le había dicho el general Anasov.

A las seis de la tarde, el cartero dejó una carta para ella. Vera reconoció en seguida la letra de Yeltkov. Con una ternura que la sorprendió rompió el sobre. He aquí lo que le escribía Yeltkov:

“No tengo yo la culpa, Vera Nicolaievna, de que Dios haya querido inspirarme como una felicidad inmensa el amor a usted. No sé por qué, pero nada me interesa en la vida: ni la política, ni la ciencia, ni la filosofía, ni la idea de hacer feliz a la humanidad. Así es que mi vida entera estaba reconcentrada en usted.

Advierto ahora que yo había entrado en su vida de usted como una cuña aguda y molesta. Si puede usted, perdóneme. Hoy parto y no volveré nunca, y nada ya la hablará a usted de mí.

Le estoy a usted infinitamente agradecido por el mero hecho de existir. He sondeado cuidadosamente mi alma, y puedo asegurar que no es una locura, una idea fija lo que la turba, sino el amor en que Dios la ha inflamado para hacerme feliz.

Harto se me alcanza que soy un ser ridículo a sus ojos de usted y a los de su hermano Nicolás Nicolaievich. Al partir, le doy a Dios ardientes gracias por todo.

Hace ocho años que la vi a usted en un palco del circo, y en seguida me dije: *La amo porque no hay nada en el mundo que se le parezca y porque es más bella que todas las demás criaturas del mundo. En ella se encarna toda la belleza de la tierra. ¿Qué puedo hacer? ¿Huir? ¿Trasladarme a otra ciudad? No serviría de nada; mi corazón seguiría siempre lleno de usted, a sus plantas; todos los momentos de mi vida estarían ocupados por su recuerdo de usted; mis pensamientos, mis sueños, estarían consagrados a usted.*

Me hace enrojecer de vergüenza el estúpido envío del brazalete. Ha sido una grave inconveniencia. Me imagino lo que se habrán reído ustedes cuando haya llegado el regalo.

Dentro de diez minutos parto; sólo me queda el tiempo de ponerle un sobre a esta carta y echarla al buzón, pues no quiero confiársela a nadie. Quémela usted. Tengo la chimenea encendida, y estoy viendo quemarse en ella cuanto me es caro: su pañuelo de usted, que—lo confieso—le robé un día que se lo dejó usted olvidado en una silla al irse del Club; la cartita en que me prohibía usted escribirle, y que yo cubrí de besos locos; el programa que dejó usted caer al salir de la exposición de Bellas Artes... Todo se acabó. Todo lo he echado al fuego.

Estoy casi seguro de que alguna vez se acordará usted de mí. Si, en efecto, se acuerda, aunque sea un instante, tenga la bondad de tocar la sonata de Beethoven Son. N. 2, op. 2. Sé que es usted muy filarmónica y que no falta a ningún concierto donde se interpreta a Beethoven.

No sé cómo acabar esta carta. De todo corazón le doy a usted las gracias por haber sido mi única alegría, mi único consuelo, mi única fuente de felicidad. Que Dios se la dé a usted muy grande sobre la tierra, y que nada mezquino ni efímero turbe su hermosa alma.

Le besa a usted las manos,

G. S. Y."

Vera entró en el cuarto de su marido, con los ojos rojos de llanto, y después de enseñarle la carta le dijo:

—No quiero ocultarte nada: siento que algo terrible ha entrado en nuestra vida. Tú y Nicolás debéis de haber cometido algún error en vuestra entrevista con este desgraciado...

El príncipe leyó atentamente la carta, la dobló con cuidado, y, tras un largo silencio, dijo:

—No me cabe duda de que este hombre era sincero.

—¿Ha muerto?—preguntó Vera.

—Sí, ha muerto. Estoy seguro de que te amaba con un verdadero amor. No era un loco. Cuando estuve en su casa pude estudiar su rostro, sus gestos, sus movimientos, y adquirí la convicción de que estaba en ti toda su vida. Me parecía asistir a un terrible drama, no soportable por un hombre. Casi me parecía verle ya muerto. Yo no sabía qué decirle ni qué hacer...

—Oye, querido—le interrumpió Vera—, si me lo permites, iré a la ciudad a verle.

—Te lo ruego, Vera.

XII

Vera Nicolaievna dejó su coche en una calle próxima a aquella en que vivía Yeltkov.

Como sabía la dirección, encontró con facilidad su alojamiento.

La mujer gruesa y enferma le abrió la puerta y preguntó:

—¿A quién busca usted, señora?

—Al señor Yeltkov.

La "toilette" de Vera y su tono un poco imperioso debieron de impresionar a la mujer, que contestó:

—Tenga usted la bondad de entrar. La primera puerta a la izquierda. ¡Pobre desgraciado! ¡Qué fin tan trágico! Y la desgracia que le había ocurrido era reparable: había malversado fondos del Estado; pero eso no valía la pena de que se suicidase. Debía habérmelo dicho. Aunque no soy rica y sólo vivo de lo que me pagan mis huéspedes, sin embargo..., siempre hubiera podido encontrar seiscientos a setecientos rublos para que él llenase la laguna... ¡Si supiera usted qué bueno era! Llevaba ocho años en casa, y yo le consideraba como mi propio hijo...

Vera se sentó en una silla que había en el recibidor.

—Su difunto huésped era amigo mío—dijo—. Cuénteme algo de él, de sus últimos días, de sus últimas palabras...

—Mire usted, señora: ayer tarde vinieron dos caballeros... Tuvieron con él una larga conversación. Me dijo que le ofrecían la plaza de gerente de una gran empresa; salió a hablar por teléfono y volvió muy contento. Cuando se fueron los dos señores, se puso a escribir una carta y fué a echarla después al correo. A los pocos minutos de

su vuelta, oímos algo como el disparo de un revólver de juguete y no hicimos caso. A las siete de la tarde tomaba siempre el te. La doncella que se lo llevaba llamó a la puerta, y viendo que no contestaban, nos asustamos atrozmente. Descerrajada la puerta, lo encontramos muerto...

—¡Cuénteme usted algo del brazalete!—suplicó Vera.

—¡Ah, sí, se me había olvidado! ¿Cómo lo sabe usted?... Antes de escribir la carta entró en mi cuarto y me preguntó: “¿Es usted católica?” “Sí”, le dije. “Entonces—continuó—muy bien: ustedes los católicos tienen la buena costumbre de engalanar la imagen de la Santísima Virgen con sortijas, collares y toda clase de joyas. Hágame usted la merced de ponerle este brazalete.” Naturalmente, se lo prometí.

—Yo quisiera verle. ¿Sería posible?—preguntó Vera.

—¿Por qué no? Por aquí, la primera puerta a la izquierda. Querían llevarse el cuerpo a la clínica para hacerle la autopsia; pero su hermano se ha opuesto... Tenga la bondad de pasar.

Vera hizo acopio de toda su presencia de ánimo y abrió la puerta.

En la habitación olía a incienso. Había tres velas encendidas. En medio, sobre una mesa, yacía Yeltkov. Su cabeza descansaba en una almohadita muy baja. Había algo solemne en sus ojos cerrados. Sus labios apretados conservaban una sonrisa feliz y tranquila, como si hubiera descu-

bierto al morir un misterio profundo y dulce que aclarase toda su vida. Vera había visto la misma expresión de paz y de dicha en las mascarillas de Puckiny, de Napoleón.

—¿Quiere usted que la deje sola?—preguntó la buena mujer en voz baja.

—Sí... Luego la llamaré a usted...

Cuando se quedó sola, Vera sacó del bolsillo de su corpiño una gran rosa roja; levantó un poco la cabeza del cadáver y colocó la flor debajo.

En aquel instante comprendió que el amor verdadero, ideal con que sueñan todas las mujeres, estaba sepultado en el fondo de aquel corazón muerto. Y se acordó de las palabras del viejo general Anosov, que le hablaba de un amor único, sublime, dispuesto a todos los sacrificios.

Apartando con ambas manos los cabellos de la frente del muerto, oprimió sus sienes y le dió en la frente fría y húmeda un cariñoso beso.

Cuando se marchaba, le dijo la buena mujer:

—Veo que ha sentido usted sinceramente la muerte del infeliz. Mire usted, el señor Yeltkov, poco antes de su suicidio, me dijo: "Si yo me muriese—lo que le puede suceder a todo el mundo—, y una señora viniese a verme, dígame usted que la mejor obra de Beethoven es..."

Se registró el bolsillo y sacó un papelito.

—Aquí está... Me lo apuntó ex profeso... Mire usted.

—A ver...—dijo Vera alargando la mano.

Pero las fuerzas le faltaron de pronto y se dejó caer en la silla llorando.

—Le pido a usted perdón... ¡Es tan doloroso! Tengo el corazón oprimido...

Y al través de las lágrimas, la princesa leyó las palabras siguientes: "L. van Beethoven. Son. N. 2, op. 2. Largo apassionato."

XIII

Vera Nicolaievna volvió a su casa muy tarde, y se alegró mucho de que ni su marido ni su hermano se encontrasen allí. Quien la esperaba era la pianista Yenny Reiter. Turbada, conmovida, Vera corrió hacia ella, y besando sus bellas y largas manos, exclamó:

—¡Querida Yenny, toca algo!

Y en seguida salió al jardín y se sentó en un banco, muy cerca de la ventana abierta para escuchar la música.

—¿Qué quieres que toque?—preguntó Yenny.

—La sonata de Beethoven N. 2, op. 2. Largo apassionato.

Un instante después resonaban en el jardín los acordes admirables, únicos por su profundidad.

Conmovidísima, Vera escuchaba, con los ojos cerrados. Le parecía que los sonos dulces y emocionantes de aquella sonata contaban la historia de una vida gustosamente sacrificada en aras del amor, sin una queja, sin un reproche. Hasta le parecía oír las palabras que los acompañaban:

“No temo a los sufrimientos ni a la muerte, y antes de morir canto tu gloria, hermosa mía.

Recuerdo cada uno de tus movimientos, recuerdo tu voz, tu sonrisa, y esas añoranzas son dulces cual la puesta de sol de una tarde de mayo. Mas no quiero que sufras, y me voy de la vida. Dios lo quiere así.

En mi último instante, a ti vuelan todas mis plegarias. La vida podría ser bella para mí, pero es preciso que me vaya. ¡Cállate, pobre corazón, es preciso!

Cuantos te veían admiraban tu belleza, y yo te adoraba como a mi sol, como a la más hermosa estrella de mi cielo. Pero es preciso que me vaya, que deje de turbar tu vida.

El tiempo pasa. Ya es hora. ¡Muero, pero antes de morir canto tu gloria, hermosa! He aquí la muerte. Llega. Con mis últimas fuerzas, con mi último aliento bendigo tu nombre. ¡Gloria, gloria a ti!”

Vera abrazó el tronco de la acacia bajo cuya fronda estaba sentada, y empezó a llorar dulcemente. El árbol se movía de un modo suave. Un viento acariciante, como apiadado del hondo dolor, agitaba las hojas. El olor de las flores se hizo más intenso. Y los acordes admirables siguieron resonando en el aire vespéral, acompañados—tal se le antojaba a la princesa—de nuevas palabras de amor...

“Cálmate, querida. Piensas en mí, ¿verdad? Tú eres mi única, mi última pasión. Cálmate, no llo-

res más. Estoy contigo. Acuérdate de mí y estaré contigo, pues nos hemos amado durante un instante muy corto, pero que supera a la eternidad ¿Piensas en mí? ¿Piensas en mí? Percibo tu llanto, y tus lágrimas ponen una dulzura en mi reposo eterno...”

Yenny Reiter acabó de tocar; salió al jardín y se acercó a Vera.

—¿Qué te pasa?—le preguntó al verla llorar.

Y Vera, con los ojos brillantes de lágrimas, empezó a besar febrilmente el rostro, los labios y los ojos de Yenny, diciendo:

—¡Gracias a Dios! Ya estoy tranquila... ¡Me ha perdonado!...

EL MAREO

I

El mar, en la bahía, era de un color verde sucio; pero la lengua de tierra que se divisaba en el horizonte parecía de un violeta pálido. En el muelle olía a pescado y a brea.

Eran las seis de la tarde.

Había ya sonado por tercera vez la campana en el puente del barco. Aulló la sirena, al principio con voz acatarrada, algunos instantes después con una voz de bajo tan formidable que todo el barco parecía sacudido hasta el fondo. Y el terrible aullido no cesaba. Las mujeres que había sobre cubierta se tapaban, riendo, las orejas, y bajaban la cabeza; no se oía una palabra, por más que la gente se desgañitaba. Y cuando la sirena enmudeció por fin, todos experimentaron un gran alivio. Reinaba entre los viajeros la alegre agitación que suele preceder a la salida de un barco.

—¡Bueno, feliz viaje, compañera Elena!—dijo Vasiutinsky—. Van a quitar en seguida la escalera. Tengo que bajar.

—¡Hasta la vista, querido!—dijo la señora Tra-

vin estrechándole la mano—. ¡Gracias por todo! ¡He sido tan feliz en su compañía de usted y de sus amigos!... Me sentía más joven...

—Gracias a usted también, querida. Usted nos ha reanimado un poco. Somos teorizantes, tragadores de libros, y usted nos ha reavivado, nos ha sacudido.

Y Vasiutinsky estrechó la mano de la viajera con tal fuerza que le hizo daño en los dedos.

—En cuanto al mareo, no tenga usted cuidado—añadió—. Sólo cerca de Taranjut está un poco picado el mar; lo mejor será que se acueste usted, y no le sucederá nada... Salude de mi parte a su esposo y maestro. Dígale que todos esperamos con impaciencia su folleto. Si no puede publicarlo aquí, lo publicaremos en el extranjero... Se aburre usted sin él, ¿verdad?

Sin soltar la mano de Elena, la miraba cariñosamente a los ojos.

Ella se sonrió.

—Sí. Un poquito.

—Me lo figuraba. Hace diez días que no lo ve usted, y eso es grave. Bueno, “addio, mi carissimo amico”. Saludós a todos nuestros amigos de Yalta... ¡Es usted una mujercita de arrestos! ¡Palabra de honor! Hasta la vista.

Vasiutinsky bajó del barco y se colocó frente al sitio en que se hallaba Elena, la cual se apoyó en la barandilla. El viento agitaba su pelerina gris. De elevada estatura, extremadamente delgado, con su aguda perilla y sus largos cabellos gri-

sáceos sacudidos por la brisa; con su sombrero de anchas alas, y su rostro benigno, a la vez que cómicamente belicoso, parecía un Don Quijote vestido a la usanza de hace cincuenta años.

Elena le miraba. Aquel hombre, dotado de un corazón de oro, puro como un niño, que había pasado largos años deportado en la Siberia, y que, a pesar de todos sus sufrimientos, permanecía inquebrantablemente fiel a sus ideales, conservando una esperanza ardiente en la próxima emancipación del pueblo, le inspiraba una gran simpatía. Ejercía una enorme influencia sobre la juventud. El los había atraído a ella y a su esposo a la causa revolucionaria.

Sonriéndole desde lo alto del puente, Elena lamentaba no haberle besado la mano y no haberle llamado "querido maestro".

El embarque de los baúles, las maletas y demás bultos terminó por fin.

—¡Todo está a punto!—gritó abajo una voz.

—¡Quitad la escalera!—respondió otra voz arriba.

La sirena silbó por última vez.

Unos marineros con blusas azules levantaron la escalera en hombros y la dejaron a un lado. El agua comenzó a bullir bajo el barco.

Una muchachita harapienta y con la cara sucia se paseaba a lo largo del muelle con un cesto de flores.

—¿Quién quiere flores?—gritaba a cada instante.

Vasiutinsky compró un ramito de violetas medio mustias y lo lanzó a la cubierta. El ramito, antes de caer a los pies de Elena, tropezó en el sombrero de un señor fornido y anciano, que se apresuró a excusarse, como si él hubiera tenido la culpa.

Elena recogió el ramito, y, mirando con una sonrisa amistosa a Vasiutinsky, se llevó a los labios las violetas.

Mientras tanto, el barco, obediente a las voces de mando y a los silbidos, se apartaba poco a poco de la orilla, lanzando por sus agujeros inferiores chorros de agua espumosa. Como una enorme bestia mansa, consciente de inmensa fuerza y temerosa de hacer daño, avanzaba con precauciones, eligiendo, cuidadoso, el camino.

Elena no perdió de vista, durante largo rato, a Vasiutinsky, casi un palmo más alto que los demás hombres estacionados en el muelle. El agitaba su sombrero de bandido, y ella le respondía agitando su pañuelo. Pero poco a poco las personas que había en el muelle se fueron confundiendo en una masa vaga, sobre la que se agitaban, como un enjambre de mariposas multicolores, pañuelos, sombreros, paraguas.

II

Era por Navidad, y el barco iba llenísimo. Toda la popa, todos los pasadizos del puente y todos los camarotes estaban atestados de gente. En los

corredores, en los divanes, en los bancos, se amontonaban hombres, maletas, ropas. Se oían por todas partes gritos de niños. Los camareros aumentaban la batahola corriendo en todas direcciones sin ninguna necesidad. Las mujeres, como acostumbran a hacer siempre en los sitios públicos, se paraban a comadrear precisamente donde no había espacio, es decir, junto a las puertas, en los pasadizos y en los corredores estrechos, dificultando el movimiento de un modo terrible y obstruyendo el paso a todo el mundo.

Parecía imposible que se acomodase en el barco toda aquella muchedumbre de hombres, mujeres y niños. Pero poco a poco todo se arregló, se redujo, se ordenó, y cuando el barco, en medio de la bahía, empezó descuidadamente a marchar a todo vapor, había ya bastante espacio libre sobre el puente.

La señora de Travín, de pie en la popa, miraba hacia atrás, hacia la ciudad, que se alzaba, en anfiteatro blanco, sobre las montañas, y parecía coronada por un bosquecillo de finas columnas. Se distinguía sin dificultad la línea donde terminaba el agua verde-sucio de la bahía y empezaba el mar hondo y azul.

Más allá, cerca de la orilla, como un bosque despojado de hojas, erguíase un conjunto de chimeneas y de mástiles.

El mar estaba un poco agitado. Bajo la hélice, el agua parecía leche; detrás del barco se veía, en medio de la azul anchura del mar, una angosta



senda verdosa y espumante. Las blancas gaviotas, agitando pesadamente las alas, volaban al encuentro del buque.

Elena no había tenido tiempo de comer antes de partir y pensaba comer a bordo. Pero de repente notó que había perdido el apetito. Entonces bajó al camarote y le pidió una cama a la doncella. Pero ya no quedaba ni una cama libre. Aunque, ruborosa, confusa, sacó del portamonedas un rublo, la doncella se negó a tomarlo.

—Si dependiese de mí, señorita—dijo la sirvienta—, yo tendría mucho gusto en complacer a usted; pero no hay sitio. Le he cedido a una señora mi propia cama. Espero que en Sebastopol se desocupará alguna.

Elena volvió a subir a cubierta. El fuerte viento le ceñía la falda a las piernas y la obligaba a inclinarse a cada instante y a sujetarse el sombrero con la mano.

Un viejo marinero de nariz roja colgaba a la derecha del puente un instrumento cilíndrico con un cuadrante y una aguja.

—¿Qué es eso?—le preguntó Elena.

—Un instrumento para medir la velocidad del barco, señorita—explicó el marinero.

Elena llevaba ya dos años casada; pero la gente seguía llamándola casi siempre “señorita”. Aunque esto la halagaba, a veces la ponía de mal humor.

Parecía, en efecto, una muchacha de diez y ocho años, con su fino talle flexible, su pecho poco

desarrollado y sus caderas estrechas. Iba, además, vestida como una muchacha. Una faldita, una blusa inglesa y un sencillo sombrero de paja con una cintita de terciopelo.

El segundo de a bordo, un joven grueso, de hombros y pecho muy anchos, de cabellos negros, que vestía una guerrera blanca con botones dorados, inspeccionaba los billetes. Elena había reparado ya en él al subir por primera vez al barco. Estaba en pie junto a la escalera por donde subía el público. Al otro lado se encontraba otro empleado, un alumno de la Escuela marítima, fino, ágil y esbelto, con su blusa de marinero, vivo como un mono joven. Ambos seguían con la mirada a cuantas mujeres subían, y cambiaban risitas, palabras de doble sentido y muecas.

Elena se había fijado en la escena. Los rostros orientales, bellos y sensuales como el del segundo de a bordo le inspiraban honda repugnancia. El oficial debía de ser griego; sus labios carnosos, que parecían no cerrarse nunca; su barbilla rasurada, sus finos bigotes pretenciosos, sus ojos negros, semejantes a granos de café tostado, con su expresión siempre amorosa y estúpida, le eran sumamente antipáticos.

Cuando llegó a lo alto de la escalera, él y una mujer con un gran envoltorio en la mano le obstruyeron el paso. El segundo de a bordo la miró de un modo insolente y provocativo, sin dejarla pasar. Ella le dirigió una mirada indiferente y dijo, como si le hablase a un criado inoportuno:

—Déjeme usted pasar.

Y observó con placer la expresión de susto y de confusión de su rostro. Inmediatamente, el oficial, con un apresuramiento un poco ridículo, se apartó.

Inspeccionando ahora los billetes se acercó a ella. Al devolverle el billete que ella le tendió, le rozó los dedos con su mano ardorosa y, dirigiendo una mirada rápida a su anillo de boda, le preguntó, con una sonrisa maligna, tratando de poner en su acento cierta mundanidad:

—Perdón, señora... ¿viaja usted con su esposo?

—No. Voy sola—respondió ella, volviendo a otro lado la cabeza y poniéndose a mirar al mar.

Pero en aquel momento sintió un ligero vértigo. Le pareció que el puente vacilaba bajo sus pies y que su propio cuerpo perdía gran parte de su peso. Se sentó en el extremo de un banco.

Se veía apenas la ciudad entre la niebla dorada del sol poniente. Era difícil distinguir sus contornos sobre la montaña. A la izquierda, la playa arenosa, baja, ligeramente sonrosada, se confundía con el mar.

III

El segundo de a bordo pasaba a cada instante por delante de Elena en compañía de otro marino que vestía, como él, una guerrera blanca con botones dorados. Aunque no le miraba, la viajera advertía que se pavoneaba, se acariciaba con co-

quetería el bigote y clavaba en ella, insolente, sus ojos negros de carnero. Una vez le oyó decir, dirigiéndose a su camarada:

—¡Vaya una mujer!

Sin duda ninguna, lo dijo para que ella lo oyese.

—¡Sí, una mujer magnífica!—contestó el otro.

Ella se levantó con ánimo de pasar a la otra banda; pero las piernas no la obedecían. El puente vacilaba de tal modo bajo sus pies, que se veía forzada a caminar haciendo eses. Hasta entonces no había advertido que estaba muy picado el mar. Con mucho trabajo llegó a un banco de la banda opuesta y se dejó caer en él.

Las tinieblas, a poco, lo envolvieron todo. En lo alto del mástil se encendió una luz eléctrica amarillenta. Inmediatamente después se encendieron las bombillas de todo el barco. Las claraboyas del salón de primera clase y del fumadero resplandecían alegremente.

Bajó la temperatura. Un viento muy fuerte azotaba la banda donde estaba sentada Elena. Salpicaduras de agua salada le azotaban a veces el rostro y mojaban sus labios; pero se encontraba sin fuerzas para levantarse.

Experimentaba una sensación penosa, dolorosa, en el pecho, en el vientre; su frente se cubría de gotas de frío sudor, y su boca se llenaba de una saliva amarga.

Un extremo del puente se elevaba con gran lentitud, permanecía un segundo en alto, vacilan-

do, empezaba a bajar de pronto de un modo muy rápido, y, terminado su descenso, empezaba de nuevo a elevarse. Parecía que el barco respiraba pesadamente como un monstruo. Al vaivén de sus movimientos, Elena se sentía, ora pesadísima y como clavada en el banco, ora ingrávida e inestable sobremanera. Aquellos cambios le producían sufrimientos que no había experimentado en su vida.

La ciudad y la costa habían desaparecido hacía tiempo. La vista podía recorrer, sin encontrar ningún obstáculo, la circunferencia del horizonte. A lo lejos el mar estaba cubierto como de borreguitos blancos; junto al barco se abrían anchos agujeros en el agua, sobre la que blanqueaba una espuma espesa.

—¡Perdón, señora! — oyó decir, de pronto, Elena.

Alzó los ojos y vió junto a ella al segundo de a bordo, que la miraba con ojos acariciadores, inflamados por el deseo, y decía:

—Permítame, señora, que le dé un consejo: no mire usted abajo; eso produce vértigos. Es mejor mirar a lo alto y a un punto fijo, por ejemplo, una estrella. Pero lo más conveniente sería que se acostase usted.

—Gracias, no necesito nada — respondió ella, volviendo la cabeza a otro lado.

Mas él no se iba y seguía diciendo, con la voz halagadora y tierna de un hombre acostumbrado a conquistar los corazones femeninos:

—Le pido mil perdones, señora, por haberme atrevido a acercarme a usted *sín* tener el honor de conocerla; pero me parece que he tenido ya el gusto de encontrarla en otra ocasión. ¿No hizo usted, señora, el verano pasado un viaje con nosotros a Odesa? ¿Me permite usted, señora, sentarme un poco?

Elena se levantó sin mirarle.

—Escuche usted—dijo—. Se lo prevengo; si se atreve usted otra vez a ofrecermé sus servicios o sus consejos, le telegrafiaré, *én* cuanto llegue a Sbastopol, a Basilio Eduardovich para que le eche a usted en seguida de esta Compañía marítima. ¿Estamos?

Había dicho el primer nombre que se le había ocurrido; no conocía a ningún Basilio Eduardovich. Era una vieja treta muy graciosa, que había ya salvado a uno de sus amigos de la persecución de un espía, y que entonces le dió un resultado prodigioso. Creyendo que aquel falso Basilio Eduardovich era algún alto personaje con bastante influencia para hacerle perder su empleo, el griego se levantó apresuradamente y se quitó la gorra. A la luz de la luna, Elena le vió turbadísimo y muy colorado.

—En nombre de Dios—balbuceó el marino—, no crea usted, señora... palabra de honor, no ha sido mi intención...

Pero en aquel instante, de una manera súbita, el barco se inclinó hacia un lado. Elena, de seguro se hubiera caído si el segundo de a bordo

no la hubiera sostenido, cogiéndola por la cintura sin malicia alguna. Ella dijo con tono más suave:

—Muchas gracias, pero déjeme usted... Me encuentro mal.

El marino le hizo un saludo militar, tocándose con los dedos la gorra.

—¡A sus órdenes, señora!—se despidió.

Y se alejó a toda prisa.

Elena, acomodándose mejor en el banco, apoyó los brazos en la balaustrada, y en ellos la frente, y cerró los ojos. El griego, que acababa de dejarla tranquila, no le parecía ya peligroso. Lo consideraba un cobarde, miserable y ridículo.

Luego, de repente, sin ninguna razón lógica, se acordó de una canción frívola que le gustaba cantar a su hermano. Después empezó a pensar en Vasiutinsky y sus amigos y en su marido, en el trabajo que ella hacía para él en una máquina de escribir.

Trataba de imaginarse lo feliz que sería al volver a verle, después de la ausencia; pero todos sus pensamientos resbalaban por la superficie de su cerebro, parecían incoloros, lejanos, indiferentes y no conmovían el corazón. Su cuerpo estaba quebrantado y se sentía débil, como después de un síncope. Un sudor frío la cubría de pies a cabeza. Tenía las manos húmedas y como de algodón. Temía un nuevo desvanecimiento.

De pronto todo se nubló ante sus ojos; sintió en la garganta un cosquilleo extraño; su corazón em-

pezó a palpar con furia y le pareció hundirse, hundirse... Apenas tuvo tiempo de ponerse en pie y de inclinarse por encima de la balaustrada...

IV

Se sintió aliviada unos instantes.

—Sería mejor, señora, que anduviese usted un poquito—le dijo, compasivo, el señor anciano en cuyo sombrero habían tropezado las violetas de Vasiutinsky.

Estaba sentado en un banco vecino y había visto todo lo que le había sucedido.

—Pasee usted un poco al aire, tratando de respirar con menos frecuencia, pero con más fuerza. Eso es bueno.

Pero ella sacudió negativamente la cabeza, y, apoyando de nuevo la frente en la balaustrada, cerró los ojos.

Se durmió. Su sueño duró cerca de dos horas, y la sacó de él una ola que la mojó toda.

Ya era noche cerrada, una noche negra, nubosa, sin luna. El viento soplaba con violencia. El barco era fuertemente sacudido por todos lados. Una lluvia menuda caía sin cesar. El puente estaba desierto. Sólo en los lugares protegidos contra la lluvia se veían viajeros acostados.

A la izquierda, en el espacio inmenso e impenetrable de la noche, donde ya parecía rematado el mundo, se encendió de repente la clara luz de

un faro. Aquella luz aparecía y desaparecía con intervalos regulares. Elena sintió en su corazón una vaga ternura.

—Dios sabe dónde, en el desierto, en un cabo aislado—pensó—, en medio de la noche negra y de la tempestad, hay un hombre en vela, que cuida de ese faro y su luz. Quizá en este instante, mientras yo pienso en él, piense él, a su vez, en los seres perdidos en el mar, a bordo de un barco desconocido, al que el faro indica el camino.

Recordó su extravío en la estepa, en compañía de su esposo, el invierno anterior. Volvían de la estación, de noche, en medio de una horrible tempestad de nieve. El cochero, un muchacho de catorce años, se desvió del camino, entre las montañas de nieve, y empezaron a vagar, perdidos, desesperados, sin saber qué hacer. Tras ellos, ante ellos, a derecha e izquierda, la noche blancuzca no dejaba ver otra cosa que la nieve y el cielo gris. A veces se caía el caballo, rendido de fatiga, y los tres se esforzaban, hundidos en la nieve hasta las rodillas, en levantar a la pobre bestia. A ella se le helaron casi por completo las piernas y comenzó a perder la sensibilidad.

La invadió una negra desesperación. Su marido guardaba silencio, temeroso de descubrir su inquietud. El cochero, muy abatido, ni siquiera trataba ya de encontrar el camino.

De pronto gritó alegremente:

—¡Un hito!

Elena, al principio, no comprendió; no había

estado nunca en el campo, del que no conocía nada. Pero cuando vió una gran rama de pino que surgía de la nieve y divisó otra a alguna distancia y le explicaron que los campesinos marcaban con aquellas ramas el camino, sintió en su corazón una ola cálida de ternura y agradecimiento. Alguien, a quien, probablemente, no vería en la vida, se había tomado el trabajo de plantar a ambos lados del camino aquellos faros primitivos, lo cual era conmovedor, aunque lo hubiera hecho sin pensar en los viajeros extraviados. Acaso el torrero no pensase tampoco en la gratitud de la viajera sentada en el puente del barco y con los ojos fijos en el faro lejano.

Mirando aquel punto luminoso en medio del mar negro y turbado, pensaba con admiración en los grandes actos de sacrificio, en las nobles ideas que agitan a la humanidad, en los libros inmortales legados a la posteridad por sus autores. ¿No eran tales actos, tales ideas y tales libros hitos plantados a lo largo del camino misterioso por donde avanza el género humano?

El viejo marinero de nariz encarnada que Elena conocía ya, envuelto en un gabán amarillo de tela encerada, con un capuchón que le cubría la cabeza, pasó presuroso por el puente, alumbrándose con una linternita. Reconoció a Elena y se detuvo ante ella.

—¿No duerme usted, señorita? ¿Está usted mareada? Este sitio es muy malo. Cerca de Taranjut hay marejada siempre.

—¿Por qué?

—A un lado está al cabo, al otro hay enormes rocas, y el agua no está tranquila nunca. El paso, además, es muy estrecho... Ocurren muchas desgracias en este sitio. Precisamente aquí, por donde pasamos ahora, zozobró hace poco el "Vladimir", después de chocar con el "Colombie". La profundidad es aquí de ochocientos metros.

Se oyó un silbido arriba, en el camarote del capitán. El viejo marinero echó a correr, no sin antes decir precipitadamente:

—Veo, señorita, que se encuentra usted mal. Chupe usted un poco de limón; eso le sentará bien.

Elena se levantó con trabajo y comenzó a andar por el puente, apoyándose en la balaustrada y en los asideros de las puertas. Llegó así al puente de tercera clase, en el que por todas partes, en los pasadizos, sobre el toldo, sobre los cajones y los fardos, había acostados, casi amontonados unos sobre otros, numerosos viajeros, hombres, mujeres, niños. Cuando la luz eléctrica alumbraba un momento sus rostros. Elena los veía amarillos y advertía en ellos las huellas de los sufrimientos producidos por el mareo. Siguió andando. En la proa, tras un tabique de madera, había unos caballitos muy gentiles, con la cola cortada; se les transportaba a un circo de Sebastopol. Los inteligentes animales sufrían también el mareo y miraban con ojos de espanto las olas amenazadoras.

Elena bajó luego a los camarotes de segunda,

donde todos los sitios estaban ocupados. Hasta sobre los bancos del comedor yacían, vestidas, pobres gentes que gemían de dolor. El mareo las había nivelado y les hacía olvidar todas las conveniencias. A veces, la pierna de un mercader judío, calzada con una bota vieja, casi tocaba la cabeza de una hermosa mujer, elegantemente vestida.

La pesada atmósfera de los camarotes cerrados olía tan mal que Elena casi tuvo náuseas y se apresuró a subir al puente de nuevo.

El mar estaba más agitado aún. Cuando la proa, detenida un momento en lo alto de una enorme ola, descendía de pronto con rapidez vertiginosa, Elena oía bullir alrededor las ondas encrepadas.

Se encontró de nuevo muy mal. Círculos verdes danzaban ante sus ojos y lo veía todo como al través de espesa niebla. De nuevo su frente se cubrió de sudor frío y estaba a punto de desvanecerse. Se inclinó por encima de la balaustrada esperando un alivio; pero la visión de las olas embravecidas acrecentó su vértigo.

Sufría tanto que hubiera querido morir en seguida, en el acto, no experimentar más aquella sensación de angustia que le subía a la garganta. Hubiera podido tirarse al agua por la borda; pero su voluntad estaba paralizada por completo y no se sentía capaz del menor movimiento.

V

De nuevo se aproximó a ella el segundo de a bordo. Se detuvo respetuosamente a cierta distancia, con las piernas separadas, para conservar el equilibrio y balanceando el cuerpo para no caerse.

—Por Dios, señora—dijo—, no se enfade usted, no interprete mal mis palabras. Lamento infinito que no haya comprendido usted mis intenciones, cuando le hablé antes. Acaso me expresara mal; pero le juro a usted, señora, que sólo me anima el deseo de serle a usted útil. No puedo verla sufrir así. Le suplico que no me desaire... Hasta mañana estoy de guardia, y mi camarote queda completamente libre. Está a su disposición. Encontrará usted en él sábanas limpias y todo cuanto necesite... Le enviaré a la camarera... Permítame, señora, ayudarla...

Ella no contestaba; pero la idea de poder tenderse en una cama confortable y de estar acostada tranquilamente, aunque sólo fuera media hora, la encantaba. No veía nada malo en la proposición.

—Le ruego que me dé la mano... La acompañaré a usted—dijo él con voz acariciante—. Le enviaré a la camarera... Le daré a usted la llave del camarote, y podrá desnudarse, si quiere...

Poseía una voz agradable, de un timbre sincero y respetuoso, que disipaba toda duda y toda sos-

pecha; la voz de todos los Don Juanes que saben mentir a las mujeres y hacerles creer en su buena fe. Además, la voluntad de Elena estaba completamente paralizada, anulada, por el acceso terrible de mareo.

—¡Si supiera usted cómo sufro!—gimió débilmente, casi sin fuerzas para despegar los labios y pálida como un cadáver.

—Vamos, vamos — insistió él con afectuoso acento.

Y con la tierna delicadeza de un hermano, la ayudó a levantarse, sosteniéndola por un brazo.

Elena no se resistió.

El camarote del segundo de a bordo era muy pequeño. Apenas había en él sitio para una cama y una mesita; entre una y otra existía el espacio preciso para una sillita plegable. Pero todo era nuevo, limpio, resplandeciente, cuco. La colcha, de terciopelo, estaba a medio levantar; las sábanas immaculadas, sin ninguna arruga, encantaban con su blancura.

Una lamparita eléctrica proyectaba una suave luz, tamizada por una pantalla verde. Junto al espejo, sobre el tocador de anacardo, había un violero con narcisos y lirios.

—Le suplico a usted—dijo el griego, evitando las miradas de Elena—que se considere en su cuarto... Aquí encontrará cuanto necesite para la "toilette". El camarote está a su disposición, señora. Es nuestro deber de marinos servir a la bella mitad del género humano.

Con una risita dió a entender que aquellas palabras no eran sino una broma amistosa, inocente.

—Considérese en su cuarto. No tema nada—repitió.

Y salió del camarote.

Sólo un momento, desde el umbral de la puerta, miró a la viajera; y no a los ojos, sino más arriba, a la línea donde acababa la nieve de su frente y comenzaba el oro de su cabellera.

Un miedo instintivo, algo como un resto de prudencia, turbó de pronto a Elena; pero en aquel momento el suelo del camarote sufrió una sacudida tan fuerte, que la joven, casi desmayada, se dejó caer en el lecho, cruzadas las manos bajo la nuca. Cuando se sintió un poco mejor, extendió la colcha sobre la cama y comenzó a desabrocharse los botones y los corchetes de la blusa, el corpiño y el corsé, que la apretaba demasiado y dificultaba su respiración. Luego se acostó boca arriba, colocó la cabeza sobre las almohadas y estiró las piernas entumecidas.

Al punto se sintió aliviada, casi feliz.

—Voy a descansar un poco, y luego me desnudaré—pensó con placer.

Cerró los ojos. La luz de la lámpara acariciaba dulcemente sus pupilas al través de sus párpados. Los vaivenes del barco no la molestaban ya tanto. Advertía la aproximación de un dulce sueño, portador del descanso y del olvido de sus sufrimientos, y temerosa de ahuyentarlo, no se movía.

Pero alguien llamó a la puerta. Recordando que no la había cerrado con llave, se atemorizó un poco; mas no tardó en tranquilizarse al pensar que podía ser la camarera quien llamaba, y gritó, incorporándose:

—¡Adelante!

Se abrió la puerta y penetró el segundo de a bordo. El terror estremeció a la joven.

El griego llevaba la cabeza baja y no la miró; pero Elena oyó con alarma su pesada y profunda respiración.

—Perdón, señora—dijo el marino con voz sorda—. Me he dejado aquí el periódico. Pareció buscarlo sobre la mesita, encorvado y vuelto de espaldas a Eléna. A ella se le ocurrió levantarse y salir del camarote; pero, como si hubiera adivinado su pensamiento, el griego se lanzó, con la violencia de una fiera, a la puerta, y le dio dos vueltas a la llave.

—¿Qué hace usted?—gritó ella, pintado el horror en el semblante.

De una manera suave y al mismo tiempo enérgica, él la hizo sentarse de nuevo en la cama y se sentó a su lado. Con mano temblorosa empezó a desabrocharle la blusa. La pasión ponía en sus manos un calor de fiebre. Su respiración se tornó jadeante. Su rostro se tiñó de púrpura y las venas de su frente se hincharon.

—Querida—dijo con brutal y ciego arrebató—. Querida... quiero ayudarla a usted... quiero ser su doncella... No, no... no crea usted que me guian

malas intenciones... ¡Dios mío, qué pecho!... ¡Qué cuerpo!

Apoyó en el pecho desnudo de la joven su cabeza inflamada, y balbuceó:

—Hay que desabrocharla a usted por completo... será muy conveniente... No crea usted, por Dios. Nada más que un minuto... nada más que un minuto... Nadie lo sabrá... nadie en el mundo... Nada más que un minuto

Ella le rechazaba con todas sus fuerzas, apoyando las manos contra su pecho, y repetía, llena de asco, con voz ahogada por la cólera:

—¡Déjeme usted! ¡Puerco... canalla!... Nadie se ha atrevido jamás a tocarme... ¡Váyase! ¡Oh, canalla!

Luego, bajo el imperio del horror y la furia, empezó a dar gritos inarticulados, con voz penetrante; pero él se apresuró a taparle la boca con sus labios húmedos. La joven se resistía desesperadamente, le mordía los labios, y cuando con seguía apartarlo por un momento, gritaba y le escupía a la cara.

De pronto sintió que la debilidad se apoderaba nuevamente de todo su ser y que estaba a punto de desvanecers. Le pareció que sus piernas y sus brazos se volvían de algodón y perdió toda fuerza de resistencia.

—¡Dios mío, Dios mío!—gimió—. Lo que ha hecho usted es peor que un asesinato... ¡Dios mío, Dios mío!

En aquel momento llamaron a la puerta. El se-

gundo de a bordo abrió y apareció en el umbral el alumno de la Escuela marítima, el joven parecido a un mico que Elena había visto junto a la escalera, cuando subía al barco.

La viajera se tapó los ojos con las manos y lanzó un grito desgarrador.

VI

Amaneció. Se descargaban las mercancías y desembarcaban los viajeros en Eupatoria, cuando Elena se despertó, en el puente, a causa de la niebla fría. El mar estaba tranquilo y acariciador. Al través de la niebla se veían ya los rayos del sol naciente. Se distinguía apenas a lo lejos la línea amarilla de la playa.

Sólo entonces, al recobrar⁹ el conocimiento a la luz del día, comprendió todo el horror de la noche pasada. Recordó al segundo de a bordo, después al alumno de la Escuela marítima, luego nuevamente al segundo de a bordo. Recordó cómo el griego, después de su crimen, la había sacado brutal y cínicamente del camarote. Y este recuerdo era el más doloroso de todos. En Sebastopol, el barco se detuvo durante tres horas, para desembarcar y embarcar innumerables cajones, baúles, fardos, barras de acero, sacos, planchas, etc.

La niebla se disipó. La hermosa bahía redonda, rodeada de playas amarillas, parecía dormir

plácidamente. Lanchitas de vapor, ligeras y hábiles, surcaban en todas direcciones la superficie del agua. Iban y venían veloces los botes blancos de la marina militar. Los marineros remaban metódicamente, con movimientos isócronos, como un solo hombre.

Elena bajó a tierra y, sin objeto determinado, atravesó la ciudad en tranvía eléctrico. La ciudad, montañosa y blanca, parecía desierta, moribunda. Se diría que no había en ella sino oficiales de marina, marineros y soldados, como en una plaza conquistada.

Estuvo sentada un rato en el jardín público, mirando con indiferencia el césped, las palmeras y los arbustos, cuidadosamente podados, y oyendo con no mayor interés la música de la charanga. Luego volvió al barco.

A la una de la tarde el barco zarpó. Entonces, cuando ya todo el mundo había acabado de almorzar, bajó ella, casi escondiéndose, como una ladrona, al comedor. Se sentía tan humillada, que evitaba la presencia de los demás seres humanos y prefería la soledad. Luego que hubo almorzado, tuvo que hacer un gran esfuerzo para subir de nuevo a cubierta: tal era su temor de encontrarse con gente. Hasta la llegada a Yalta permaneció sentada en un rincón esquivo, la cabeza apoyada en la barandilla.

La playa, arenosa y amarillenta, se iba elevando poco a poco. Se veían de vez en cuando en ella manchas de verdura. Un viajero sentado

ne lejos de Elena, con una guía abierta en la mano, hablaba en voz alta, para atraer sobre él la atención, de los sitios por donde pasaba el barco. Elena le escuchaba con absoluta indiferencia, abrumada por la pesadilla que había vivido durante aquella horrible noche. Se sentía como cubierta, de pies, a cabeza, de lodo, y contemplaba tristemente los encantadores paisajes de la Crimea.

Ante sus ojos iban pasando el cabo Fiolet, rojo, enhiesto, con sus rocas agudas y como a punto de caer al mar, sobre las que se alzaba en otro tiempo el templo de una diosa cruel, a quien los creyentes sacrificaban hombres vivos, y desde las que eran lanzados al mar los prisioneros; la ciudad de Balaclava, con la silueta vaga de una torre en ruinas sobre la montaña; el cabo Aya, cubierto de bosque; el cabo Lasti, todo verde; Foros, con su iglesia bizantina alzándose sobre una a modo de bandeja. Más lejos extendíanse parques magníficos alrededor de blancas villas, y se veían los tejados planos de algunos caseríos tártaros.

El mar, tranquilo, acariciaba con sus ondas el casco del buque. Algunos grandes peces jugaban en el agua.

Un fuerte olor acre de mar penetraba en los pulmones. Pero Elena lo respiraba sin placer. Experimentaba una sensación extraña. Parecíale que no habían sido hombres, sino algún ser superior, omnipotente, malvado y burlón, quien ha-

bía, de un modo estúpido, mancillado su cuerpo y su pensamiento, abatido su orgullo y robádole para toda la vida la confiada y serena alegría de vivir. No sabía qué debía hacer, y pensaba en ello de la misma manera vaga e indiferente que miraba a la costa, al cielo y al mar.

El pasaje se agrupaba en la banda izquierda del barco. Entre los pasajeros vió Elena al segundo de a bordo, que le dirigió una mirada rápida y furtiva, volvió la espalda y se ocultó tras un camarote cercano. En su faz, en su actitud y en su mirada, Elena leyó la repugnancia y el desprecio. Y se sintió enlazada a él para toda la vida, le pareció haber descendido irreparablemente a su nivel moral.

El barco pasó luego por cerca de Alupka, con su vasto palacio de mármol de estilo morisco, y su espléndido parque; después, ante los ojos encantados de los pasajeros, fueron apareciendo otros parajes pintorescos. El barco se acercaba a Yalta. Todos los viajeros preparaban sus equipajes para el desembarque. Como sucede siempre en los barcos, en los trenes y en las estaciones, la gente, llena de una estúpida nerviosidad, estaba agitada y despacible. Tropezaba con Elena, le pisaba los pies y la falda. La joven ni siquiera volvía la cabeza. Pensaba con terror en su esposo. Intentaba en vano imaginarse la cara que pondría al verle y lo que le diría. ¿Tendría valor para decírselo todo? ¿Y qué haría él entonces? ¿La perdonaría? ¿Montaría en cólera? ¿Sen-

tiría por ella una piedad profunda, o la rechazaría como a una mujer liviana y pérfida?

Siempre que pensaba en el momento en que se decidiría al cabo, a abrirle su lacerado corazón, se ponía pálida y cerraba los ojos de espanto.

Fueron desfilando ante el barco el umbrío parque de Oreanda, las nobles ruinas del Palacio de Mármol, el palacio rojo de Livadia, las montañas cubiertas de viña, y, por último, circundado de una gigantesca herradura de montañas apareció el anfiteatro alegre y policromo de la ciudad de Yalta con las cúpulas áureas de la catedral, los finos, esbeltos y oscuros cipreses; el muelle de piedra, pululante de hombres, caballos y coches, que parecían a lo lejos de juguete.

Luego de dar lenta y prudentemente una vuelta sobre sí mismo, el barco se detuvo junto al embarcadero. Al punto, la muchedumbre de viajeros, con un estúpido apresuramiento de rebaño, se lanzó hacia la escalera atropellándose y estrujándose. Elena sintió un vivo movimiento de repulsión ante aquellas nuca de hombres congestionadas, aquellos rostros excitados y malévolos de mujeres, aquellos centenares de manos cubiertas de sudor, aquellos codos amenazadores. En toda aquella gente advertía la presencia de la fiera que la había ofendido mortalmente la noche anterior.

Hasta que no hubieron bajado casi todos los pasajeros y no quedó desierto el puente, Elena no se aproximó a la escalera. En seguida vió a su

marido. Todo en él—su camisa de seda azul, su ancho cinturón, sus pantalones de verano, su sombrero de anchas alas, usado a la sazón por todos los social-demócratas; su corta estatura, su barriguita, sus lentes de oro y sus ojos que el sol obligaba a entornarse—le pareció infinitamente conocido y, al mismo tiempo, hostil y desagradable. Se arrepintió de no haberle teleografiado desde Sebastopol diciéndole sencillamente, sin dar explicaciones, que no volvería ya nunca. Pero él la había visto desde lejos y agitaba en el aire el sombrero y el bastón.

VII

A media noche, Elena se bajó de la cama, separada de la de su marido por un tocadorcito.

Sin encender la lámpara, se sentó al borde de la cama de su marido y le tocó ligeramente con la mano. El se incorporó bruscamente y preguntó asustado:

—¿Qué pasa, Elenita?

Estaba extrañado e inquieto por su silencio de todo el día. Aunque ella lo había achacado al dolor de cabeza producido por la travesía, él había adivinado tras sus palabras una desgracia o un misterio. No había querido molestarla con preguntas, esperando que de "motu proprio" le diría lo que pesaba sobre su corazón. Y en aquel momento, a pesar de que su sueño no se había disipado aún del todo, sentía en las profundidades miste-

riosas de su alma la inminencia de algo terrible, bárbaro, que sólo podía acontecer una vez en la vida.

Las dos ventanas estaban abiertas de par en par. El dulce perfume de los jazmines invisibles saturaba el aire. En el jardín público tocaba una orquesta, y los acordes de la música, amortiguados por la distancia, sonaban melancólicos.

—Sergio, es necesario que me escuches—dijo Elena—. No, no, sin luz—añadió rápida al oírle a él coger la caja de cerillas—. Será mejor así, en las tinieblas... Lo que voy a decirte será para ti muy doloroso, casi no podrás soportarlo..., pero no tengo más remedio. No puedo evitarte esta prueba. Tú me perdonarás...

Apenas distinguía la silueta de su marido, cuya camisa blanqueaba en las tinieblas. El encontró, a tientas, la botella del agua y el vaso, y se le oyó escanciarse y beber.

—¡Habla, pues, Elenita!—dijo con voz queda.

—Escucha. ¿Qué harías si yo te dijese lo siguiente: querido Sergio, yo, tu mujer, que hasta ahora sólo te había amado a ti, te he sido infiel, fíjate bien, te he sido infiel completamente, hasta el último límite posible?... Espera, no te precipites. Atiende: la infidelidad no ha sido furtiva, no ha sido un engaño, sino cometida contra mi propia voluntad, bajo el imperio de las circunstancias... Figúrate..., supongamos un capricho de un ser morboso, un acceso de sensualidad súbita, la violencia de un borracho...; supongamos de un

oficial... Querido Sergio, te suplico que me contestes con toda franqueza, sin ambages, sin rodeos. Y ten en cuenta que, aunque te he sido infiel, no he cesado ni por un segundo de amarte más que a todo el mundo.

Guardó él silencio algunos instantes; cogió la mano de su mujer y quiso estrecharla, pero ella la retiró.

—Me has asustado, Elenita... No sé qué contestarte. Te juro que no lo sé. Si te hubieras enamorado de otro, no me hubieras engañado... Hubieras venido a mí y me hubieras dicho: "Sergio: ambos somos honrados y libres; yo ya no te amo; amo a otro. Perdóname y separémonos." Y yo te hubiera besado, antes de separarnos, la mano, y hubiera respondido: "Te agradezco cuanto me has dado, bendeciré siempre tu nombre, y sólo te pido una cosa: el derecho de considerarte un amigo mío."

—No, no... No es eso..., no es eso. No amo a ningún otro; sencillamente te he sido infiel de un modo brutal. Te he sido infiel porque no he podido evitarlo, sin querer, sin responsabilidad.

—Pero ¿te ha gustado? ¿Has sentido placer en los brazos... del...?

—¡Oh, no, no! Sólo he sentido una repulsión profunda, irresistible... Figúrate que he sido víctima de una violencia...

Sergio atrajo a su esposa suavemente hacia sí. Ella entonces no se resistió.

—Querida Elenita, no pensemos más en eso.

Es como si me preguntases si te seguiría queriendo al verte desfigurada por la viruela o con una pierna cortada por el tren. Si, en efecto, un canalla te hubiera violado—¡todo es posible en nuestra época!—, yo apoyaría tu pobre cabeza en mi pecho, como lo hago ahora, y te diría: “¡Pobre niña! Te compadezco con toda mi alma como tu marido, tu hermano, tu único amigo, y haré con mis besos desaparecer todo el lodo con que han querido cubrirte.”

Reinó un largo silencio. Luego dijo él:

—Cuéntamelo todo.

Y ella comenzó:

—Supón que... Pero no olvides, Sergio, que no es más que una suposición... Supón que durante la noche he sido presa a bordo de un terrible acceso de mareo...

Y con todo lujo de detalles, sin omitir nada, le contó cuanto le había sucedido la noche anterior. Mas de cuando en cuando intercalaba en su relato las palabras siguientes: “Ya sabes que no es más que una suposición. No vayas a creer que todo esto ha ocurrido realmente; no es más que una suposición. Invento todos los horrores que pue le forjar mi fantasía.” Cuando calló, preguntó él con voz dulce, casi solemne:

—¿Ha ocurrido en efecto todo eso? ¿Todo eso es verdad? Yo no tengo ningún derecho a acusarte ni a perdonarte. Tú no eres responsable sino de una estúpida pesadilla nocturna. ¡Dame la mano!

Y besándola, preguntó:

—¿Ha sucedido, pues todo eso, Elenita?

—Sí, querido. ¡Soy tan desgraciada, tan profundamente desgraciada!... Gracias por haberme consolado, por no haber destrozado mi corazón. Te agradeceré toda mi vida este momento...

Y con los ojos llenos de lágrimas amargas y alegres a la par, Elena se apretó contra el pecho de su marido, y todo su cuerpo fué sacudido por los sollozos. El la acariciaba cariñosamente los cabellos.

—Acuéstate, querida; descansa. Mañana te despertarás fresca y serena, como si todo no fuera más que una pesadilla lejana.

Ella se acostó.

Transcurrió un cuarto de hora. Las flores seguían exhalando su perfume enervante. Oíanse, bellos y tristes, los sonos de la música; pero ni el marido ni la mujer podían dormirse y no se movían, para no inquietarse uno a otro, ni abrían siquiera los ojos, ahogando los suspiros, sabedor cada uno de ellos de que el otro estaba despierto.

De pronto él se incorporó bruscamente y exclamó con terror:

—¡Elenita! ¿Y si tuvieras un niño?

Ella tardó un instante en contestar, y dijo:

—¿Lo aborrecerías?

—No, no lo aborrecería. Los niños son siempre bellos. Siempre te he dicho que no debe existir ninguna diferencia entre el amor a los hijos propios y el amor a los ajenos. Yo he afirmado siem-

pre que el amor materno exclusivo sin más objeto que el propio hijo es criminal; que una mujer dispuesta a sacrificar centenares de hijos ajenos por salvar al suyo de la fiebre es una mujer abominable, un monstruo, aunque la gente la califique de santa. El hijo que pudieras tener a consecuencia de tu desgracia sería considerado por mí como mío... Pero, Elenita mía..., ese hombre habrá tenido durante su vida millares de aventuras. Acaso tenga enfermedades vergonzosas... No se puede asegurar... Quién sabe si será un alcohólico... O un sifilítico... Ahí está, querida Elenita, todo el horror del problema. Ella respondió, con voz débil, cansada:

—Bueno, haré lo que quieras.

Reinó nuevamente el silencio, que se prolongó entonces de un modo penoso.

Por fin él dijo con timidez:

—No quiero mentirte. Quiero confesarte francamente que una sola cosa me hace sufrir: el que tú hayas conocido el goce del amor físico, no conmigo, sino con ese canalla. ¡Ah, Dios mío! ¡Por qué habrá sucedido esto?... ¡Es tan doloroso!... ¡Qué doloroso es!

Y con voz trémula y suplicante añadió:

—Oye, Elena... ¿Acaso no ha ocurrido nada de eso y has querido sencillamente someterme a una prueba? ¡Di!

Ella dejó oír una risita.

—¡Qué tonto eres! ¿Te has creído en serio que yo podía serte infiel? Claro que tan sólo he que-

rído someterte a una prueba. Ahora se acabó. Has estado muy bien en los exámenes, y puedes dormir tranquilo. Yo también voy a dormir.

—¿No bromeas? ¿Es verdad, Elenita adorada? ¡Ah, qué feliz soy! Figúrate que casi había acabado por creerte... ¡Ja, ja, ja! ¡Qué tontería! No era, pues, cierto nada de eso, ¿verdad?

—Nada—respondió ella secamente.

Su marido no tardó en dormirse.

Por la mañana le despertó un ligero ruido. La luz del día penetraba en la habitación. Elena, pálida a causa del insomnio, demacrada, con círculos oscuros en torno de los ojos y los labios secos, estaba casi vestida y terminaba apresuradamente su "toilette".

—¿Dónde vas, querida?—preguntó Sergio con angustia.

—En seguida vuelvo—respondió ella—. Me duele un poco la cabeza. Daré un paseíto y dormiré un rato después de almorzar.

El se acordó de su reciente conversación, y, tendiéndole los brazos, le dijo:

—¡Cómo me asustaste anoche, infame mujercita! ¡Si supieras el daño que me hiciste! Aquel horror se hubiera interpuesto entre nosotros toda la vida. Ni tú ni yo hubiéramos podido olvidar nunca... Toda esa historia del segundo de a bordo, el alumno de la escuela marítima, el mareo, es pura imaginación, ¿verdad, querida?

Elena, asombrada ella misma de mentir de un modo tan fácil, habiendo tenido siempre a gala no

decir más que la verdad, respondió con acento completamente natural:

—Claro, todo es invención mía. Una señora nos contó en el camarote un caso análogo que había, en realidad, tenido lugar en un barco durante una travesía. Su relato me impresionó mucho; me supe en la situación de la pobre víctima y me llené de horror a la idea de que tu amor, entonces, se convirtiera en odio... Sufrí terriblemente al pensarlo y quise convencerme de lo contrario. ¿Comprendes?... Ahora, todo se acabó... felizmente.

—Sí, felizmente—confirmó él, tranquilo del todo y muy alegre—. Pero te engañas suponiendo que yo pudiera odiarte... No hubieras perdido el valor a mis ojos con motivo de una desgracia así... ¡No, nunca!...

Elena salió.

Sergio volvió a dormirse y no se despertó hasta las diez. A las once comenzó a inquietarle la ausencia de su mujer. Al mediodía un botones le llevó una breve carta suya.

“Salgo de nuevo para Odesa—escribía—en el vapor de las nueve. No te ocultaré que voy a casa de Vasiutinsky, a cuyo lado trabajaré toda mi vida por la causa que nos es cara. Eres el único hombre a quien he amado; el único y el último, porque el amor no existe ya para mí. Tú eres el más puro y el más honrado de los hombres que he conocido. Pero tú también, como los otros, según ahora veo, no eres más que un hombrecillo suspicaz, mal pen-

sado, celoso. Tú también consideras a la mujer que amas como un propietario mezquino, egoísta.

Seguramente cualquier día nos encontraremos en el camino que pienso seguir toda mi vida. Y en nombre de nuestro amor pasado, te ruego que nada me preguntes, que no me pidas ninguna explicación, que no me hagas reproches y que no pretendas que nos reconciliemos. Ya sabes que nunca renuncio a mis decisiones.

No creo necesario repetirte que lo que te he contado del barco no ha ocurrido jamás.—*Elena.*”

UN BRINDIS

El año 200 de la nueva era tocaba a su término. Sólo faltaban quince minutos para la hora en que, el mismo mes y el mismo día, doscientos años antes, el último estado gobernado conforme al viejo sistema, el país más obstinado, conservador y rutinario—a lo que parece, Alemania—, había renunciado, al fin, a su ciego chauvinismo, y con alegría de toda la tierra había entrado en la unión anarquista de hombres libres del mundo entero. Según el calendario antiguo, eso había ocurrido el año 2906 después de Jesucristo.

Pero en ninguna parte se festejaba la entrada del Año Nuevo con tanto esplendor y alegría como en los polos Norte y Sur, en las estaciones centrales de la gran Asociación Electro-Magnética.

Durante los últimos treinta años, millares y millares de ingenieros, de mecánicos, de técnicos, de astrónomos, de matemáticos, de arquitectos y de otros sabios especialistas, habían trabajado infatigablemente en la realización de la más grandiosa y heroica idea del siglo XXXII. Acariciaban el proyecto de convertir el globo terráqueo en una gigantesca bobina electro-magnética, y con ese ob-

jeto lo habían envuelto de Norte a Sur en una espiral de hilo metálico revestido de caucho, cuya longitud se aproximaba a cuatro mil millones de kilómetros. En ambos polos habían construido dínamos de increíble potencia, y habían unido todos los puntos de la superficie del planeta con innumerables hilos.

No sólo los habitantes de la Tierra, sino también los de otros planetas con los que la Tierra estaba en constantes relaciones, habían seguido con interés apasionado la marcha de los trabajos. A unos, la empresa de la Asociación les inspiraba gran desconfianza, y a otros les inspiraba horror.

Pero la Asociación acababa de realizar brillantemente su proyecto gigantesco, triunfando de todas las previsiones pesimistas. Y la fiesta de Año Nuevo era al mismo tiempo la solemnización de dicho triunfo. La inagotable fuerza magnética de la Tierra ponía en movimiento las fábricas, las máquinas agrícolas, los trenes y los barcos. Alumbraba las calles y las casas, calentaba las habitaciones. Hacía innecesario el carbón, cuyas minas se habían agotado mucho tiempo antes. Desterraba completamente las chimeneas, que impurificaban el aire y mataban con su humo las flores, los árboles y las hierbas, verdadera alegría de la tierra. En fin, hacía milagros en lo tocante a agricultura y cuadruplicaba las cosechas.

Uno de los ingenieros de la estación del Norte, elegido presidente de la reunión de aquella noche, se levantó con un vaso en la mano.

Un silencio profundo reinó.

—Compañeros—dijo el presidente—: si os parece, voy a ponerme inmediatamente en contacto con nuestros queridos colaboradores de la estación del Sur. Acaban de hacernos señales.

La enorme sala donde se encontraban era una magnífica construcción de cristal, hierro y mármol, adornada con flores exóticas y hermosos árboles, y más parecida a una "serre" que a un sitio público.

Tras las paredes, la noche polar lo envolvía todo en sus tinieblas; pero unos condensadores especiales inundaban la sala—con el gran gentío, las flores, las mesas admirablemente servidas, las gentiles columnas que sustentaban el techo, las innumerables estatuas—de una luz no menos alegre y brillante que la del sol.

Tres paredes de la sala eran opacas; pero la cuarta, a la que el presidente hallábase vuelto de espaldas, era un a modo de tablero de proyecciones cuadrado, de un cristal en extremo fino y lustroso.

Recibido el consentimiento de la sociedad, el presidente oprimió con el dedo un pequeño botón eléctrico que había sobre la mesa.

El tablero se iluminó inmediatamente con una luz interior deslumbradora, y luego se diría que se disipó. En su lugar apareció de pronto otra sala también magnífica, también llena de gente sentada alrededor de mesas admirablemente servidas. Unos y otros seres humanos—todos bellos,

fuertes, alegres, vestidos con esplendidez—se reconocían, cambiaban sonrisas, se saludaban levantando sus vasos, a través de una distancia de 20.000 kilómetros. Pero a causa del ruido general, de las sonoras risas, ni unos ni otros oían aún la voz de los amigos lejanos.

El presidente entonces se levantó de nuevo y manifestó con un gesto que quería hablar. Todos, al punto, enmudecieron en los dos extremos del mundo.

He aquí lo que dijo el presidente:

“¡Mis queridas hermanas y queridos hermanos! Vosotras, encantadoras mujeres, a quienes admiro con pasión, y vosotros, a quienes amé en otro tiempo y para quienes mi corazón está lleno de gratitud, escuchad! ¡Gloria a la vida eternamente joven, bella, inagotable! ¡Gloria al Hombre, único dios de la tierra! ¡Gloria a su cuerpo tautomúrgico y a su espíritu inmortal!

Os miro, amigos soberbios, alegres, audaces, seguros de vosotros mismos, y un gran afecto llena mi corazón. Nuestra mente no conoce obstáculos, nada puede oponerse a nuestros designios. No hay entre nosotros sumisión, ni dominación, ni celos, ni hostilidad, ni violencia, ni engaño. Todos los días abren ante nuestros ojos misterios que dejan de serlo para nosotros, y la ciencia se desenvuelve de un modo admirable. La muerte misma no nos espanta ya, porque nos vamos de la vida sin que la vejez nos haya desfigurado,

sin que se pinte en nuestros ojos un horror salvaje y sin que la maldición brote de nuestros labios, porque nos vamos de la vida hermosos, semejantes a dioses, sonrientes. No nos asimos desesperadamente a nuestros últimos días, sino que, a manera de viajeros cansados, cerramos dulcemente los ojos. Nuestro trabajo es una delicia. Nuestro amor, rotas las cadenas de la esclavitud y la trivialidad, se parece al amor de las flores: tan libre y bello es. Y nuestro único soberano es el genio del Hombre...

Quizá, caros amigos, lo que estoy diciendo sean vulgaridades, cosas que todo el mundo conoce hace tiempo; pero no puedo hablaros de otra manera. Esta mañana he leído un libro tan interesante como horrible: "La historia de las revoluciones del siglo xx."

No pocas veces he pensado mientras lo leía: *¿Será esto quizá un cuento fantástico?* Tan inverosímil, tan estúpida, tan llena de horror me parecía la vida de nuestros antepasados.

Sí, amigos míos: aquellas gentes de quien nos separan nueve siglos parecían serpientes venenosas encerradas en la misma jaula. Viciosas, sucias, infectadas de morbos, feas, cobardes, se mataban unas a otras sin cesar, se robaban un pedazo de pan y lo escondían en los escondrijos más oscuros para que un tercero no se lo llevase; se quitaban la tierra, el agua, los bosques, las casas, hasta el aire. Hatajos de gandules ávidos,

apoyándose en hipócritas religiosos, en ladrones y en impostores, enviaban muchedumbres de miserables esclavos a matarse mutuamente, y vivían como parásitos sobre la podredumbre de la descomposición social. Y la tierra, tan grande, tan bella, era para aquellos hombres angosta como una prisión, y el aire en ella era pesado como en una caverna.

Pero en aquella época terrible, junto a las bestias de carga, junto a los esclavos cobardes y sin dignidad, se alzaban de vez en cuando hombres altivos, héroes de alma noble, independientes, dispuestos al sacrificio. No acierto a explicarme cómo podían nacer en tal época vil, vergonzosa. En aquellos tiempos sanguinarios, cuando ni el hogar era un abrigo seguro para nadie, cuando la violencia y el asesinato eran pagados con largueza, aquellos héroes, en su santa locura, gritaban: "¡Abajo los tiranos!"

Y su sangre teñía las piedras de las calles y las losas de las aceras; los infelices perdían la razón en los calabozos; morían ahorcados, fusilados. Renunciaban gustosos a todas las alegrías de la vida, salvo a la de morir por la libertad de las generaciones futuras.

¿No veis, caros amigos, ese puente de cadáveres humanos que enlaza nuestro luminoso presente con aquel horrible, tenebroso pasado? ¿No os imagináis ese terrible río de sangre cuyas ondas han empujado a la humanidad al mar radiante y vasto de la felicidad universal?

¡Honor a vosotros, antiguos amigos desconocidos, de quienes nos separan siglos y siglos! ¡Honor a vosotros, que tanto padecisteis! Ibais a la muerte con una sonrisa en los ojos, que miraban siempre adelante, al porvenir remoto. Preveíais a las generaciones futuras emancipadas, fuertes, triunfantes, y les enviábais vuestra bendición al morir...

¡Queridos amigos! Beba cada uno de nosotros, sin pronunciar una palabra, en un silencio religioso, un vaso de vino a la memoria de aquellos mártires lejanos. Y sienta cada uno de nosotros en su corazón la bendición de su mirada.”

Y todos bebieron en silencio.

Pero una mujer de maravillosa belleza que estaba sentada junto al orador se apretó de pronto contra él y empezó a llorar dulcemente. Y cuando el orador le preguntó por qué lloraba, le contestó con voz muy queda:

—A pesar de todo, yo quisiera haber vivido en aquella terrible época..., con ellos..., con los mártires...

NATALIA DAVIDOVNA

Hacía diez y seis años que era inspectora en un instituto de doncellas nobles, y gozaba de una estimación profunda por parte de la directora y de todos los jefes. Se apreciaban en ella la austeridad, los conocimientos pedagógicos y la larga experiencia. Las demás inspectoras hasta tenían celos de ella, tanto más cuanto que la directora, con frecuencia, la invitaba por la noche a conversaciones íntimas. Como es natural, las compañeras no la querían, se le mantenían a distancia y la temían un poco.

A las señoritas que tenía bajo su férula les inspiraba una mezcla de respeto y miedo, y su clase era considerada una clase modelo; las alumnas se portaban muy bien y progresaban mucho en sus estudios. Y, sin embargo, ella no recurría nunca a los gritos, ni a los castigos, ni a las amenazas de quejarse a los padres o a los jefes. Había algo imperioso en su mirada fría y fija, y se advertía en su voz una fuerza tranquila y una serena seguridad de sí misma. Mientras que las demás inspectoras e institutrices tenían todas mo-
tes, las muchachas no podían encontrar ninguno

para Natalia Davidovna; tan grande era el respeto que les inspiraba.

Había estudiado en el mismo instituto, y lo había hecho con tanta brillantez que se le había concedido una medalla de oro. Luego se había quedado en el establecimiento como inspectora. Se diría que no había tenido infancia ni pasado, ni nada que se pareciese ni remotamente a la novela sentimental indispensable en los institutos de señoritas, como si hubiera nacido ex profeso para llegar a ser inspectora.

Sin embargo, era hermosa. Tenía las facciones finas y la tez de un moreno pálido, uno de esos rostros que gustan a los hombres. Su talle esbelto provocaba la admiración general. Pero, con todo, no se atrevía nadie a hacerle la corte; todos lo consideraban un sacrilegio y una grave ofensa para aquella mujer austera consagrada a la educación en cuerpo y alma.

Uno de los protectores del instituto la llamaba "centinela eterna". Y, en efecto, consagraba al servicio del establecimiento veinte horas diarias, dedicando al sueño sólo cuatro. A veces, con tácticos pasos, pasaba a media noche, cuando todos dormían, por los dormitorios. Conocía al dedillo la vida íntima del instituto, y parecía poseer el don de leer los pensamientos más arcanos.

En los diez y seis años de su servicio Natalia Davidovna no había pedido más que una vez una licencia larga: cuando, por prescripción facultativa, se vió precisada a marcharse a Odesa cua-

tro meses, a tomar baños de mar. Antes y después de aquellas vacaciones casi no había salido del instituto. Sólo una vez cada dos o tres meses le pedía permiso a la directora para pasar la noche del sábado al domingo en casa de una tía enferma que vivía donde Cristo dió las tres voces, y que padecía desde hacía muchos años una dolencia cruel que le impedía levantarse de su sillón.

Después de pasar una noche penosa junto a la enferma, aquejada de insomnio, y, además, nerviosísima y llena de caprichos, Natalia Davidovna se presentaba en el instituto por la mañana temprano para asistir a misa con sus alumnas. Después de misa, cuando todas las inspectoras pasaban, haciendo reverencias, por delante de la directora, ésta invitaba a acercarse a Natalia Davidovna con un movimiento de cabeza.

—Eh bien! Comment se porte madame votre tante?

—Princesse, Dieu seul peut la sauver. Elle souffre beaucoup—respondía suspirando y tristemente Natalia Davidovna.

—Pourquoi n'êtes-vous pas restée encore auprès d'elle?

—Je suis venue pour remplir mon devoir, princesse.

—Mais vous-même, mon enfant, vous avez l'air maladif.

—Ma tante n'a pas fermé l'oeil pendant toute la nuit.

—Pauvre enfant. Vous perdez votre santé. Allez vite vous réposez, ma chérie.

En efecto: los domingos siguientes a las noches pasadas en casa de su tía, Natalia Davidovna tenía un aspecto hartamente enfermizo. Se diría al mirarla que acababa de dejar el lecho después de una larga dolencia o que se había entregado durante la noche a los placeres de una orgía loca: tan pálido estaba su rostro, tan cansados sus ojos, tan secos y exangües sus labios.

En realidad, Natalia Davidovna no había tenido nunca tía alguna. Durante los diez y seis años había engañado a todo el mundo hablando de aquella tía mitológica, y nunca nadie había concebido sospechas.

Cada dos o tres meses, el sábado, después del rezo de la noche, se dirigía a la directora:

—Me permettez-vous, princesse, d'aller voir ma tante?

—Mais certainement, mon enfant. Seulement, ne vous fatiguez pas trop.

Y Natalia Davidovna, después de asegurarse de que las jóvenes alumnas dormían con un sueño profundo, salía lentamente del instituto, saludada por los criados y el portero con marcado respeto.

Cuando se había alejado bastante, sacaba de su bolsillo un tupido velo negro, se cubría la cara con él, y un cambio radical se operaba, como por

encanto, en su persona. Natalia Davidovna se convertía en una buscona elegante, en una modista al servicio de un lujoso almacén de modas, en todo lo que queráis, menos en nada parecido a la austera inspectora que la gente estaba habituada.

Andaba con la languidez de una mujer ligera, acostumbrada a entregarse a muchos hombres. Les hacía señas a los transeuntes, se reía provocativamente y, al mismo tiempo, se cuidaba de no tropezarse con nadie que la conociese.

Su linda figura atraía a los hombres; pero cuando le hacían una proposición, se negaba con un movimiento de cabeza, rechazando de un modo enérgico a los más obstinados. Buscaba. Su larga experiencia y su instinto de mujer perversa la ayudaban a escoger el hombre que le hacía falta. Sin cuidarse para nada de su belleza, de su edad, de su traje, elegía el hombre que necesitaba. A veces era un viejo, a veces un jorobado, con frecuencia un muchacho.

Conducía al que había elegido, en un coche de punto, al extremo de la ciudad, a cualquier hotel de mala fama, y se entregaba, durante toda la noche, a una orgía sensual sin nombre.

A la mañana siguiente, cuando su compañero, extenuado por la monstruosa fiesta de amor, se dormía con un sueño profundo, ella se bajaba sin ruido de la cama, se vestía, y, después de pagar todos los gastos de la noche, tomaba un coche y regresaba presurosa al instituto.

Nunca se acostaba dos veces con el mismo ho u-

bre, aunque sus amantes de una noche la suplicaban entre caricias que les concediese otra entrevista.

Una noche eligió a un soldado que estaba de escribiente en un regimiento y era un hombre ya entrado en años, grueso. Corría el mes de diciembre.

Al amanecer, cuando se veía ya al través de los cristales la blancura del día, aquel individuo, excitado por las caricias de Natalia Davidovna, le apoyó la cabeza en el pecho y, de repente, roncó y se quedó inmóvil. Asustada, ella comenzó a preguntarle qué le pasaba, y al ver que estaba muerto lanzó un grito desgarrador.

Inmediatamente acudió la servidumbre del hotel. Como Natalia Davidovna no abría, se desce-rrajó la puerta.

Media hora después llegaron la policía y el juez de instrucción. Este, un hombre de edad y de despejada inteligencia, reconoció en seguida a Natalia Davidovna, a quien veía todos los jueves en el locutorio del instituto, adonde iba él a visitar a su hija.

Pensó echar tierra sobre el asunto; pero la conducta impudente de la inspectora le escandalizó.

Un poco calmada, y comprendiendo que había perdido para siempre su plaza en el instituto, se tornó cínicamente franca. De pie ante el juez, en enaguas, sin corsé, se arreglaba los largos cabellos, en alto los brazos desnudos y los alfileres en la boca, diciendo:

—¿Dice usted que cómo puede ser que durante

diez y seis años no haya abrigado nadie ni una sombra de sospecha? Eso es precisamente lo que me producía un enorme placer. A veces, sola en mi cuarto, me moría de risa pensándolo. ¡Era delicioso! ¡Tener una reputación casi de santa y pasarse noches enteras gozando! Pero ustedes los hombres casados comprenden muy bien las delicias de los amores secretos... Nadie sospechó, cuando me fuí hace años a Odesa, que no me iba por motivos de salud, sino sencillamente porque estaba encinta.

El juez de instrucción la miraba con una mezcla de curiosidad y horror.

—¿Y no se ha tropezado usted nunca con alguno de sus conocidos?

Ella se echó a reír.

—Por fortuna, no. Pero aunque me hubiera encontrado con alguno que me conociera, no me hubiera expuesto a nada. Le habría propuesto ir conmigo, y él hubiera aceptado gustoso. A usted, por ejemplo... un hombre respetable, casado... ¿semejante proposición no le hubiera hecho correr en pos de mí, aunque sólo hubiera sido por su originalidad? Con tanto más motivo cuanto que, de seguro, habrá usted oído hablar muchas veces a su hija de mis virtudes...

Arreglados los cabellos y sentada en el sillón añadió muy tranquila:

—Tenga usted la bondad de mandar a alguien al instituto por mis cosas y mis papeles. Y haga usted el favor de decir que me traigan café...

DEMIR-KAIA

(LEYENDA ORIENTAL)

El viento se calmó. Tal vez nos viéramos en la precisión de pasar la noche en el mar: nos separaban de la costa más de treinta kilómetros.

Nuestro barco, de dos palos, se balanceaba perezosamente sobre el agua. Las velas mojadas colgaban como trapos.

Una niebla blanca nos rodeaba por todos lados. No se veían las estrellas, ni el cielo, ni el mar, ni la noche. No encendimos las luces.

Seid-Abli, el viejo patrón del barco, sucio y descalzo, nos contó con voz queda y grave una antigua historia en la que creí a pie juntillas, porque la noche era tan extrañamente silenciosa, porque alrededor de nosotros dormía el mar invisible, porque sobre nuestras cabezas se acumulaban nubes blancas.

Le llamaban Demir-Kaia, que quiere decir "Roca de Hierro", y le llamaban de ese modo porque no conocía la piedad, la vergüenza ni el miedo.

Era jefe de una partida que recorría los alrededores de Stambul, la Tesalia, la Macedonia mon-

tañosa, las fértiles praderas de Bulgaria. Había matado por su propia mano, entre hombres, mujeres y niños, noventa y nueve seres humanos.

Pero una vez fué, con su banda, rodeado en las montañas por una nutrida tropa del sultán, cuyos días prolongue Allah. Durante tres días enteros luchó desesperadamente contra los soldados, como un lobo contra una jauría. La mañana del cuarto logró atravesar las líneas enemigas y escapar así del peligro. Parte de la banda pereció en el combate, y los demás bandidos fueron ahorcados en la plaza Redonda de Stambul.

Herido, ensangrentado, se acostó Demir-Kaia en una caverna donde le habían dado asilo unos pastores. Y de repente, a media noche, se le apareció un ángel con una espada flamígera en la mano. Demir-Kaia reconoció en él a Asrail, el mensajero de la muerte, y le dijo:

—¡Hágase la voluntad de Allah! Estoy dispuesto.

Pero el ángel le contestó:

—No, Demir-Kaia, tu hora no ha llegado aún. Escucha la voluntad de Dios: cuando te levantes de ese lecho, desentierra tus tesoros ocultos y véndelos. Luego te dirigirás hacia el Este y andarás hasta la encrucijada de los siete caminos. Allí construirás una casa con vastos aposentos muy ventilados, con anchos divanes, con fuentes de agua pura y límpida. Tendrás dispuestos comida y bebida y tabaco aromático para los viajeros cansados. Invitarás a cuantos pasen por tu

puerta y les servirás como el último de los esclavos. Tu casa será su casa; tu oro, su oro; tu trabajo, su reposo. Y si cumples al pie de la letra estos mandatos, llegará un día en que Allah olvidará tus crímenes y te perdonará la sangre de tus víctimas inocentes.

Pero Demir-Kaia preguntó:

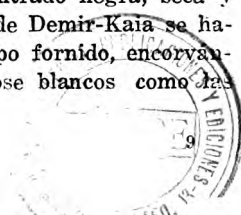
—¿Y cómo podré saber que Allah ha perdonado mis crímenes?

Y el ángel contestó:

—Coge de la hoguera que se está apagando junto a ti una astilla medio quemada y cubierta de ceniza, plántala, y cuando la madera muerta se vista de corteza y empiece a florecer, será señal de que la hora del perdón ha sonado para ti.

Pasaron veinte años. Por todo el país del sultán se hablaba con admiración del albergue situado en la encrucijada de los siete caminos, entre Dchdda y Esmirna. Los mendigos salían de él siempre con la bolsa llena de dinero; los hambrientos, alimentados; los que padecían cansancio, reposados; curados, los heridos.

Por espacio de veinte años, de veinte largos años, Demir-Kaia, todas las noches, había mirado la astilla quemada plantada por él en el patio. Pero siempre le había encontrado negra, seca y muerta. Los ojos de águila de Demir-Kaia se habían ido apagando; su cuerpo fornido, encorvándose; sus cabellos, tornándose blancos como las alas de un ángel.



Mas he aquí que una mañana oyó el galope de un caballo y corrió al camino. Sobre un caballo cubierto de espuma marchaba veloz un viajero. Demir-Kaia se lanzó hacia él, se asió a la brida y le rogó:

—¡Hermano mío, entra en mi casa! Refrigera tu rostro con el agua límpida de mis fuentes, come, bebe y fuma una pipa de mi perfumado calian.

Pero el otro gritó furioso:

—¡Déjame, viejo! ¡Lárgate!

Y le escupió en la cara, le dió en la cabeza un fuerte latigazo y siguió galopando.

La sangre orgullosa del viejo bandido se removió en las venas de Demir-Kaia, que cogió una pesada piedra y se la tiró a la cabeza al jinete. Este vaciló y cayó del caballo.

Horrorizado de lo que había hecho, Demir-Kaia corrió hacia el herido y le dijo tristemente:

—¡Hermano mío, te he matado!

Pero el moribundo contestó:

—No has sido tú quien me ha matado; ha sido la mano vengadora de Allah. Escucha. El pachá de nuestra región es un hombre injusto y cruel. Mis amigos han organizado contra él una conspiración. Pero, tentado por una rica recompensa, he decidido traicionarlos. Y he aquí que, cuando corría a denunciar a mis amigos, he sido detenido por la piedra que me has lanzado. Es la voluntad de Dios. Quien me ha matado ha sido El.

Lleno de dolor, tornó Demir-Kaia a su casa.

La escala de virtud y de arrepentimiento por donde se elevaba con tanta paciencia hacia veinte años se había desplomado de pronto bajo sus pies.

Desesperado, miró la astilla negra y seca que acostumbraba a mirar todos los días. Y de repente—¡oh, milagro!—la vió cubrirse de botones verdes, de hojas y de flores fragantes.

Demir-Kaia cayó de hinojos y empezó a llorar de alegría. Había comprendido que el gran Alláh misericordioso, en su sabiduría infinita, le había perdonado la muerte de noventa y nueve inocentes en gracia a la muerte de un solo traidor.

UN JAMELGO

Cafía una menuda lluvia. La calle parecía llena de niebla. La fría humedad mojaba, de un modo sutil, el rostro de los transeúntes. La gente andaba presurosa, con el cuello del gabán levantado y cara de pocos amigos.

Al encontrarse con nuestra procesión se quitaba el sombrero y dirigía una mirada de curiosidad a los enterradores harapientos, de rostro severo y majestuoso, que marchaban ante el ataúd, de dos en dos, por en medio del barro, recogiendo la capa; a los dos caballos cubiertos con unos paños negros, agujereados por delante de los ojos equinos, a modo de antifaces; al alto coche fúnebre, con una cubierta negra ribeteada de blanco; al ataúd blanco que se zarandeaba en el coche y que llevaba encima una verde corona de hojalata; a la larga fila de carruajes llenos de hombres y mujeres indiferentes, tediosos y un poco cohibidos.

Había en todo aquello algo lastimoso, extremadamente triste, que le encogía a uno el corazón. Me parecía que si el difunto Paskevich, que se zarandeaba en el ataúd, hubiera podido hablar, le hubiera dicho al acompañamiento:

—Dejadme en paz y volved a vuestra casa. ¿Para qué representar esta miserable comedia?

—¿Pronunciará usted un discurso sobre la tumba?—le pregunté a Vasiutin, redactor de un diario local, que iba en el coche junto a mí.

Era un hombrecillo de aspecto muy severo, casi siniestro, pero que, en realidad, tenía un corazón de oro. Me había sido siempre muy simpático.

Hizo una mueca nerviosa.

—¡No, no hablaré!

—¿Por qué, hombre?

El periodista, con gesto de enojo y voz alterada, se expresó así:

—¿Que por qué? Porque, aunque yo no hable, no faltarán oradores. ¡Que se vayan todos al diablo! ¡Tartufos malditos! ¡Hipócritas! Sé de antemano todas las tonterías que dirán con aire grave de pontífices. "El estandarte sagrado del arte", "el fuego inextinguible que arde en el altar de la poesía", "el honrado obrero de la cultura", etcétera, etc. ¡No, no, eso me repugna! Si yo tomase la palabra, les diría cuatro verdades...

—¿Qué les diría usted, Antón Zajarievich?

—Mire usted lo que les diría: "Nosotros, los literatos, arrastramos nuestro famoso carro del progreso. Es verdad, y no hay por qué asombrarse. Los bueyes y los asnos arrastran también sus carros, porque son dóciles y sufridos y están seguros de que su trabajo les conquistará un poco de heno. ¡Pero saben ustedes, señores, lo

que pasaría si se enganchase a un carro cargado de piedras un buen caballo árabe? El noble bruto agotaría sus fuerzas, se rompería la espina dorsal y el pecho, se quebraría las piernas y acabaría por convertirse en un jamelgo miserable y enfermo. Entonces le dejarían en medio del campo, para que se muriese, y natural, se moriría. Los bueyes dóciles y laboriosos seguirían rumiando heno, arrastrando pesados carros y recibiendo palos con indiferencia.”

Tras una corta pausa, continuó:

—¿Y sabe usted cómo acabaría el discurso? Les diría: “Señores, Paskevich tenía mucho más talento que todos vosotros. Era una naturaleza selecta, fina, delicada, entusiasta. Y aunque, al fin de su vida, perdió toda capacidad de trabajo; aunque ha muerto de una enfermedad muy larga, en un sucio lecho de hospital; aunque nadie llora su muerte, era más feliz que todos nosotros.”

—¿Le trataba usted?

—¡Ya lo creo! Precisamente, estaba yo en la redacción cuando llegó, hace ya muchos años, su primer cuento. El pobre se ruborizaba como una muchacha, y apenas se atrevía a pronunciar algunas palabras. Había en su rostro y en su voz algo temeroso, como si hubiera cometido algún crimen, o más bien, algún acto infantil, poco serio, que pudiera excitar la risa de los dioses del Olimpo literario que nosotros éramos entonces para él. Cuando cobró sus primeros honorarios periodísticos, estaba tan turbado como si

acabase de robar algo por primera vez... A propósito, diga usted: ¿por qué experimentaré yo siempre, como muchos otros escritores, ese sentimiento extraño de turbación al cobrar mis trabajos? ¿Será porque los rusos no hemos llegado todavía al grado de madurez preciso para considerar la literatura una cosa seria? ¿O será quizá porque no nos creemos dignos de cultivarla y dudamos de nuestras fuerzas?

—Recuerdo muy bien—continuó tras un corto silencio, Vasiutin—las primeras palabras de Paskevich. ¡Había en ellas un fuego, una originalidad audaz!... ¡Con qué cariño, con qué paciencia las escribía! Las trabajaba como un joyero trabaja una piedra preciosa; y, a pesar de eso, eran tan elegantes, tan encantadoras, que el lector hubiera jurado que habían sido escritas de un tirón.

El éxito le emborrachó, y decidió consagrar todas sus fuerzas y toda su vida a las letras. El charco en que nos agitamos se le antojaba un templo. Un tropel de plagarios sin talento alguno, que habían escogido el oficio literario por ser incapaces de hacer otra cosa, dada su absoluta carencia de energía, de ingenio y de cultura, esos señores que hacen de las letras la más baja faena, vendiendo sus plumas a los hosteleros y a las cantantes, se le antojaban héroes, defensores de la justicia.

Detestaba el reportaje y todo otro trabajo periodístico por el estilo. Sólo quería escribir novelas. Pero sus obras no tardaron en pecar de

precipitadas. ¡Había que vivir! Nadie le hubiera dado de comer ni le hubiera comprado unas botas sólo por su talento. Y las necesidades implacables de la vida le obligaban a aprovechar el primer asunto que se le ocurría para escribir algo y ganar algunos rublos. Con frecuencia empezaba a escribir sin saber aún cómo acabaría su novela. Escribía en una esquina de la mesa de redacción, sobre un montón de periódicos, en medio de la algarabía de los redactores, oyendo sonar a cada instante el timbre del teléfono. Y, a pesar del febril apresuramiento con que trabajaba, se encontraban a veces en sus escritos magníficos relámpagos de talento, admirables imágenes, descripciones maravillosas.

Ya sé que hay escritores que pueden soportar una vida así durante años y años; pero Paskevich era como esas espléndidas flores exóticas, demasiado delicadas, que se marchitan si les faltan la luz y el calor. Para estimular su energía, recurría a excitantes, como el vino y la morfina. Año y medio después de su primer cuento, no podía ya su cerebro cansado concebir ni un asunto.

Pero, sin embargo, había que vivir. Se había casado, de la manera estúpida que suelen hacerlo los hombres de talento desequilibrados e incapaces para la vida práctica... Una modista de la vecindad, un encuentro en la escalera mal alumbrada, una breve novela, la hipertrofia del honor, los remordimientos de conciencia, los sentimientos caballerescos... y cádate al pobre infeliz con-

vertido en marido de una linda joven sin cultura, sin corazón, de alma mezquina y estrecha. Ella le despreciaba por la suavidad de su carácter, por su timidez, por su debilidad física, por su falta de sentido práctico. Le armaba escándalos en la calle y se la pegaba con casi todos los periodistas y los oficiales de la ciudad. Tenían hijos—unas pobres criaturas pálidas y raquíticas—. Señalándoles con la mano, le gritaba, en su jerga de verdulera: “¡Son tus hijos, tus hijos! Hay que mantenerlos. ¿Por qué no escribes? ¡Ponte a escribir en seguida!”

Y él escribía, ¡mi pobre Paskevich!, escribía día y noche, en su casa, en las redacciones, en los cafés... Llegó a ser un sencillo repórter. Intentó escribir artículos de fondo para los periódicos; pero no podía acostumbrarse a ese lenguaje singular, solemne, de los “leaders” periodísticos, infinitamente más estúpido, a veces, que los procesos verbales policíacos. Permanecía horas enteras con la pluma en la mano, desesperado, sin poder enlazar dos frases, cada una de las cuales comenzaba por el pronombre “cuyo”.

No, sería demasiado largo de contar el martirio... El fin fué de lo más vulgar: el “surmenage”, la tisis, la ceguera. En cuatro años, aquel hombre se consumió, como devorado por la llama de una hoguera... ¡Y a esto se le llama vida!

Vasiutin calló y le pareció sumirse en tristes reflexiones. Hasta nuestra llegada al cementerio, no pronunciamos ni una sola palabra.

Cuando nos congregamos en torno a la tumba, la expresión de todos los rostros era grave y solemne. Las primeras paletadas de tierra cayeron con un ruido sordo sobre la tapa del ataúd. Los enterradores se entregaron febrilmente al trabajo; se veía que tenían prisa.

Un señor de elevada estatura, robusto, con lentes, cuya faz redonda adornaba una perillita roja, se adelantó un poco hacia la tumba. Miró alrededor, tosió, y empezó a hablar:

—¡Señores! ¡Una nueva pérdida dolorosa! Un nuevo luchador honrado ha bajado prematuramente a la tumba... Nuestro difunto compañero Paskevich mantuvo siempre valientemente en alto el estandarte bajo el cual trabajamos todos por el bien público... Sembraba la buena semilla de la cultura y de la luz, y el fuego sagrado no se apagaba nunca en su corazón, que...

Se oyó, de pronto, un ruido extraño. Todo el mundo volvió la cabeza. Vasiutin, apoyado en la verja de un rico panteón, sollozaba y lloraba a lágrima viva.

UN IDILIO

1

Hace ya... me parece a veces que hace lo menos trescientos años; tantos acaecimientos, rostros, ciudades, éxitos, fracasos, alegrías y dolores separan aquel tiempo de éste.

Yo vivía entonces en Kiev, en una fonda que ostentaba el pretencioso título de "La Bahía del Dnieper", y cuyo propietario era un antiguo cocinero de barco despedido por borracho y casado con una mujer pérfida, ávida y malévola como una hiena.

Los huéspedes estables éramos seis, todos solteros. La habitación número 1 estaba ocupada por el más antiguo de todos, que hacía muchos años había sido comerciante y poseído un almacén ortopédico, perdiendo después en el juego, al que se entregó por completo, toda su fortuna. Durante algún tiempo había sido comisionista; pero su pasión por el juego le había hecho perder el empleo. A la sazón vivía de un modo estúpido e insensato; dormía todo el día y pasaba la noche en los garitos que tanto abundan en la orilla del

Dnieper, cerca del puerto. Como todos los jugadores que juegan por vicio y no para lucrarse, era generoso, cortés y un poco fatalista.

Ocupaba la habitación número 3 el ingeniero Butkovsky. Según contaba, había estudiado la carrera de ingeniero de Minas y la de ingeniero de Caminos, y había estudiado también en el instituto agrícola y en el tecnológico y en una escuela superior del extranjero. En efecto, estaba abarrotado de conocimientos de todas clases. Era, en este respecto, una especie de salchichón, o, más bien, una a manera de maleta demasiado llena y muy difícil de cerrar, de la cual, al abrirla, sale en desorden todo lo que contiene. Sin el menor esfuerzo, aunque no se le invitase a ello, hablaba, como un libro, de aviación, de botánica, de estadística, de política, de los ictiosauros, de astronomía, de fortificaciones, del análisis espectral, de avicultura, de riegos, de la conservación de los bosques, de la canalización.

Todos los meses, durante algunos días, se entregaba de un modo desenfrenado al alcoholismo. Entonces sólo hablaba en francés, y también en francés les escribía breves cartas a sus antiguos compañeros de carrera, solicitando préstamos pecuniarios. Después, durante cinco días, no salía de su cuarto, donde permanecía acostado bajo su capa azul. No hacía absolutamente nada, salvo escribir a los periódicos una enorme cantidad de cartas sobre todo género de asuntos: sobre las marismas de Pinsk, sobre el descubrimiento de

una estrella, sobre los pozos artesianos. Cuando tenía dinero, lo colocaba entre las hojas de algunos libros que guardaba en su armario, y luego era para él una grata sorpresa encontrarlo. A veces me decía, pronunciando nasalmente las erres:

—Queguido amigo, tenga usted la bondad de cogeg del agmaguio el cuagto tomo de Eliseo Gueclu... Entgue las páginas 200 y 300 deben estag los cinco gublos que le debo a usted.

Era completamente calvo y llevaba cortada en forma de abanico la larga barba blanca.

La habitación número 8 la ocupaba yo. La habitación número 7, un estudiante grueso y lampiño, siempre irreprochable, que llegó con el tiempo a ser un abogado de gran reputación. La habitación número 6 estaba habitada por el alemán Karl, un buen hombre, gordo, que ingería cerveza en cantidades inverosímiles. En fin, la habitación número 5 la habitaba una prostituta llamada Zoya, a quien la patrona estimaba más que a los otros huéspedes. Había hartas razones para ello; por de pronto, pagaba más que nosotros; además pagaba adelantado, y, en fin, no hacía nunca ruido. Sólo raras veces llevaba hombres a su cuarto, y siempre eran hombres serios, respetables, maduros, enemigos de los escándalos. La mayoría de las noches las pasaba fuera. El carácter de las relaciones entre los huéspedes era un poco extraño: nos conocíamos y no nos conocíamos. Nos prestábamos de cuando en cuando unos a otros un poco de te, una aguja, agua caliente, un perió-

dico, tinta, sobres, papel, y a eso se reducía todo. Había en la fonda nueve habitaciones; las tres libres solían ocuparlas de noche parejas amorosas. A nosotros no nos importaba. Estábamos acostumbrados a todo.

II

La primavera meridional, muy efímera, había llegado. El hielo que cubría el Dnieper durante el invierno se había fundido; el río sin trabas parecía un mar y había inundado todas las llanuras de la margen izquierda.

Las noches eran muy oscuras y calurosas. De cuando en cuando caían breves pero copiosas lluvias. La naturaleza renacía con una rapidez milagrosa; los árboles que al anoecer no tenían sino botones, amanecían cubiertos de hojas verdes y tiernas.

No tardaron en llegar las Pascuas con su hermosa y alegre noche. Yo no estaba invitado a pasarla en ninguna parte, y vagué a través de la ciudad, visité las iglesias, me distraje con el espectáculo de las procesiones religiosas, la iluminación de las calles, los suaves rostros de mujeres y niños, alumbrados por el resplandor de las velas. Resonaban solemnemente las campanas y se oían cánticos religiosos. Todo aquello me conmovía hasta hacerme llorar, me oprimía dulcemente el corazón, evocaba en mí los recuerdos de

mi pureza perdida, de mi infancia blanca y luminosa.

Al volver a mi habitación en la fonda me encontré en la escalera con Vaska, el mozuelo travieso de nariz respingada, sirviente de la casa. Cambiamos un beso (1). Enseñando al sonreír no sólo los dientes, sino también las encías, Vaska me dijo:

—La señorita del número cinco le ruega a usted que pase a su cuarto.

Yo experimenté cierto asombro; no tenía el honor de tratar a aquella “señorita”.

—Le ha escrito a usted cuatro letras—continuó Vaska—; las encontrará usted en su cuarto, encima de la mesa.

En efecto, encontré en mi cuarto un pedacito de papel, probablemente arrancado de un “carnet”, y bajo la palabra impresa “entradas” leí la misiva siguiente:

“Muy distinguido número 8: Si nada se lo impide a usted y no le desagrada, tenga la bondad de venir a mi cuarto para comer la sagrada torta de Pascuas. Su vecina,

Zoya Kramarenkova.”

Llamé a la puerta del ingeniero para pedirle consejo en situación tan delicada. Estaba de pie

(1) En Rusia, durante la fiesta de Pascuas, todos sin excepción, señores y campesinos, amos y criados, hasta los jefes de prisión y los prisioneros, cambian besos diciendo: “Cristo ha resucitado.”

ante el espejo y trataba obstinadamente de alisarse un poco con los dedos los rebeldes cabellos. Vestía una levita que debía de haber adquirido un gran conocimiento del mundo en su larga existencia, y lucía una corbata blanca anudada a un cuello viejísimo.

Me dijo que también acababa de recibir la invitación de Zoya.

Nos dirigimos juntos a su cuarto.

Nos recibió en la puerta, excusándose y poniéndose colorada.

Tenía una cara muy vulgar, la cara típica de una ramera rusa: labios gruesos, delatores de una voluntad débil; nariz apatatada, ojos grises casi sin cejas. Pero nos acogió con una sonrisa confusa, muy natural y dulce, una verdadera sonrisa de mujer, y su cara, por un instante, se tornó encantadora.

Ante la mesa estaban ya sentados el viejo jugador y el alemán Karl. De modo que todos los huéspedes de "La Bahía de Dnieper", excepto del estudiante gordo, nos encontramos allí.

La habitación era también la habitación típica de una prostituta: bomboneras vacías sobre la cómoda, etiquetas de fábricas de chocolate pegadas a las paredes, fotografías descoloridas de jóvenes imberbes de pelo rizado, de actores pretenciosos, de subtenientes con el sable desnudo y el rostro amenazador. Sobre el enorme lecho se alzaba una montaña de almohadas con fundas de tul. Bajo el espejo había polveras y tenacillas.

Pero la mesa, que, a falta de mantel, estaba cubierta de papel recortado, se hallaba ricamente servida: había en ella una torta de Pascuas, huevos teñidos de todos los colores, un gran jamón y dos botellas de un vino misterioso.

Cambiamos con Zoya tres besos castos y ceremoniosos, y nos sentamos a la mesa.

No puede negarse que nuestra reunión era poco vulgar: cuatro hombres agotados y terriblemente maltratados por la vida; cuatro viejos jamelgos que sumábamos entre todos lo menos dos siglos, y una ramera rusa que no era ya joven, es decir, uno de los seres más desgraciados, más tontos y más impotentes de nuestro planeta.

¡Pero había que ver lo torpemente amable, hospitalaria y simpática que estaba!

—Tenga la bondad de sentarse—decía cariñosamente, ofreciéndonos a cada uno una silla—. Siéntese usted y coma, se lo ruego. Señor número seis, ya sé que le gusta a usted más la cerveza, tómela; ahí la tiene junto a su cubierto. Y a ustedes, señores, voy a servirles vino. Es un vino muy bueno. Se llama “Tenerife”. Tengo un amigo, un capitán de barco, que no bebe más que “Tenerife”.

Los cuatro números no éramos ya niños, y sabíamos ya a qué atenernos, y, naturalmente, no ignorábamos cómo aquella muchacha había ganado el dinero invertido en el vino de “Tenerife” y en todo lo demás. Pero nos tenía sin cuidado, y nos hallábamos muy a gusto.

Zoya nos contaba cómo había pasado la noche. En la iglesia universitaria, donde había oído misa, se apiñaba una multitud enorme; pero ella, sin embargo, había tenido la suerte de encontrar un buen sitio. Habían cantado muy bien. Los estudiantes habían recitado en alta voz el Evangelio.

—Y figúrense, lo han recitado en todas las lenguas que existen en el mundo: en francés, en alemán, en griego, ¡hasta en árabe! Luego, cuando los curas han comenzado a bendecir las tortas de Pascuas en el patio de la iglesia, se ha movido un gran trastorno y ha habido unas cuantas pendencias.

Zoya se quedó pensativa, lanzó un hondo suspiro y empezó a recordar la Semana Santa en su aldea.

—Cogíamos en el campo unas flores azules muy lindas... Son las primeras flores que aperecen sobre la tierra pasado el invierno... Con esas flores fabricábamos el tinte para colorear los huevos. ¡Dios mío, lo que nos divertíamos!

Nuestra vecina continuó, tras un corto silencio:

—Y para poner los huevos amarillos, los envolvíamos en pellejos de cebolla y los echábamos en agua hirviendo. También los coloreábamos echando en el agua retalitos de colores. Después, durante toda la semana, se chocaban los huevos unos contra otros (1). Una vez, un muchacho

(1) Durante la fiesta de Pascuas, los niños y con frecuencia las personas mayores, se dedican a ese deporte especial: dos jugadores chocan huevos cocidos, uno contra otro; el huevo que se rompe se considera propiedad del jugador cuyo huevo queda intacto después del choque.

compró en la ciudad un huevo de piedra, y, naturalmente, rompía los huevos de todos sus adversarios, que no sospechaban nada; pero cuando se supo en la aldea el secreto del éxito, le hicieron devolver todos los huevos que había ganado, y le dieron una paliza.

Calló de nuevo unos instantes, mirando ante sí con ojos soñadores, transportada mentalmente a su aldea. Después continuó:

—Toda la Semana Santa había en el pueblo verbenas. Se instalaban en la plaza barracas, columpios, juegos. La gente se divertía, tocaba el acordeón, cantaba “Cristo ha resucitado...” ¡Oh, qué delicia!

No la interrumpíamos. No podíamos contar nada parecido. La vida nos había dado tantos y tan furiosos coscorriones, que habían acabado por huír de nuestra cabeza los recuerdos de la infancia, de la familia, de nuestras madres, de las antiguas Semanas Santas.

La noche fué pasando poco a poco, y la cortinilla de la ventana se tornó azulada al transparentar la luz del alba; luego amarillenta, y, por último, de un matiz rosa al dar paso al fulgor de los primeros rayos del sol.

—Si ustedes no tienen inconveniente, señores, voy a abrir la ventana—dijo Zoya.

Descorrió la cortina, abrió la ventana de par en par y se asomó a ella. Nosotros también nos acercamos.

Hacía una hermosa mañana, clara y fresca, y

se diría que alguien, durante la noche, había acicalado cuidadosamente el cielo azul, las nubes blancas, los altos álamos llenos de vida primaveral. Ante nosotros se extendía, a una gran distancia, el Dnieper, azul y amenazador junto a las orillas y plateado por el centro. Todas las campanas de todas las iglesias sonaban.

De pronto oímos un ruido extraño y volvimos la cabeza: el anciano ingeniero lloraba. Apoyaba la cabeza en la ventana, y los sollozos sacudían todo su cuerpo. ¿Qué pasaba en el viejo corazón devastado y herido de aquel hombre que en la lucha de la vida sólo había conocido derrotas? Yo no había oído hablar de su pasado sino muy vagamente: un matrimonio desgraciado con una mujer perversa y escandalosa, un lujo insostenible, la malversación de fondos del Estado, una escena de celos con tiros al amante de su mujer, la pérdida de los hijos, que siguieron a la madre... Zoya, apiadada, prorrumpió en una exclamación compasiva, cogió la cabeza calva del ingeniero, la colocó sobre su pecho y empezó a acariciarla suave y tiernamente.

—¡Querido, pobrecito mío!—decía—. Ya sé que vuestra vida es muy triste. Todos sois como perritos abandonados..., viejos, solitarios... Pero no os desesperéis... El buen Dios puede cambiarlo todo... Todo se arreglará, y la vida os será más fácil... Sólo necesitáis un poco de paciencia... ¡Valor, hijos míos!

Con mucho trabajo, el ingeniero se dominó y le-

gró calmarse. Los ojos se le habían puesto colorados a causa del llanto, y la nariz, azul.

—¡Diablo! Son los negvios... Los malditos negvios...—dijo, evitando mirarnos.

Se advertía en su voz que las lágrimas le subían a la garganta.

Cinco minutos después nos despedimos de Zoya. Todos le besamos respetuosamente la mano.

El ingeniero y yo salimos los últimos.

En el momento que salíamos apareció en el corredor el estudiante gordo, que volvía de la ciudad.

—¡Calla, calla!—exclamó sonriendo con aire malicioso—. ¡Mira de dónde salen! ¡Habrán pasado ustedes un buen rato con esa señora!

Había algo extremadamente cínico en su acento.

El ingeniero le miró de alto abajo, y tras un largo silencio dijo con un desprecio magnífico, imposible de describir:

—¡Badulaque!

UN CAPRICHIO

I

El enorme salón de conferencias de la Universidad parecía inundado por un mar de luces. En un extremo se alzaba un vasto estrado, engalanado con banderas y plantas. Sobre él había un piano con la tapa levantada.

Aunque parecía que no quedaba ya ni un solo sitio libre, olas de espectadores penetraban sin cesar en el enorme salón por la puerta de entrada. La vista se perdía en aquel agitado mar de cabezas, de tocados, de fracs negros, de uniformes militares, de claras "toilettes", de mujeres, de abanicos inquietos, de brazos finos calzados con largos guantes blancos, de gestos y sonrisas llenos de coquetería.

Un gentil cantante subió al estrado. Con paso seguro, casi orgulloso, avanzó desde la escalinata. Vestía de frac y llevaba una rosa roja en el ojal de la solapa. Siguiéndole como su sombra, subió también, casi inadvertido, su acompañante, que se sentó al piano. Llevaba una larga melena que le caía sobre los hombros.

Inmediatamente reinó el silencio.

Varios estudiantes pertenecientes a la junta or-

ganizadora del concierto, en señal de lo que llevaban unas cintitas en el pecho, iban y venían impacientes por el vestíbulo, por entre los abrigos y las pieles, esperando la llegada de la señorita Enriqueta Ducroix, primadona de la ópera de París, que invernaba en la ciudad. Aunque la célebre cantatriz había recibido a la comisión de estudiantes con suma amabilidad y había asegurado que sería para ella un gran honor cantar en su concierto, la tercera parte, en la que figuraba su nombre en el programa, había comenzado ya, y ella no parecía.

“¿Será posible que no venga?”, se preguntaban con inquietud los organizadores, mirando ansiosamente por las ventanas y tratando de sondear las tinieblas de la noche. La señorita Ducroix, que cobraba carísimos los billetes para sus conciertos, era el “clou” de la fiesta, y su nombre había atraído a la mayoría del público.

Afortunadamente, al cabo de un cuarto de hora se oyó rodar un coche, y por las ventanas se vieron acercarse dos linternas. Los organizadores corrieron a la puerta, tropezando unos con otros y visiblemente conmovidos.

Era, en efecto, la señorita Ducroix, que entró en el vestíbulo sonriendo a los estudiantes y señalándose con la mano a la garganta, envuelta en pieles costosísimas. Aquel ademán quería decir que estaba dispuesta a explicar su retraso, pero que no se atrevía a hablar en el frío vestíbulo.

II

Como la señorita Ducroix se había hecho esperar tanto, y el público estaba seguro de que ya no iría, su aparición repentina en el estrado produjo una magnífica impresión de sorpresa. Varios centenares de robustas gargantas, cuyas voces se mezclaban con formidables aplausos, le hicieron una ovación tan larga y calurosa, que aquella mujer mimada por la gloria no pudo menos de sentirse conmovida y halagada. De pie junto a la escalinata, ligeramente inclinada hacia el público, paseaba sus grandes ojos negros y sonrientes por las filas de espectadores. Vestía un traje blanco de seda resplandeciente, cuyo corpiño sostenían sobre sus hombros unas cintitas. Sus bellos brazos desnudos, su pecho alto y muy descotado, y su cuello torneado y altivo, parecían esculpidos en un mármol cálido y aterciopelado.

Se acercó al piano varias veces para cantar; pero siempre una nueva salva de aplausos la obligaba a volver junto a la escalinata y a saludar al público. Por fin, con una sonrisa encantadora, señaló al piano de una manera suplicante. Los gritos y los aplausos cesaron. El público la contemplaba con mirada amorosa, y en medio de un silencio profundo, pero vivo y atento, la artista comenzó a cantar una romanza de Saint-Saëns.

Alejo Sumilov, estudiante de medicina de segundo año, en pie, apoyado en una columna pró-

xima al piano, escuchaba, con los ojos cerrados, el canto apasionado y tierno. Amaba la música con un amor extraordinario, profundo, casi morbosos; la sentía con todo su cuerpo, con sus nervios, con su alma. Y cada vibración de la admirable voz de la artista penetraba en lo hondo de su ser y provocaba en él dulces estremecimientos. A veces se le antojaba al joven que aquella voz brotaba de su propio pecho.

Cuando, después de cada romanza, el público estallaba en aplausos y en bravos frenéticos, Sumilov experimentaba un dolor casi físico y miraba al público con expresión de espanto, de súplica y de sufrimiento. Pero la señorita Ducroix empezaba una nueva canción, y Sumilov cerraba de nuevo los ojos y se abandonaba al encanto de la música, cuyas ondas cálidas le mecían como las del mar. Sentía un deseo apasionado de escuchar eternamente aquella voz divina, apoyado en la columna, con los ojos cerrados. El público le hizo repetir a la señorita Ducroix lo menos diez veces. No la dejaron tranquila hasta que, iluminado el rostro por su sonrisa encantadora, se señaló con la mano a la garganta, dando a entender que le lamentaba, pero que no podía cantar más.

En cuanto abandonó el estrado, ocupó su sitio un actor de rostro ruboso, que llevaba un frac pasado de moda, y comenzó a recitar un trozo de sainete.

Sumilov suspiró profundamente, como si despertase de un sueño de amor.

III

Bajaba la escalera, invadida por un público clamoroso, procurando no pisar los vestidos de las señoras. Alguien le tocó por detrás en el hombro. Sumilov se volvió y reconoció al estudiante de derecho Biber, hijo de un famoso millonario y compañero suyo de liceo.

Biber estaba muy contento. Abrazó a su amigo por la cintura, y, apretándole contra sí, le dijo al oído:

—Ha aceptado... No tardarán los "troika"... He enviado por ellos...

—¿Quién ha aceptado?—preguntó Sumilov.

—¡Pues ella..., la señorita Ducroix! Hemos encargado una cena al hotel de Europa... Al principio se negaba obstinadamente; pero al cabo ha cedido... Iremos todos... ¿Tú vendrás también, claro?...

—¿Yo? No, no iré.

Sumilov no había pertenecido nunca al círculo de Biber, formado por la juventud dorada de la Universidad: hijos de grandes terratenientes, de banqueros y de ricos comerciantes. Biber, aunque lo comprendía, se hallaba en ese estado de entusiasmo en que se siente la necesidad de hacer algo agradable para los demás.

—¡No digas tonterías!—protestó—. Tienes que venir con nosotros. ¿Por qué no quieres?

Sumilov se echó a reír.

—Porque... porque... Sencillamente porque mis recursos..., ya lo sabes...

—¡Bueno, bueno! ¡Enterado!—interrumpió Biber, arrastrando a su compañero—. ¡Vamos!

A la puerta estaban ya los "troika". Los caballos relinchaban en la obscuridad y sacudían la cabeza, haciendo sonar los cascabeles. Los estudiantes se acomodaron en los trineos, turbando con su algarabía el silencio de la noche invernal.

Sumilov se sentó al lado de Biber. Seguía todavía bajo la impresión de la música. Mientras los trineos recorrían las calles desiertas, se entregaba a una ilusión extraña. El silbido del viento, el ruido de la nieve bajo los trineos, los gritos de los estudiantes y el continuo tintineo de los cascabeles sonaban en su oído mezclados en una melodía encantadora. A veces se abstraía hasta el punto de no recordar dónde se hallaba y adónde iba.

IV

La cena, a cuyo comienzo se encontraban todos, incluso la señorita Ducroix, un poco cohibidos, acabó por ofrecer un aspecto ruidoso y alegre de orgía. Los estudiantes besaban las manos de la célebre cantatriz y le echaban, en un detestable francés, flores muy atrevidas. La presencia de una mujer bella y muy descotada los emborrachaba harto más que el "champagne". En sus ojos brillaba un apetito erótico que ni siquiera trata-

ban de disimular. La señorita Ducroix contestaba a un tiempo a media docena de estudiantes, reía a carcajadas, derribaba la cabeza sobre el respaldo del sofá de terciopelo rojo y les daba abanicazos a sus interlocutores en las manos y en los labios.

Sumilov no tenía costumbre de beber, y las dos copas que se había bebido le habían achispado un poco. Sentado en un rincón, protegiéndose con la mano los ojos contra la luz, demasiado fuerte, miraba a la señorita Ducroix con miradas entusiásticas. Estaba asombrado de la audacia de sus camaradas, que se conducían de un modo tan libre con la célebre artista. Tal audacia despertaba en él un sentimiento de envidia y de celos.

Sumilov era muy modesto, hasta tímido, tanto por naturaleza como por la educación recibida en su casa patriarcal y noble. Sus amigos le llamaban "señorita", y, en efecto, había en él una frescura de sentimientos, una candidez verdaderamente femeninas.

—¿Quién es ese señor que está en el rincón como un ratoncito?—preguntó de pronto la señorita Ducroix, señalando a Sumilov.

—Es uno de nuestros estudiantes—contestó Biber—. Se llama Sumilov.

—Debe de ser poeta... ¡Oiga, señor poeta! ¡Venga usted aquí!—gritó la cantatriz.

Sumilov se acercó, y, cohibido, se detuvo ante ella, poniéndose coloradísimo.

—¡Ay, Dios mío!—exclamó ella sonriendo—.

¡Es muy lindo nuestro poeta! Parece una colegialita. ¡Miren, miren cómo se ruboriza! ¡Jesús, qué monada!

En efecto, miraba encantada la figura esbelta y elegante de Sumilov, su delicada faz, a la sazón como un tomate; sus suaves cabellos rubios, que caían en desorden sobre su frente. De pronto, cogiéndole la mano con una gracia deliciosa, le hizo sentarse junto a ella en el sofá.

—¿Por qué no quería usted acercarse a mí? ¡Es usted muy orgulloso, joven! ¡No es a la mujer a quien le corresponde dar el primer paso!

El no contestaba. Uno de los estudiantes, que no le había visto nunca en su círculo, dijo con una risita insolente:

—Señorita, nuestro compañero no entiende el francés.

Tal aseveración produjo en Sumilov el efecto de un latigazo. Se volvió hacia el estudiante, y le miró fijamente a los ojos con una mirada larga y provocativa. Luego, en francés también, pero en el francés perfecto, exquisito, que en otro tiempo era el orgullo de la aristocracia rusa le dijo:

—Hace usted mal, señor, en tomarse el trabajo de hablar por mí, tanto más cuanto que ni siquiera tengo el honor de conocerle.

Mientras hablaba así, la cólera fruncía sus cejas y ponía una sombra en sus grandes ojos azules de largas pestañas.

—¡Bravo, bravo, joven poeta!—exclamó, rien-

do, la señorita Ducroix, sin soltar la mano de Sumilov—. ¿Cómo se llama usted, poeta mío?

Sumilov, un poco calmado, enrojeció de nuevo.

—Me llamo Alejo.

—¿Cómo? ¿Ale...

—Alejo.

—¡Ah, como entre nosotros Alexis! Bueno, señor Alexis, en castigo de no haber querido acercarse a mí, queda usted obligado a acompañarme a casa. Voy a dar un paseíto a pie; pues si no, tendría mañana un horrible dolor de cabeza.

V

El coche se detuvo a la puerta de un hotel de primer orden. Sumilov ayudó a la señorita Ducroix a bajar y empezó a despedirse.

Ella le miró de reojo con una mirada tierna y maliciosa y le preguntó:

—¿No sube usted un momento a ver mi jaula?

—Señora..., tendría mucho gusto, pero no me atrevo... Es tan tarde...

—¡Arriba!—mandó ella—. Quiero castigarle a usted hasta el fin.

Mientras ella, en el tocador, se cambiaba de traje, Sumilov contemplaba la habitación. Observó que la cantatriz había sabido poner en el lujo un poco vulgar del hotel ese matiz de elegancia y de coquetería de que sólo las parisienses poseen el secreto. Por todas partes se veían tapices, flores, abanicos, "bibelots" costosos. Los muebles

eran más adecuados para tenderse que para sentarse. El aire estaba impregnado de exquisitos perfumes; olía a polvos de arroz y a mujer. Aquel olor ya lo había advertido Sumilov en el coche, junto a la señorita Ducroix.

La artista no tardó en salir, envuelta en un amplio y blanco peinador bordado en oro.

Reparando en la doncella, que, sin hacer ruido, preparaba en una mesita de mármol el te, díjole:

—Puede usted acostarse, no la necesito.

La doncella, una camarera fea y hábil como una mona, salió, después de mirar rápidamente a Sumilov con una mirada astuta e irónica.

La señorita Ducroix se sentó, a la oriental, en un canapé turco muy bajo y muy ancho, cubriéndose las piernas con los pliegues de su bata blanca, y con gesto imperioso le indicó a Sumilov un sitio junto a ella.

El joven obedeció.

—¡Más cerca, más cerca!—ordenó ella—. Más cerca aún... Así.. Y ahora vamos a charlar un poco, señor Alexis. Ante todo, ¿dónde ha aprendido usted el francés? Habla usted como un marqués.

El le contó que había tenido desde su más tierna infancia ayos franceses, y que casi no se hablaba otro idioma en su casa.

—¿Entonces, usted pertenece a una familia rica?—exclamó la señorita Ducroix.

—No; hace unos cinco años que estamos arruinados.

—¡Ah, pobrecito mío! ¿Entonces usted vive de su trabajo? Su vida será muy penosa... ¿Tiene usted amigos? Evitará usted la sociedad, ¿no?

La artista seguía haciendo nuevas preguntas a las que el joven ni siquiera tenía tiempo de contestar. De un modo inesperado le preguntó:

—Dígame, ¿ha estado usted enamorado alguna vez?

El la miró asombrado, con una sonrisa de confusión.

—Sí, cuando tenía catorce años, estuve enamorado de una prima mía.

—¿Y nada más?

—Nada más.

—¿Palabra de honor?

—Palabra de honor.

—Y nunca ha querido usted a una mujer “completamente”?

Comprendió él el sentido de la pregunta, y con voz turbada balbuceó:

—No, nunca.

—¿Y yo?—preguntó ella con voz apasionada y queda, inclinándose hacia el mancebo hasta hacerle sentir el calor de su piel—. ¿Yo le gusto? ¡Pero míreme usted a los ojos para contestarme!

Cogió la cabeza de Sumilov y la volvió hacia ella. El fuego de sus ojos asustó, en el primer momento, al joven, que no tardó en sentir arder en las suyos la llama del deseo.

La señorita Ducroix suspiró y atrajo hacia su rostro la cabeza de Sumilov. Sus labios húmedos quemaban.

VI

—¿La señorita Ducroix está en su cuarto?

—No, ha salido.

—Puede que no la haya usted visto entrar. ¿Quizá haya vuelto ya?

El grueso suizo de rostro rojo, mofetudo y soñoliento, montó en cólera.

—¡Cómo no la he de ver, siendo ésa mi obligación? Y luego, ¿a qué diablos viene usted? Hace diez días que está usted dándonos la lata.. Se le dice que la señorita no está, la cosa me parece bien clara. No quiere verle a usted, y a eso se reduce todo...

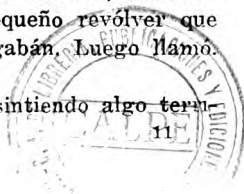
Sumilov se apresuró a sacar su portamonedas y le tendió al suizo un rublo. El otro, entonces, cambió de humor.

—Cerciórese usted, si quiere... Suba a ver; quizá esté ya en su cuarto.

Sumilov subió la escalera corriendo. Ante la puerta de la habitación de la señorita Ducroix se detuvo un instante y se llevó una mano al pecho, en el que latía furiosamente su corazón, mientras con la otra acariciaba un pequeño revólver que guardaba en el bolsillo del gabán. Luego llamó.

—Adelante—dijeron.

Con los ojos cerrados, presintiendo algo terrible...



ble, empujó la puerta. Era para él un día decisivo. No tenía ya fuerzas para soportar los sufrimientos de su amor desdeñado y sus celos.

Cuando al día siguiente a su noche de amor con la señorita Ducroix fué a verla, estremecido aún de placer, ella le acogió con un asombro frío, como si no le conociese. Los días sucesivos se negó a recibirle. La doncella, con insolencia, le dió con la puerta en las narices. El empezó a escribirle cartas; pero la primera quedó sin respuesta, y las demás volvían sin abrir a sus manos.

Sufría terriblemente. Se puso delgado, amarillo. Noche y día le perseguían la imagen de la parisiense y el recuerdo de sus besos y de sus caricias de fuego.

La señorita Ducroix no estaba sola. Junto a ella, sentado en el sofá, había un hombrecillo gordo, que parecía griego o armenio, de ojos negros, en que se reflejaba el deseo; nariz corva y poblada bigote.

Al ver a Sumilov, la señorita Ducroix se levantó, y, llena de cólera, dió algunos pasos hacia él, sin tenderle la mano.

—¡Esto ya es demasiado!—dijo—. ¡Me persigue usted por todas partes, señor!

Una oleada de sangre subió al rostro de Sumilov, y una niebla espesa cubrió sus ojos. Cogió violentamente la mano de la señorita Ducroix, y con los labios contraídos le dijo por lo bajo:

—Necesito hablarle a usted... sin testigos... Sólo dos palabras...

Había tanta decisión en su acento y en la expresión de su semblante, que ella obedeció a su pesar.

—Bueno, sígame usted—le dijo, dirigiéndose a su tocador—. Pero tenga entendido que es nuestra última entrevista.

En la semiobscuridad del tocador volvió él a cogerle la mano, que la cantatriz retiró bruscamente.

—¡La amo a usted con locura!—exclamó el joven—. ¡Tenga piedad de mí!

—¿Es eso todo lo que quería usted decirme?

—Sí, eso es... O, mejor dicho, no... Ni yo mismo sé lo que hablo... Me paso las noches sin dormir... ¿Por qué hace usted eso conmigo?

Ella prorrumpió en una risa insolente, en una risa artificial de actriz consumada:

—¡Tiene gracia! ¿Ha venido usted, por lo visto, a hacerme reproches?... ¡Ja, ja, ja!

En aquel momento se oyó en el salón una tos contenida.

—¿Quién es ese señor?—preguntó brutalmente Sumilov.

—¿Acaso tengo que darle a usted cuenta de mis relaciones?—replicó la artista encogiéndose de hombros.

Sumilov sintió de repente un acceso de furia.

—Diga usted, ¿quién es ese señor? ¿Es su amante de usted? ¡Responda usted al punto!

—¡Ah!, ¿quiere usted saberlo? Bueno...

La artista acercó su rostro, contraído por la có-

lera, al de Sumilov, y dijo con los labios pálidos y trémulos:

—¡Sí, es mi amante!

Se oyó un disparo de revólver, sonó después un grito desesperado de mujer, luego sonaron otro disparo y otros gritos...

Acudió gente, presurosa.

La señorita Ducroix estaba aún viva; tendida en el suelo, en un charco de sangre, lanzaba gemidos lastimeros. Sumilov yacía junto a ella, boca abajo, con la cabeza ensangrentada sobre el borde de su vestido. El hombro izquierdo del mancebo se estremecía de cuando en cuando, como el ala de un pájaro malherido por un cazador.

EL PAN AJENO

—Acusado: con arreglo a la ley, tiene usted la palabra—dijo el presidente del tribunal, con tono indiferente, entornados los ojos por el cansancio—. ¿Qué puede usted decir para justificar o explicar su crimen?

El acusado se estremeció y se asió de un modo nervioso a la baranda que separaba del público el banquillo.

Era un hombrecillo delgado, de movimientos tímidos y ojos medrosos. Sus cabellos ralos, muy rubios, y sus cejas, casi blancas, le daban a su rostro un aspecto enfermizo y anémico.

Se le acusaba de que, viviendo en casa de su pariente lejano el conde Vencepolski, había prendido intencionadamente fuego, la noche del 23 al 24 de enero, lo que había originado un incendio. Los forenses declararon que estaba en plena posesión de sus facultades mentales. Sólo observaron en él cierta excitabilidad y una sensibilidad exagerada, unidas a una atonía general del sistema nervioso y a una marcada predisposición al llanto, nada, de lo cual impidió que se le declarase responsable de sus actos.

Hasta aquel momento, el acusado se había mos-

trado indiferente y no había manifestado casi ningún interés por su proceso. El conjunto solemne, casi abrumador, de la sala; los uniformes dorados de los jueces, el tapete rojo de la mesa del tribunal, las enormes ventanas, los majestuosos retratos de las paredes, el público agolpado ante la baranda, los ujieres severos, los jurados conscientes de su dignidad y graves en extremo, abatían e intimidaban al pobre hombre, que se sentía como bajo las ruedas de una máquina gigantesca e implacable, cuya marcha vertiginosa no pudiera interrumpir ninguna fuerza humana.

No pocas veces, durante el discurso de su defensor, hubiera gritado: "¡No es eso, señor abogado! Sucedió de otro modo. Cállese usted, y déjeme contar a mí la historia de mi crimen." ¡Oh, él habría podido contar, en términos claros y conmovedores, cuánto había sentido y pensado!

Pero la máquina judicial seguía su curso rápido, regular, y parecía inútil toda resistencia a aquel monstruo frío e implacable.

Sin embargo, las últimas palabras del presidente despertaron en el corazón del acusado la energía desesperada que suelen mostrar algunos hombres en los momentos más graves de su vida y que hace luchar al condenado a muerte con el verdugo que le anuda la soga al cuello.

Y con voz suplicante gritó:

—¡Sí, señor presidente! En nombre de Dios Todopoderoso, escúcheme usted... Permítame contárselo todo,

Los jurados simularon una gran atención; los jueces se pusieron a dibujar, en las hojas de papel que había ante ellos, cabezas de mujeres y de animales; el público guardó un silencio expectante.

El acusado comenzó a hablar.

—Cuando llegué, a principios del año pasado, a esta ciudad, no había decidido nada respecto a mi porvenir. Nunca había tenido suerte: se diría que había nacido desgraciado. No había tenido ningún éxito, y a la edad de cuarenta años era tan impotente y falto de sentido práctico como en mi juventud.

Me dirigí al conde Vencepolsky, rogándole que me buscara un empleo cualquiera. El conde era pariente lejano de mi madre, muerta hace muchos años, lo que me movió a dirigirme a él. Hombre desprendido y generoso, como no pudiese encontrar nada, por el momento, para mí, me ofreció, mientras mis asuntos no se arreglasen, la hospitalidad en su casa.

Acepté. Al principio, tuvo para mí algunas atenciones; pero no tardó en cansarse de mi presencia y dejó en absoluto de hacerme caso. Me miraba como se mira un mueble que se ha adquirido la costumbre de tener siempre ante los ojos. Entonces comenzó para mí una vida de parásito llena de las humillaciones más amargas, de cólera impotente, de palabras halagadores y de sonrisas falsas.

Para comprender todo el horror de semejante vida es necesaria la experiencia personal. La gen-

te independiente y altiva cree que la costumbre de vivir como parásito y de comer el pan ajeno mata en el hombre el amor propio. Es un error. En mi vida he sido tan sensible a las palabras en que veía alusiones a mi condición miserable. En mi alma sangraba una terrible herida, y cada nuevo insulto era para mí como el contacto de un hierro candente.

Pero cuanto más tiempo pasaba, con menos fuerzas me sentía para poner término a situación tan humillante. Siempre he sido débil de carácter, tímido, indeciso. La vida en casa del conde paralizó completamente mi voluntad, anuló mi escasa energía. A veces, por la noche, pasando revista, en la cama, a todas las humillaciones del día, me ahogaba de ira y me decía: "¡Mañana pondré fin a todo esto! Mañana me iré, después de decirle al conde la verdad. Más vale vivir hambriento, tener frío y sufrir todas las privaciones, que continuar esta innoble existencia." Pues bien: llegaba el día siguiente y no quedaba nada de mi decisión de la víspera. De nuevo miraba al conde con una sonrisa baja y ruin; de nuevo no me atrevía, durante la comida, a poner las manos sobre la mesa; de nuevo me sentía ridículo y torpe. Cuando me decidía a recordarle su promesa de buscarme un empleo, el conde me contestaba con tono señorial:

—¿Qué prisa tiene usted, querido? ¿No está usted bien en mi casa? Viva usted aquí por ahora; después, ya veremos.

Y yo callaba.

A veces el conde me regalaba uno de sus trajes usados, y yo no me atrevía a rehusarlo. Los trajes eran elegantes, pero me estaban anchos. Un amigo del conde, un sinvergüenza y un rastacuero, me gritó una vez, riendo cínicamente:

—Señor Fedorov, veo que le viste a usted el mismo sastre que al conde.

Ninguno de los concurrentes asiduos a la casa me llamaba nunca por mi patronímico. El conde se olvidaba siempre de presentarme a sus invitados, la mayoría de los cuales vivían, como yo, de su generosidad; pero sabían darse tono y le trataban de igual a igual, mientras que yo, por culpa de mi timidez, me veía siempre en un plano inferior. Me odiaban con un odio de gente vil, no queriendo que otro gozase, como ellos, del favor del amo.

La servidumbre me trataba con la altiva insolencia que caracteriza a casi todos los lacayos. En la mesa se distraía con frecuencia y no me servía algunos platos. En sus palabras y miradas yo advertía el profundo desprecio de los que trabajan por los parásitos. No me atrevía nunca a decirles que arreglasen mi cuarto ni que cepillasen mi ropa.

Por la noche solía jugarse a las cartas en casa del conde. Cuando faltaba un contendiente, el conde me invitaba a jugar también. Aunque no tenía nunca un cuarto, aceptaba la invitación, deseando con toda mi alma ganar. Jugaba con avidez, calculando, arriesgándome, a veces hasta im-

plorando mentalmente la ayuda de Dios. Como sucede casi siempre en casos semejantes, perdía en lugar de ganar, y perdía más que todos los otros.

Cuando se acababa el juego y los jugadores arreglaban las cuentas, yo no osaba levantar los ojos, rojo de vergüenza. Cuando ya no era posible guardar silencio, decía, esforzándome en dar a mi voz una expresión de indiferencia:

—Conde... haga el favor... en este momento me encuentro sin dinero... Tenga la bondad de pagar por mí... mañana le devolveré...

Naturalmente, nadie tomaba en serio la promesa: todos sabían que ni mañana ni pasado mañana podría yo pagar la deuda.

Ocurría a veces que el conde y sus amigos se iban por la noche a un "restaurant" y luego a un prostíbulo. Me invitaban por mera fórmula, haciéndome comprender bien claro que lo mejor sería que me quedara en casa. Aunque no me cabía duda de que, si rehusaba, no repetirían su invitación, no tenía bastante voluntad para decir: "No voy". Y lo que era más grave, corría antes que nadie al recibidor a ponerme el gabán, como si temiese que se fueran sin mí.

Durante la cena se decían chistes y obscenidades. Yo me creía en el deber de reír, aunque lo hacía de tan buena gana como un perro sabio. Si yo hubiera dicho una gracia o hubiera tenido una ocurrencia feliz, no hubiera habido nadie que me escuchase. Apenas abría yo la boca, alguno de

los asistentes me interrumpía. Todos volvían la cabeza a otro lado, y en vano comenzaba yo, por décima vez, la misma frase buscando con los ojos alguien que me atendiese: todos evitaban mirarme.

El resto de la noche era aún más terrible. Yo dormía en un cuartito angosto que más bien parecía un pasillo. Un viejo canapé con el forro lleno de agujeros, una giba en medio y los muelles en un estado lastimoso me servía de cama. Como le faltaban dos patas, yo las había reemplazado con mi maleta.

¡Cómo odiaba aquel canapé! Ningún ser viviente me ha inspirado un odio tan feroz como el que me inspiraba aquel miserable y viejo mueble, que ningún chamarilero hubiera querido comprar. Conforme se acercaba la hora de acostarme, un terror insoportable se iba apoderando de mí, ante el largo insomnio que me esperaba. En cuanto me tendía en el canapé, la giba se me clavaba en la espalda y los muelles me torturaban las costillas. A los cinco minutos empezaba a sentir un dolor terrible en el espinazo y en la nuca. Mi cabeza se inflamaba y mi pobre cerebro era invadido por un tropel de pensamientos febriles. Concebía planes fantásticos para el porvenir, que durante la noche se me antojaban completamente realizables, y por la mañana comprendía que no eran sino insensateces.

Todas las impresiones del día, todas las palabras pronunciadas por mí o por los demás, todos

los insultos, todas las humillaciones desfilaban por mi memoria. Yo los analizaba durante la noche con una especie de voluptuosidad de la que no es capaz sino el alma de un hombre desgraciado, humillado y despreciado. Y experimentaba por segunda vez todos los sufrimientos del día, al resucitar en mi espíritu todos los detalles terribles.

Los amigos del conde, cuando pasaban por delante de mi canapé, se complacían en bromear malévolamente. Le llamaban "el lecho de Procustes".

El día que cometí el crimen, uno de ellos, el señor Lbov, invitó al "restaurant" a todos los camaradas, para festejar una herencia con que acababa de ser favorecido. Yo me apresuré a vestirme para ir también con ellos. Cuando estábamos ya en la escalera, empujé, sin querer, con el codo al señor Lbov. Como es natural, me excusé..

—¡No tiene importancia!—contestó.

Luego añadió, de pronto:

—Además, hace usted mal en molestarse; puede usted quedarse en casa. Nadie le ha convidado...

Yo me paré en seco, abrumado por tan crueles palabras.

Los invitados bajaban la escalera con gran algarabía. Uno de ellos se volvió hacia mí y me gritó:

—Vaya usted a acostarse a su lecho de Procustes.

Otro añadió:

—Allí nadie le molestará.

Y se marcharon, riéndose a carcajadas.

Subí de nuevo a casa y me tendí en el canapé.

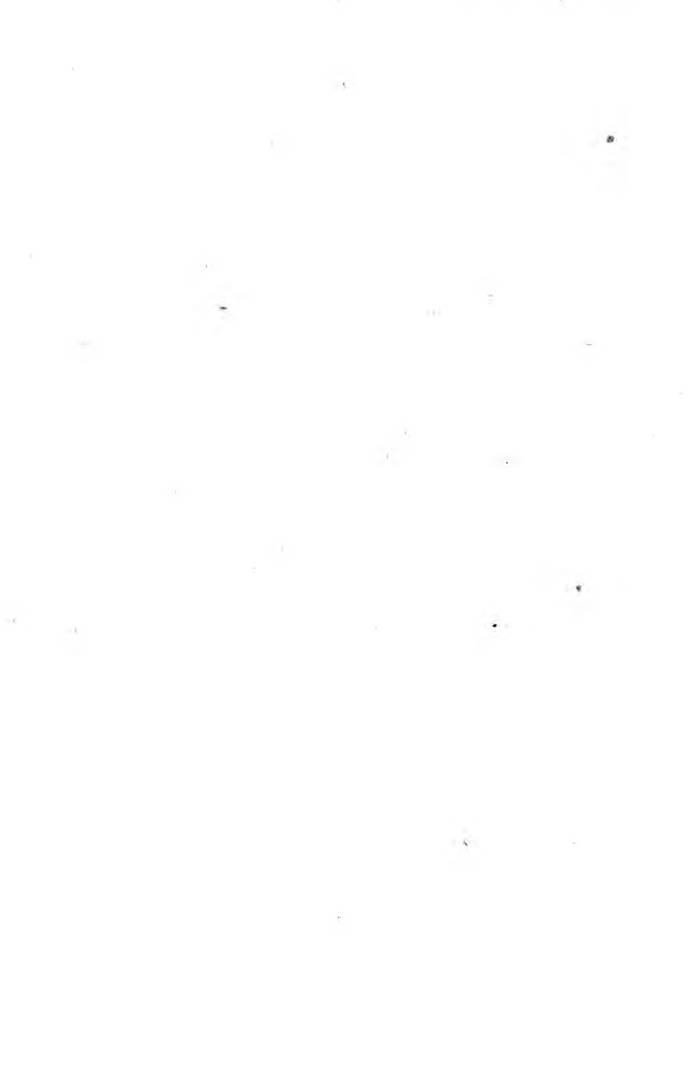
Abrigaba una vaga esperanza de que se arrepintieran de sus crueles palabras y enviaran a alguien en mi busca, pero no iba nadie.

Por espacio de dos o tres horas, lloré lágrimas de furia impotente. Mi lecho de Procustes me hacía ver las estrellas. Me levanté, al cabo, lleno de odio al endiablado canapé.

Reuní algunas cajas de sombreros vacías, las llené de periódicos viejos, que rocié de petróleo, las puse debajo del canapé y les apliqué una cerilla. Obraba como un autómeta, sin darme cuenta de mis actos... Perdí el conocimiento...

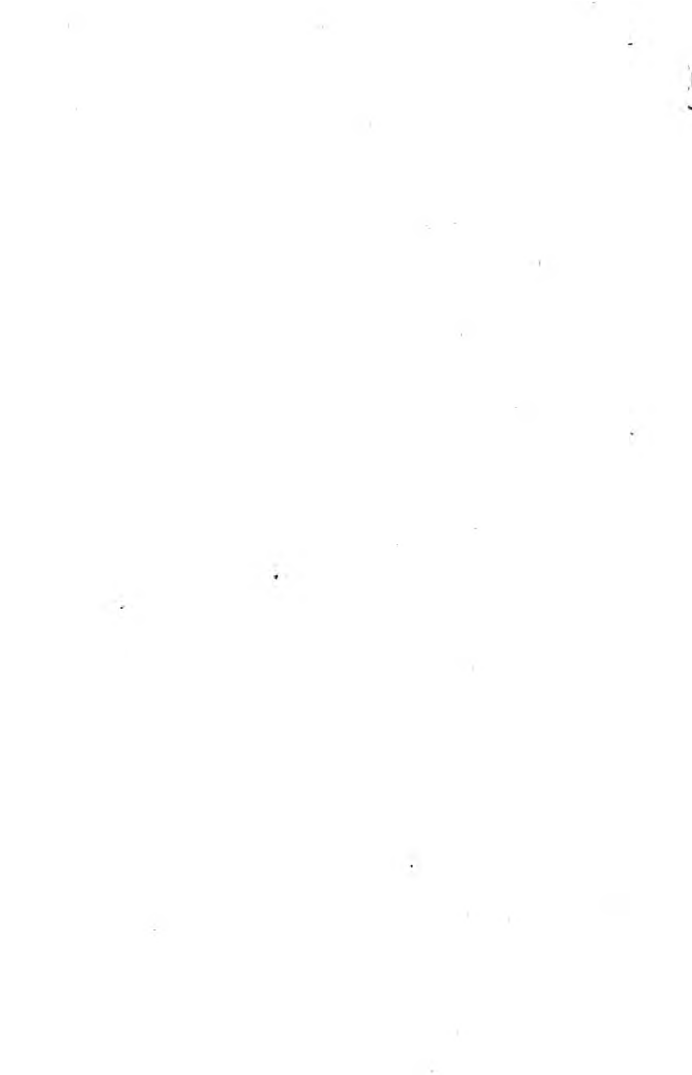
Cuando volví en mí, toda la habitación estaba ya ardiendo. Lleno de horror, me puse a gritar: "¡Soçorro! Lo demás lo saben ustedes, señores jurados."

FIN



INDICE

	<u>Págs.</u>
El brazalete de rubíes.....	7
El mareo.....	77
Un brindis.....	113
Natalia Davidovna.....	120
Demir-Kaia.....	127
Un jamelgo.....	132
Un idilio.....	139
Un capricho.....	150
El pan ajeno.....	165



COLECCION UNIVERSAL

Antón Chejov.

HISTORIA DE MI VIDA

MCMX V

ES PROPIEDAD
Copyright by Calpe, 1920.

Papel especialmente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

COLECCIÓN UNIVERSAL

ANTÓN CHEJOV

Historia de mi vida

NOVELA

La traducción del ruso ha
sido hecha por N. Tasin.



MADRID-BARCELONA
MCMXX

Antón Chejov—1860-1904—ocupa en el panteón de la literatura rusa un puesto de honor junto a Tolstoi, Dostoiewski y otros grandes maestros de la novela. Por desgracia, se le conoce poco en España, lo cual constituye una laguna lamentable que nosotros queremos llenar.

Es el autor preferido entre los intelectuales en Rusia, y sus obras rivalizan en éxito con las de los mejores autores rusos contemporáneos. Se admira a Andreiev, por ejemplo, que es más profundo, más violento y más penetrante; pero se ama a Chejov tal vez porque refleja mejor que cualquier otro las aspiraciones y la mentalidad de la época a que perteneció.

Creó una escuela literaria suya. Se escribía a lo Chejov, se hacían dramas a lo Chejov y hasta se hablaba a lo Chejov.

Su género predilecto es el impresionismo, preferencia de manifiesto sobre todo en sus obras de teatro. Es un fino acuarelista que sabe a maravilla con algunos rasgos trazar retratos, hacer cuadros en extremo vívidos e impresionantes.

Se dió a conocer en las letras con novelitas, que forman la totalidad de los dos primeros tomos de sus obras. Toda una galería de tipos, de las posiciones sociales, de los caracteres y de las ten-

dencias más diversas pasan ante el lector trazados con mano ligera, esquiciados a lápiz, sin larga detención en ellos del autor y, sin embargo, vívidos, palpitantes.

Después, poco a poco, Chejov se hace más serio, más cuidadoso en los dibujos; vivió en una época harto triste. El pueblo ruso, sometido a la dominación de la más severa política reaccionaria, arrastraba una vida oscura, monótona. Una apatía profunda invadía a los intelectuales, cansados de las luchas políticas, que no los habían conducido sino a decepciones crueles. Unos se hallaban encerrados en estrecha existencia egoísta; otros gemían y se quejaban sin cesar; otros se entregaban al alcohol, al juego. Era, según la expresión de un poeta ruso, "una vida gris salpicada de sangre".

Chejov empezó a pintar dicha vida. Sus novelas y sus dramas de tal época nos presentan un largo cortejo de gentes que sucumben al peso de la monotonía, la estupidez, la desolación de la existencia. De ahí la nota triste, melancólica, que domina en sus obras: la Rusia de esta época no se prestaba al regocijo. "La vida de nuestras clases superiores—dice Chejov en una novela—es gris y como envuelta en crepúsculos; la del pueblo, la de los obreros y campesinos es una noche negra formada de ignorancia, de pobreza y de toda suerte de prejuicios."

A pesar de la tristeza y la monotonía del medio que describe; a pesar de la nota melancólica que

le distingue, Chejov encanta al lector con su manera de pintar los hombres y las cosas. Es un lápiz delicado, finísimo. Sus personajes se graban en la memoria como seres de carne y hueso.

Su talento se reveló sobre todo en sus dramas, en los que se afirmó de un modo completamente original, en extremo suyo. El mejor teatro ruso, el "Teatro del Arte", de Moscú, se creó especialmente para sus obras. Sus dramas—como por ejemplo *Las tres hermanas*, *Ivanov*, *El tío Vania*, *El cerezo*—atraen siempre numeroso público en toda Rusia y las empresas se enriquecen con ellos. Se asemejan algo a los de Ibsen. Como los dramas del gran autor escandinavo, carecen de acción; se buscará en vano en ellos aventuras, acontecimientos, efectismos; son, sobre todo, dramas interiores, choques psicológicos entre el ideal y la triste realidad los que constituyen el fondo de las obras teatrales de Chejov; y esos choques están dibujados con tanto relieve, de una manera tan penetrante, y una melancolía tan profunda se desprende de sus escenas, que el espectador sale del teatro hondamente conmovido. Chejov es un maestro incontestable en la manera impresionista.

Chejov ha dejado, a pesar de su corta carrera literaria, una rica herencia espiritual. Para que el lector español pueda formarse una idea completa de ella, le presentamos en este volumen una novela de más alientos que las novelitas cortas

ya publicadas (1), y que caracteriza su talento en la fase más madura y seria. Y abrigamos la firme esperanza de que Chejov tendrá en España la acogida cordial que tanto se merece.

(1) Colección Universal, números 81 y 82. La sala número seis. Novelas.

HISTORIA DE MI VIDA

I

El jefe de la oficina me dijo:

—A no ser por lo mucho que estimo a su honorable padre, le habría hecho a usted emprender el vuelo hace tiempo.

Y yo le contesté:

—Me lisonjea en extremo su excelencia al atribuirme la facultad de volar.

Su excelencia gritó, dirigiéndose al secretario:

—¡Llévese usted a ese señor, que me ataca los nervios!

A los dos días me pusieron de patitas en la calle.

Desde que era mozo había yo cambiado ocho veces de empleo. Mi padre, arquitecto del Ayuntamiento, estaba desolado. A pesar de que todas las veces que había yo servido al Estado lo había hecho en distintos ministerios, mis empleos se parecían unos a otros como gotas de agua: mi obligación era permanecer sentado horas y horas ante la mesa-escritorio, escribir, oír observaciones estúpidas o groseras y esperar la cesantía.

Con motivo de la pérdida de mi último destino tuve, como es natural, una explicación enojosa con el autor de mis días. Cuando entré en su despacho, estaba hundido en su profundo sillón y tenía los ojos cerrados. En su rostro enjuto, de mejillas rasuradas y azules, parecido al de un viejo organista católico, se pintaba la sumisión al destino.

Sin contestar a mi saludo, me dijo:

—Si tu madre, mi querida esposa, viviera todavía, serías para ella origen constante de disgustos y de bochornos. Dios, en su infinita sabiduría, ha cortado el hilo de su existencia para evitarle terribles decepciones.

Calló un instante y añadió:

—Dime, desgraciado, ¿qué voy a hacer contigo?

Antes, cuando yo era más joven, mis deudos y mis conocidos sabían lo que se podía hacer conmigo: unos me aconsejaban que ingresara en el ejército; otros, que me colocase en una farmacia; otros, que me colocase en telégrafos. Pero a la sazón, cuando yo ya tenía veinticinco años cumplidos y algunos cabellos grises en las sienes, lo que se podía hacer conmigo era un misterio para todos: había estado yo empleado en telégrafos, en una farmacia, en numerosas oficinas; había agotado los medios de ganarme, como decía mi padre, honorablemente la vida. Y todos los que me rodeaban me consideraban hombre al agua y sacudían la cabeza, al mirarme, de un modo compasivo.

—Bueno, ¿qué vas a hacer ahora?—continuó mi padre—. A tu edad, los jóvenes ocupan ya una buena posición social, y tú no eres más que un proletario, un miserable que no sabe ganarse honorablemente la vida y que vive como un parásito a expensas de su padre.

Luego se extendió en largas consideraciones sobre su tema favorito: la perdición de la juventud contemporánea a causa de su falta de religión, de su materialismo y de su arrogancia. Los jóvenes de mi época, al decir del autor de mis días, se entregaban de lleno a los placeres, a las ideas perversas y a los espectáculos teatrales de aficionados, que el gobierno debía prohibir, puesto que no servían más que para apartar a la gente moza de la religión y del deber.

—Mañana—terminó diciendo—iremos juntos a ver a tu jefe, a quien le pedirás perdón y le prometerás ser en adelante un empleado modelo. No puedes, en manera alguna, renunciar a tu posición social.

Yo no esperaba nada bueno del sesgo que tomaba la plática, pero contesté:

—¡Oigame usted, padre, se lo ruego! Eso que llama usted posición social no es sino el privilegio del capital y de la instrucción. Los que no tienen ni una ni otra cosa se ganan el pan con un trabajo físico, y no sé en virtud de qué razones no me lo he de ganar yo así.

—Si empiezas a hablar de trabajo físico, no podemos seguir hablando. ¿No comprendes, imbé-

cil, cabeza hueca, que además de la fuerza bruta posees el espíritu de Dios, el fuego sagrado que te eleva infinitamente sobre un asno o un cerdo? Ese fuego sagrado ha sido conquistado en miles de años por los mejores hombres de la tierra. Tu bisabuelo el general Poloznev se distinguió en la batalla de Borodino; tu abuelo era poeta, orador y jefe de la nobleza del distrito; tu tío era pedagogo; yo, en fin, soy arquitecto. ¡Todos los Poloznev han guardado celosamente el fuego sagrado, y tú quieres apagarlo!

—Hay que ser justo: millones de hombres trabajan físicamente—objeté yo con timidez.

—¡Peor para ellos! Si trabajan físicamente es porque no saben hacer otra cosa. Su trabajo se halla al alcance de todos, incluso de los idiotas y los criminales. Es bueno para esclavos y bárbaros, mientras que sólo los elegidos pueden alimentar el fuego sagrado. Los elegidos son poco numerosos, y los esclavos y los bárbaros se cuentan por millones.

Era completamente inútil continuar la conversación. Mi padre se adoraba a sí mismo, y sólo concedía importancia a sus propias palabras. Lo que decían los demás no tenía valor alguno para él.

Por otra parte, yo sabía que el tono altivo con que hablaba del trabajo físico no obedecía tanto a su entusiasmo por el fuego sagrado como al temor que le inspiraba la opinión pública: si yo me hubiera convertido en un simple obrero, el escándalo en la ciudad habría sido enorme. Pero

lo que principalmente le mortificaba era que todos mis compañeros de escuela hubieran terminado hacía tiempo sus estudios universitarios y se hubieran conquistado una posición. El hijo del director del Banco era jefe de una oficina muy importante, y yo, el hijo único del arquitecto municipal, no era nada aún.

No se me ocultaba que el seguir hab'ando no conducía a nada, a no ser a un grave disgusto; pero continuaba sentado frente a mi padre, defendiéndome débilmente, para ver si lograba que me comprendiese. La cuestión no podía ser más sencilla: no se trataba sino de encontrar una manera de ganarse el pan. Y mi padre no se hacía cargo de la sencillez de la cuestión, y me hablaba sin cesar, con frases afectadas, del fuego sagrado, de Bordini, del abuelo poetastro hacía tanto tiempo olvidado, etc., etc. Me trataba de idiota, de imbécil, de cabeza hueca. Y, sin embargo, yo sólo quería que me comprendiese. A pesar de todo, él y mi hermana me inspiraban gran cariño. Acostumbraba, desde mi infancia, a no hacer nada sin su consejo. Estaba tan arraigada en mí esa costumbre, que desembarazarme no podré de ella nunca. Obrase o no con razón, siempre temía afligirlos, siempre temía que le diese a mi padre un ataque hemipléjico cuando se enfadaba conmigo, pues la ira le ponía fuera de sí, le subía la sangre a la cabeza.

—Estar sentado—dije—en una habitación mal aireada, copiar papeles, rivalizar con una má-

quina de escribir es vergonzoso y humillante para un hombre de mi edad. Y en nada de eso hay ni una chispa del fuego sagrado de que me habla usted.

—No obstante, es un trabajo intelectual—contestó mi padre—. ¡Pero basta! Pongámosle fin a esta conversación. Sólo he de advertirte que, si no sigues asistiendo a la oficina y te empeñas en obrar conforme a tus inclinaciones despreciables, yo y mi hija te privaremos de nuestro afecto. ¡Y te desheredaré, te lo juro!

Con completa sinceridad, para probarle la pureza de mis intenciones, en las que quería inspirarme toda la vida, repliqué:

—La cuestión de la herencia no tiene para mí ninguna importancia. Renuncio de antemano a mi patrimonio.

Sin que yo lo esperase, tales palabras ofendieron mucho a mi padre. Se puso rojo como la grana.

—¿Te atreves a hablarme así, imbécil?—gritó con voz chillona—. ¡Canalla!

Y me dió un par de bofetadas.

—¡Eres un insolente!

En mi niñez, cuando mi padre me pegaba, yo debía permanecer derecho ante él, inmóvil, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo, mirándole de frente. Ya hombre, si alguna vez me sacudía el polvo, el respeto y el hábito me compellían a adoptar la misma postura y a mirarle del mismo modo. Aunque había envejecido, sus múscu-

los eran aún fuertes, y los golpes que me administraba no tenían nada de suaves.

A la segunda bofetada, a pesar de mi respetuosa y añeja costumbre de quedarme quieto, retrocedí hasta el recibidor. El me siguió, cogió su paraguas del perchero y empezó a darme paraguazos en la cabeza y en los hombros.

En aquel momento mi hermana, atraída por el ruido, abrió la puerta del salón. Al ver lo que ocurría, volvió la cabeza, pintados en el rostro el terror y la lástima; pero no pronunció ni una palabra en favor mío.

Mi decisión de no volver a la oficina de donde me habían echado, y de comenzar una vida nueva, de verdadero trabajo, era inquebrantable. Sólo me faltaba elegir oficio, lo que no me parecía difícil, pues me consideraba con vigor, perseverancia y capacidad para el trabajo más penoso. Harto sabía que la vida que me esperaba era una vida monótona de obrero, con sus miserias, su ambiente grosero, su constante temor de hallarse sin trabajo y perecer de hambre. Acaso al volver de mi trabajo por la calle de la Nobleza—la principal de la ciudad—, lamentase algún día no haber preferido una carrera intelectual; pero, por el momento, yo estaba muy satisfecho de mi decisión y no me espantaba la idea de las privaciones, las inquietudes y los sinsabores que me aguardaban.

En otro tiempo soñaba con una carrera intelectual: me imaginaba ya profesor, ya médico,

ya literato. Pero mis sueños no se habían realizado. Aunque sentía marcada inclinación por los placeres espirituales—principalmente por los que nos procuran las letras—, no sabía hasta qué punto el trabajo intelectual concordaría con mis aptitudes. En el Liceo manifesté una aversión tal a la lengua griega que me echaron sin aprobar el cuarto año. Luego estudié en casa mucho tiempo, con profesores particulares, para poder examinarme y pasar al quinto año; después desempeñé todos los empleos de que he hablado, me dediqué a perder el tiempo en una porción de oficinas, lo cual me aseguraban que era trabajo intelectual. Mi servicio en tales oficinas no exigía de mí ni esfuerzos de ingenio, ni talento, ni capacidad personal, ni inspiración. Mi trabajo no difería en nada del de una máquina, y era, en mi sentir, más despreciable que cualquier trabajo físico. Me parecía imperdonable la vida ociosa, inútil, de la mayoría de los pretendidos trabajadores intelectuales, verdadera vida de parásitos. Quizás me equivocase. Quizás no tuviese yo idea de lo que es el auténtico trabajo intelectual.

* * *

Empezó a anochecer.

Nuestra casa se hallaba en la calle de la Nobleza, por la que, a falta de un buen jardín público, se paseaba todas las tardes la gente distinguida de la ciudad.

La calle era encantadora y podía, hasta cierto punto, reemplazar a un jardín: la bordeaban dos hileras de acacias que exhalaban en el buen tiempo un olor delicioso, sobre todo después de la lluvia. Por encima de las tapias de los jardincillos domésticos asomaban sus ramas las lilas, las acacias, los manzanos.

Estábamos en el mes de mayo. A pesar de que no eran nuevas para mí aquellas tardes primaverales con sus suaves penumbras, con sus tiernos verdores, con sus delicadas fragancias, con su dulce rumor de insectos, con su tibia temperatura, todo eso aquel día me impresionaba más que de costumbre y ponía en mi alma una languidez singular.

Me hallaba en el portal de casa y contemplaba a los paseantes. Conocía a la mayor parte desde mi niñez, y no pocos de ellos habían jugado conmigo. A la sazón, mi compañía, si me hubiera acercado a ellos, los habría enojado, pues yo iba vestido pobremente y nada a la moda; llevaba unos pantalones muy estrechos y unas botas muy grandes, que parecían barcos. Además, mi reputación en la ciudad dejaba mucho que desear. Yo era un hombre que no se había conquistado una posición, que jugaba al billar en cafetines de mala nota y que había sido dos veces—no sé el motivo a ciencia cierta—conducido a la gendarmería.

En el caserón frontero a casa, perteneciente al ingeniero Dolchikov, alguien tocaba el piano.

La obscuridad se fué adensando y aparecieron en el cielo las primeras estrellas.

Andando lentamente y saludando a los paseantes, pasó mi padre, con su viejo sombrero de copa, del brazo de mi hermana.

—¡Mira!—le decía, señalando al cielo con el paraguas con que me había pegado horas antes—. ¡Mira el cielo! Todas las estrellas que ves, hasta las más pequeñas, son mundos. El hombre, comparado con la inmensidad del Universo, es como un granito de arena.

Afirmaba esto con el tono de quien está muy orgulloso y muy contento de ser tan poca cosa.

¡Qué corto de alcances es! No tiene talento ninguno. Desde hace muchos años no hay otro arquitecto en la ciudad, en la que no se ha construído en todo ese tiempo una casa de regulares condiciones estéticas y prácticas. El buen señor se guía por métodos de construcción horriblemente rutinarios. Cuando se le encarga una casa, lo primero que dibuja en el plano es el salón.

Luego añade el comedor, el cuarto de los niños, el gabinete, las alcobas, y pone en comunicación unas con otras por medio de puertas todas estas habitaciones, de modo que para llegar a la última es preciso pasar por cada una de las anteriores y nadie puede disponer enteramente de ninguna.

Se advierte que conforme va componiendo el plano se le van ocurriendo ideas incoherentes, estrechas, mezquinas, limitadas, y que conforme

va dándose cuenta de sus olvidos va añadiendo detalles.

La cocina la coloca siempre en el sótano, con una bóveda de piedra y un suelo de ladrillos. La fachada siempre es sombría, seca, triste, de líneas severas, baja, como aplastada; las chimeneas, anchas y feas, están cubiertas por unas caperuzas de alambre.

No sé por qué, todas las casas construídas por mi padre me recuerdan de un modo vago su sombrero de copa y su nuca.

Poco a poco los habitantes de la ciudad se fueron acostumbrando a su estilo arquitectónico, que llegó a tener un valor local.

Ese mismo estilo lo llevó a mi vida y a la de mi hermana. A mí me puso el nombre bíblico de Misail y a mi hermana el histórico de Cleopatra. Cuando era pequeña, le hablaba de las estrellas, de los sabios de la antigüedad, de nuestros abuelos, que debían servirnos de ejemplo. A la sazón tenía ya veintiséis años y seguía hablándole de las mismas cosas. Evitaba con sumo cuidado el que se tratase con mozos. No le permitía pasear en otra compañía que la suya. Estaba seguro de que el día menos pensado se presentaría un joven distinguido y de excelente educación, que la pediría por esposa. Y mi pobre hermana le adoraba, le temía y le consideraba el más inteligente de los hombres.

Cerró la noche por completo y no tardó la calle en quedarse desierta.

En casa del ingeniero Dolchikov cesaron de tocar el piano. La puerta cochera se abrió poco después, y un coche arrastrado por tres magníficos caballos salió, con un alegre ruido de cascabeles: el ingeniero y su hija se dirigían a las afueras de la ciudad a dar un paseo nocturno.

Era hora de acostarse.

Yo tenía en la casa una habitación; pero habitaba en un cuartito que había en el patio, en un cobertizo de ladrillos. Aquel cuartito había sido construído no se sabe para qué; probablemente para guardar los trastos viejos. Hacía treinta años que mi padre depositaba allí la colección de su periódico, cuyos números hacía empaquetar cada seis meses y guardaba celosamente, como algo precioso.

Yo le había tomado cariño a aquel cuartito abandonado: en él vivía sin que nadie me molestase, y veía lo menos posible a mi padre y a sus visitas. Además, se me antojaba que no habitando en la misma casa, y no yendo todos los días a comer, mi padre no podría echarme tanto en cara el vivir a su costa.

Mi hermana me atendía en mi apartamento. A hurto de mi padre me llevó la cena: un trocito de vaca fiambre y un pedazo de pan. En casa se gastaba poco; mi padre siempre estaba hablando de la necesidad de limitar los gastos todo lo posible.

—Hay que calcular siempre—decía—. Al dinero le gusta ser contado y recontado.

Mi hermana, guiándose por estas máximas triviales y enojosas, procuraba economizar cuanto le era dable, y en casa se comía muy mal.

Puso sobre la mesa el plato con la cena, se sentó en mi cama y empezó a llorar.

—¡Misail!—dijo—, ¿qué has hecho?

Se pintaba en su rostro gran desconsuelo. Le caían las lágrimas sobre el pecho y en las manos. Apoyó la cabeza en la almohada y prorrumpió en sollozos, presa de un gran temblor.

—¿Has abandonado de nuevo tu empleo?—prosiguió—. ¡Es terrible!

Sus lágrimas me desesperaban, y yo no sabía qué hacer para consolarla.

El quinqué, en el que se había acabado el petróleo, estaba a punto de apagarse. Sombras fantásticas llenaban mi pobre habitación.

—¡Ten piedad de nosotros!—me rogó mi hermana, levantándose—. ¡Papá sufre tanto por tu culpa! ¡Y yo estoy enferma, no puedo más, me vuelvo loca

Tendiéndome las manos, me imploró:

—¡Vuelve a la oficina! ¡Hazlo en memoria de nuestra pobre madre!

—No puedo, Cleopatra—contesté, sintiendo que mis energías flaqueaban, y casi a punto de ceder—. ¡No puedo!

—Pero ¿por qué? Si no quieres volver a la misma oficina, a causa de tu disgusto con el jefe,

puedes buscarte otra colocación. ¿Por qué no te colocas en las oficinas de ferrocarriles? He hablado esta tarde con Ana Blagovo, y me ha asegurado que puedes encontrar en ellas un empleo, para lo que se halla dispuesta a ayudarte. ¡Por Dios, Misail, recapacita y haz lo que te pedimos!

Nuestra conversación se prolongó aún un poco, y acabé por capitular.

—Nunca—dije—se me había ocurrido ingresar en esas oficinas. Probaré.

Se trataba de una vía férrea en construcción en las cercanías de la ciudad.

Mi hermana se sonrió con alegría al través de sus lágrimas, y me apretó la mano. El quinqué se apagó del todo y me dirigí a la cocina en busca de petróleo.

II

Como no había teatro en la ciudad, solían organizarse funciones de aficionados, conciertos, cuadros vivos, a beneficio, naturalmente, de los pobres.

Entre los aficionados se distingüía la familia Achoguin, que tenía, como nosotros, su morada en la calle de la Nobleza. Casi siempre los espectáculos se celebraban en aquel amplio caserón. Los Achoguin pagaban todos los gastos y desplegaban gran actividad en los preparativos.

Era una familia de ricos terratenientes. Poseía

en el distrito más de tres mil hectáreas de tierra y una hermosa casa de campo. Pero poco amiga de la vida campestre, se pasaba todo el año en la ciudad.

La constituían la madre, una señora alta, delgada, pelicorta, que solía llevar, a la usanza inglesa, una falda lisa y una chaqueta hechura sastre, y tres hijas. Al hablar de ellas no se las designaba por sus nombres de pila, sino que se decía sencillamente: la mayor, la de en medio y la pequeña. Las tres eran feas, de barbilla aguda, cortas de vista y tenían los ojos oblicuos. Vestían como su mamá. Su voz desagradable, opaca, no les impedía tomar parte en los espectáculos. Casi siempre estaban ocupadas en preparativos de conciertos, representaciones teatrales, charadas. Declamaban, recitaban, cantaban. Las tres eran muy graves y no se sonreían nunca; hasta el teatro cómico lo interpretaban de un modo tan serio, si se les asignaban papeles en él, que parecían, más que intérpretes de una farsa regocijada, tenedores de libros.

A mí me divertían las funciones de aficionados, sobre todo los ensayos, en los que reinaba un gran desorden y solía armarse una algarabía infernal, y al final de los cuales se nos convidaba siempre a cenar. Yo no tomaba parte alguna en la elección de obras ni en el reparto de papeles. Mi trabajo consistía en copiarlos, pintar las decoraciones, apuntar, imitar entre bastidores el ruido del trueno, el canto del ruiseñor, etc. Como

iba mal vestido y carecía de una posición social honorable, me mantenía durante los ensayos un poco a distancia de la gente, a la sombra de los bastidores y no despegaba los labios.

Pintaba las decoraciones en el patio de casa de los Achoguin y me ayudaba en tal tarea un pintor decorador, o, como se denominaba él mismo, un "contratista de obras pictóricas", llamado Andrés Ivanovich. Era un hombre de unos cincuenta años, de elevada estatura, muy delgado y muy pálido, con la faz rugosa y unas grandes ojeras azules. Su aspecto enfermizo me asustaba un poco. Padecía no sé qué dolencia incurable. Con frecuencia se ponía a morir, pero guardaba cama unos días y se levantaba de nuevo, asombrado él mismo de seguir aún con vida.

—¡A pesar de todo no me he muerto!—decía.

En la ciudad le conocían, más que por Ivanov, por *Nabó*, no sé con qué motivo. Como a mí, le gustaba mucho el teatro. En cuanto sabía que se preparaba alguna función, dejaba todos sus trabajos y acudía a casa de Achoguin, a pintar las decoraciones.

El día siguiente a mi conversación con mi hermana trabajé en casa de Achoguin desde por la mañana hasta el anochecer.

La hora fijada para el comienzo del ensayo era las siete de la tarde. A las seis ya habían llegado cuantos habían de tomar parte en la función. Las tres muchachas—la mayor, la de en medio y la pequeña—se paseaban por el escenario, cuaderno

en mano, recitando sus papeles. *Nabó*, con un largo gabán rojo y una ancha bufanda, miraba, de pie junto a la puerta, al escenario, como mira, en un templo, el altar un creyente devoto. La señora Achoguin se acercaba ya a uno, ya a otro de los concurrentes y le decía a cada cual una cosa agradable. Tenía la costumbre de mirar fijamente a sus interlocutores y hablarles en voz baja, como si estuviera conversando de un modo muy confidencial.

—Debe de ser difícilísimo el pintar las decoraciones—me dijo quedito, acercándose a mí—. He estado hablando con la señora Mufke de las supersticiones arraigadas en nuestra sociedad. ¡Es terrible! No sabe usted lo que yo he luchado contra ellas. Para que la servidumbre se dé cuenta de lo ridículas que son, mando encender todas las noches tres bujías en mi habitación y procuro hacer en día 13 las cosas importantes. La pobre gente está segura de que tres bujías y la fecha 13 traen desgracia...

En aquel momento entró la hija del ingeniero Dolchikov, una rubia muy bella, vestida, como se decía entre nosotros, lo mismo que una parisién. Nunca tomaba parte en las representaciones; pero en los ensayos se ponía siempre en el escenario una silla para ella y no empezaba la función mientras ella no llegaba, radiante, elegantísima, y no se sentaba en un sillón de primera fila.

Se la respetaba mucho, como a una persona que había vivido largo tiempo en la capital. Sólo ella

podía permitirse, durante los ensayos, hacer observaciones críticas. Las hacía con una sonrisa de condescendencia y se advertía que consideraba el espectáculo un juego inocente de niños.

Se decía que había estudiado canto en el Conservatorio de Petrogrado y hasta que me gustaba mucho, y mis ojos solían no apartarse de ella en todo el ensayo.

Inesperadamente se presentó mi hermana en el escenario, puesto el sombrero y el abrigo, y acercándose a mí me dijo:

—¡Ven!

La seguí. Detrás del escenario se hallaba Ana Blagovo, también ensombreada.

Era la hija del vicepresidente de la Audiencia, que residía en la ciudad desde hacía un sinnúmero de años, casi desde el día en que la Audiencia se creó. Como era de elevada estatura y muy bien formada, se la invitaba siempre a tomar parte en los cuadros vivos. Cuando aparecía en ellos vestida de hada o haciendo de estatua de la Gloria, parecía turbada en extremo y se ponía colorada hasta la raíz de los cabellos. En las funciones de teatro nunca tomaba parte, y rara vez asistía a los ensayos, en los que, además, no salía de entre bastidores.

Aquel día sólo estuvo unos momentos y ni siquiera entró en la sala.

—Mi padre—me dijo secamente, sin mirarme y ruborizándose—le ha recomendado a usted. El señor Dolchikov le ha prometido darle a usted

un empleo en el ferrocarril. Vaya usted a verle mañana. Estará en casa.

Yo la saludé y le di las gracias.

—En cuanto a eso—añadió, señalando al cuaderno de los papeles que yo llevaba en la mano—, lo mejor sería que dejase usted de emplear tiempo en ello.

Luego, ella y mi hermana se acercaron a la señora Achoguin, con la que hablaron en voz baja durante dos minutos, dirigiéndome frecuentes miradas. Parecían deliberar.

—Si le reclaman a usted—me dijo la señora Achoguin, acercándose a mí y mirándome con fijeza—ocupaciones más serias, puede entregar ese cuaderno a otra persona. ¡Deje usted eso, amigo mío, y vaya a sus quehaceres!

Saludé y me fuí muy turbado.

Apenas hube yo salido, vi salir a mi hermana y a la señorita Blagovo. Iban hablando con gran calor, probablemente de mí y de mi posible regeneración, y caminaban muy de prisa. Se veía que a mi hermana, que nunca asistía a los ensayos, le remordía la conciencia el haberse estado en casa de Achoguin, y tenía miedo de que mi padre se enterase.

Al día siguiente, a cosa de la una de la tarde, me presenté en casa del ingeniero Dolchikov.

Me acompañó un criado a un hermoso aposento, que era al mismo tiempo el salón y el cuarto de trabajo del ingeniero. Todo era allí agradable, elegante y producía una impresión extraña en

quien, como yo, no estaba acostumbrado a ver un lujo parecido. Ricos tapices, amplios sillones, cuadros con marcos de terciopelo, bronce. Se veían en las paredes retratos de bellas mujeres de rostro inteligente, en actitudes descocadas. Una puerta de cristales ponía la estancia en comunicación con una gran terraza cuyas escalinatas bajaban a un ameno jardín. En la terraza se veía una mesa servida para el almuerzo adornada con profusión de rosas y lilas y bien provista de botellas.

Flotaba en el aire el aroma de un cigarro habano. Sonreían allí el sol, la primavera y la felicidad. Se advertía que en aquella casa moraban el contento, la satisfacción, la ventura.

Ante la mesa de despacho estaba sentada, leyendo un periódico, la hija del ingeniero.

—¿Quiere usted ver a mi padre?—me preguntó—. Está bañándose y no tardará en salir. Tenga la bondad de sentarse.

Me senté.

—Usted vive en la casa de enfrente, ¿verdad?—me dijo, tras un corto silencio.

—Sí.

—Algunas veces me distraigo mirando por la ventana—continuó, sin apartar la vista del periódico—y los veo a usted y a su hermana. Su hermana de usted tiene una cara muy simpática, una cara leal y seria.

En aquel momento entró Dolchikov frotándose el cuello con una toalla.

—Papá, el señor Poloznev te espera hace un ratito.

—Sí; Blagovo me ha hablado de él—contestó el ingeniero, volviéndose a mí sin tenderme la mano—. Pero no puedo ofrecerle nada. No tengo plazas.

Se detuvo frente a mí y me dijo, con un tono tan poco amable que parecía reñirme:

—¡Son ustedes una gente extraña, señores! Todos los días vienen una porción de caballeros a pedirme empleos, como si yo fuera un ministro. Yo, señores, no dispongo de empleos para intelectuales, es decir, para personas que sólo saben emborronar papel. En la vía férrea que estoy construyendo lo que necesito son mecánicos, cerrajeros, ingenieros, carpinteros, no escritores. ¡Conmigo hay que trabajar duramente y no burocratear! ¿Estamos?

Su persona producía la misma impresión de felicidad, de bienestar, que todo cuanto le rodeaba. Grueso, vigoroso, de carrillos rojos, de pecho ancho, limpia y fresca la piel recién enjugada, vestido con una ancha blusa de seda y unos holgados pantalones, parecía un cochero de opereta. Tenía los ojos claros e inocentes, la nariz aguileña, ni un solo cabello blanqueaba en su perillita redonda.

—¿Qué saben ustedes hacer?—prosiguió—. ¡No saben ustedes hacer nada los intelectuales! Yo, sin ir más lejos, soy ahora ingeniero, gozo de buena posición; pero antes de llegar a esto he

pasado por todas las miserias, he trabajado como simple maquinista, he sido dos años, en Bélgica, fogonero de locomotora. ¿Usted para qué sirve, para qué trabajo se considera útil?

—Sí; tiene usted razón—repuse, muy turbado ante la mirada severa de sus ojos claros e inocentes.

—Al menos, ¿sabe usted manejar el aparato telegráfico?—me preguntó, tras una corta reflexión.

—Sí; he estado empleado en Telégrafos.

—Bueno... Ya veremos. Por de pronto puede usted salir para Dubeczna. Allí tengo ya un empleado; pero no vale nada.

—¿En qué consistirá mi trabajo?

—Ya decidiremos. Váyase. Daré órdenes. Pero se lo prevengo: no se me emborrache y no me moleste con peticiones; pues de lo contrario le despediré.

Y se sentó en una butaca sin hacerme siquiera una inclinación de cabeza. La conversación había terminado. Saludé al ingeniero y a su hija y me fuí.

La impresión que me produjo tal entrevista no pudo ser más deprimente. Cuando llegué a casa y mi hermana me preguntó cómo me había recibido el señor Dolchikov, no tuve alientos para pronunciar ni una palabra: tan abatido estaba.

Al día siguiente me levanté antes de salir el sol para irme a Dubeczna. Nuestra calle estaba completamente desierta. Todo el mundo dormía

aún, y mis pasos resonaban ruidosos y aislados en el silencio matutino. Las acacias, cubiertas de rocío, impregnaban el aire de una deliciosa fragancia.

Yo estaba triste y sentía en el alma tener que dejar la ciudad. La amaba mucho y me parecía bella y cómoda. Me placían el verdor de sus calles, sus dulces mañanas soleadas, el campaneo de sus iglesias. Sólo la gente que vivía en ella me era extraña, desagradable, odiosa a veces. Ni la amaba ni la comprendía.

No acertaba a explicarme por qué y cómo vivían aquellos sesenta y cinco mil habitantes. Sabía que Tula fabrica samovares y fusiles, que Moscú es un centro importante de producción, que Odesa es un gran puerto de mar; pero ignoraba el papel de nuestra ciudad en el mundo y la razón de su existencia.

Los vecinos de la calle de la Nobleza y de dos o tres calles más vivían de sus rentas y de los sueldos que cobraban como empleados del Estado; pero los de las otras calles que se extendían paralela y perpendicularmente en un área de tres kilómetros ¿de qué diablos vivían?... Esto era para mí un enigma. Vivían, eso sí, de una manera repugnante. No había en la ciudad ni un buen jardín público, ni un teatro, ni siquiera una mediana orquesta. Aunque poseíamos dos bibliotecas—una del Municipio y otra perteneciente al Casino—, no las solían visitar sino jóvenes israelitas, y las revistas permanecían meses enteros

sin abrir. Gente rica, hasta intelectual, dormía en alcobas angostas, se acostaba en camas de madera llenas de chinches; los cuartos de los niños eran verdaderas pocilgas; la servidumbre dormía en la cocina, sin más lecho que el suelo, y se abrigaba con harapos. La alimentación era mala y poco abundante en la mayoría de las casas.

En el Consejo Municipal, en el Gobierno, en el Palacio Episcopal se hablaba sin cesar de la necesidad de dotar de aguas a la ciudad, donde las que había eran escasas y malsanas; pero se tropezaba con la falta de dinero. Sin embargo, había entre nosotros millonarios que perdían en una sola noche miles de rublos en el juego y que también ellos bebían agua insalubre, sin ocurrírseles siquiera hacer un pequeño sacrificio pecuniario en beneficio de la población.

Yo no podía concebirlo: estando en su mano favorecer la ciudad con notables mejoras, ponían el grito en el cielo porque el Gobierno le negaba un crédito al Ayuntamiento.

Entre todos los vecinos que yo conocía no había un hombre honrado. Mi padre recibía subvenciones, y se figuraba que se las daban por su bella cara; los estudiantes, para que los profesores no los trataran con demasiada severidad en los exámenes, solicitaban de ellos clases particulares, que les pagaban carísimas; la señora del gobernador militar recibía fuertes sumas por que su marido libraba a los mozos del servicio, y además se hacía llevar los mejores vinos y tomaba

unas borracheras escandalosas; los médicos aprovechaban cuantas ocasiones se les ofrecían de medrar a costa del pueblo, y el del Municipio, por ejemplo, recibía regalos de casi todos los carniceros cuyos establecimientos estaba obligado a inspeccionar. En todas partes se consideraba al solicitante un ser cuya misión era la de pagar, y en el Ayuntamiento, en las escuelas, en las oficinas se le engañaba, se le vendían certificados falsos, se hacía todo lo posible por sacarle los cuartos.

Y la pobre gente sabía muy bien que sin una gratificación no se podía conseguir nada, y pagaba a los empleados su tributo de cientos de rublos, y a veces hasta de treinta o cuarenta "copecks".

Los que no tomaban gratificaciones—por ejemplo, los jueces o el fiscal—, eran altivos, fríos, de ideas estrechas; trataban a la gente con desdén; jugaban, bebían; sólo se casaban con muchachas ricas, y su influjo en la sociedad no era nada beneficioso.

Únicamente las doncellas eran puras de alma. Casi todas tenían aspiraciones nobles y un corazón limpio y entusiasta; pero no comprendían la vida; su concepto del mundo pecaba de cándido; reputaban normal cuanto pasaba en torno suyo. Luego, de casadas, envejecían de un modo prematuro y se hundían en el cieno de una existencia gris, vulgar.

III

El camino de hierro en construcción cerca de la ciudad atraía gran número de obreros. Las vísperas de fiesta se paseaban por las calles en nutridos grupos, atemorizando a los indígenas. A veces, cometían robos. Era frecuente verlos, con la cara cubierta de sangre, destocados, la blusa hecha jirones, conducidos al puesto de Policía por haber hurtado un samovar o una pieza de ropa tendida.

Sus lugares predilectos eran los mercados y las tabernas. En la anchura abierta a los cielos de las plazas públicas comían, bebían, gritaban, juraban. En cuanto veían una mujer de conducta no muy austera la saludaban con un coro de agudos silbidos.

Los lonjistas, para divertirlos, les daban "vodka" a los gatos y a los perros, o ataban a la cola de un can una lata vacía y asustaban con grandes gritos al pobre animal, que, aterrorizado, corría que se las pelaba, chillando y moviendo con la lata un infernal estrépito, en la creencia, sin duda, de que le perseguía un monstruo, y no paraba hasta las afueras, adonde llegaba sin aliento. No pocas veces la cerril diversión acababa volviéndose el can loco.

La estación se había emplazado a cinco verstas de la ciudad. Se decía que los ingenieros le ha-

bían pedido al Ayuntamiento cincuenta mil rublos para hacer pasar el camino de hierro por la ciudad, y que el Ayuntamiento no había querido dar más que cuarenta mil, lo que había sido causa de que las negociaciones fracasaran y la línea se construyese a gran distancia de la población. Luego, el Ayuntamiento lamentó no haber aceptado las proposiciones de los ingenieros; pues se vió obligado a hacer un camino hasta la estación, lo cual era mucho más caro.

La línea estaba ya casi terminada; los rieles y las traviesas colocados. Pequeños trenes cargados de materiales de construcción y de obreros circulaban ya. Sólo faltaban los puentes, de cuya construcción estaba encargado el ingeniero Dolchikov. Muchas estaciones también estaban edificándose aún.

La de Dubechnia era la más próxima a la ciudad, de la que distaba diez y siete verstas.

Yo avanzaba sin apresurarme. Los campos verdeaban a uno y otro lado del camino. Todo estaba inundado de sol. El paisaje era agradable, pintoresco. A lo lejos se divisaban la estación, algunas colinas, unas cuantas casas de campo.

Yo respiraba a pleno pulmón y me sentía feliz. Procuraba no pensar en nada, para saborear más por entero aquellas horas de libertad. Desechaba todo pensamiento relacionado con mi padre, con el ingeniero Dolchikov, con el empleo que me esperaba en Dubechnia. ¡Ah, si fuera posible no estar sujeto al hambre! Entonces podría uno ser

libre como un pájaro. El hambre era mi más terrible enemigo. Cuando tenía hambre, el deseo impetuoso de llenar la barriga turbaba mis mejores pensamientos.

Aquella mañana, por ejemplo, todo era en torno mío bello, resplandeciente; estaba yo solo en mitad de los campos sin límites, miraba cernirse en el aire una alondra canora... y pensaba: "¡Con qué gusto me comería un pedazo de pan con manteca!"

Sentado un instante a la orilla del camino, quería entregarme de lleno al deleite de aspirar la fresca brisa matinal, y—¡ay!—de pronto se me venía a la imaginación el olor delicioso de las patatas fritas.

Era robusto, corpulento, y tenía un apetito de lobo; pero rara vez podía satisfacerlo, y casi siempre estaba hambriento. Quizá debido a eso no ha extrañado nunca que la gente del pueblo hable de comer casi constantemente y sólo piense en el pan cotidiano. El hambre es el motor principal de la actividad humana.

* * *

En Dubechnia estaba terminándose la edificación de la estación. Ya había comenzado a alzarse el piso superior. En el inferior trabajaban los pintores.

Hacía un calor horrible. Los obreros trabajaban sin energía enervados por el ardor del sol.

Algunos estaban sentados, dormitando, sobre montones de ladrillos y piedras, y el sol les quemaba la cara.

Ni un árbol en una gran distancia. El hilo del telégrafo, sobre el que reposaban algunos pajarrillos, sonaba con un rumor monótono.

Empecé a vagar por entre los montones de materiales sin saber lo que debía hacer. Recordaba que el señor Dolchikov, cuando le pregunté cuál era mi obligación en Dubechnia, me había contestado: "Ya veremos." Yo no veía nada. ¿Que podía ver en aquel desierto, entre aquellos montones de materiales en desorden?

Poco a poco la fatiga y el fastidio fueron adueñándose de mí. Las piernas apenas me obedecían y sentía un deseo creciente de agazaparme en un rincón.

Después de ir y venir durante dos horas por los alrededores de la estación, paré mientes en una serie de postes telegráficos que se alejaba y desaparecía, a unas dos verstas de distancia, tras una tapia blanca. Los obreros me dijeron que allí estaban las oficinas, y caí al fin en la cuenta de que allí era adonde debía dirigirme.

A los veinte minutos me hallaba a la puerta de las oficinas.

Estaban instaladas en una vieja casa de campo abandonada hacía mucho tiempo. Las paredes estaban medio en ruinas, y el tejado, cubierto de orín y lleno de remiendos. En torno del edificio se extendía un gran patio que parecía una pra-

dera pues verdeaba la hierba en él por todas partes. A derecha e izquierda veíanse dos pabelloncitos parejos en tamaño y construcción. En uno de ellos, las ventanas estaban cubiertas con tablas, y diríanse unos ojos ciegos. Junto al otro, cuyas ventanas se hallaban abiertas, había ropa secándose al sol, colgada de una cuerda, y se paseaban unos terneros. El último poste telegráfico se alzaba dentro del patio, y el hilo penetraba, por una ventana, en uno de los pabellones.

La puerta estaba abierta, y entré. Ante una mesa sobre la que había un aparato de telegrafía estaba sentado un señor de cabello oscuro y rizado, con una larga blusa blanca.

Levantó la cabeza y me miró severamente; pero en seguida una sonrisa iluminó su rostro.

—¡Calla! ¿Eres tú, Poloznev?

Yo también le reconocí al punto. Era Iván Cheprakov, mi compañero de Liceo. Le habían expulsado, cuando cursaba segundo año, porque le sorprendieron fumando.

No olvidaré nunca mis excursiones cinegéticas en su compañía. Cazábamos pájaros y luego los vendíamos en el mercado. Acechábamos horas enteras, en otoño, las bandadas que huyendo del frío emigraban a países más cálidos, y hacíamos en ellas estragos valiéndonos de pequeños cartuchos. Muchos de los pobres pájaros heridos morían entre nuestras manos; otros curaban y los vendíamos, haciéndolos pasar por machos aunque no lo fuesen.

Cheprakov era de constitución débil; tenía el pecho angosto, la espalda encorvada, las piernas largas. Vestía con un gran descuido. Llevaba la sucia y estrecha corbata mal anudada; no usaba chaleco; sus botas sobrepujaban en vejez a las mías. Sus movimientos eran bruscos, nerviosos: se estremecía a cada instante como si siempre se encontrase bajo el imperio del miedo. Hablaba de un modo incoherente y se interrumpía con frecuencia.

—Oye... ¿Qué iba yo a decirte?... No me acuerdo...

Despaciosamente me puso en autos de todo lo relativo a Dubechnia. Me contó que la finca donde me hallaba a la sazón pertenecía a sus padres, y que el otoño anterior había sido adquirida por el ingeniero Dolchikov, el cual opinaba que era mucho más ventajoso poseer tierras que guardar el dinero en el Banco, y había ya comprado en nuestra región tres grandes fincas. La madre de Cheprakov—su padre había muerto hacía mucho tiempo—no había consentido en vender Dubechnia sino con la condición de poder habitar durante dos años después de la venta en uno de los pabellones. Además, Dolchikov le había dado una colocación a mi amigo en la oficina.

—Ha hecho un magnífico negocio comprando Dubechnia—dijo Cheprakov—. Es un cuco. Sabe sacar provecho de todo.

Luego me llevó a su pabellón a almorzar.

—Vivirás conmigo en mi pabellón—decidió de

pronto—. Comerás con nosotros. Aunque mi madre es avara, no te hará pagar demasiado.

Las habitaciones que habitaba su madre eran muy reducidas. Estaban atestadas de muebles que se habían transportado allí de la casa grande después de la venta de la finca. Hasta en el vestíbulo y en el pasillo había numerosas mesas, sofás y butacas. El mobiliario era viejo, de caoba.

La señora Cheprakov, una dama corpulenta y anciana, hallábase sentada en un gran sillón, junto a la ventana, y hacía calceta. Me recibió con un empaque presuntuoso.

—Te presento, mamá, a mi amigo Poloznev—le dijo su hijo—, que va a ser empleado aquí.

—¿Es usted noble?—me preguntó ella.

—Sí—repuse.

—Tenga la bondad de sentarse.

El almuerzo dejó mucho que desear. Se compuso de un pastel de queso amargo y una sopa en leche.

La señora Cheprakov guiñaba de vez en cuando, ora un ojo, ora otro. Eran movimientos involuntarios y morbosos. Había un no sé qué en toda ella que anunciaba una muerte próxima. Hasta se me antojaba que olía a cadáver. La vida estaba casi apagada en aquella mujer, en la que lo único que sobrevivía era la idea de su nobleza, de los muchos siervos que tuvo en otro tiempo, de su calidad de viuda de un general y de su derecho, por tanto, a ser tratada de excelencia. Cuando se acordaba de todo eso, su cuerpo semi-

muerto se animaba un poco, y le decía a su hijo:

—Juan, ¿has olvidado cómo se coge el cuchillo?

A mí me hablaba con un acento afectado de gran señora.

—Sabrá usted por Juan que hemos vendido la finca. Es sensible, pues le teníamos mucho cariño. Pero Dolchikov ha prometido nombrar a mi hijo jefe de la estación, y seguiremos viviendo aquí... El señor Dolchikov es muy bueno. Y guapo, ¿verdad?

Hasta no mucho tiempo antes, la familia Cheprakov había sido muy rica; pero después de la muerte del general había poco a poco venido a menos. La señora Cheprakov empezó a armar pleitos con sus vecinos, a querellarse por cualquier motivo ante los tribunales, a reñir con los proveedores y los obreros, a quienes no quería pagar. Siempre desconfiada, sospechando siempre que intentaban robarle, su estúpida administración dió al cabo al traste con su fortuna. A los pocos años de la muerte del general, Dubechnia se hallaba en un estado desastroso y no parecía la misma finca.

Tras la casa grande había un viejo jardín descuidado, abandonado, cubierto de una vegetación salvaje.

Subí a la terraza, todavía muy hermosa y bien conservada. A través de una puerta vidriera vi una vasta estancia—el salón, a lo que induje—en la que había un piano antiguo y grandes lien-

zos patinosos con marcos de caoba, restos de lujos pretéritos.

En el jardín, al otro lado de la terraza y no lejos de ella, veíanse algunos cuadros de amapolas y de claveles medio secos, y numerosos abedules y tilos jóvenes, que solían crecer demasiado cerca unos de otros y se quitaban espacio mutuamente.

Más allá no había otros árboles que algunos cerezos, manzanos y perales, dispersos entre la hienba que hacían del jardín un prado, y tan altos y copudos que no era empresa fácil reconocer a primera vista su especie.

Se advertía que nadie cuidaba del parque, cuyas plantas estaban enfermas, roídas por los gusanos, mutiladas. La parte donde se hallaban los cerezos, los manzanos y los perales la tenían alquilada unos fruteros de la ciudad y la guardaba un campesino medio imbécil que habitaba allí mismo, en una barraca.

El jardín descendía por aquella parte hasta el río y lo limitaba una línea de sauces y cañas. En la ribera había un viejo molino, con tejado de paja, que producía un ruido ensordecedor como si le poseyese una gran cólera. Junto al molino, el agua era profunda e inquieta y abundaba la pesca.

En la ribera opuesta agrupábase el caserío de la aldehuela de Dubechnia.

Era un lugar poético y pintoresco. A la sazón pertenecía todo aquello al ingeniero Dolchikov.

Comencé mi nuevo servicio.

Sentado ante el aparato telegráfico, descifraba numerosos despachos que transmitía a las estaciones próximas; copiaba gran cantidad de informes que se nos dirigían, redactados en un estilo terrible, por empleados que apenas sabían escribir.

Pero la mayor parte del tiempo no tenía nada que hacer y me paseaba a lo largo de la habitación, en espera de telegramas. A veces dejaba en mi puesto a un muchacho para vigilar el aparato y me iba a vagar por el jardín mientras que mi sustituto no me anunciaba la llegada de un despacho.

Comía en casa de la señora Cheprakov, cuya mesa era bastante mala. Sólo muy raras veces se servía carne: casi todos los componentes del "menú" se reducían a queso y sopa en leche. Los miércoles y viernes—días de ayuno—las comidas eran aún más parcas. La señora Cheprakov me miraba guiñando morbosamente los ojos, y yo no me sentía a gusto en su compañía.

Como había tan poco trabajo en la oficina, Cheprakov no hacía nada en absoluto. Empleaba el tiempo en dormir o se iba, escopeta en mano, a la orilla del río a cazar gansos. Por la noche se emborrachaba en la aldea o en la estación, donde se vendía "vodka", y volvía a casa tambaleándose, y antes de acostarse se miraba largo rato al espejo, entablado coloquios consigo mismo.

—Buenas noches, Iván Cheprakov—se decía—.
¿Qué tal ?

Cuando se emborrachaba se ponía muy pálido, se frotaba las manos y lanzaba leves carcajadas. Algunas veces se quedaba en pelota y corría por el jardín como Dios le echó al mundo. En más de una ocasión le vi cazar moscas y le oí asegurar que estaban exquisitas.

—¡Están un poco agrias—añadía—, pero no importa!

IV

Un día, después de almorzar, entró en mi cuarto, jadeante, y me gritó:

—¡Ven en seguida! ¡Tu hermana está ahí!

Salí corriendo.

En efecto: ante la casa grande había parado un carruaje, junto al cual se hallaban mi hermana, Ana Blagovo y un señor con uniforme de oficial. Cuando estuve cerca le reconocí: era el hermano de Ana Blagovo, un joven médico militar.

—Hemos venido—me dijo—a merendar con usted. ¿Aprueba usted la idea?

Mi hermano y su amiga se advertía que deseaban preguntarme qué tal estaba allí; pero me miraban sin hablarme. Yo también guardaba silencio. Comprendieron que distaba mucho de ser feliz. Los ojos de mi hermana se llenaron de lágrimas, y la señorita Blagovo se puso un poco colorada.

Nos dirigimos al jardín. El doctor marchaba delante, y decía a cada momento con entusiasmo:

—¡Dios mío, qué atmósfera, qué deliciosa atmósfera! Se respira a pleno pulmón...

Su aspecto era tan juvenil que se le podía tomar por un estudiante. Su manera de hablar y de andar eran de estudiante también, y la mirada viva, sencilla y franca de sus ojos grises no tenía nada que envidiarle a la de un buen estudiante idealista. Junto a su hermana, alta y hermosa, parecía débil y exiguo. Su perilla era poco poblada y su voz no muy varonil, aunque agradable.

Estaba de médico en un regimiento, en una ciudad lejana, y había venido a pasar las vacaciones en casa de su padre. Decía que para el otoño se iría a Petersburgo a obtener el diploma de profesor.

Era ya padre de familia. Tenía mujer y tres hijos. Se había casado muy joven, siendo aún estudiante de segundo año. Se decía en la ciudad que no era feliz en su matrimonio y que vivía separado de su mujer.

—¿Qué hora es?—preguntó con inquietud mi hermana—. Tenemos que volver temprano. Papá me ha dicho que esté en casa a las seis.

—¡Dios mío, siempre su papá! — suspiró el doctor.

Puse a hervir agua en el samovar. Tomamos el te sobre una alfombra que extendí en el jardín, frente a la terraza. El doctor bebía de rodillas y aseguraba encontrar en ello un hondo placer.

Luego, Cheprakov fué a buscar la llave de la casa grande, abrió la puerta que daba a la terraza y entramos todos. Reinaban en el caserón las sombras y el misterio; olía a setas, y nuestros pasos resonaban sordamente como si bajo nuestros pies hubiese una profunda cueva.

El doctor se aproximó al piano y, sin sentarse, paseó los dedos por el teclado. Le respondieron algunos sonidos débiles, tremantes, roncós, pero todavía melodiosos. Luego tarareó una romanza e intentó tocar el acompañamiento, lo que no consiguió, pues a veces oprimía en vano las teclas: algunas notas estaban paralizadas.

Mi hermana le escuchaba cantar. Ya no se preocupaba de volver a casa temprano. Conmovida, turbada, iba y venía por el salón y decía de cuando en cuando:

—¡Qué contenta estoy, qué contenta!

Lo decía como con asombro, como si le pareciese inverosímil poder también ella estar alegre. En efecto, era la primera vez en la vida que yo la veía de aquel humor. Estaba hasta más bella.

En puridad—sobre todo de perfil—, no era bonita; su nariz y su boca le daban una expresión un poco extraña, semejante a la de quien está soplando; pero tenía unos hermosos ojos negros; en su faz, bondadosa y triste, había una palidez delicada, exquisita; el verla hablar producía una impresión muy grata; diríase que se embellecía cuando hablaba. Ambos nos parecíamos a nuestra difunta madre: éramos fuertes, an-

chos de espaldas, vigorosos; pero mi hermana hacía tiempo que estaba descolorida y enfermizosa con frecuencia, y yo a veces sorprendía en sus ojos la expresión de las gentes heridas de muerte que se esfuerzan en ocultar su enfermedad.

En la alegría que manifestaba aquella tarde había algo de ingenuo, de infantil. Se diría que en su alma había despertado de pronto el júbilo de los primeros años de la niñez que había procurado ahogar una educación severa. Me parecía asistir a la resurrección de tal contento y a su lucha por romper las cadenas que hasta entonces lo habían sujetado. No había visto nunca así a mi hermana. Pero cuando empezó a anochecer y el carruaje estuvo dispuesto para retornar con mis visitantes a la ciudad, mi hermana enmudeció de pronto y se puso muy triste. Ocupó su sitio en el coche con el aire abatido de un reo al sentarse en el banquillo.

Se fueron y de nuevo reinó el silencio en torno mío.

Recordando que Ana Blagovo no me había dirigido en toda la tarde la palabra, pensé: "¡Qué muchacha más extraña!"

Los días sucedíanse monótonos, iguales los unos a los otros. Yo me aburría terriblemente. La ociosidad, unida a la ignorancia en que me encontraba en lo tocante a mi situación, gravitaba pesadamente sobre mí. Descontento de mí mismo, inerte, casi siempre con hambre, pues la ali-

mentación que me daba la señora Cheprakov era insuficiente, vagaba por la finca esperando con ansia el momento propicio para irme de allí.

Una tarde, encontrándose en nuestro pabellón el pintor *Nabó*, llegó, de un modo inesperado, el ingeniero Dolchikov. Venía tostado por el sol y cubierto de polvo. El viaje hasta Dubechnia lo había hecho en una locomotora, y desde la estación había venido a pie.

Mientras llegaba el coche que debía conducirme a la ciudad, pasó revista a toda la finca, dando, a grandes voces, diferentes órdenes. Después se sentó en nuestro pabellón y empezó a escribir cartas. Durante ese tiempo llegaron algunos despachos dirigidos a él, a los que contestó expidiendo él mismo sus respuestas. Nosotros permanecíamos en pie, en una actitud respetuosa.

—¡Qué desorden, Dios mío, qué desorden!—dijo después de un corto examen de los papeles que había sobre la mesa—. Dentro de dos semanas transportaré la oficina a la estación, y, verdaderamente, no sé qué haré de ustedes...

—Yo procuro hacer mi servicio lo mejor posible, excelencia—contestó Cheprakov.

—No lo veo—replicó Dolchikov—. Lo único que les interesa a ustedes—añadió mirándome a mí—es recibir dinero. Ponen ustedes todas sus esperanzas en la protección y sólo piensan en hacer rápidamente carrera. Pero a mí no me gusta eso. Yo nunca me he valido de la protección. Antes

de ser lo que ahora soy he sido maquinista y trabajado rudamente en Bélgica.

Luego se volvió a *Nabó* y le preguntó:

—¿Y tú qué hacías aquí? ¿Bebíais juntos “vodka”?

Su acento era desdeñosísimo: despreciaba a los pobres y los calificaba de canallas, inútiles y borrachos. Con los pequeños empleados era cruel; los condenaba a multas sin piedad alguna, y los despedía por un quitame allá esas pajas. Por fin llegó el coche.

Antes de irse, el ingeniero nos amenazó con echarnos a las dos semanas, nos dirigió unas cuantas palabras severas a cada uno y, sin decir siquiera adiós, le gritó al cochero que arrease.

—Andrés Ivanovich—le dije a *Nabó*—, permítame trabajar con usted.

—¿Por qué no? ¡Vamos!

Y echamos a andar ambos en dirección a la ciudad.

Cuando la finca y la estación se quedaron atrás, le pregunté al pintor:

—Andrés Ivanovich, ¿a qué ha venido usted a Dubechnia?

—Negocios, muchacho. Algunos de mis obreros trabajan en el camino de hierro. Además, tenía que pagarle a la generala Cheprakov los intereses. El año pasado me prestó cincuenta rublos a condición de que le pagase un rublo cada mes.

Se detuvo, me cogió un botón de la americana,

me miró fijamente y añadió con el tono solemne de un predicador:

—¿Quiere usted que le diga una cosa, querido? Un hombre—sencillo o avisado—que se hace pagar intereses, aunque sean muy pequeños, es un criminal. Un hombre así se encuentra a mil verstas de la verdad. ¿Tengo razón o no la tengo?

¿Cómo iba yo a negarle que la tenía? Miraba su rostro enjuto, pálido, enfermizo, y callaba.

—¡Cuánto pecado comete la gente! — exclamó, cerrando los ojos—. ¡Que Dios la perdone! Todos somos pecadores...

V

Nabó carecía en absoluto de sentido práctico, y nunca sabía poner sus propósitos de acuerdo con su posibilidad de cumplirlos. Aceptaba mucho más trabajo del que le era dable ejecutar, y pasaba ratos muy malos; con frecuencia no tenía bastante dinero para pagar a sus obreros, y muy a menudo no sólo no ganaba nada para él, sino que perdía. Se encargaba de cuantos trabajos se le proponía: pintaba paredes, ponía cristales en las ventanas, construía tejados. Para un encargo sin importancia corría días enteros a través de la ciudad, en busca de obreros.

Era un trabajador excelente, y ganaba, trabajando solo como un obrero, hasta diez rublos diarios. Pero prefería ser contratista, lo que halagaba su ambición, y con ese motivo luchaba siem-

pre con innumerables dificultades y vivía en la miseria.

Me pagaba, como a los demás obreros, de setenta "copecks" a un rublo por día.

Cuando el tiempo era bueno y seco, nos dedicábamos a trabajos exteriores, principalmente en los tejados. Debido a mi falta de costumbre, me parecía que el cinc de éstos me quemaba los pies. Probé a trabajar con botas; pero eso no me permitía andar bien, y no tardé en seguir trabajando descalzo. En poco tiempo me acostumbré de tal manera que no sentía molestia alguna.

En fin, yo estaba muy contento de mi nueva vida. Vivía entre gente que consideraba el trabajo obligatorio, indispensable, y trabajaba como las bestias de carga, con frecuencia sin darse cuenta de la significación moral que el trabajo posee, y hasta sin llamarle trabajo.

Junto a esa gente yo mismo me iba tornando poco a poco en una bestia de carga, cada día más penetrado de que el trabajo es una cosa obligatoria, inevitable. Tal convicción me hacía la vida más sencilla y fácil y me libraba de cavilaciones.

Al principio todo era nuevo e interesante para mí como si acabase de nacer. Podía darme el gusto de acostarme en tierra y de andar descalzo, cosas con que gozaba mucho; podía mezclarme a una muchedumbre de gente sencilla sin cohibirla y sin que se apartase ante mí; cuando veía en la

calle un caballo caído, podía acudir en ayuda del cochero, para que lo levantase, sin temor de ensuciarme la ropa.

Pero lo que me regocijaba sobre todo era el vivir de mi propio trabajo y no tener que vivir a expensas de otro.

La pintura de los tejados era un negocio muy ventajoso; se ganaba mucho con ese trabajo desagradable y fastidioso. Mi nuevo amo, *Nabó*, trabajaba él mismo con nosotros en los tejados. Con unos pantalones muy cortos que dejaban al aire sus pantorrillas sucias de pintura, flaco como una espátula, se paseaba por el tejado, brocha en mano, suspirando y repitiendo:

—¡Pobres de nosotros los pecadores!

Andaba por el tejado con la misma facilidad que por un pavimento. Cuando trabajaba en las cúpulas de las iglesias, a una gran altura, sólo se valía de cuerdas, a las que se ataba. Viéndole trabajar a tan desmesurada altura sin las precauciones necesarias, yo me atemorizaba en extremo; pero él no tenía miedo ninguno, parecía estar completamente a gusto y de cuando en cuando lanzaba, a voz en cuello, una de sus frases favoritas:

—¡Pobres de nosotros los pecadores!

O bien:

—¡La mentira devora el alma como el orín devora el hierro!

Al volver a casa por la noche tras la jornada de trabajo, y pasar por delante de las tiendas,

oía con frecuencia chirigotas en boca de tenderos y dependientes:

—¡Ahí tenéis a un caballero, a un noble descalzo!

Al principio eso me turbaba, me ofendía; pero poco a poco aprendí a acoger con calma tales bur-las. Y cosa extraña: quienes más encarnizada-mente me hacían objeto de sus mofas eran aquellos que en otro tiempo se habían visto obligados a tra-bajar de un modo rudo. Muchas veces, cuando pa-saba por delante del mercado me tiraban, como sin querer, agua, y un día un tenderillo llegó a tirarme un palo a los pies. Un pescadero anciano de luen-ga barba blanca me dijo una vez, mirándome con odio:

—¡No eres tú el digno de lástima, canalla, sino tu pobre padre!

Los amigos de casa, cuando me encontraban, no podían disimular su azoramiento. Unos me mi-raban como a un extraño; otros me compadecían; otros no sabían qué actitud adoptar ante mí.

Un día, en una callejuela que desembocaba en la calle de la Nobleza, me topé con Ana Bla-govo. Iba a mi trabajo y llevaba un saco de pin-tura y dos largas brochas. Al reconocérme, la amiga de mi hermana se ruborizó:

—¡Le suplico a usted que no me salude en la calle!—me dijo con voz alterada, dura y temblo-rosa, sin tenderme la mano.

En sus ojos brillaban las lágrimas.

—Si cree usted obrar bien, haga lo que

quiera; pero... se lo ruego: no vuelva a saludarme.

Naturalmente, no seguí viviendo en casa de mi padre; vivía en el arrabal de la ciudad llamado "Makarija", en casa de mi anciana nodriza, Karpovna, una vieja de muy buen corazón, pero de un carácter sombrío. Siempre estaba hablando de presentimientos nefastos y de malos sueños; hasta las abejas que entraban del jardín se le antojaban signo de desgracias próximas a ocurrir.

El hecho de que yo me convirtiese en un simple obrero fué también para ella un presagio siniestro.

—¡Eres un desgraciado! ¡Esto acabará mal!— repetía, balanceando tristemente la cana cabeza—. Me da el corazón...

En su reducida casuca vivía también su hijo adoptivo, Prokofy, un carnicero. Era un hombre casi gigantesco, de unos treinta años, desgajado, rojo, con unos bigotes que parecían de alambre. Cuando me encontraba en el vestíbulo, se apartaba respetuosamente para dejarme paso, y si estaba borracho me hacía un saludo militar llevándose la mano a la gorra. Por las noches, cuando estaba cenando, yo le oía, al través del tabique que separaba mi camaranchón de su cuarto, masticar y lanzar ruidosos suspiros cada vez que bebía "vodka", como si bebiese veneno.

—¡Mamá!—le gritaba a la vieja Karpovna.

—¿Qué, hijo mío?—le preguntaba ella al carnicero, a quien quería con locura.

—Oiga usted una cosa, mamá: como es usted tan buena conmigo, la mantendré a usted mientras viva, y cuando se muera la haré enterrar a mis expensas. ¡Palabra de honor!

Me levantaba todos los días antes de salir el sol y me acostaba temprano. Los pintores de brocha gorda comemos mucho y dormimos profundamente; pero, no sé por qué, padecemos, sobre todo de noche, fuertes palpitaciones de corazón.

Con mis compañeros me hallaba en buenas relaciones. Se pasaban la vida cambiando maldiciones terribles, como, por ejemplo: “¡Que se te salten los ojos!” “¡Que te dé el cólera!”; pero, a la postre, se vivía en perfecta camaradería. Los obreros me consideraban una especie de sectario religioso; de otro modo, no se explicaban que un caballero, hijo de un arquitecto, se hubiera convertido, por su propia voluntad, en un simple trabajador. Me gastaban frecuentes bromas; pero yo no me ofendía. Casi todos carecían de sentimientos religiosos, y confesaban que no iban o que iban muy poco a la iglesia.

—Nuestro traje—decían para justificarse—asustaría a los fieles...

La mayoría de ellos me tenían cierto respeto. Me estimaban porque no bebía “vodka”, no fumaba y llevaba una vida sobria y tranquila. Sólo les enojaba el que no robase pintura, como se acostumbra entre los del oficio, y el que me negase a pedirles propinas a los parroquianos. Todos ellos robaban pintura: era una tradición consa-

grada por la práctica. Hasta el propio *Nabó*, aquel hombre escrupulosamente honrado, se creía en el deber de respetar dicha tradición, y todos los días, cuando terminaba el trabajo, se llevaba un poco de pintura perteneciente al parroquiano. En cuanto a las propinas, incluso los obreros viejos y respetables que tenían casa propia en el arrabal Marakija no se avergonzaban de pedir las. Era triste ver a todo un grupo de trabajadores descubrirse ante un parroquiano, pedirle con tono humilde una propina y expresarle su gratitud, al recibirla, con tono no más digno.

En fin: se conducían con los parroquianos como verdaderos jesuitas, y yo me acordaba, mirándolos, de Polonio, el personaje de Shakespeare.

—Creo que va a llover—decía el parroquiano, mirando al cielo.

—¡De seguro!—confirmaban los obreros—. ¡Va a llover a mares!

—Sin embargo, se va poniendo raso. Me parece que no lloverá.

—Sí, tiene razón su excelencia. No lloverá, no.

Despreciaban de todo corazón a los parroquianos, y, en su ausencia, se burlaban de ellos sin piedad. Si veían, por ejemplo, a uno leyendo un periódico en la terraza, hacían en voz baja observaciones como ésta:

—Está leyendo el periódico; pero quizá no tenga qué llevarse a la boca.

Yo no iba nunca a casa de mi padre. Muchas tardes, cuando volvía, después del trabajo, a mi posada, encontraba cartitas de mi hermana, concisas, escritas con una visible turbación. Casi siempre me hablaba en ellas de mi padre, que ora estaba triste y silencioso durante la comida, ora de un humor endiablado, ora tan taciturno y poco sociable que no salía de su cuarto.

Aquellas cartas turbaban mi alma y me quitaban el sueño. Algunas noches vagaba horas enteras por la calle de la Nobleza, por delante de nuestra casa, dirigiendo miradas escrutadoras a las ventanas oscuras y esforzándome en adivinar lo que ocurría tras ellas. Se me antojaba siempre que había ocurrido alguna desgracia.

Los domingos mi hermana venía a verme, siempre en secreto, sin que mi padre se enterase. Aparentaba venir no a verme a mí, sino a nuestra nodriza. Estaba pálida y con los ojos hinchados de llorar. En cuanto llegaba daba rienda suelta a las lágrimas.

—¡Papá no soportará esto!—me decía en tono quejumbroso—. Si le sucede una desgracia—no lo quiera Dios—, tendrás toda tu vida remordimientos de conciencia... ¡Es horrible, Misail! En nombre de nuestra pobre madre te suplico que cambies de conducta!

—No comprendo, querida—le respondía—, cómo te empeñas en que cambie de conducta cuando estoy seguro de que obro según me manda mi conciencia.

—Ya sé que llevas una vida honesta... Está muy bien; pero, ¿no podrías comportarte lo mismo... de otra manera, para no hacer sufrir a los demás?

La vieja Karpovna escuchaba desde su cuarto nuestra conversación; suspiraba dolorosamente y decía de cuando en cuando:

—¡Dios mío, es un desgraciado! Acabará mal, muy mal...

VI

Un domingo recibí la visita inesperada del doctor Blagovo. Llevaba una guerrera blanca, camisa de seda y botas de montar.

—¡Aquí me tiene usted!—me dijo en tono amistoso, dándome un fuerte apretón de manos como un joven estudiante—. Hace tiempo que deseaba verle. Todos los días oigo hablar de usted, y he decidido venir a verle para que hablemos un poco como buenos amigos. Se aburre uno terriblemente en la ciudad. Ni una sola persona con quien poder charlar un rato...

Calló, se enjugó con el pañuelo el sudor de la frente, y continuó:

—¡Qué calor hace, Virgen Santa! ¿Me permite usted?...

Se quitó la guerrera y se quedó en mangas de camisa.

—Buena, si no tiene usted inconveniente, echaremos un párrafo—me propuso de nuevo.

Yo también me aburría y tenía gana, hacía tiempo, de hablar con alguien que no fuese pintor de brocha gorda. Y aquella visita me placía. Se lo dije.

—Ante todo, he de declararle a usted—comenzó, sentándose en mi cama—que he visto con mucha simpatía el paso decisivo que ha dado, y que su vida actual merece toda mi estimación. Aquí, en esta ciudad, no se le comprende, y no es extraño; como usted sabe, todos nuestros paisanos, casi sin ninguna excepción, son unos salvajes, unas gentes sin cultura, llenas de prejuicios. Se diría que son personajes de Gogol resucitados. Pero usted tiene un alma noble, aspiraciones elevadas. Las adiviné cuando nos conocimos en Dubechnia. Le respeto y quiero estrecharle la mano para demostrárselo.

Hablaba con tono solemne y entusiástico.

Luego de estrecharme fuertemente la mano, prosiguió:

—Para cambiar tan brusca y tan radicalmente de vida como usted acaba de hacerlo, ha debido usted de pasar por una larga lucha interior; para continuar esta nueva vida y mantenerse a la altura de sus ideas, debe usted, sin duda, gastar diariamente gran cantidad de energías espirituales. Ahora bien, dígame usted con toda sinceridad: ¿No le parece a usted que sería más razonable, más productivo, gastar esas mismas energías con miras más altas, por ejemplo, con la de llegar a ser un gran sabio o un gran artista? ¿No le parece a usted que su existencia, entonces,

sería infinitamente más bella y más útil a la humanidad?

La conversación de tal manera comenzada siguió su curso. A una de sus objeciones, relativa al trabajo físico, le contesté:

—Es absolutamente necesario que todos, los fuertes y los débiles, los ricos y los pobres, tomen parte, en la misma medida, en la lucha por la existencia. Cada uno debe contribuir, con arreglo a sus fuerzas, en el trabajo humano. El trabajo físico debe ser obligatorio para todos, sin excepción, y sólo así se logrará que desaparezcan todas las injusticias sociales. Sólo así los fuertes dejarán de oprimir a los débiles y la minoría dejará de considerar a la mayoría una bestia de carga que debe trabajar para los parásitos.

—Entonces, a su juicio de usted, ¿todos, sin excepción, deben ocuparse en el trabajo físico?

—Sí.

—¿Pero no cree usted que si todos, incluso los más grandes pensadores y sabios, tomaran parte en la lucha por la existencia, como usted la concibe, es decir, picando piedra y cavando, entregándose al trabajo físico, se vería el progreso seriamente amenazado?

—No. El progreso no se hallaría, en manera alguna, en peligro. El progreso se basa en el amor al prójimo, en el cumplimiento de las leyes morales. Si nadie vive a expensas de los demás ni los oprime, ¿qué más progreso? ¿Existe acaso otro progreso?

—;Pero, permítame usted!—me replicó el doctor, encolerizado de pronto—. ¡Si cada uno se dedica por entero al perfeccionamiento de su propia persona y a la contemplación de su propia belleza moral, no hay progreso posible.

—¿Por qué? Si para mantener su famoso progreso de usted es preciso que unos trabajen para otros, alimentándolos, vistiéndolos, defendiéndolos, con riesgo de su vida, contra sus enemigos, tal progreso no vale un comino, pues se basa en una tremenda injusticia.

—Usted constriñe la idea del progreso—objetó vivamente Blagovo—. Lo reduce a algo demasiado pequeño, a algo mezquino. El progreso no puede ser limitado por las necesidades y las aspiraciones de tal o cual grupo de gentes. Tiene un carácter universal y no se somete a nuestros deseos. Escapa a nuestra comprensión y desconocemos sus fines.

—Entonces, ¿ni siquiera nos es dable saber adónde puede conducirnos ese famoso progreso? En ese caso la vida no tenía sentido.

—¿Y qué falta nos hace saber adónde se dirige la humanidad? El saberlo sería aburrido y la vida perdería todo interés. Subo por la escala que se llama progreso, civilización, cultura; subo sin saber adónde iré a parar; pero no me enoja. El camino en sí es tan hermoso que sólo el avanzar por él vale la pena de vivir. Y usted, que busca el sentido de la vida, ¿para qué vive? ¿Para luchar contra la opresión de unos por

otros? ¿Para que un gran pintor y el que le fabrica los colores puedan tener el mismo dinero? Ese es el lado prosaico, filisteo de la vida; es su segundo término, la cocina, la fachada trasera, y le aseguro a usted que no tiene nada de interesante. No vale la pena de vivir para eso. Hasta sería repugnante vivir para eso. Si hay bestias que se devoran unas a otras, ¿qué se le va a hacer? ¡Allá se las hayan! No deben preocuparnos. Nunca será posible salvarlas de su estupidez, y están destinadas a la podredumbre. Lo que nos debe preocupar es el grande y radiante porvenir de la humanidad...

Aunque discutía conmigo en tono apasionado, Blagovo parecía preocupado por otra cosa y daba muestras de cierta inquietud.

—Probablemente su hermana de usted no vendrá ya—dijo, luego de consultar el reloj—. Ayer estuvo en casa y dijo que vendría hoy.

Se quedó silencioso un instante y continuó después:

—Habla usted de la esclavitud, de la explotación de unos por otros; pero eso son detalles, cuestiones de harto escasa importancia al lado del progreso humano, considerado en conjunto. Esas cuestiones las va resolviendo la humanidad poco a poco, a medida que evoluciona.

—Sí; pero en la espera de que resuelva esas cuestiones no podemos permanecer con los brazos cruzados; no podemos limitarnos a ser espectadores pasivos de todas las injusticias. Cada uno

de nosotros debe resolver por sí mismo la cuestión del bien y del mal. Por otra parte, nada nos indica que la humanidad evolucione con rumbo al bien. Junto al desarrollo de las ideas humanitarias contemplamos el de ideas de muy distinto género. La servidumbre ha sido abolida; pero en su lugar yergue la cabeza el capitalismo. Y en plena floración de las ideas emancipadoras, la explotación del hombre por el hombre sigue su curso: exactamente igual que en la Edad Media, la minoría continúa alimentándose, vistiéndose y haciéndose defender por la mayoría, que continúa hambrienta, desnuda y sin defensa.

—Pero no se puede negar que la humanidad mejora de día en día.

—No lo veo. Las injusticias más atroces subsisten al lado de las más nobles corrientes de ideas y del desenvolvimiento de la ciencia y del arte. El arte de explotar al prójimo se desenvuelve al unísono de las demás artes. Es verdad que la servidumbre ha sido jurídicamente abolida; pero la hemos resucitado, revistiéndola de otras formas más refinadas, y nos hemos hecho bastante inteligentes para justificarla con toda suerte de sofismas. Pese a todas las nobles ideas de que hacemos gala, si la gente pudiera encargarse de sus funciones fisiológicas más desagradables a sus servidores, lo haría sin titubear; y para justificarlo, argüiría que los sabios, los artistas, los pensadores, no pueden malgastar su precioso

tiempo en cierta clase de funciones sin grave peligro del progreso humano...

En aquel instante entró mi hermana. Al ver al doctor se turbó mucho y dijo, momentos después de llegar, que era ya tarde y que la esperaba papá.

—¡Cleopatra Alexeyevna! — exclamó Blagovo con acento persuasivo—. ¿Qué daño puede haber para su padre de usted en que pase usted media hora conmigo y su hermano?

Había en su voz tal expresión de sinceridad, que convencía. Mi hermana reflexionó un poco, se echó luego a reír y se llenó de una súbita alegría.

Nos dirigimos a las afueras, nos sentamos sobre la hierba y continuamos nuestra conversación. En la ciudad, frente a nosotros, las ventanas parecían de oro, heridos sus cristales por los rayos del sol.

A partir de aquel día, cada vez que mi hermana venía a verme, venía también el doctor Blagovo. Aparentaban encontrarse en casa por casualidad.

Ella escuchaba atentamente nuestras discusiones, pintados en el rostro la alegría y el entusiasmo. Se diría que un mundo nuevo se abría poco a poco a sus ojos, un mundo cuya existencia no sospechaba y que se esforzaba en conocer una vez entrevisto.

Cuando el doctor no estaba presente, permanecía silenciosa y triste. De cuando en cuando lloraba con un suave llanto; pero no era yo quien la hacía llorar.

En el mes de agosto, *Nabó* nos anunció que iba-

mos a trabajar en el camino de hierro, fuera de la ciudad. Dos días antes del fijado para nuestra marcha, mi padre se presentó de pronto en casa.

Se sentó, se secó la frente sudorosa con el pañuelo, y sin mirarme, lentamente, extrajo de un bolsillo de su americana el periódico local, y casi deletreando me leyó una noticia referente a mi antiguo compañero de colegio, el hijo del director del Banco. Aquel joven había sido nombrado no sé qué de gran importancia en el ministerio de Hacienda.

—Y ahora—dijo mi padre, doblando despaciosamente el periódico—vuelve los ojos a ti mismo: vas vestido de andrajos como el más miserable de los canallas. Hasta la gente humilde procura recibir alguna instrucción para ocupar en el mundo un lugar lo mejor posible, y tú, Poloznev, que procedes de una familia noble, que ha dado a la patria hombres ilustres, te empeñas en vivir en el cieno, en los bajos fondos sociales...

Se levantó, me dirigió una mirada llena de cólera, y añadió:

—Pero no he venido para hablar de ti, pues hartos se me alcanza que sería tiempo perdido. He venido a preguntarte: ¿Dónde está tu hermana, miserable? Salió de casa después de comer, y aunque son ya las ocho, no ha vuelto todavía. Ha comenzado no hace mucho a salir con frecuencia sin decirme nada. Ya no es la hija respetuosa que era. Adivino en ello tu influencia nefasta, sinvergüenza. ¿Sabes dónde está?

Llevaba en la mano el paraguas de marras. Creí que se disponía a sacudirme el polvo como había hecho tantas veces, y sentí el temor infantil de un escolar a quien va a castigar el maestro. Mi padre advirtió la mirada que dirigí al paraguas y se dominó.

—Tú ya no me interesas—dijo—. Te privo de mi bendición paternal. Te he arrancado completamente de mi corazón.

La vieja Karpovna, que oía nuestra conversación, suspiró.

—¡Dios mío, Virgen Santa!—balbuceó—. ¡Estás perdido para siempre! Acabarás mal...

* * *

Comencé a trabajar en el camino de hierro.

El mes de agosto fué lluvioso, húmedo y frío. El mal tiempo impedía transportar el trigo. Por todas partes se veían montones de trigo altos como colinas. A causa de las lluvias se iban ennegreciendo de día en día y desmoronándose.

Era difícil trabajar: cuanto hacíamos nosotros lo desbarataba la lluvia. No se nos permitía vivir en los edificios de las estaciones y teníamos que guarecernos en sucias y húmedas cabañas construídas por los obreros. Yo pasaba unas noches muy malas, tiritando de frío y de humedad. Con frecuencia, los obreros de la línea venían a armarnos camorra, y con el menor pretexto nos

vapuleaban. Esto constituía para ellos una manera de deporte que les divertía mucho. Nos sacudían el polvo, nos robaban los colores y, para hacernos rabiar, nos destruían el trabajo.

Por si esto era poco, *Nabó* empezó a pagarnos sin regularidad. Bajo la dependencia de otros contratistas, recibía de ellos muy poco dinero y no ganaba lo bastante para poder pagarnos bien. Por otra parte, las lluvias incesantes nos impedían trabajar y perdíamos mucho tiempo. Los obreros, hambrientos y sin un cuarto en el bolsillo, se daban a todos los demonios y estaban dispuestos a pegarle a *Nabó* una paliza. Le insultaban, le llamaban canalla, mala sangre, Judas. El desventurado suspiraba, procuraba calmarlos y acababa por ir a casa de la generala Cheprakov en demanda de un pequeño préstamo.

VII

Llegó el otoño, lluvioso, cenagoso, sin sol.

Sólo raras veces teníamos trabajo. Me pasaba parado hasta tres días seguidos. Para no morirme de hambre hacía cosas por completo ajenas a mi oficio; llevaba agua, cavaba, recibiendo por ello veinte "copecks" de jornal.

El doctor Blagovo se había marchado a Petersburgo. A mi hermana no había vuelto a verla. *Nabó* había caído enfermo y no abandonaba ya el lecho, esperando la muerte. Mi humor era también otoñal.

Vivía de nuevo en la ciudad, y lo que veía me inspiraba una repugnancia profunda. Convertido en un simple obrero, contemplaba la vida de mis paisanos desde un nuevo punto de vista.

Los que yo consideraba menos sinvergüenzas se revelaban ahora a mis ojos en toda su vileza, crueles, sin escrúpulos, capaces de toda maldad. Nos engañaban a cada paso, trataban de pagarnos lo menos posible, nos hacían esperar horas enteras en el portal frío o en la cocina, nos hablaban en un lenguaje brutal, nos insultaban, nos trataban, en fin, como a vil chusma.

Recuerdo un hecho significativo: me encargaron de empapelar el club de la ciudad. Me pagaban a razón de siete "copecks" por rollo de papel, y como se me propusiera firmar un recibo de doce "copecks" por rollo, me negué a hacerlo. Entonces uno de los administradores del club, un señor de aspecto muy respetable, con gafas de oro, me gritó:

—¡Si añades una palabra más, te rompo las muelas, canalla!

Un camarero allí presente le dijo algo al oído quizá que yo era el hijo del arquitecto Poloznev. El administrador se turbó un poco, pero se repuso en seguida y contestó:

—¿Qué vamos a hacerle? ¡A la porra!

Los tenderos se creían en el deber de vendernos el género más malo, el que no se atrevían a ofrecerles a los demás. En las carnicerías nos daban a menudo carne echada a perder. En la

iglesia éramos brutalmente atropellados por la policía. Cuando alguno de nosotros estaba enfermo en el hospital, los enfermeros y las enfermeras le trataban con un desprecio altivo, le robaban el alimento y le servían de comer en platos sucios. En las oficinas de correos, cualquier empleadillo se creía en el derecho de tratarnos como a bestias y de insultarnos groseramente.

—¡Espera! ¿No ves que estoy ocupado?

Hasta los perros parecían despreciarnos y se lanzaban contra nosotros con una furia singular.

Lo que sobre todo me indignaba en nuestra ciudad era la ausencia absoluta del espíritu de justicia. Mi nueva posición social me permitía comprobarlo a cada paso. Mis paisanos estaban, como dice el vulgo, dejados de la mano de Dios. Todos, sin excepción, robaban, estafaban, engañaban, abusaban de la confianza: los comerciantes, los contratistas, los empleados. A nosotros, simples obreros, no se nos reconocían ningunos derechos, ni aun los más elementales; el dinero que se nos debía por nuestro trabajo nos veíamos obligados a mendigarlo, como una limosna, gorra en mano, a la puerta de nuestros deudores.

Un día que me hallaba en el club empapelando una habitación inmediata al salón de lectura, vi de pronto entrar a la hija del ingeniero Dolchikov, con unos cuantos libros en la mano.

—¡Hola!—dijo cuando me hubo reconocido, tendiéndome la mano—. Celebro mucho verle a usted.

Se sonreía y miraba con curiosidad mi blusa,

el bote de la cola, los rollos de papel extendidos en el suelo. •

Yo estaba confuso. Ella también parecía turbada.

—Perdone usted—me dijo—que le mire de esta manera. He oído hablar mucho de usted, sobre todo al doctor Blagovo, a quien le ha sorbido usted el seso. También he tenido el gusto de conocer a su hermana de usted. Es una muchacha muy simpática; pero no he conseguido persuadirla de que su situación actual de usted no tiene nada de horrible. Yo, por el contrario, creo que es usted hoy el hombre más interesante de la ciudad.

Miró de nuevo la cola y los rollos de papel y prosiguió:

—Le había rogado al doctor Blagovo que me proporcionase una ocasión de hablar con usted. Seguramente no se ha acordado o no ha tenido tiempo. El caso es que ya nos hemos conocido, y yo tendría mucho gusto en que viniese usted por casa. Soy una mujer sencilla y espero no ser para usted causa de azoramiento.

Me estrechó la mano, y añadió:

—Mi padre no está en la ciudad, está en Petersburgo.

Y entró en el salón de lectura.

Aquella noche dormí muy poco: tan turbado estaba.

Desde el punto de vista material, aquel otoño fué para mí muy malo. Ganaba muy poco y sufría muchas privaciones. Pero un alma caritativa acudía en mi auxilio, enviándome de cuando en cuando, ya bizcochos, ya perdices asadas, ya té y azúcar. Karpovna me decía que todo aquello lo llevaba un soldado, el cual nunca quería decir de parte de quién. Le preguntaba a mi vieja nodriza si yo estaba bien de salud, si comía todos los días y si tenía ropa de abrigo.

Cuando los fríos se hicieron más fuertes, el mismo soldado me llevó una bufanda de punto que exhalaba un perfume delicado, apenas perceptible, de lirio silvestre. Ese perfume me reveló que mi buena hada era Ana Blagovo. La hermana del doctor se pirraba por los lirios silvestres, y su esencia era su perfume predilecto.

En invierno tuvimos ya más trabajo, y la situación no era tan triste. *Nabó* resucitó de nuevo y desplegó otra vez su acostumbrada actividad. Trabajé con él en la iglesia del cementerio, donde nos encargaron el dorado de los viejos iconos y algunas reparaciones. El trabajo era agradable e interesante. Además, los obreros se conducían, por respeto al lugar sagrado, muy correctamente: no se injuriaban y ni siquiera se reían. Se advertía que hacían cuanto estaba en su mano por no profanar el lugar con destemplanza alguna.

Absortos en el trabajo, estábamos casi inmóviles, punto menos que como estatuas. Nos rodeaba el silencio profundo del cementerio. Si al-

gún instrumento se caía al suelo, volvíamos la cabeza asustados: tan habituados nos hallábamos a tal silencio. De cuando en cuando se oía al sacerdote salmodiar preces sobre el ataúd de un niño. A veces, un pintor, que pintaba en la cúpula una paloma, empezaba a silbar quedito, y, espantado él mismo de su audacia, se callaba en seguida. Cuando las campanas de la iglesia empezaban a sonar tristemente sobre nuestras cabezas, adivinábamos que traían un difunto de la ciudad.

Entregado al trabajo durante el día en aquel templo silencioso, yo me permitía por las noches jugar al billar, o, si había algún espectáculo, ir al teatro, a entrada general, con el traje que acababa de hacerme y en el que había invertido parte de mis ahorros.

En casa de Achoguin había ya comenzado la *saison théâtrale*. Se celebraron funciones y conciertos de aficionados. Las decoraciones ahora eran pintadas por *Nabó* solo, sin mi ayuda. Cuando volvía de casa de Achoguin, me contaba el argumento de las piezas que se representaban y el asunto de los cuadros vivos que se ponían en escena. Todo aquello me interesaba mucho y yo habría dado cualquier cosa por estar en su lugar. Me habría placido en extremo asistir a los espectáculos de casa de Achoguin, pero no me atrevía a ir.

Una semana antes de las fiestas de Navidad llegó el doctor Blagovo.

De nuevo comenzaron nuestras discusiones. Por las noches jugábamos al billar. Para jugar se quitaba la americana, se desabrochaba la camisa, en fin, hacía cuanto le era dable por parecer un muchacho que sabe gozar de la vida. Aunque casi no bebía vino, ponía un gran empeño en pasar por un gran bebedor y todas las noches se dejaba en la caja de la taberna "Volga" un buen puñado de rublos, por más que los precios allí eran moderados.

Las visitas de mi hermana volvieron a empezar. De nuevo ella y el doctor se encontraban en casa, aparentando encontrarse por casualidad; pero por la alegría que se pintaba en sus semblantes no tardé en darme cuenta de que no había tal casualidad, y los encuentros obedecían a un previo convenio.

Hallándonos una noche jugando al billar, el doctor me dijo:

—¿Por qué no visita usted a la señorita Dolchikov? No conoce usted a María Victorovna: es inteligentísima, de muy buen corazón y muy sencilla; una mujer encantadora, en fin.

Le conté cómo me había acogido, la primavera anterior, el ingeniero Dolchikov y se echó a reír.

—No haga usted caso—me dijo—. María Victorovna es completamente independiente de su padre y hace lo que le da la gana... Debía usted ir a verla. Se alegraría mucho. Si quiere usted, iremos mañana juntos.

Acabó por persuadirme.

A la noche siguiente, me puse mi traje nuevo, y muy turbado me dirigí a casa de la señorita Dolchikov.

El criado que me abrió la puerta no me pareció ya tan terrible ni el mobiliario tan lujoso como la mañana memorable que visité al señor Dolchikov para pedirle un empleo.

María Victorovna, prevenida por Blagovo de mi visita, me acogió como a un antiguo conocido y me estrechó cordialmente la mano.

Llevaba una bata gris de mangas perdidas, y los cabellos peinados a la moda no conocida aún en la ciudad y que se llamó luego "orejas de perro" porque los cabellos cubrían las orejas. María Victorovna era bella y elegante, pero no parecía muy joven: representaba treinta años, aunque en realidad sólo tenía veinticinco.

—¡Estoy agradecidísima a nuestro querido doctor!—me dijo, invitándome a sentarme—. Sin su intervención no habría usted venido a casa. Me aburro mortalmente. Mi padre se ha ido, dejándome sola, y no sé cómo pasar el tiempo en esta ciudad.

Luego me preguntó dónde trabajaba, dónde vivía, cuánto ganaba.

—¿No gasta usted más que lo que gana?—inquirió.

—Nada más.

—¡Qué feliz es usted!—suspiró—. Se me antoja que todo el mal proviene de la ociosidad, del aburrimiento, del vacío del alma, inevitable cuando

no se hace nada y se vive a costa de los demás. La costumbre de vivir sin trabajar tiene consecuencias fatales. No se crea usted que lo digo por coquetería. Le doy mi palabra de que no es nada interesante ni grato el ser rico. Además, el origen de la riqueza es casi siempre poco honrado: es imposible hacerse rico honradamente.

Contempló con una mirada fría y grave al mobiliario, como si quisiera inventariarlo, y añadió:

—El confort, las comodidades tienen una gran fuerza de atracción: poco a poco conquistan hasta a los que poseen una voluntad firme. En otro tiempo, vivíamos mi padre y yo muy modestamente, casi pobremente, y ahora... ¡ya ve usted qué lujo! Me da vergüenza confesarlo; pero gastamos ¡hasta veinte mil rublos anuales, aquí, en este rincón provinciano!

—El confort—respondí—es un privilegio inevitable del capital y la instrucción. Pero yo creo que el confort no es incompatible ni con el trabajo más penoso. Su padre de usted, por ejemplo, a pesar de su riqueza, se entrega a veces a trabajos de maquinista, de simple obrero... Se puede ser rico y trabajar rudamente.

Ella se sonrió y sacudió irónicamente la cabeza.

—Los trabajos rudos de mi padre no pasan de ser caprichos, diversiones... También le gusta, de vez en cuando, un plato de sopa campesina o un pedazo de pan negro...

En aquel momento sonó la campanilla de la puerta y María Victorovna se levantó.

—Todo el mundo—prosiguió, dirigiéndose a la puerta—debe trabajar. El confort debe ser para todos. ¡Nada de excepciones, nada de privilegios!

Y salió.

Momentos después volvió acompañada del doctor Blagovo.

—Habíamos entablado—le dijo—un diálogo filosófico. Pero ¡basta de filosofía! Cuéntenos usted algo. Háblenos, por ejemplo, de sus compañeros de trabajo. Deben de ser muy interesantes.

Empecé a informarla; pero, en parte por mi torpeza de hombre no habituado a narrar y en parte por mi turbación, mi relato fué seco, como el de un etnógrafo que refiriese algo tocante a la vida de los pueblos.

El doctor también refirió varias anécdotas a propósito de los obreros, aunque con más gracia, como un artista consumado: remedaba a los obreros borrachos, lloraba, caía de hinojos, hasta se tendía en el suelo para parodiar mejor la embriaguez.

María Victorovna le miraba y se desternillaba de risa.

Luego el doctor se sentó al piano y empezó a tocar y a cantar. María Victorovna, de pie, a su lado, le colocaba en el atril los cuadernos de música y le corregía cuando se equivocaba.

—He oído decir que usted también canta—le dije a la señorita Dolchikov.

—¿También?—gritó horrorizado el doctor—.

¡Pero si María Victorovna es una verdadera artista! ¡Canta admirablemente!

—Hace años—dijo ella—me dediqué en serio a los estudios musicales; pero la música ya no me interesa.

Se sentó en un confidente y se puso a contarnos su vida en Petersburgo, en el medio artístico adonde la habían llevado sus aficiones filarmónicas. Imitaba a las más célebres cantantes, su voz, sus actitudes, su manera de aparecer ante el público. Luego nos retrató en su álbum al doctor y a mí. Los retratos eran bastante mediocres, pero tenían cierto parecido. Reía, se divertía como una chiquilla, y así estaba más en su papel que filosofando. Hasta me parecía que al hablar conmigo de la influencia nefasta de la riqueza y de la necesidad de que todo el mundo trabajase no hacía más que imitar a alguien.

En fin, era una admirable actriz cómica. Mentalmente la comparaba con las otras muchachas que yo conocía y a todas las encontraba inferiores, incluso a la linda y seria Ana Blagovo. La diferencia era enorme, como la que existe entre una bella rosa, amorosamente cultivada, y una modesta flor del campo.

Nos invitó a cenar.

El doctor y ella bebieron vino rojo, *champagne* y café con coñac. Brindaron por la amistad, por el ingenio, por el progreso, por la libertad. No se emborracharon; pusieronse tan sólo un poco más encarnados que de ordinario y muy risueños;

se reñan, sin ninguna razón plausible, hasta saltárseles las lágrimas. Para no parecer demasiado grave, yo también bebí unos cuantos vasos de vino rojo.

—La gente dotada de gran capacidad y un espíritu independiente—dijo ella—sabe cómo hay que vivir y elige su propio camino y lo sigue, aunque no sea el camino común. La gente vulgar—como yo, por ejemplo—no se atreve a ser independiente, no sabe ni puede nada y es feliz cuando sigue una corriente de ideas, más o menos interesante, de su época.

—¡Esas corrientes de ideas no existen, ay, entre nosotros!—objetó el doctor.

—Existen, pero no las vemos—replicó María Victorovna.

—Sólo existen en la imaginación de los escritores modernos.

Se entabló una discusión.

—Yo afirmo con plena convicción que nunca ha habido entre nosotros ninguna corriente importante de ideas—decía con calor el doctor—. Es la literatura quien las inventa de cuando en cuando, buscando un asunto interesante, algo que atraiga la atención del lector. También ha sido la literatura quien ha inventado los pretendidos propagandistas de la luz entre nuestros campesinos, que en realidad no existen. Busquémoslos en las aldeas: no los encontraremos. Sólo encontraremos tipos grotescos de Gogol, vestidos a la moda europea, de levita y hasta de frac, pero que no po-

seen la menor cultura y apenas saben escribir. Ignoran aún lo que es la vida civilizada y no han salido todavía del estado bárbaro. Viven de la misma manera salvaje, sin ningún interés superior, sin ninguna aspiración noble, que se vivía hace quinientos años.

El doctor iba animándose conforme hablaba y elevando la voz.

—No, se lo aseguro a usted. Las pretendidas corrientes de ideas de que habla la literatura son una ficción, favorable a intereses mezquinos. ¿Qué corrientes de ideas verdaderas podemos registrar? ¿El vegetarianismo? ¿La zoofilia? Si encuentra usted en uno y otra algo serio, digno de atención, lo siento por usted. No, no hemos salido aún de la infancia, no somos aún bastante crecidos para ocuparnos en graves problemas. No los comprendemos porque nos falta la cultura. Necesitamos, ante todo, ir a una buena escuela, aprender, estudiar.

—¡Interesándonos por tales problemas, estudiamos!—replicó María Victorovna.

—No, no nos hallamos todavía bastante preparados. Como los niños no lo están para los estudios astronómicos. Lo repito: necesitamos estudiar, estudiar y estudiar. ¡Brindo por la ciencia!

Hubo un corto silencio. María Victorovna parecía sumida en una honda meditación.

—Lo innegable—dijo, con ojos pensativos—es que la vida que llevamos es demasiado gris y hay que cambiarla a toda costa. No podemos se-

guir el mismo camino, porque va a parar a un pantano...

Era ya muy tarde, y había que irse.

Cuando el doctor y yo salimos a la calle, en el reloj de la catedral daban las dos.

—Bueno, ¿está usted contento?—me preguntó el doctor—. ¿Verdad que es encantadora?

El primer día de Navidad comimos en casa de María Victorovna, y durante las fiestas la visitamos casi diariamente. Tenía razón al afirmar que no mantenía relación alguna con los habitantes de la ciudad: salvo nosotros dos, nadie la visitaba.

Casi todo el tiempo que estábamos con ella lo dedicábamos a pláticas y a discusiones de orden trascendental. Algunas veces el doctor llevaba un libro o el último número de una revista, y nos leía en alta voz.

En fin: él fué el primer hombre verdaderamente instruído que conocí. No puedo asegurar que tuviera una gran erudición; pero yo le escuchaba con sumo interés y me parecía persona de conocimientos muy sólidos. Cuando hablaba de medicina, no se asemejaba en nada a los demás médicos de la ciudad; decía cosas nuevas, originales, interesantes en extremo. Yo pensaba, escuchándole, muchas veces, que podía llegar a ser un sabio célebre si quería.

Era también el único hombre que ejercía sobre mí una positiva influencia. Gracias a él y a los libros que me daba, comencé a sentir un vivo de-

seo de estudiar, de enriquecer mi espíritu con conocimientos nuevos que iluminasen mi vida monótona y sombría. ¡Mi instrucción entonces era tan escasa! Sólo sabía las cosas más elementales. Al menos ahora se me antojan elementales.

La influencia del doctor sobre mí fué también moral. Antes no tenía opiniones determinadas, fijas, y me guiaba en mi vida casi exclusivamente por los instintos. Desde que comencé a tratar con asiduidad al doctor sometí al análisis los móviles de mis acciones y traté de formarme ideas claras, precisas sobre el bien y el mal.

Y, no obstante, a pesar de mi gran estimación a Blagovo, me daba cuenta de que aquel hombre, sin duda el mejor y más instruído de la ciudad, distaba mucho de la perfección. Había en sus maneras algo que no acababa de gustarme, sobre todo cuando se esforzaba en parecer borracho en la taberna o cuando les daba crecidas propinas a los camareros echándoselas de gran señor. En aquellos momentos, bajo la apariencia civilizada, se denunciaba en él el tártaro.

A principios de enero regresó a Petersburgo.

La misma noche del día de su marcha vino a verme mi hermana.

Sin quitarse el abrigo ni el sombrero y sin decir palabra, se sentó en mi lecho.

Estaba muy pálida y evitaba mirarme. De cuando en cuando se estremecía de pies a cabeza. No se me ocultaban sus esfuerzos para que yo no advirtiese su estado.

—Debes de tener un enfriamiento—le dije.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Se levantó y se dirigió, sin contestarme, al cuarto de Karpovna.

Momentos después la oí, al otro lado del tabique, hablar con mi vieja nodriza y lamentarse.

—¡Cuando pienso en lo que mi vida ha sido hasta ahorah... ¿Para qué he vivido? He perdido toda mi juventud. No he hecho más que inscribir los gastos de la casa, economizar, velar para que no se gaste demasiado dinero, para que no se cosuma demasiada azúcar... ¡Como si no hubiera nada más interesante en la vida! Comprende, vieja mía, que yo también quiero vivir, que tengo otras aspiraciones..., y, sin embargo, han hecho de mí una especie de ama de llaves, que sólo sabe contar los “kopecs” y los terrones de azúcar. Estas llaves son mis cadenas...

Y tiró al suelo, encolerizada, las llaves de la despensa, del armario de la ropa, de la bodega, las mismas que llevaba nuestra pobre madre colgadas a la cintura.

—¡Virgen santa!—gritó con horror la vieja Karpovna—. ¡Estás loca! ¡Cálmate!

Durante algunos momentos reinó el silencio tras el tabique. Luego oí un profundo suspiro de mi hermana y el ruido de las llaves que recogía del suelo.

Al irse entró en mi cuarto a decirme adiós.

—No hagas caso—me tranquilizó—. No sé qué me pasa hace algún tiempo. ¡Estoy tan nerviosa!

VIII

Una noche volví muy tarde a mi posada, de casa de María Victorovna, con quien había pasado la velada, y encontré en mi cuarto a un joven oficial de policía, engalanado con un uniforme nuevito, que hojeaba un libro, sentado ante mi mesa.

—¡Por fin!—exclamó al verme entrar.

Salió a mi encuentro, desperezándose como tras un largo sueño.

—Es la tercera vez que vengo hoy a buscarle a usted. He perdido todo el día. He aquí de lo que se trata: su excelencia el señor gobernador ordena que se presente usted a él mañana, a las nueve de la mañana. ¡Sin falta!

Me hizo firmar un compromiso de ejecutar exactamente la orden del gobernador, y se marchó.

Aquella visita del oficial de policía y la invitación inesperada del gobernador me causaron muy mala impresión. Desde mi niñez les había tenido un miedo irresistible a los gendarmes, a los policías, a los jueces, en fin, a toda la gente para quien es un derecho, casi un deber, hacer daño a los demás. Y entonces también experimenté una gran inquietud, como si fuera autor de un crimen.

No pude conciliar el sueño. Karpovna y su hijo adoptivo, el obeso Prokofy, también estaban inquietos con la visita del oficial de policía, y no

podían pegar los ojos. Además, Karpovna tenía un horrible dolor de oído, se quejaba, y de cuando en cuando se echaba a llorar.

Como me oyese, desde el otro lado del tabique, dar vueltas en la cama, Prokofy entró en mi cuarto, con una luz en la mano, y se sentó junto a mi mesa.

—Debía usted beber un poco de “vodka”—me dijo—. El “vodka” es la sola y única salud. También convendría verter un poco de “vodka” en la oreja de mamá; pero no quiere.

A cosa de las tres se dispuso a irse al mata-dero en busca de la carne para su establecimiento. Convencido de que no podría dormir ya, y por matar el tiempo, me fuí con él.

La noche era oscura. Prokofy llevaba en la mano una linterna, con la que alumbraba el camino. Subimos a un trineo. Un muchachuelo de trece años, llamado Nicolka, con cara de bandido, que estaba empleado en la carnicería de Prokofy, nos servía de cochero. Con una voz ronca de persona mayor, imitando a los cocheros de verdad, arreaba a las caballerías.

Por el camino me dijo Prokofy:

—Probablemente le sacudirán a usted el polvo en casa del gobernador. Porque, mire usted, hace cosas que no le convienen. Cada hombre debe seguir el camino que está destinado a seguir según su nacimiento. Unos nacen para ser gobernadores u oficiales, otros para ser obispos o capellanes, otros para ser médicos o abogados. Usted no

ha nacido para ser simple obrero, y naturalmente, la gente de su clase no está dispuesta a permitir que lo sea usted...

El matadero estaba detrás del cementerio. Hasta aquella noche yo no lo había visto de cerca. Lo formaban tres grandes cobertizos de aspecto sombrío, rodeados de una tapia gris. Cuando hacía viento, llegaba de aquel edificio a la ciudad un olor malsano y abominable.

Entré en el patio, tropezando a cada paso con los caballos de los trineos cargados de carne. Una porción de hombres con linternas encendidas en la mano se insultaban y se injuriaban sin cesar. Prokofy y Nicolka hacían lo propio, como si el lugar obligase a la gente a ponerse de vuelta y media. Se oían por todas partes gritos, juramentos, relinchos.

Olía a cadáver y a estiércol. Los charcos de nieve derretida mezclada con barro parecían de sangre.

Cargado el trineo de carne, nos encaminamos al establecimiento de Prokofy.

Clareaba ya. El sol estaba a punto de salir. De nuevo en el interior de la ciudad vimos numerosas mujeres—amas y cocineras—que se iban a la compra.

Una vez en la carnicería, Prokofy se puso un delantal blanco y empezó a vender carne. Manchado de sangre, con un hacha en la mano, discutía con las mujeres; aseguraba que la carne le costaba más cara que la vendía; juraba, se persigna-

ba y gritaba tanto que se le podía oír al otro lado del mercado. Engañaba en el peso y daba piltrafas, y las mujeres, aunque lo advertían, le dejaban hacer lo que le parecía, aturdiditas por sus gritos, y sólo alguna vez que otra le dirigían tal o cual palabra poco lisonjera.

—¡Qué bandido! ¡Vaya un granuja!

Al alzar y dejar caer el hacha sobre la carne, tomaba actitudes coquetas y agitaba con tal violencia la herramienta que yo temía que le abriese a alguien la cabeza o le cortara un brazo.

Después de estar un rato en la carnicería, me dirigí a casa del gobernador.

Mi gabán olía a carne y a sangre. De un humor de todos los diablos, yo caminaba como un condenado.

Subí una gran escalera cubierta con una alfombra a rayas. Un señor de frac—probablemente el secretario del gobernador—me indicó la puerta por donde debía entrar, y corrió a anunciar mi llegada.

Entré en un salón amueblado lujosamente pero sin gusto alguno. Entre las ventanas había altos y estrechos espejos. Pretendiendo adornarlas, herían desagradablemente la vista unas cortinas amarillas. Se advertía que los gobernadores que habitaban aquella casa se sucedían unos a otros sin que el mobiliario cambiase nunca. El paso de aquellos funcionarios por allí era tan rápido que a todos les tenía sin cuidado cómo estaba puesta la casa.

No tardó en reaparecer el señor del frac, que me indicó otra puerta. La abrí y me dirigí a una gran mesa verde, tras la cual me esperaba, en pie, vestido de uniforme y con una condecoración en el pecho, el gobernador. Tenía en la mano una carta.

—¡Señor Poloznev!—me dijo, abriendo, en forma de “O”, una boca de a palmo. Le he llamado a usted para hacerle saber lo siguiente: su honorable padre se ha dirigido, por escrito y de palabra, al presidente de la nobleza de la región suplicándole que le haga comprender a usted que su conducta no es admisible en la clase noble a que tiene el honor de pertenecer por su nacimiento. El señor presidente de la nobleza, su excelencia Alejandro Pavlovich, creyendo, con razón, que su conducta de usted es condenabilísima, pero que su llamada al orden sería del todo ineficaz, se ha dirigido a mí, a su vez, para que yo ejerza mi poder administrativo. Aquí está su carta. Me suplica en ella que tome las medidas que juzgue necesarias al objeto de poner fin a este escándalo intolerable...

Hablaba en voz queda y con acento respetuoso, y continuaba en pie como si yo fuera su jefe, y no había en su mirada ni asomos de severidad. En su rostro rugoso se pintaba una falta total de energía. Sus mejillas colgaban como bolsas de cuero. Llevaba teñido el cabello, y su edad no era fácil de determinar: lo mismo podía tener cuarenta que sesenta años.

—Yo espero—prosiguió—que usted sabrá apreciar la bondad de Alejandro Pavlovich al dirigirse a mí no por la vía oficial, sino por medio de una carta privada. Yo también le he llamado a usted no como un personaje oficial, sino como un particular, y le estoy hablando no como gobernador, sino como un admirador sincero de su padre. Así, pues, señor, le suplico que, o cambie de conducta y vuelva a comenzar la vida que le cuadra a un noble, o se vaya a cualquier otra ciudad donde no le conozcan y pueda hacer lo que le plazca. Si se niega usted a acceder a mi ruego, me veré precisado a tomar medidas extremas respecto de usted.

Durante unos momentos me miró fijamente, en silencio y con la boca abierta.

—¿Es usted vegetariano? — me preguntó de pronto.

—No, excelencia; como carne.

Se sentó y cogió de la mesa un papel.

Comprendí que la entrevista había terminado, saludé y salí.

Había perdido la mañana, y no valía la pena ir a trabajar antes de comer. Me volví a casa, con ánimo de dormir un rato; pero estaba tan nervioso, a causa de la excursión al matadero y de mi visita al gobernador, que no pude pegar los ojos.

Por la noche, muy excitado y de un humor negro, fuí a casa de María Victorovna. Le conté mi entrevista con el gobernador. Me miraba asombrada, como si no diera crédito a mi relato, y de

pronto se echó a reír como una loca, con una risa alegre, provocativa, de que sólo es capaz la gente muy sana de cuerpo y de espíritu.

—¡Si se cuenta eso en Petersburgo! ¡Dios mío, si se cuenta eso en Petersburgo!—exclamó, casi cayéndose de la silla: de tal modo la risa la sacudía.

IX

Nos veíamos con mucha frecuencia: dos veces al día.

Después de comer llegaba en coche al cementerio y me esperaba leyendo las inscripciones de las tumbas. A veces entraba en la iglesia, donde yo seguía trabajando, y, de pie junto a mí, contemplaba mi tarea.

El silencio respetuoso que reinaba en torno, el trabajo ingenuo de los pintores de iconos, la conmovían. También la impresionaba agradablemente el verme vestido como los demás obreros y el observar que me tuteaban y me trataban como a su igual.

Cuando, en cumplimiento de una orden de *Nabó* o de otro, subía yo por la escala de cuerda a lo alto de la cúpula, llevando pintura, seguía ella con interés mis movimientos, y parecía muy emocionada. Con los ojos húmedos de lágrimas me sonreía.

Una vez, mirándome trabajar, me dijo:

—¡Cómo me gusta usted así!

Siendo yo muchacho, un papagayo que tenían unos amigos nuestros se escapó de la jaula, y durante un mes vagabundó por la ciudad, pasando de un jardín a otro, solitario, sin amparo, triste. María Victorovna me recordaba aquel pájaro.

—¡El único sitio adonde voy de visita es al cementerio!—me dijo un día, riendo—. Los habitantes de la ciudad me inspiran una profunda antipatía y no quiero ver a nadie. En casa de Achoquin se canta, se representa, se recitan versos, y me aburro allí de un modo insoportable. Su hermana de usted evita la sociedad y no viene a verme. La señorita Blagovo me detesta, no sé por qué. ¿Qué quiere usted que haga? ¿Adónde quiere usted que vaya?

Cuando la visitaba, mis ropas olían a pintura y a barniz; mis manos estaban sucias, y eso le gustaba. Se empeñaba en que fuera a su casa con mi blusa de obrero, tal como estaba en el trabajo; pero ese traje me cohibía mucho en su salón, y para ir a verla me lo quitaba y me ponía mi traje nuevo, más correcto. Tal mudanza de ropa la enojaba y me recibía con muecas de enfado.

—Confiese usted—me dijo una noche—que no ha podido aún habituarse a su nueva posición social. El traje de obrero le cohibe a usted, no está usted a gusto con él. Eso se explica, en mi sentir, por la falta de convicción con que ha obrado usted al hacerse obrero. Sencillamente, no está usted satisfecho en su nueva vida. Además, a decir ver-

dad, no puede usted estarlo. Al fin y al cabo trabaja usted para los ricos, para aumentar el confort y el lujo que los rodean. Luego, usted me ha dicho muchas veces que el hombre debe amasarse su pan, y usted lo que hace es ganar el dinero con que lo compra. ¿Por qué no aplica usted estrictamente a su conducta sus principios? Debe usted seguirlos fielmente; es decir: en lugar de pintar los techos de los templos, debía usted amasar por sí mismo su pan cotidiano; labrar, sembrar, segar... o hacer algo que tenga relación directa con la agricultura; pastorear, cavar, construir casas campestres... Ha de saber usted que me pirro por la agricultura...

Abrió un armario que había junto a su mesa-escritorio, y añadió:

—Voy a revelarles a usted un gran secreto. Para eso he sacado esta conversación. Aquí tiene usted mi biblioteca agrícola. En ella encontrará usted libros que tratan del cultivo de los campos, del de los jardines, de avicultura, de apicultura, de cría pecuaria. Lo leo todo con sumo interés, y me atrevo a decir que lo conozco bastante bien. Mi sueño dorado, sépalo usted, es irme, en primavera, a nuestra Dubechnia, y dedicarme allí a la vida agrícola. ¡Qué delicia! Claro es que el primer año no podré hacer gran cosa: me orientaré, estudiaré la agricultura prácticamente... Pero al otro año intervendré en todo, mejor dicho, lo dirigiré todo, con la mayor energía, se lo aseguro a usted. Mi padre me ha prometido cederme la

plena propiedad de Dubechnia, donde podré hacer lo que me dé la gana.

Estaba muy excitada; sus mejillas se habían tornado de púrpura. Llena de alegría, hablaba sin parar de la realización de sus sueños, de su próxima vida en el campo, que se pintaba ella en extremo interesante y muy poética.

¡Quién hubiera estado en su lugar, participado de su entusiasmo! La primavera se acercaba; los días eran ya muy largos; el sol derretía la nieve, y gruesas gotas de agua caían de los tejados. Todo olía ya a primavera. Y yo también sentía un gran deseo de irme al campo.

Cuando me dijo que no tardaría en irse a Dubechnia, una honda tristeza se apoderó de mí. Me vi solo en la ciudad hostil, sin nadie con quien poder cambiar algunas palabras. Tuve celos de aquellos libros de agricultura y de aquellos sueños geórgicos. Sin embargo, ni me gustaba la vida del campo, ni les tenía afición alguna a los trabajos agrícolas. Iba a decir que, en mi sentir, la agricultura rebajaba al hombre, le hacía esclavo de la tierra; pero no dije nada.

Estábamos casi en primavera, en vísperas de Pascua.

Un día llegó el ingeniero Dolchikov, de quien yo había comenzado a olvidar hasta la existencia.

Llegó de un modo inesperado, sin anunciarlo siquiera con un telegrama.

Cuando fui aquella noche, como de costumbre, a su casa, le encontré en el salón, paseándose y refiriendo no sé qué. Estaba muy lavado, perfumado y afeitado y parecía más joven que antes de su marcha.

María Victorovna, de rodillas ante la maleta, sacaba de ella libros, frascos, cajas y otros objetos, que le iba entregando al criado.

Al ver al ingeniero, di, involuntariamente, un paso atrás; pero él me tendió ambas manos y me dijo sonriendo, mostrando su blancos y sólidos dientes:

—¡Hele aquí! ¡Tanto gusto en verle, señor decorador! Macha me lo ha contado todo. ¡Y me ha hecho tantos elogios de usted!

Me cogió del brazo, y prosiguió:

—Comprendo su decisión y la apruebo sin reservas. Es infinitamente más honrado y más inteligente ser un buen obrero que garrapatear en una oficina y llevar una escarapela en la gorra. Yo he trabajado en Bélgica como simple obrero... con estas manos que usted ve... y he sido durante dos años maquinista...

Llevaba un batín, calzaba unas pantuflas y andaba con el balanceo de los gotosos. Estaba visiblemente satisfecho de encontrarse al fin en su casa y de haber tomado su ducha. Se frotaba las manos y canturreaba.

No tardó en servirse la cena. Se me invitó.

Durante la comida, fué él quien habló más.

—No hay duda—decía—de que son ustedes muy simpáticos, muy amables; pero, dígame usted, señor: ¿por qué en cuanto empiezan ustedes a trabajar físicamente y a preocuparse de la suerte del mujik se hacen, inevitablemente, sectarios? Usted, por ejemplo, señor Poloznev, ¿no es un sectario? Por cuestión de principios, no bebe usted “vodka”. Eso es puro sectarismo.

Por complacerle bebí “vodka” y vino. Comimos quesos de distintas clases, salchichón, pastas y otras delicadezas gastronómicas que el ingeniero había traído de Petersburgo, y saboreamos los vinos que en su ausencia se habían recibido del extranjero, que eran, en verdad, excelentes. No sé cómo se las arreglaban para recibirlos sin pagar derechos de importación, lo mismo que los cigarrros. El cavial y el salmón se lo regalaban. No pagaban el piso, porque el propietario de la finca proveía de petróleo al camino de hierro, y, por lo tanto, dependía del ingeniero. En fin, yo casi llegué a estar convencido de que cuanto existe en el mundo se hallaba siempre—de modo gratuito—a la disposición del señor Dolchikov y de su hija, que no tenían más que tender la mano y cogerlo.

Seguí visitándolos asiduamente; pero no con tanto placer como antes de regresar el ingeniero. El señor Dolchikov me azoraba, y en su presencia no me sentía yo a mi gusto. No podía soportar su mirada serena e inocente; su conversación

me era antipática; no podía yo desechar el desagradable recuerdo de mi corta estancia en sus oficinas y de la grosería con que me había tratado.

Es verdad que ahora estaba muy amable conmigo, que me rodeaba con el brazo la cintura, que me daba afectuosos golpecitos en el hombro, que aseguraba ver con una profunda simpatía mi cambio de vida; pero a mí no se me ocultaba que me despreciaba como antes, que me consideraba una nulidad, y que sólo me toleraba por serle agradable a su hija.

Yo no podía ya reírme y decir lo que se me ocurría. Casi siempre estaba silencioso y temía a cada momento una grosería del señor Dolchikov. Mi conciencia de proletario se sublevaba contra mi conducta. Yo, un obrero, visitaba diariamente a aquella gente rica, con la que no tenía nada de común, que despreciaba a todos los habitantes de la ciudad y que era considerada por ellos extraña... Bebía en su casa vinos caros y comía bocados exquisitos... Me sentía avergonzado como si cometiese un crimen. Cuando me dirigía a casa de Dolchikov evitaba el encuentro con mis conocidos y bajaba los ojos al verlos; y cuando volvía a mi pobre posada, me abochornaba haber comido tanto y tan bien.

Pero lo que me preocupaba sobre todo era el temor de enamorarme. María Victorovna cada día me atraía más. Yendo por la calle, en el trabajo, en medio de mis charlas con mis compañeros, pensaba a cada instante en que por la noche iría

a su casa, y me deleitaba recordando su risa, su voz... Antes de ir a verla permanecía largo rato de pie ante un pedacito de espejo, procurando hacerme lo más primorosamente que podía el lazo de la corbata. Mi traje me parecía abominable, y me avergonzaba, y al mismo tiempo mi dignidad se rebelaba contra esta vergüenza. Cuando ella me decía desde su cuarto que no entrase, que esperase un poco, porque no estaba vestida aún, se apoderaba de mí una gran tensión nerviosa, y mi espera, aunque fuese corta, era la espera inquieta y llena de ansias de un enamorado impaciente. Al ponerla, con el pensamiento, en parangón con otras jóvenes a quienes veía por la calle, se me antojaban todas, hasta las más lindas, vulgares, mal vestidas, grotescas. Y la superioridad de María Victorovna me enorgullecía como si la hija del ingeniero me perteneciese. Rara era la noche que no la soñaba...

Una noche salí de su casa asqueado de mí mismo. Aunque el ingeniero seguía estando muy amable y me había hecho compartir con él una enorme langosta, en su amabilidad, en la familiaridad con que me trataba, yo advertía, hacía algún tiempo, algo ofensivo para mí.

Camino de mi posada, decidí poner fin a aquella situación humillante. "En esa casa—pensé—se me acaricia como se acaricia a un pobre perro perdido. Ahora los divierto; pero en cuanto deje de interesarlos, me pondrán de patitas en la calle."

—¡Hay que acabar lo más pronto posible!—casi grité en el silencio de la ciudad dormida.

Y, alzando los ojos al cielo, juré solemnemente romper toda relación con la familia Dolchikov.

A la noche siguiente no fuí a verlos.

Muy tarde ya, pasé por la calle de la Nobleza. Estaba oscuro y llovía. La casa de Achoguin se hallaba sumida en el sueño; en una sola ventana, la de la señora Achoguin, situada al extremo de la fachada, se veía luz. La señora Achoguin, sin duda, estaría bordando o haciendo calceta, alumbrada por tres bujías, para demostrar el desprecio que le inspiraban las supersticiones. En nuestra casa no se veía luz alguna. La de Dolchikov, frontera a la nuestra, estaba, por el contrario, muy iluminada, aunque, a causa de los visillos, no se distinguía nada de su interior.

Seguí andando a lo largo de la calle, bajo la lluvia primaveral. Oí a mi padre llegar, de vuelta del club. Llamó a la puerta, y momentos después vi, dentro, encenderse una luz. Distinguí la silueta de mi hermana, que con el quinqué en la mano, y alisándose presurosa el cabello, se dirigía a la puerta. Luego, desde mi secreto observatorio, vi a mi padre ir y venir por el salón. Hablaba fro-tándose las manos; mi hermana, sentada en una butaca, permanecía inmóvil y muda. Seguramente no le escuchaba, absorta en sus cavilaciones.

No tardaron en retirarse, y la luz se apagó.

Miré a la casa del ingeniero: también estaba sumida en las tinieblas. Solo, en la noche negra,

bajo la lluvia, sentía una tristeza profunda, como un hombre perdido en el desierto y ya sin ninguna esperanza. Toda mi vida, la pretérita y la presente, me parecía nula, desprovista de todo interés. ¿Qué podía yo esperar del porvenir?

Sin darme cuenta de lo que hacía, tiré con todas mis fuerzas de la campanilla de la puerta del ingeniero Dolchikov, la arranqué y eché a correr a carrera tendida, calle arriba, como un chiquillo, empujado por el temor de que saliesen en seguida y me reconociesen.

A una gran distancia me detuve para tomar aliento. La calle permanecía silenciosa.

Sólo se oía el ruido de la lluvia y el de los golpes de un sereno sobre una plancha de hierro (1).

Durante una semana no visité a la familia Dolchikov.

Nos quedamos sin trabajo, sufrimos toda clase de privaciones. Vendí mi traje nuevo por cuatro cuartos y me comí el dinero. A veces encontraba un trabajo penoso para un día, que me producía de diez a veinte "kopecks". Cubierto de barro, temblando de frío, trabajaba como un forzado y encontraba en ello cierta satisfacción moral: me vengaba en mí mismo de las langostas, los quesos y otros buenos bocados que había saboreado en casa de Dolchikov.

Ni aun en medio de esta vida llena de miserias dejaba nunca de pensar en María Vict-

(1) En las pequeñas ciudades rusas, los serenos, para mostrar que están alerta, dan golpes, de cuando en cuando, sobre una plancha de hierro.

rovna. La amaba. Sí, aquello era amor, el amor más apasionado. Cuando me acostaba, cansado, mojado, muchas veces hambriento, mi imaginación evocaba al punto su imagen y se forjaba cuadros seductores. Y aquel amor me daba fuerzas para sufrir, como si fuera por ella por quien yo padecía tan terrible vida.

Una noche en que había caído una copiosa nevada, en que parecía que el invierno había vuelto, encontré en mi cuarto a María Victorovna. Estaba sentada, envuelta en su abrigo de pieles, las manos dentro del manguito.

—¿Por qué no viene usted ya a casa?—me preguntó, clavando en los míos sus ojos claros y expresivos.

Yo estaba tan turbado por la alegría, que no podía contestar, y permanecía en pie, ante ella, en la misma actitud que ante mi padre cuando me pegaba.

Ella me miraba fijamente y no se me ocultaba que se daba cuenta de la causa de mi turbación.

—¿Por qué no viene usted a verme?—repitió—. ¡Ya que usted no quiere venir a mi casa, vengo yo a la suya!

Se levantó y se aproximó a mí.

—¡No me abandone usted!—me dijo.

Vi brillar las lágrimas en sus ojos.

—¡No me abandone usted! ¡Estoy sola, no tengo a nadie en el mundo!

Y buscando el pañuelo, para secarse las lágrimas, se sonreía.

Hubo unos instantes de silencio. La abracé, la atraje hacia mí y di un largo beso en sus labios. Al besarla, me hice sangre en la cara con el alfiler de su sombrero.

Momentos después nos pusimos a hablar como si nos amáramos hacía mucho tiempo.

X

A los dos días, María Victorovna me envió a Dubechnia.

La dicha me embriagaba.

Camino de la estación, y luego en el tren, me reía a lo mejor sin motivo alguno visible, y la gente me miraba asombrada, creyendo, sin duda, que estaba un poco bebido.

La nieve seguía cayendo, aunque había empezado la primavera; pero no tardaba en derretirse, en convertirse en barro, de manera que los caminos no estaban blancos, sino negros.

Aunque había pensado arreglar la casita para mí y para Macha en el pequeño pabellón, frente al ocupado por la señora Cheprakov, tuve que renunciar a tal proyecto; pues el pabellón estaba habitado hacía mucho tiempo por las palomas y los ánades, y para dejarlo en buen estado había que destruir gran número de nidos.

Teníamos, pues, que arreglar nuestra habitación en la casa central. Los campesinos la llamaban "castillo"; pero era un castillo nada bonito. Había en él más de veinte estancias casi vacías

por completo y de un aspecto triste, sombrío. El mobiliario se reducía a un piano y un silloncito de niño, arrumbado en el granero. Aunque Macha hubiera transportado de la ciudad todo su mobiliario, la casa habría seguido siendo triste y pareciendo vacía.

Escogí tres habitacioncitas cuyas ventanas daban al jardín y empecé a trabajar. Me pasaba el día limpiándolas, tapando los agujeros del suelo, empapelando las paredes, sustituyendo con otras nuevas las losas rotas. Era un trabajo fácil y agradabilísimo para mí.

Con mucha frecuencia iba al río, a ver si el hielo de que estaba cubierto todo el invierno se derretía. Esperaba con impaciencia la vuelta de los pájaros que invernaban en los países cálidos. Por la noche, en la cama, soñaba, lleno de alegría, desbordante de felicidad, con Macha. Ni el viento que sacudía los postigos ni las ratas que hacían ruido en el pavimento me molestaban: tan dichoso era.

La nieve aun era muy profunda. Había caído mucha en marzo; pero pronto había empezado a fundirse, como por encanto. El río se llenaba de agua, que, en multitud de arroyos canoros, corría a su cauce.

A principios de abril aparecieron los primeros pájaros, y empezó a alegrar el jardín el batir de sus alas. El tiempo era magnífico.

Todos los días, al anochecer, me encaminaba a la ciudad, al encuentro de Macha. Iba descalzo, y

era delicioso andar así por la tierra blanda, no seca aún del todo. A medio camino me sentaba y contemplaba la ciudad, sin osar acercarme a ella. Su vista me turbaba. Yo me decía: “¿Qué comentarios hará la gente que me conoce acerca de mis amores con Macha? ¿Qué dirá mi padre?” Mi vida, de pronto, se había tornado harto más complicada. Yo no la dominaba ya: era ella la que me dominaba a mí. Yo era a modo de un globo impelido por el viento no se sabe adónde. No pensaba ya en la manera de ganarme el pan; no pensaba ya en nada preciso, como si me hallase en un dulce letargo.

Casi siempre Macha venía en coche. Me sentaba a su lado y nos dirigíamos juntos a Dubchnia, libres, alegres.

A veces la esperaba en vano: no venía. Entonces, ya puesto el sol, volvía a mi vivienda, descontento, turbado, sin acertar a comprender por qué no había venido. Pero no era raro que la encontrase, inesperadamente, a la puerta de la casa o en el jardín. Esto era para mí una grata sorpresa y me regocijaba mucho.

—He venido en tren—me decía María Victrovna—. Desde la estación he venido andando.

Vestida con suma sencillez, tocada con un pañolito, con una modesta sombrilla en la mano, pero gentil, calzando unas elegantes botinas hechas en el extranjero, se me antojaba una actriz de talento que representaba el papel de muchacha de pueblo.

Visitábamos nuestra propiedad, deliberábamos acerca de una porción de detalles: acerca de cuál sería la habitación de cada uno, de dónde plantaríamos flores, del lugar en que colocaríamos la colmena. Teníamos nuestros pollos, nuestros patos y nuestros gansos, y los amábamos porque eran nuestros. Teníamos ya preparado todo lo necesario para la siembra: trigo, avena, legumbres. Nos pasábamos horas enteras planeando los futuros trabajos, hablando de las cosechas que recogeríamos. Cuanto decía Macha me parecía bello y atinado.

Fué aquél el período más feliz de mi vida.

Algunas semanas después celebramos nuestras bodas. La solemnidad tuvo lugar en una iglesita campesina, en la aldea de Kurilovka, a tres verstas de Dubechnia.

Macha quiso que en la ceremonia todo fuera sencillo, modesto. Conforme a sus deseos, nuestros testigos fueron jóvenes campesinos. El servicio religioso estuvo a cargo de un chantre.

Volvimos a casa en un coche pesado y tambaleante, que la misma Macha guiaba.

De la ciudad sólo acudió mi hermana Cleopatra, prevenida tres días antes por una carta nuestra. Vestía un traje blanco y llevaba las manos enguantadas. Durante la ceremonia, lloraba suavemente y se pintaba en su rostro una bondad maternal infinita.

Nuestra felicidad parecía embriagarla, y la sonrisa no desaparecía de sus labios, como si estu-

viera respirando un aire delicioso. Contemplándola, comprendí que no existía para ella en el mundo nada tan importante como el amor, el amor sencillo, terreno, y que soñaba con él a toda hora, de un modo apasionado, ocultando celosamente sus sueños.

Abrazaba y besaba a Macha sin cesar, y, no sabiendo cómo expresarle su entusiasmo, le decía, refiriéndose a mí:

—¡Es bueno, muy bueno!

Antes de volverse a la ciudad se despojó del traje blanco, y se puso otro de diario y me suplicó que saliese un momento con ella al jardín.

—Quisiera hablarte—me dijo.

Salimos.

—Papá—comenzó—está muy enfadado porque no le has escrito. Debías haberle pedido la bendición. Pero, aparte de eso, está muy contento. Cree que este matrimonio te elevará a los ojos de toda la ciudad, y que, bajo el influjo de María Victovna, te volverás un hombre serio. Por las noches hablamos de ti. Ayer te nombró con estas palabras: "Nuestro Misail", y eso me llenó de alegría. Creo que acaricia, respecto de ti, algún proyecto. Me parece que quiere darte una lección de generosidad y nobleza, y que está dispuesto a que sea suyo el primer paso hacia la reconciliación. Es muy posible que venga a veros dentro de unos días.

Se persignó varias veces, y dijo:

—Bueno, querido, sed felices. Ana Blagovo, que

es tan inteligente, dice que este matrimonio es una prueba a que te somete el Señor. Te deseo fuerzas para salir victorioso de ella. La vida de familia no sólo proporciona alegrías, sino también padecimientos. La vida es así.

Macha y yo la acompañamos cerca de tres ver-
tas, a pie. Luego de despedirla, nos dirigimos a
casa, silenciosos, el corazón henchido de felici-
dad. Macha me llevaba cogida una mano, y de
cuando en cuando cambiábamos miradas llenas de
cariño. No pronunciamos ni una sola palabra de
amor: eso habría podido turbar el goce de nues-
tra ventura. El verdadero amor no necesita ser
expresado con palabras. Después de la boda nos
sentíamos todavía más cerca uno de otro, y se me
antojaba que nada en el mundo podría nunca se-
pararnos.

—Tu hermana—me dijo mi esposa—es muy sim-
pática; pero, al mirarla, se experimenta la im-
presión de que ha sido maltratada durante mu-
cho tiempo. Tu padre debe de ser un hombre ter-
rible.

Le conté el sistema educativo que mi padre ha-
bía puesto en práctica conmigo y con mi hermana.
Le describí nuestra niñez dolorosa y estúpida.
Cuando le dije que mi padre, no hacía aún mu-
cho tiempo, me había pegado, se estremeció y se
apretó contra mí.

—¡No, no me cuentes esas cosas! ¡Es terrible!

Ya no nos separamos. Ocupábamos tres habita-
ciones de la casa grande. Por la noche yo cerra-

ba con llave la puerta que daba a las habitaciones vacías, como si hubiera en ellas un ser desconocido que nos inspirase temor.

Me levantaba muy temprano, al salir el sol, y me ponía inmediatamente a trabajar. Hacía reparaciones en los coches, arreglaba las sendas del jardín, azadonaba los bancales, pintaba el tejado de la casa.

Cuando llegó la época de la siembra, mis esfuerzos para trabajar como un simple campesino fueron heroicos. Me fatigaba enormemente, sobre todo cuando llovía o hacía viento. Me dolían la cabeza y los pies. Hasta durante el sueño me atormentaba la visión de los campos labrados.

Los trabajos agrícolas no me gustaban. No conocía la agricultura y no le tenía ninguna afición, debido, sin duda, a mi origen; pues mis ascendientes nunca fueron agricultores y corría por mis venas sangre ciudadana.

Amaba tiernamente la Naturaleza, me placía contemplar los campos, las praderas, los bosques; pero cuando veía a un campesino que, con su flaco caballo, iba y venía por la tierra negra y lodosa; cuando contemplaba al pobre labrador cubierto de barro, harapiento, más desgraciado aún que su caballería, ambos me parecían la encarnación de la fuerza primitiva, brutal, sin belleza, sin atractivo. Mirando a los campesinos trabajar la tierra, pensaba que en el campo, lejos de los grandes centros de población, la vida tiene no poco de salvaje, se asemeja mucho a la de hace

miles de años, a la de la gente que aun no sabía servirse del fuego. Los toros, los caballos, los carneros, cuando atravesaban en rebaños la aldea, aturdiéndome y salpicándome de barro, me parecían también un símbolo de aquella vida salvaje, desprovista de todo progreso.

No, no me gustaba la agricultura. ni la vida del campo tampoco. Sobre todo cuando hacía mal tiempo, cuando densas nubes gravitaban sobre la tierra sombría, el campo se me caía encima. Mientras trabajaba, no me animaba la idea de la santidad del trabajo campestre, que sostienen con tanta elocuencia sus apologistas. Al trabajo en el campo prefería el trabajo doméstico. Encontraba un placer singular en la pintura del tejado y en otras ocupaciones análogas.

No lejos de la casa había un molino que pertenecía a la finca, como dejo dicho. Me gustaba visitarlo, y, atravesando el jardín y el prado, iba a él muy a menudo.

Nos lo tenía alquilado un campesino de la aldea vecina. Se llamaba Stepan. Era un hombre muy vigoroso, guapo, de cabellos negros, barbudo. No le gustaba la molinería, y si vivía en el molino era exclusivamente por no vivir en su casa.

Era taciturno y poco sociable. Inmóvil, silencioso, se pasaba horas enteras a la orilla del río o a la puerta del molino. De vez en cuando iban a verle su mujer y su suegra, ambas suaves, corteses, blancas. Le saludaban muy humildes, le trataban de usted y le llamaban Stepan Petrovich. El

parecía no advertir su presencia. Sin contestar a su saludo ni con la palabra ni con el ademán, se sentaba a la orilla del río y empezaba a cantar en voz baja.

Así, sin decir esta boca es mía, permanecía una hora y a veces más tiempo. La mujer y la suegra, después de cambiar quedamente algunas palabras, se levantaban y esperaban un instante, por si se dignaba mirarlas. Luego saludaban de nuevo muy humildes, y decían con voz cantarina:

—¡Hasta la vista, Stepan Petrovich!

Y se iban.

Cuando ya estaban lejos, Stepan cogía el envoltorio con pan o ropa limpia que le habían dejado, miraba guiñando los ojos en la dirección que habían tomado las mujeres, y me decía, desdeñoso:

—¡El sexo femenino!

El molino trabajaba día y noche. Yo ayudaba a Stepan en su labor. Cuando se iba un rato del molino le reemplazaba gustosísimo.

XI

Aquel año, el tiempo fué muy caprichoso. Tras unos cuantos días de sol volvieron los días nublados. Durante todo el mes de mayo llovió e hizo frío.

El ruido de las ruedas del molino, unido al de la lluvia, emperezaba y daba sueño. El suelo temblaba, olía a harina, y eso también adormilaba.

Mi mujer, con una corta pelliza y unos chanclos, venía al molino dos veces al día y decía:

—¡Vaya un verano! Es peor que el otoño.

Tomábamos te, hacíamos gachas y permanecíamos horas y horas silenciosos, esperando que cesase la lluvia. Una noche que Stepan había ido al mercado, Macha durmió en el molino.

Cuando nos levantamos no era fácil averiguar la hora que era, pues el cielo estaba cubierto de nubes. Se oía cantar a los gallos en Dubechnia. Era aún muy temprano.

Nos dirigimos al estanque y sacamos la red que había puesto Stepan la víspera. Había en ella una merluza y un cangrejo.

—Suéltalos—me dijo Macha—. Que ellos también sean felices.

Como habíamos madrugado tanto y no teníamos nada que hacer, aquel día me pareció muy largo, el más largo de toda mi vida.

Por la noche volvió Stepan y yo regresé a casa.

—Tu padre ha estado a vernos—me dijo Macha.

—¿Dónde está?

—Se ha marchado. No le he recibido.

Viendo que yo me puse triste, añadió:

—Hay que ser consecuente. Tu padre te ha maltratado tanto que no quiero tener con él nada de común. No le he recibido, y he hecho que le digan que no se moleste más en venir a vernos.

Momentos después me encaminaba a la ciudad para explicarme con mi padre. El camino estaba lleno de barro. Hacía frío.

Por primera vez, después de nuestra boda, sentía una profunda tristeza. Mi cerebro, cansado por aquel largo día gris, propendía a los pensamientos melancólicos. "Quizás—decía yo mentalmente—mi vida no es lo que debe ser." Una apatía honda se apoderó de mí. No tenía gana de moverme ni de pensar. Andado ya parte del camino, determiné volver a casa.

Allí encontré al padre de Macha. Llevaba un impermeable con capuchón. De pie en medio del patio, decía con voz alterada por la cólera:

—¿Dónde están los muebles? Había un hermoso mobiliario estilo Imperio, cuadros, jarrones, y ahora no hay nada. ¡Yo compré la casa con todo lo que había dentro, qué diablo!

Junto a él, con la gorra en la mano, estaba el criado de la señora Cheprakov, un hombre llamado Moisey, de unos veinticinco años, enjuto, con unos ojillos impertinentes.

—Su excelencia compró la casa sin muebles—contestó tímidamente—. Lo recuerdo bien.

—¡Cállate, canalla!—le gritó el ingeniero, rojo de ira.

El eco repitió el grito en el jardín.

Cuando yo estaba haciendo algo en el jardín o en el patio, Moisey solía contemplarme con sus ojillos insolentes, cruzadas las manos atrás. Su contemplación me irritaba tanto que dejaba el trabajo y me iba.

Stepan nos había dicho que Moisey era el amante de la generala Cheprakov. Yo había notado que

la gente que venía a ver a la generala para cuestiones de dinero, empezaba por dirigirse a Moisey. Una vez vi que un campesino le saludaba con gran humildad. A veces entregaba él mismo el dinero, sin contar con su ama. Se advertía que hacía en la casa lo que le daba la gana.

No₃ enojaba mucho su conducta inconveniente. Disparaba escopetazos contra nuestras ventanas; nos robaba comestibles; se servía, sin pedirnos permiso, de nuestros caballos. Se decía que Dubechnia era suya y no nuestra.

Aunque nos indignábamos, Moisey seguía haciendo lo que se le antojaba.

—Cuando pienso que aun tenemos que vivir mucho tiempo con estos canallas!...—decía Macha.

Según el contrato, a la señora Cheprakov le asistía el derecho de vivir allí dos años. Su hijo, Iván Cheprakov, estaba empleado como conductor en el camino de hierro. Durante el invierno había enflaquecido tanto y se había debilitado hasta tal punto que con una copa de "vodka" se emborrachaba. Le avergonzaba ser conductor, lo que le parecía humillante para un noble; pero al mismo tiempo consideraba aquel destino muy ventajoso, pues le proporcionaba ocasión de robar bujías pertenecientes al camino de hierro y venderlas.

Mi matrimonio con Macha le asombró, le encoló y le hizo concebir la esperanza de hacer cualquier día un matrimonio parecido. Miraba a Macha con entusiasmo, me preguntaba qué comía y no me ocultaba su envidia.

—¡Dios mío!—gemía, encendiendo por décima vez su cigarrillo y tirando la cerilla al suelo—. ¡Dios mío! Tú eres felicísimo, y yo... ¡Qué vida de perro! Cualquiera oficialillo tiene derecho a tu-
tearme, pues, al fin y al cabo, no soy más que un empleado subalterno, una especie de criado de los viajeros.

Una vez me dijo:

—Por culpa de mi madre soy un pobre hombre. En el tren oigo con frecuencia conversaciones científicas muy interesantes... Pues bien: le he oído asegurar a un doctor que si los padres son perversos, los hijos, fatalmente, son borrachos o criminales. Ahora comprendo mi desventura...

Un día vino a casa tambaleándose, sin poder apenas tenerse en pie. Sus ojos miraban con una expresión turbada e insensata, su respiración era pesada, jadeante. Reía y lloraba al mismo tiempo, balbuciendo sin cesar palabras casi incomprendibles.

—¡Mi madre! ¡Dónde está mi madre?—decía llorando como un niño perdido entre la muchedumbre.

Le conduje al jardín y le acosté debajo de un árbol. Durante toda la noche, Macha y yo velamos. Macha miraba con repugnancia su rostro pálido, y decía:

—¡Y pensar que aun tenemos que vivir año y medio con esta gente! ¡Es terrible!

Los campesinos también nos daban muchas de-

sazones. Ya aquella primavera, en los primeros días de nuestro matrimonio, decepciones terribles habían turbado nuestra felicidad.

XII

Mi mujer decidió edificar y costear una escuela para los campesinos. Yo elaboré un proyecto de escuela para sesenta muchachos. La administración del distrito lo aprobó, pero nos aconsejó que edificásemos la escuela no en Dubechnia, como pensábamos, sino en Kurilovka, una aldea algo mayor que distaba tres verstas de nuestra Dubechnia. El consejo era tanto más razonable cuanto que la escuela actual de Kurilovka, en la que estudiaban los niños de cuatro aldeas vecinas, Dubechnia una de ellas, era demasiado pequeña y estaba tan vieja que se temía su hundimiento el día menos pensado.

A fines de marzo Macha fué nombrada, conforme al deseo que había manifestado, miembro del consejo administrativo de la escuela de Kurilovka. A principios de abril congregamos tres veces seguidas a los campesinos de Kurilovka y tratamos de convencerlos de que su escuela era muy reducida y muy vieja y era necesario edificar otra. Después de las reuniones, los campesinos nos rodeaban y nos pedían dinero para comprar "vodka". El calor de la muchedumbre nos ahogaba, y nos apresuramos a marcharnos. Volvimos a casa cansados, descontentos, decepcionados en extremo.

Tras largas negociaciones, los campesinos al fin consintieron en cedernos el terreno necesario para la construcción de la escuela y se comprometieron a llevar de la ciudad, utilizando para ello sus caballerías, todos los materiales de construcción.

Algún tiempo después, los campesinos de Kurilovka y de Dubechnia salieron un domingo, con sus caballos y sus carros, en dirección a la ciudad para traer ladrillos. Se fueron al salir el sol y no volvieron hasta las altas horas de la noche. Todos venían borrachos, y, según decían, rendidos.

El tiempo era lluvioso y frío. Los caminos, llenos de barro, estaban impracticables. Los campesinos, al volver de la ciudad, acostumbraban meter sus carros en nuestro patio.

—Para descansar un poco—decían.

¡Aquello era un horror! No lo olvidaré nunca. Primero aparecía, en la puerta del patio, el caballo, patiabierta, ventrudo; al entrar, balanceaba la cabeza como si saludase. Luego aparecía una viga de diez metros, mojada, escurridiza; junto al carro avanzaba el campesino, sin mirar dónde ponía los pies, andando por los charcos lo mismo que por un pavimento. Luego aparecía otro carro con tablones, luego otro con postes... Poco a poco el patio se iba atestando de caballos, de carros, de tablones, de vigas. Los campesinos y las campesinas, arropada la cabeza para resguardarla del frío, lanzaban miradas furiosas a nuestras ven-

tanás, gritaban, exigían que Macha bajase a hablar con ellos. A no mucha distancia, Moisey contemplaba la escena, y yo juraría que se bañaba en agua de rosas al vernos en aquella situación ridícula.

—¡Se acabó! ¡No transportaremos más materiales!—oíase gritar—. Estamos rendidos. Si la señora quiere edificar una escuela, que transporte los materiales ella.

Macha, pálida de emoción, temerosa de que aquella multitud irritada invadiese la casa, les enviaba a los campesinos dinero y "vodka". Entonces el tumulto se apaciguaba poco a poco, y los carros, cargados de vigas, de tablones, de postes, iban abandonando el patio.

Cuando yo me disponía a marchar a Kurilovka para ver cómo iba la construcción, mi mujer daba muestras de gran inquietud.

—Los campesinos están furiosos—me decía—. Pueden hacerte algo. Espera, voy contigo.

Nos íbamos juntos. En Kurilovka, los carpinteros me pedían una propina. La construcción casi no adelantaba. Faltaban obreros. A pesar del compromiso contraído, muchos no acudían al trabajo. Siempre había algo que lo paralizaba. Un día nos hicieron saber que se necesitaba arena. No habíamos pensado antes en ello. Había que buscarla lo más pronto posible. Aprovechándose de la urgencia, los campesinos nos pidieron por cada carro de arena treinta "copecks", aunque la ribera donde tenían que cargar sólo distaba doscientos

tos metros de la obra. Se necesitaban lo menos quinientos carros.

Las dificultades se sucedían sin tregua. Los campesinos seguían pidiéndonos dinero para "vodka", con gran indignación de mi mujer. El contratista de la obra, Tito Petrov, un anciano de setenta años, nos estaba siempre prometiendo activar los trabajos.

—Ya verán ustedes. En dándome arena, que es lo que ahora hace falta, todo marchará como sobre rieles. Encontraré cuantos obreros sean necesarios. ¡Ya verán ustedes!

Pero se le llevó toda la arena necesaria, y la edificación, sin embargo, no avanzaba. Pasaban días y noches sin que apenas se advirtiese adelanto alguno.

—¡Es para volverse loca!—decía Macha, casi llorando—. ¡Qué gente, Dios mío, qué gente!

Durante aquellos tristes días, venía con frecuencia a vernos su padre, el ingeniero Víctor Ivanovich. Traía delicadezas gastronómicas y buenos vinos. Tenía siempre un apetito de lobo y comía mucho. Después de comer se dormía un rato en la terraza y roncaba de un modo terrible. Al oírle, nuestros obreros sacudían con asombro la cabeza y decían:

—¡Vaya unos ronquidos! Parece que duerme ahí arriba un regimiento...

A Macha no le entusiasmaban sus visitas. Su padre no le inspiraba confianza, lo que no era obstáculo para que le pidiese consejos prácticos.

El ingeniero se levantaba de dormir la siesta, casi siempre muy mal humorado, y empezaba a gruñir; le parecía que todo lo hacíamos mal, y se lamentaba de haber adquirido Dubechnia, que, según decía, sólo le había proporcionado sinsabores. La pobre Macha le escuchaba cariacontecida. A veces se dolía en su presencia de la conducta de los campesinos, y él le decía que con aquella gente había que ser muy severo y que el mejor modo de hacerla entrar en razón era sacudirle el polvo.

Nuestro matrimonio y nuestra manera de vivir los consideraba una comedia.

—No es más que un capricho—decía—. En Macha son frecuentes los caprichos por el estilo. Una vez se figuró ser una gran artista de ópera y se escapó de casa. ¡Estuve dos meses buscándola por toda Rusia! Sólo en telegramas me gasté mil rublos. ¡Sí, amigo mío!

Ya no me llamaba sectario, ni señor decorador, ni elogiaba mi conversión en obrero, como acostumbraba hacer antes.

—¡Es usted un hombre extraño!—me decía ahora—. No es usted un hombre normal. No soy profeta; pero le predigo que acabará malamente.

Macha apenas dormía de noche, y se pasaba horas enteras sentada, a la luz de la luna, junto a la ventana de la alcoba. En la mesa ya no se reía ni me hacía guiños.

El ver extinguida su alegría me atormentaba. Cuando llovía, cada gota de lluvia se me antoja-

ba que caía sobre mi corazón como plomo derretido, y sentía impulsos de arrodillarme a los pies de Macha y pedirle perdón de que hiciera mal tiempo. Cuando los campesinos escandalizaban en el patio, también me sentía culpable ante Macha. Permanecía horas y horas inmóvil en un rincón, pensando en ella, en nuestra vida. Mi amor crecía y se tornaba verdadera veneración. Macha me parecía irreprochable, ideal. Cuanto hacía me entusiasmaba, lo consideraba admirable.

Y, en efecto, era una mujer como hay pocas. Dotada de aptitudes para un trabajo tranquilo, de gabinete, le gustaba leer, estudiar. Aunque la agricultura sólo la había estudiado teóricamente, en los libros, nos asombraban sus conocimientos y los consejos que nos daba, muy útiles siempre. Por añadidura, tenía un corazón nobilísimo y un gusto exquisito, y su trato era de una amabilidad que sólo poseen las personas de una educación refinada.

Y aquella mujer se veía forzada a vivir allí, en medio de aquel desorden, entre aquella gente grosera, rencillosa y mezquina. ¡Cómo debía sufrir! Yo lo advertía y sufría también. Me pasaba las noches casi en vela, entregado a mis tristes pensamientos, y a veces los ojos se me llenaban de lágrimas. En vano procuraba hacerle a mi Macha la vida más agradable.

Iba con frecuencia a la ciudad y le compraba libros, periódicos, bombones, flores. Para variar poco nuestro "menu" pescaba en el río, con Stepan, muchas veces, bajo la lluvia, calándome has-

ta los huesos. Les suplicaba a los campesinos, humillándome ante ellos, que no hicieran ruido en el patio; les daba dinero para "vodka", les prometía concederles cuanto me pedían, y hacía otras mil estupideces.

Las lluvias, que parecían interminables, cesaron al fin. Me levantaba muy temprano, mucho antes de salir el sol, y me iba al jardín. El rocío brillaba en las flores, oíase por todas partes el alegre coro de los pájaros y los insectos. El cielo estaba sereno, sin una sola nube. Todo en torno, el jardín, el prado, el río, convidaba a una dulce contemplación; pero mi alma se hallaba turbada, mi pensamiento no podía apartarse de los campesinos, de los sinsabores que nos costaba la edificación de la escuela, de los reproches y las lamentaciones del ingeniero.

Algunas tardes me paseaba con Macha, en un cochecito, por el campo, para ver cómo iban los trigos. Siempre guiaba ella. Llevaba los hombros un poco levantados y el viento agitaba sus cabellos.

—¡Apártese!—gritaba cuando venía otro carruaje en dirección contraria al nuestro.

Había en aquel grito un no sé qué verdaderamente cocheril.

—Imitas muy bien a los cocheros—le dije un día.

—No es extraño—repuso—. Mi abuelo, el padre del ingeniero, era cochero. ¿No lo sabías?

Se volvió a mí, y con el orgullo de un artista pagado de su oficio lanzó un nuevo grito tan de

cochero que el automedonte más castizo no habría podido ponerle reparos.

No sé por qué, aquéllo me satisfizo.

—Tanto mejor—me dije—; tanto mejor.

Pero al punto, los tristes pensamientos relativos a los campesinos, a la construcción de la escuela, al ingeniero, volvieron a desazonarme.

XIII

El doctor Blagovo venía a vernos, en bicicleta. Mi hermana también nos visitaba con frecuencia. Empezaron de nuevo las discusiones acerca del trabajo físico, del progreso, de la meta lejana adonde se dirige la humanidad.

El doctor no era partidario de nuestra vida campestre, cuyos menesteres y preocupaciones nos obligaban a menudo a interrumpir los diálogos trascendentales. Decía que es indigno de un hombre libre labrar, segar, cuidar del ganado. Estaba seguro de que en el porvenir todos esos trabajos groseros serían realizados por máquinas y animales, y el hombre podría entregarse por entero a las investigaciones científicas.

Mi hermana siempre tenía prisa de volver a casa. Si se quedaba con nosotros hasta la noche o hasta el día siguiente, no estaba tranquila.

—¡Dios mío, qué chiquilla es usted aún!—le decía Macha en tono de reproche—. ¡Eso es ridículo!

—Acaso tenga usted razón—respondía mi hermana—. Comprendo que es absurdo; pero ¿qué quiere usted? No puedo remediarlo. Me parece un delito hacerle a mi padre esperar.

Por la noche, tras un día de duro trabajo en el campo, yo me sentía muy cansado, y tomando el fresco en la terraza, en compañía de Macha, el doctor y mi hermana, me quedaba dormido a lo mejor de la conversación, lo que provocaba risas y bromas. Me despertaban para ir a cenar; pero el sueño se apoderaba nuevamente de mí y lo veía todo en torno mío como al través de una niebla: la luz, las caras, la mesa. Oía vagamente hablar sin comprender lo que se decía. A la mañana siguiente, de pie al amanecer, me entregaba al trabajo campestre o me dirigía a Kurilovka para vigilar la edificación de la escuela. No volvía a casa hasta muy entrada la noche.

Sólo dedicaba al hogar los días de fiesta. En esas largas horas de intimidad familiar comencé a percatarme de que Macha y mi hermana me ocultaban algo. Hasta me parecía que huían de mí. Mi mujer seguía manifestándome un tierno cariño; pero yo advertía que no me comunicaba todos sus pensamientos.

Era evidente que su irritación contra los campesinos crecía de día en día y que la vida en Dubechnia se le iba haciendo insoportable; pero no me hablaba ya de eso ni se quejaba. Sí, Macha me ocultaba sus verdaderos pensamientos. Le gustaba más hablar con el doctor que conmigo,

y yo me devanaba los sesos tratando de comprender la razón.

Es costumbre en nuestro país investir de cierta solemnidad la recolección del trigo. Por la noche se reúnen en el patio del propietario los campesinos, y se los obsequia con "vodka".

Nosotros no quisimos seguir esta tradición. Los segadores y las segadoras esperaron largo rato en el patio, y viendo que no se les daba "vodka", se marcharon, muy entrada la noche, jurando e insultándonos. Macha, al oírlos, frunció las cejas y guardó un silencio sombrío. Sólo dijo al cabo de un rato, dirigiéndose al doctor:

—¡Qué brutos! ¡Son unos salvajes!

En el campo se acoge siempre a los nuevos vecinos con cierta hostilidad, como en la escuela a los nuevos alumnos. Nosotros tuvimos ocasión de experimentarlo. Al principio se nos consideraba gente de poco seso, sin el menor sentido práctico, que había comprado la finca porque no sabía qué hacer del dinero. Los campesinos se burlaban sin rebozo de nosotros y nos daban todos los disgustos que podían. Llevaban a pacer a nuestro bosque y hasta a nuestro jardín a sus vacas y sus caballos; y cuando nuestras bestias eran acusadas calumniosamente por ellos de haberse metido en sus prados, exigían que les pagásemos multas. Acudían en turba a casa, armaban bajo nuestras ventanas una algarabía infernal y aseguraban que habíamos segado un trozo de terreno que no era nuestro. Como no conocíamos los

límites de nuestra propiedad, les creímos las primeras veces y les pagamos las multas sin replicar; pero no tardamos en convencernos de que las reclamaciones carecían en absoluto de fundamento.

Con frecuencia, los campesinos derribaban árboles de nuestro bosque sin pedirnos permiso. Uno de ellos, enriquecido gracias a no muy limpias operaciones comerciales en Dubechnia, se puso, en secreto, de acuerdo con nuestros trabajadores, y todos en combinación nos robaban desvergonzadamente: cambiaban en nuestros coches ruedas nuevas por viejas, se apoderaban de nuestros arneses, que nos vendían luego como si fueran suyos, etc., etc.

Pero todo esto eran tortas y pan pintado en comparación con los disgustos que nos proporcionaba la escuela. Las mujeres nos robaban durante la noche planchas de hierro, ladrillos, en fin, cuanto podían llevarse. Nosotros reclamábamos, y el alcalde y algunos guardias hacían pesquisas en el domicilio de las ladronas, les imponían a cada una dos rublos de multa, y con el dinero reunido compraban "vodka", emborrachándose toda la aldea de una manera abominable.

Macha estaba muy enojada, y le decía al doctor y a mi hermana con voz trémula de indignación:

—¡No son hombres! No hay en ellos nada de humano. ¡Qué horror! ¡Dios mío, qué horror!

Y no pocas veces la oí dolerse de haber em-

prendido la edificación de la escuela. El doctor trataba de calmarla.

—Hágase usted cargo—le decía—de que si edifica usted una escuela o lleva a cabo otra buena obra no es precisamente en beneficio de los “mujicks”, sino en pro de la cultura general, del progreso. Y cuanto más brutos, cuanto más salvajes sean los “mujicks”, más motivo hay para edificar escuelas. ¡Es tan sencillo y tan claro!

Oyéndole hablar así, me parecía que no estaba seguro de que fuera preciso, en efecto, construir tal escuela, y que compartía con Macha la antipatía a los campesinos.

Macha y mi hermana iban muchas veces al molino y decían riendo que lo que las atraía allí era la hermosura de Stepan. Tuve ocasión de persuadirme de que el molinero sólo era reservado y taciturno con el sexo fuerte: con las mujeres hablaba por los codos. Una vez que fuí a bañarme al río, le oí, por casualidad, conversar con Macha y mi hermana. Ambas, en bata blanca, estaban sentadas bajo un árbol; Stepan estaba en pie delante de ellas, con las manos cruzadas atrás, y decía:

—Los campesinos no son hombres. Son, perdónenme ustedes la palabra, bestias. ¿Qué es su vida? Sólo saben beber, emborracharse de “vodka”, perder el tiempo gritando en la taberna, cantar canciones obscenas y jurar. Nunca hablan nada razonable. No saben conducirse correctamente con la gente. ¡Son unos animales! Viven

de un modo inmundo: los hombres, las mujeres, los niños, van hechos unos puercos, comen como cerdos, sin servirse casi nunca de los tenedores; se lavan muy poco... ¡Son unos marranos!, perdónenme ustedes la palabra.

—Eso se debe a su pobreza—objetó mi hermana.

—No, no lo crea usted. Claro que son pobres; pero aun siendo pobre puede uno conducirse como es debido. Si estuvieran ciegos, mutilados, sin piernas, sin brazos, se comprendería que fueran como son; pero hombres que tienen brazos y piernas, que conservan las fuerzas, no deben caer tan bajo. No, señora; créame usted, no es por su pobreza por lo que nuestros campesinos viven como cerdos. La causa de todas sus desgracias es el maldito "vodka". Además, los campesinos ricos no viven mejor que los pobres... Igual que cochinos... El rico es también grosero, canalla, borracho, con la única diferencia de que tiene más barriga y puede permitirse más porquerías. Ahí tienen ustedes al rico campesino Larion... Deben ustedes conocerle, porque les ha robado cuanto ha querido y ha cortado muchos árboles de su bosque. Bueno; con toda su riqueza, ¿cómo vive? El y su familia van sucios, mal vestidos, habitan una casa asquerosa. A él se le ve a menudo borracho en medio de la calle, con la cara metida en un charco... No, señora; ninguno vale un pito. La vida en la aldea es un verdadero infierno. Estoy de ella hasta la coronilla. Para mí se acabó...

—¿Cómo que se acabó?—preguntó Macha.

—No tengo nada que hacer en la aldea. No quiero volver a verla. Soy libre como un pájaro y nadie puede obligarme a vivir entre esos cochinos. Es verdad que tengo una mujer y se pretende que mi deber es vivir en su compañía; pero yo no reconozco esa obligación: no me he vendido a mi mujer...

—Diga usted, Stepan, ¿se casó usted enamorado?—siguió preguntando Macha.

—No hay amor en el campo—contestó sonriendo Stepan—. Yo me he casado dos veces. No soy de Kurilovka, sino de la aldea de Zalegochi. Allí la vida era tan estúpida y tan sucia como aquí, como en todas partes. Eramos cinco hermanos; mis hermanos estaban casados y todos vivían juntos. La casa estaba llena de mujeres, de niños. Yo quise recibir mi parte de tierra y vivir separadamente, pero mi padre no lo consintió. Entonces dejé la casa y me casé en una aldea vecina. Mi primera mujer murió joven.

—¿De qué?

—De tontería. Se pasaba la vida llorando y siempre estaba tomando drogas para embellecerse. Eso seguramente la puso gravemente enferma y la mató... Mi segunda mujer es de Kurilovka. No vale un comino... Una campesina ordinaria... En el primer momento me gustó: era guapa, limpia, modesta. Lo que me gustó sobre todo fué la limpieza de su casa, una cosa rara en la aldea. Pero no era más que apariencia: al día siguiente

de la boda pedí en la mesa una cuchara, y mi suegra la limpió con los dedos. "Esa es vuestra limpieza", me dije. Y al año de vivir con mi segunda mujer, la dejé... No quiero más...

Calló un instante, contemplando el agua tranquila que corría a sus pies, y añadió:

—No debí casarme con una campesina. Las campesinas son muy bestias. Dicen que la mujer debe ayudar a su marido en el trabajo; pero yo me puedo pasar sin esa ayuda; me ayudo yo mismo. Lo que necesito es una mujer con quien poder hablar...

En aquel momento advirtió que yo me acercaba, y no habló más: no le gustaba hacerlo delante de los hombres.

Macha iba con mucha frecuencia al molino; escuchaba a Stepan con visible placer: el molinero odiaba a los campesinos y ella compartía ese odio. Lo que decía Stepan justificaba el desprecio que los campesinos le inspiraban.

Cuando volvía a casa y se enteraba de que las cabras de los campesinos se habían comido las coles de nuestro jardín o de que nos habían robado algo, se encogía de hombros y decía encolezada:

—Es natural. De gente así no se puede esperar otra cosa.

Cada día se indignaba más contra los campesinos, los odiaba con toda su alma. Yo, por el contrario, me iba acostumbrando poco a poco a sus imperfecciones. Había algo en ellos que me atraía.

La mayor parte eran hombres nerviosos, irritables, ignorantes, de imaginación estrecha, de horizontes muy limitados. Todos sus pensamientos giraban en torno de la tierra negra, del pan negro y de su vida gris. Con toda su astucia y con toda su mala fe no sabían hacer el más sencillo cálculo aritmético. Se negaban a trabajar por veinte rublos, por juzgar el precio demasiado exiguo, y consentían en trabajar por medio cántaro de "vodka", aunque con los veinte rublos podían comprarse cuatro cántaros.

Macha, Stepan y los demás tenían, naturalmente, razón: los campesinos vivían como cerdos, se emborrachaban, eran a menudo estúpidos, engañaban al prójimo..., y, sin embargo, yo advertía que en la vida campestre había una base sólida, real, una base de que carecía la vida ciudadana. Viendo al campesino trabajar la tierra olvidaba uno su estupidez, sus borracheras, y descubría en él una gravedad, una importancia que no existía en Macha ni en el doctor Biagovo; aquel campesino sucio, bestia y borracho aspiraba a la justicia, tenía la convicción profunda de que sin justicia la vida es imposible.

Solía hablarle a Macha de esto. Le decía que sólo veía las manchas del cristal y no veía el cristal.

Ella evitaba toda discusión conmigo, y por única respuesta se ponía a tararear quedamente. Como en venganza, hablaba siempre que tenía ocasión con el doctor, temblándole la voz de có-

lera, de la embriaguez y la maldad de los campesinos. El oírlo me hacía sufrir. No podía yo concebir la injusticia de sus acusaciones. Con su fina inteligencia hubiera debido darse cuenta de que la gente bien educada, perteneciente a la buena sociedad, no se distingue tampoco por la santidad de su vida. Su padre, por ejemplo, bebía también mucho, gastaba grandes sumas en vinos, y ella no se lo reprochaba. Además, el dinero con que Dolchikov había adquirido Dubechnia provenía de una fuente harto sospechosa, había sido ganado sabe Dios cómo.

XIV

Mi hermana vivía su vida y me la ocultaba cuidadosamente. Solía hablar con Macha en voz baja para que no la oyese yo. Cuando me acercaba a ella experimentaba una visible turbación y se diría que se esforzaba en cerrar su corazón ante mí. Me miraba con ojos suplicantes y al mismo tiempo culpables. No me cabía duda de que pasaba por una grave crisis y le daba el decírmelo vergüenza o miedo. Evitaba quedarse sola conmigo, y siempre estaba al lado de Macha, de modo que yo no tenía casi nunca ocasión de hablarle.

Una noche, al volver de Kurilovka, donde había pasado la tarde vigilando la edificación de la escuela, pasé por el jardín. Aunque lo envolvían

ya las tinieblas, vi a mi hermana no lejos de un viejo manzano, paseándose sin ruido como un espectro; vestía de negro, andaba y desandaba nerviosamente un corto trecho, con los ojos bajos, y parecía sumida en una honda preocupación. Como cayese una manzana del árbol cercano, se estremeció al oír el ruido, se detuvo y se oprimió con ambas manos la cabeza, con un ademán doloroso.

Me acerqué a ella.

Una gran ternura había invadido de repente mi corazón. No sé por qué me acordé en aquel momento de nuestra pobre madre, de nuestra niñez, y se me arrasaron los ojos en lágrimas.

Abracé a mi hermana, la besé y la estreché contra mi pecho.

—¿Qué te pasa?—le pregunté—. Veo que sufres. Hace mucho tiempo que lo veo. Dime lo que te pasa.

—¡Tengo miedo!—contestó, temblando de pies a cabeza.

—¿Pero de qué? ¿Qué ocurre? ¡Te ruego que no me ocultes nada!

—Bueno, te lo diré todo, toda la verdad. Hace mucho tiempo que deseaba hablarte. ¡Sufría tanto callando!...

Enmudeció un instante, como para hacer un acopio de fuerzas, y continuó, en voz queda:

—Misail... Yo amo... Sí, amo; pero ¿por qué el terror invade mi alma?

En aquel momento se oyó ruido de pasos. En-

tre los árboles apareció el doctor Blagovo. Llevaba una blusa de seda y botas altas. Sin duda, allí, junto al manzano, se habían dado una cita.

Al ver al doctor, mi hermana se abalanzó a él, como un niño perdido que encuentra a su madre por fin y teme que vuelva a desaparecer.

—¡Vladimiro, Vladimiro!

Se abrazó a él y le miró a los ojos ávidamente. Observé que la pobre había enflaquecido y se había puesto más pálida en aquellos últimos días. El cuello de encaje que llevaba siempre parecía demasiado grande para ella.

El doctor estaba un poco turbado, pero no tardó en recobrar su tranquilidad.

—¡Vamos, querida, cálmate!—le dijo a Cleopatra, acariciándole los cabellos—. ¿Por qué estás tan nerviosa? ¡Ya me tienes aquí!

Hubo un silencio. Yo evitaba mirar a Blagovo.

Momentos después nos encaminamos a casa. El doctor empezó a teorizar.

—La vida civilizada no ha empezado aún entre nosotros—decía, dirigiéndose a mí—. Los viejos aseguran que, en otro tiempo, hace cuarenta o cincuenta años, la vida era mucho más interesante, mucho más espiritual. Quizá sea verdad; pero a nosotros los jóvenes ni siquiera nos cabe el consuelo de recordar el pasado. No podemos hacernos ilusiones. Rusia, según nos aseguran los libros de historia, comenzó a existir en 862; mas la Rusia civilizada, en mi sentir, todavía no existe.

Yo casi no prestaba atención a lo que decía. Sólo pensaba en el secreto que acababa de descubrir. ¡Me parecía tan extraño que mi hermana Cleopatra estuviera enamorada, que abrazase a aquel hombre que algún tiempo antes le era indiferente, y le mirase a los ojos llena de ternura!... ¡Mi hermana, un ser tímido, indolente, sin voluntad y sin valor, amaba a un hombre casado y con hijos!

Mi corazón se llenó de tristeza. Presentía que aquel amor no haría feliz a mi hermana.

XV

La edificación de la escuela terminó. Yo y Macha nos encaminamos a Kurilovka para asistir a la inauguración.

—Ha llegado el otoño—decía Macha tristemente, mirando el paisaje—. El verano ha pasado. Ya no hay pájaros... Casi todos los árboles están sin hoja...

Sí, el verano había pasado. Los días eran aún claros, soleados; pero por la mañana hacía frío; los pastores se ponían ya ropa de abrigo para ir a los prados con los rebaños. Sobre las flores de nuestro jardín temblaba todo el día el rocío. Se oían los ruidos del otoño: el viento, agitando los postigos y el ramaje de la arboleda, los cantos de los pájaros prestos a emigrar.

Me encanta el otoño: en esa época del año siento un deseo más intenso de vivir.

—El verano ha pasado — continuó Macha—. Ahora podemos echar la cuenta de lo que hemos hecho y de lo que hemos dejado de hacer. Hemos trabajado mucho, hemos pensado mucho, nos hemos hecho mejores que éramos. Personalmente, es decir, en lo que concierne a nuestra educación personal, hemos adelantado bastante. Pero ese progreso ¿ha ejercido una influencia más o menos grande sobre la vida que nos rodea? ¿Le ha sido útil a alguien? No. En torno nuestro todo sigue en el mismo estado: la embriaguez, la suciedad, la ignorancia, la mortalidad de la infancia no han disminuído entre los campesinos. ¡No se ha operado el menor cambio! Tú has trabajado rudamente en el campo como un simple bracero; yo he gastado un dineral, en la esperanza de mejorar un poco la vida campesina, y los resultados han sido nulos. La conclusión es bien triste: no hemos trabajado sino para nosotros mismos, para nuestro consuelo.

Las palabras de Macha producían en mi corazón un efecto penoso y me desconcertaban.

—Nuestras aspiraciones y nuestros actos siempre han sido sinceros—le contesté—. No tenemos nada que reprocharnos, creo que hemos obrado bien.

—Sí. Hemos sido sinceros; pero el camino que hemos elegido no es el que conduce al fin que perseguimos. Los procedimientos no han sido acertados. Hemos comenzado a trabajar por esa gente como propietarios, poseyendo mucha tierra, una

gran casa, un hermoso jardín; en suma, todo lo que ella no posee. Eso provoca la desconfianza entre los campesinos. Nos consideran privilegiados, señores, descendientes de hombres que oprimían a los campesinos brutalmente y se enriquecían a su costa. Por otra parte, en vez de elevar el nivel de su vida, tú descienes hasta ellos, vives como ellos, apruebas, en cierta manera, sus costumbres, la poca limpieza de sus casas, la estupidez y la incomodidad de sus vestidos.

—Claro, si la intentona sólo dura unos cuantos meses, no pasa de ser un juego, una especie de "sport" filantrópico—objeté.

—Aunque trabajes con ellos y como ellos mucho tiempo, toda tu vida, será igual... Sin duda obtendrás algunos resultados prácticos; pero... serán casi nulos en comparación con el mal que reina en la aldea, con la ignorancia, el hambre, el frío, la degeneración. Será una gota de agua en el mar. Contra ese mal son necesarios otros medios de lucha, medios violentos, enérgicos, heroicos, rápidos. Si quieres realmente hacer algo útil debes ensanchar de un modo considerable tu círculo de acción, obrar sobre la masa campesina de fuera. Por de pronto, es precisa una propaganda enérgica, ruidosa, como la de la música, que obra al mismo tiempo sobre miles y miles de seres humanos...

Durante unos instantes guardó silencio y miró, soñadoramente, al cielo.

—Sí, el arte...—continuó—. Lo único es el arte.

Sólo él dota al hombre de alas, le levanta sobre la tierra y le lleva muy lejos. Quien está cansado de ver en torno suyo la suciedad cotidiana y las preocupaciones mezquinas, quien se siente ofendido, indignado por la prosa de la vida, puede hallar el reposo y la satisfacción en el arte, en lo bello...

Llegábamos ya a Kurilovka.

El tiempo era hermoso y alegre. Por todas partes se veían campesinos aventando el trigo. Tras los setos de los jardines gualdeaban las hojas aún no desprendidas de los árboles. Las campanas de la iglesia sonaban solemnes en la aérea paz de la mañana.

Grupos de campesinos se dirigían, llevando iconos, a la iglesia, en cuyo interior sonaba un dulce rumor de cantos religiosos. En la clara limpidez del aire volaban palomas.

Se nos esperaba. La escuela no tardó en llenarse de gente. Se celebró una misa en el salón de estudio. Los campesinos de Kurilovka le regalaron a Macha un icono, y los de Dubechnia, un gran pastel y un salero dorado. Macha, conmovida, se echó a llorar.

—¡Si hemos pronunciado alguna vez una mala palabra, perdonadnos!—le dijo un anciano, saludándonos a los dos muy humildemente.

Cuando regresábamos a casa, Macha volvía a cada instante la cabeza para ver la escuela. El tejado verde, que había pintado yo mismo, brillaba al sol y se divisaba a gran distancia.

Las miradas que Macha dirigía a la escuela no tardé en percatarme de que eran miradas de adiós.

XVI

Aquella tarde, Macha hizo sus preparativos para un viaje a la ciudad.

Desde hacía algún tiempo, Macha iba con mucha frecuencia a la ciudad, y algunas veces pasaba allí la noche. En su ausencia, yo no tenía fuerzas para trabajar; mis brazos se debilitaban y no podía hacer nada. El gran patio me parecía un lugar odioso, abominable; el jardín, en el que murmuraba el ramaje de la arboleda, se diría que lloraba los bellos días pasados; todo en torno se me antojaba hostil, extraño, no perteneciente ya a nosotros.

No salía de casa, y me pasaba horas enteras ante la mesa de Macha o ante su pequeña biblioteca de agricultura. Los pobres libros que ella había amado tanto yacían ahora abandonados y parecían mirarme con tristeza.

Durante horas y horas, de la mañana a la noche, contemplaba las diferentes prendas de Macha: sus guantes viejos, su pluma, sus tijeritas. Veía deslizarse el tiempo en una ociosidad absoluta y me daba cuenta de que si había trabajado hasta entonces, si había labrado, segado, derribado árboles, sólo había sido por ella, por serle agradable. Si me hubiera mandado que trabajase

días enteros en el río, con el agua hasta la cintura, yo lo habría hecho sin preguntar si tal trabajo era útil o no.

Cuando ella no estaba a mi lado, Dubechnia, con sus ruinas, sus postigos agitados por el viento, sus ladrones diurnos y nocturnos, no era para mí más que un caos, en el que todo trabajo se me antojaba inútil. ¿Para qué iba a trabajar ya, una vez convencido de que mi papel allí, en Dubechnia, había terminado, de que ya no se me necesitaba, de que me había convertido en algo tan sin aplicación como los libros de agricultura?

Lo más penoso para mí eran las noches. Las horas me parecían interminables. Sólo, entregado a mis tristes pensamientos, aguzaba el oído en la obscuridad como si esperase que alguien me gritara:

—¡Ya no tienes qué hacer aquí! ¡Puedes irte!

No era por Dubechnia por lo que yo lloraba; era por mi amor. También había llegado para él el otoño. ¡Qué inmensa felicidad amar y ser amado! ¡Qué horror darse cuenta de que todo ha acabado, de que se derrumba la alta torre adonde el amor le había elevado a uno!

Al día siguiente por la noche, Macha volvió de la ciudad. Venía disgustada; pero me ocultó el motivo de su disgusto. Me dijo solamente que aún no era necesario poner cierres dobles en las ventanas.

—¡Se ahoga una aquí!

Me apresuré a retirar los cierres dobles.

Aunque no teníamos apetito, nos sentamos a la mesa a cenar.

—Ve a lavarte las manos—me dijo Macha—. Te huelen a cola.

Había traído de la ciudad los últimos números de los periódicos ilustrados, y después de cenar nos pusimos a hojearlos juntos. Macha los miraba rápidamente y los iba apartando, para leerlos a su gusto cuando estuviera sola. Pero un figurín que representaba a una dama con una falda ancha como una campana le llamó la atención.

Le examinó larga y gravemente, y dijo:

—¡No está mal!

—Sí, ese traje es muy a propósito para ti—dijo yo a mi vez.

Y mirando con admiración el figurín, que me entusiasmaba tan sólo porque era del gusto de Macha, añadí:

—¡Es un traje encantador, precioso! ¡Y estarás tan linda con él, mi bella, mi espléndida Macha!

No pude contener las lágrimas, que comenzaron a caer sobre el periódico.

—¡Mi bella, mi espléndida Macha!—repetí balbuciente...

No tardó en irse a acostar. Me quedé solo, y durante cerca de una hora estuve leyendo las ilustraciones.

—Has hecho mal en retirar los cierres dobles—me dijo Macha desde la alcoba—. Vamos a tener frío esta noche. Hace mucho viento...

Después de leer en los periódicos unas informaciones sobre un nuevo procedimiento para la

fabricación de tinta y sobre el brillante más grande del mundo, me puse a examinar de nuevo el figurín que le había gustado a Macha. Me la imaginaba en un baile, con los hombros desnudos y un abanico en la mano, bella, espléndida, ducha en literatura, en artes plásticas, en música... ¡y mi papel a su lado me pareció tan insignificante, tan mezquino!...

Nuestro conocimiento, nuestro matrimonio, no habían sido sino un corto episodio, una de las muchas etapas de la vida de aquella mujer tan pródigamente dotada por la Naturaleza. Cuanto había de bueno en el mundo se diría que estaba a su disposición y no le costaba nada; hasta las nuevas ideas sociales y filosóficas le servían para embellecer su vida y darle variedad. Yo no había sido para ella más que un cochero que la había transportado de una etapa a otra de su existencia. Pero mi papel había terminado: mi hermoso pájaro volaría y yo me quedaría solo.

En aquel momento, como respuesta a mis tristes reflexiones, sonó en el patio un grito de desesperación:

—¡ Socorro!

La voz era fina, parecía de una mujer. Como remedándola, el viento gimió quejumbroso en la chimenea.

Algunos instantes después, el grito, confundándose con el ruido del viento, volvió a sonar; pero entonces en el otro extremo del patio.

—¡ Socorro!

—Misail, ¿has oído?—preguntó, con voz alterada por el miedo, mi mujer.

Salió al comedor en camisa, el cabello en desorden, y aguzó el oído.

—¡Están asesinando a alguien!—dijo—. ¡Sólo nos faltaba eso!

Cogí la escopeta y salí.

Recorrí todo el patio y no encontré a nadie. Los árboles agitaban sus ramas, el viento silbaba con furia, un perro ladraba en un patio vecino... En el campo reinaba la obscuridad. Ni siquiera en la vía férrea, que pasaba a muy corta distancia de casa, se veía una luz.

De pronto, junto al pabellón donde estaba el año anterior la oficina telegráfica, sonó un grito ahogado:

—¡Socorro!

—¿Quién vive?—grité.

Me acerqué corriendo al lugar donde el grito había sonado. Dos hombres se arrastraban por tierra, luchando furiosamente. Ambos jadeaban y parecían ahogarse de rabia.

—¡Déjame!—chilló uno de ellos.

Reconocí la voz de Iván Cheprakov. Era la misma voz fina, de mujer, que pedía antes socorro.

—¡Déjame, canalla, o te muerdo!

En el otro combatiente reconocí a Moisey, el criado de la señora Cheprakov.

Tras largos esfuerzos, conseguí separarlos. No pude contenerme y le di a Moisey dos bofetadas, derribándole. Cuando se levantó le di otra.

—¡Quería matarme!—gimió—. Intentaba robarle a su madre y le he sorprendido cuando se dirigía, en la obscuridad, a la cómoda de la señora. Quiero encerrarle en el pabellón.

Iván Cheprakov estaba borracho, y no me reconoció.

Volví a casa. Mi mujer se había vestido.

Le conté lo que había pasado. No le oculté que había abofeteado a Moisey.

—¡Es peligroso vivir en el campo!—dijo—. ¡Qué noche más larga!

—¡Socorro!—se oyó gritar de nuevo.

—Voy otra vez a separarlos.

—No, no vale la pena—me contestó Macha—. Que se maten.

Clavó los ojos en el techo y prestó oído a los ruidos exteriores. Yo, sentado junto a la cama, no pronunciaba una palabra. Me sentía culpable, como si por mi causa hubieran pedido socorro y fuera la noche tan larga.

Ambos guardábamos silencio. Yo esperaba con impaciencia la mañana.

Macha miraba al techo pensativamente. Se preguntaba, acaso, cómo había podido, con su inteligencia, su educación y su elegancia, ir a parar a aquel odioso rincón provinciano, poblado por seres mezquinos y vulgares, cómo había podido enamorarse de uno de esos seres y ser durante seis meses su esposa.

Sospechaba yo que ya no establecía diferencia alguna entre Moisey, Iván Cheprakov y mi pro-

pia persona: todos debíamos de ser para ella lo mismo, poco más o menos. No podía ocultar su profundo desprecio por todo cuanto le evocaba su imaginación al pensar en Dubechnia: por nuestro matrimonio, por nuestros trabajos agrícolas, por los campesinos, por el viento, la lluvia y el barro.

También ella esperaba con impaciencia la mañana: se leía en sus ojos.

* * *

En cuanto amaneció se fué.

La esperé en Dubechnia durante tres días. Luego guardé en una sola habitación todas mis cosas, cerré la habitación con llave y me fuí también a la ciudad.

Una vez allí, me dirigí a casa del ingeniero Dolchikov.

El criado me dijo que el ingeniero estaba hacia unos días en Petersburgo y que María Victorovna debía de estar en casa de Achoguin, donde se celebraba un ensayo general. Me dirigí a casa de Achoguin. Cuando subía la escalera, parecía que el corazón iba a saltárseme del pecho. Me detuve un poco ante la puerta para tranquilizarme. Por fin, me decidí a entrar en el salón.

Estaba alumbrado por velas, que lucían, en grupos de tres, sobre la mesa, el piano, el estrado. Después me enteré de que la primera función estaba fijada para el día "trece", y el primer ensayo para el "martes", que según los supersti-

ciosos, es un día nefasto. La señora Achoguín luchaba valerosamente contra los prejuicios.

Todos los aficionados al arte teatral se encontraban ya allí. Las tres señoritas Achoguín—la mayor, la menor y la de en medio—iban y venían por el escenario, ensayando, cuaderno en mano, sus papeles. Mi antiguo patrón, *Nabó*, estaba sentado junto a la puerta, mirando a la escena con ojos amorosos y esperando con impaciencia el comienzo de la solemnidad. ¡Todo igual que la última vez que estuve allí!

Me disponía a saludar al ama de la casa; pero de repente todos se volvieron a mí y me dijeron por señas que no me moviese y que no hiciera ruido.

Reinó un hondo silencio. Una señora se sentó al piano y apercibió el cuaderno de música. Luego se acercó mi mujer, lujosamente vestida, hermosa, pero con muy otra hermosura de la que yo admiraba en ella, con una hermosura nueva para mí. No era ya la Macha que iba a verme al molino la anterior primavera.

Empezó a cantar una canción de Chaykovky.

“¿Por qué te amo tanto, noche clara?”

Era la primera vez que la oía yo cantar.

Su voz era llena, melodiosa, y me parecía, al oírla, saborear una pera exquisita. Cuando terminó resonaron aplausos entusiásticos. Ella se sonreía y dirigía alrededor miradas de satisfacción. Se arreglaba el vestido al modo de un pájaro que

logra escaparse de la jaula y se limpia las alas para echar a volar. Llevaba el cabello partido en dos bandas, que le tapaban las orejas. La expresión de su rostro era provocativa, como la de quien se apresta a la lucha. Se diría que estaba dispuesta a desfiar al mundo entero. Había en ella en aquel momento una energía salvaje que hacía pensar en sus ascendientes los cocheros.

—¿También tú estás aquí?—me preguntó, tendiéndome la mano—. ¿Me has oído cantar? ¿Qué te parece mi voz?

Y sin esperar mi respuesta, añadió:

—Has venido muy a tiempo. Esta noche me voy a Petersburgo, donde pasará una temporada. ¿Me lo permites?

* * *

A media noche la acompañé a la estación.

Me abrazó tiernamente. Sin duda me agradecía mucho que no le hiciese preguntas inútiles y acaso molestas. Me prometió escribirme.

No pronuncié una sola palabra. Estreché entre las mías sus diminutas manos y se las cubrí de besos. Me costó gran trabajo contener las lágrimas.

Cuando partió el tren llevándosela lejos de mí, permanecí largo rato mirando sus luces alejarse, y murmuré:

—¡Querida Macha! ¡Mi bella, mi espléndida Macha!

Pasé la noche en casa de mi vieja nodriza Karpovna.

Al día siguiente fuí con *Nabó* a tapizar las paredes a la morada de un rico comerciante que casaba a su hija con un doctor.

XVII

El domingo, después de comer, recibí la visita de mi hermana. Tomamos juntos el te.

—Ahora leo mucho—me dijo, enseñándome los libros que había llevado de la biblioteca municipal—. Se lo debo a tu mujer y a Vladimiro: ellos despertaron mi espíritu. Me han salvado, y gracias a ellos me siento ahora un ser humano digno de serlo. Antes estaba siempre preocupada con cosas fútiles; pensaba en que consumíamos demasiada azúcar, que era preciso aliñar pepinos, comprar coles para el invierno, etc., etc. Estas ideas me inquietaban y me quitaban el sueño. Ahora tengo también preocupaciones, pero son de otra naturaleza: mi alma está conturbada porque he pasado de esa manera estúpida toda la vida. Siento menosprecio por mi pasado, siento pesar de este pasado, y a mi padre lo considero un enemigo. ¡Ah, qué agradecida estoy a tu mujer! ¡Y Vladimiro! Es un hombre admirable. Entre los dos me han abierto los ojos...

—Es peligroso que sufras insomnios—le dije.

—¿Tú crees tal vez que estoy enferma? Nada de

eso. Vladimiro me ha reconocido escrupulosamente como médico y dice que mi salud es excelente. Además, no es lo único que me interesa: quiero estar segura de que marchó por el buen camino. Dime, ¿tengo razón, o no?

Mi hermana tenía necesidad de un apoyo moral, esto era evidente para mí. Macha se había marchado y el doctor Blagovo también; no quedaba en la ciudad nadie, excepto yo, que pudiera decirle que hacía bien.

Me dirigió una mirada escrutadora, esforzándose en leer en mi rostro mis pensamientos. Si yo guardaba ante ella silencio o me sumía en mis reflexiones, creería que era a causa de ella y se pondría triste. Era preciso prestar mucha atención a su mirada, y cuando me preguntara si tenía razón, apresurarme a contestarle que sí y que la quería entrañablemente.

—¿No sabes? En casa de Achoguin me han repartido un papel—me dijo—. Quiero tomar parte en los espectáculos de aficionados. Quiero vivir, gozar plenamente la vida. Naturalmente, yo no tengo talento; por lo tanto, el papel que me han repartido es insignificante—unas diez líneas en total—; pero, al menos, eso es infinitamente más noble y elevado que ocuparse del hogar, hacer economías y vigilar a la servidumbre para que no se consuma demasiado pan o azúcar. Pero lo que me interesa sobre todo es demostrar a papá que soy capaz de protestar contra la tiranía a que ha querido someterme.

Después de tomar el te se acostó en mi cama largo rato, sumamente pálida, los ojos cerrados.

—¡Me siento muy débil!—dijo levantándose—. Vladimiro afirma que todas las mujeres y las jóvenes que habitan en las ciudades están anémicas debido a la inactividad. ¡Tiene razón! Es preciso trabajar: esto es la sola y única salud. Sí, es preciso trabajar. Vladimiro tiene mil veces razón. Es un hombre de una inteligencia extraordinaria.

Dos días después fué a casa de Achoguin para tomar parte en el ensayo. Llevaba vestido negro, collar de corales al cuello, con un gran broche pasado de moda; en las orejas, grandes pendientes con gruesos brillantes. Sentí angustia al mirarla: de tal manera su *toilette* carecía de gusto. ¡Qué desdichada idea la de ponerse joyas para ensayar! Los demás se fijaron en su *toilette*, de mal gusto e inoportuna; lo comprendí en las miradas y sonrisas.

—¡Cleopatra de Egipto!—dijo alguien a media voz, riendo.

Tenía en la mano un cuaderno con un papel.

Se esforzaba en parecer una señorita distinguida, bien educada, que sabía perfectamente presentarse en sociedad, pero no lo lograba; al contrario, su aspecto era amanerado y ridículo. No había ya en ella la sencillez y gentileza natural que le eran habituales.

—Le he dicho a papá que venía al ensayo—comenzó a decirme—y me ha gritado que me niega

su bendición paternal, y tenía también la intención de pegarme.

Miró un momento su cuaderno y agregó:

—Figúrate, no sé mi papel. Seguramente tendré muchas equivocaciones en escena. Pero, en fin, ¡la suerte está echada! Sí, la suerte está echada; estoy decidida...

Me parecía que todo el mundo la miraba, y me asusté de la grave determinación que acababa de tomar. Estaba convencida de que esperaban de ella algo extraordinario. Habría sido inútil tratar de persuadirla de que nadie se ocupaba de gente tan humilde y poco interesante como ella y yo.

Antes del tercer acto no tenía nada que hacer. En este acto representaba el papel de una comadre de provincias, que debía permanecer un instante tras la puerta para escuchar, y luego entrar en escena y decir un breve monólogo.

Antes de salir a escena, durante más de hora y media, en tanto que el ensayo de los dos primeros actos seguía su curso, ella siguió a mi lado, musitando sin cesar su papel y apretando con mano nerviosa el cuaderno. Pensaba que la atención de todo el mundo estaba fija en ella y que todos esperaban con impaciencia su salida a escena. Con mano temblorosa alisaba sus cabellos y decía:

—Ya verás, no recordaré el papel. Tengo un presentimiento... mi corazón late con violencia. Si lo oyese... Tengo tanto miedo como si me fueran a ahorcar...

Al fin llegó el momento:

—¡Cleopatra Alexeyevna, prevenida!—le dijo el segundo apunte.

Salió hasta mitad de la escena. En su rostro se pintaba el terror. En aquel momento estaba fea, torpe.

Durante un minuto permaneció inmóvil, como paralizada y sólo sus pendientes se balanceaban.

—Por la primera vez es permitido leer el cuaderno—le dijo alguien.

Yo la veía temblar de pies a cabeza, de tal modo que no podía abrir el cuaderno. Iba a aproximarme a ella para sacarla de escena y calmarla; pero en aquel momento cayó de improviso de rodillas y comenzó a llorar como una loca.

Todos estaban confusos, emocionados, llenos de agitación. Mi hermana fué rodeada por todos lados. Sólo yo permanecí como clavado en mi sitio, junto a los bastidores, lleno de espanto, sin comprender nada de lo que acababa de pasar ni saber qué debía hacer.

La levantaron y se la llevaron de la escena. Ana Blagovo se aproximó a mí. Yo no la había visto antes, y surgió ante mí como si brotase de la tierra. Llevaba sombrero y un velo sobre la cara, y, como siempre, su actitud era la de una persona que sólo iba allí por unos instantes.

—Le recomendé que no aceptara el papel—dijo con voz alterada, ruborizándose ligeramente—. Ha sido una locura, que usted ha debido impedir...

En aquel momento se acercó a nosotros, con

paso rápido y agitado, la señora Achoguin, con una blusita de mangas cortas, manchada de ceniza, delgada y derecha como una tabla.

—¡Es horrible, amigo mío!—me dijo retorciéndose las manos y mirándome, según su costumbre, a los ojos—. ¡Es terrible! Su hermana está en una situación... ¡Está embarazada! ¡Llévesela, se lo ruego!

Estaba tan turbada, que casi se ahogaba.

Algo separadas, permanecían sus tres hijas, delgadas y rectas como ella, apretadas una contra otra, pintado en sus rostros el terror. Diríase que acababan de detener en su casa a un terrible criminal y que su casa estaba deshonrada para toda la vida.

¡Y pensar que esta familia había luchado toda su vida contra los prejuicios! Estos infelices creían candorosamente que todos los prejuicios y errores de la humanidad sólo consisten en las tres bujías, en la fecha 13 y en el martes...

—¡Le ruego a usted, le suplico!—repetía sin cesar la señora Achoguin, mirándome con la expresión de una mujer agobiada por horrible desgracia.— ¡Le suplico se lleve de aquí a su hermana!...

XVIII

Minutos después, mi hermana y yo caminábamos por la calle. Yo la cubría con un extremo de mi gabán para protegerla mejor contra el frío.

Caminábamos muy de prisa, eligiendo las callejuelas oscuras, esquivando a las gentes que venían a nuestro encuentro. Nuestra marcha parecía huída.

Ella no lloraba ya, y sus ojos secos miraban tristemente. Hasta el arrabal Makarija, donde yo la llevaba, sólo había veinte minutos de camino a pie; pero durante este corto trayecto hablamos de todo, evocamos los recuerdos de nuestro pasado, deliberamos y tomamos decisiones en lo concerniente a nuestra situación actual.

Decidimos que no podíamos permanecer más en la ciudad y que en cuanto yo obtuviera algún dinero marcharíamos a otro sitio cualquiera.

En la mayor parte de las casas se dormía ya, y las luces estaban apagadas; en otras se jugaba a la baraja. Todas aquellas casas nos inspiraban pena y temor; hablábamos del salvajismo, de la grosería y de la ruindad de aquellas gentes, de aquellos aficionados al arte dramático a quienes acabábamos de asustar de tal manera. Yo me preguntaba en qué eran superiores aquellas gentes estúpidas, crueles, perezosas, deshonestas, que vivían como parásitos, a los "mujicks" de Kurilovka, borrachos y supersticiosos, o a los animales que se espantan ante todo lo que turba la monotonía de su vida limitada por los instintos de bestias.

Me imaginaba los sufrimientos que habría padecido mi hermana de seguir en casa de mi padre. ¡Qué larga serie de martirios y humillaciones por

parte de mi padre, de los conocidos, del primero que pasara! ¡Eran muy crueles en la ciudad! No se conocía la piedad. Recuerdo gentes que hacían, con cierto deleite, sufrir a los suyos: maridos que torturaban a sus mujeres, chicuelos que martirizaban los perros y arrancaban una a una las plumas a los gorriones vivos, que después echaban a agua. Sí, eran muy crueles nuestros paisanos. Desde mi infancia tuve ocasión de observar numerosos sufrimientos inútiles causados por la maldad de las gentes. No podía comprender cuál era la base moral de la vida de aquellos sesenta mil habitantes; me preguntaba para qué leerían el Evangelio, rezaban, frecuentaban la iglesia, leían periódicos y libros. ¿Qué influencia había tenido en ellos todo lo que había producido la cultura? ¡Ninguna! Vivían en la misma obscuridad de alma, de la misma manera casi bárbara que hace cien o trescientos años. De generación en generación se les hablaba de la verdad, de la misericordia, de la libertad; pero esto no les impedía mentir hasta la muerte, desde la mañana a la noche, martirizarse los unos a los otros y odiar la libertad con tanta furia como si fuese su peor enemigo.

—¡Mi suerte, pues, está decidida!—dijo mi hermana cuando ya nos hallábamos en mi casa—. Después de lo que acaba de pasar, yo no puedo volver *allá*. ¡Dios mío, me siento tan dichosa! Me siento tan aliviada como si me hubieran quitado de encima un gran peso.

Se acostó. Las lágrimas brillaban en sus ojos; pero su rostro conservaba la expresión de felicidad. Se durmió, y su sueño fué profundo y se adivinaba que sentía, en efecto, un gran consuelo. Hacía mucho tiempo que no tenía un sueño tan tranquilo.

* * *

A partir de este día vivimos juntos. Mi hermana estaba alegre, gozosa, cantaba a todas horas y aseguraba que se encontraba bien. Los libros que yo llevaba de la biblioteca no los leía; empleaba el tiempo en soñar y hablar del porvenir. Arreglando mi ropa o ayudando a nuestra vieja nodriza a hacer la cocina, hablaba sin cesar de Vladimiro, de su inteligencia, de su extraordinaria erudición. Yo fingía compartir su opinión sobre el doctor; pero, en el fondo de mi corazón, no le amaba.

Ella decía que quería trabajar, crearse una posición económica independiente. Había decidido, cuando su salud se lo permitiera, hacerse maestra de escuela o enfermera.

Amaba apasionadamente al hijo que esperaba. Aun no había nacido; pero ella sabía ya qué ojos, qué manos tendría y cómo se reiría. Le gustaba hablar de su educación; y como Vladimiro era para ella el mejor de los hombres, sólo tenía un deseo: que su hijo fuese el vivo retrato de su padre. De este asunto hablaba sin cesar, y sus conversaciones la animaban, la llenaban de ale-

gría. Escuchándola, también yo me regocijaba sin saber por qué.

El estado de su espíritu soñador se me contagiaba. No leía nada y pasaba el tiempo soñando. Las noches, a pesar de la fatiga natural después del día de trabajo, me paseaba por la habitación, metidas las manos en los bolsillos, y hablaba de Macha.

—¿Qué opinas tú?—pregunté a mi hermana—. ¿Cuándo regresará de Petersburgo? Me parece que volverá para las fiestas de Navidad, a más tardar. Nada tiene que hacer allí.

—Sí, volverá pronto; la prueba es que no ha escrito más.

—¡Es verdad!—contesté, aunque en el fondo de mi corazón sabía que Macha nada tenía que hacer en la ciudad.

La echaba mucho de menos y me aburría terriblemente.

Cuando mi hermana me aseguraba que Macha volvería pronto, me confortaba con una ilusión agradable y yo hacía esfuerzos por creerlo.

Cleopatra esperaba a su Vladimiro; yo a mi Macha, y los dos hablábamos sin cesar de él y de ella, hacíamos proyectos sobre nuestra próxima dicha, paseábamos agitados por la habitación, reíamos. No advertíamos que por nuestra culpa la vieja Karpovna no podía dormir. Permanecía echada sobre la hornilla y balbuceaba con voz apagada:

—La cafetera hace esta noche un ruido terrible.

Esto es un mal presagio... Presiento alguna desgracia... ¡Ah, Dios mío, Dios mío!

Nadie nos visitaba, aparte el cartero que traía a mi hermana las cartas de Vladimiro. Alguna vez entraba por la noche en nuestra habitación el hijo adoptivo de Karpovna, Prokofy. Estaba unos minutos y se marchaba sin haber pronunciado una sola palabra. Pero luego le oía yo en la cocina decir a Karpovna:

—Cada hombre debe permanecer en la clase social donde ha nacido. Desgraciado de aquel que quiere rebasar los límites que le han sido designados al nacer.

Una vez, a fines de diciembre, cuando yo pasaba por delante de la carnicería, me invitó a entrar unos instantes. Sin tenderme la mano, me declaró que iba a hablarme de un asunto importante. Estaba amoratado del frío y del "vodka" que acababa de beber. Cerca de él estaba el dependiente Nikolka, con cara de bandido y con un cuchillo cubierto de sangre en las manos.

—Deseo exponer a usted una idea—dijo Prokofy en tono solemne—. Esta situación no puede prolongarse. Usted comprenderá que podemos tener disgustos. Naturalmente, mamá no se atreve a decírselo a usted; pero yo es preciso que se lo declare de una manera formal: su hermana, en el estado en que está, no puede continuar en nuestra casa. Es preciso que se marche. Tal como usted me ve, yo no puedo aprobar la conducta de su hermana.

Salí de la carnicería.

El mismo día, mi hermana y yo nos instalamos en casa de *Nabó*. Como no teníamos dinero para tomar un coche, marchamos a pie. Yo llevaba un paquete con diferentes objetos; mi hermana caminaba con las manos vacías; pero, a pesar de esto, el viaje la fatigó y sufría, preguntando con frecuencia si tardaríamos mucho en llegar.

XIX

Al fin, recibí una carta de Macha.

He aquí su contenido:

"Mi querido, mi buen amigo: parto con mi padre hacia América, para la exposición. ¡Adiós! Durante muchos días contemplaré el océano... Está tan lejos de Dubechnia, que a nada que pienso en ello siento una impresión de espanto. Es tan lejano, tan inmenso como el cielo, y estoy deseando hallarme en medio de este enorme espacio, respirar el aire marino. Esta idea me embriaga, me vuelve loca de alegría, a tal punto que no puedo por menos de escribir a usted tranquilamente.

"Mi querido, mi buen amigo: ¡devuélvame usted lo más pronto posible mi libertad! Rompa usted el hilo que todavía nos une. Sería para mí una gran dicha encontrarle de nuevo; sería para mí un rayo de sol que esclarecería la triste noche de mi vida en vuestra ciudad. El que yo haya

llegado a ser su esposa de usted ha sido un error. Usted mismo lo comprende. ¿No es verdad? Es preciso reparar este error lo antes posible, y yo le suplico, mi generoso y noble amigo, le suplico de rodillas me telegraffe inmediatamente, antes de mi marcha a América, que está usted dispuesto a reparar este error que hemos cometido los dos, para librarme de esa única piedra que pesa sobre mis alas. Mi padre se encargará del resto y me ha prometido no exigir a usted otras formalidades.

”¡Bien pronto seré tan libre como el pájaro ante el cual se extiende todo el espacio! Sea usted dichoso, que Dios le bendiga, y perdóneme el gran pesar que le causo.

”Me encuentro en excelente estado de salud, gasto sin medida, hago muchas tonterías, y a cada instante doy gracias a Dios de no haber tenido hijos: una mala mujer como yo no es digna de tenerlos.

”Canto en los conciertos y soy acogida con entusiasmo. Es mi vocación, mi destino, mi camino, y yo lo sigo. El rey David tenía un anillo con la inscripción: “Todo pasa.” Cuando se está triste, estas palabras consuelan; cuando se está alegre, producen melancolía. Yo también me he mandado hacer una sortija parecida, con una inscripción judaica, y ella no me permite extralimitarme ni en las alegrías ni en las tristezas. Sí, todo pasará; la vida misma acabará, ¿por qué entonces atribuir tanta importancia a nuestras pequeñas

alegrías y dolores? Lo único que importa es ser libre, porque, entonces solamente, el hombre no tiene necesidad de nada, absolutamente de nada.

"Rompa usted, por lo tanto, el hilo que todavía nos une. Le abrazo estrechamente, igual que si fuera su hermana. Perdóneme usted, y olvídese de su M..."

Mi hermana estaba acostada en una habitación; *Nabó*, en la otra; había estado otra vez enfermo, y de nuevo había triunfado de la muerte.

Al mismo tiempo que yo recibía la carta de Macha, mi hermana se levantó quedamente de su cama, pasó al cuarto de *Nabó*, se sentó cerca del lecho y empezó a leer en alta voz. Se leía diariamente páginas de Gogol o de Ostrovsky. El la escuchaba con aire grave, sin sonreírse, los ojos fijos en el techo. Solamente, de vez en cuando, decía:

—¡Todo es posible, todo es posible!

Si en el libro que le leía mi hermana se contaba alguna falsedad, alguna cosa poco honrada, parecía sentir una malévola alegría, y, señalando al libro con un dedo, decía con aire de triunfo:

—¡He aquí a lo que lleva la mentira, la hipocresía, la falsedad humana!

Los dramas le agradaban grandemente por su contenido, su estructura complicada, su acción palpitante. Sentía grande admiración por él, es decir, por el autor, a quien no nombraba jamás por su nombre.

—¡Qué bien ha desentrañado las cosas!—exclamaba casi siempre con entusiasmo, cuando en el momento crítico los personajes salían triunfantes de todas las dificultades.

Esta vez mi hermana le leyó sólo una página; su voz desfallecía. *Nabó* le cogió una mano y le dijo con voz emocionada:

—En el hombre justo, el alma es tan blanca y limpia como la tiza, y la del pecador es negra como el hollín de la chimenea. Es preciso vivir conforme a los santos libros, trabajando, y rechazar los vanos placeres de la vida. Aquel que vive engañando y sin trabajar será castigado por Dios Todopoderoso. ¡Desgraciados los ricos, los injustos, los usureros! Ellos no entrarán jamás en el reino de los cielos. Porque la herrumbre destruye el hierro...

—¡Y la mentira destruye el alma!—terminó, riendo, mi hermana, la frase favorita de *Nabó*.

Volví a leer la carta de Macha, y una sensación de dolor intenso invadió mi alma, como si yo presintiera algo fatal, inevitable y terriblemente triste.

En este instante entra en la cocina el soldado que nos llevaba siempre, dos veces por semana, de parte de un desconocido, pan blanco, te, azúcar y perdices olientes a perfumes finos. La persona caritativa que nos enviaba todo aquello sabía probablemente que yo no tenía trabajo y que vivíamos en una gran miseria.

Oí a mi hermana hablar con el soldado, riendo

alegremente. Después se volvió a acostar, con un trozo de pan blanco en la mano y me dijo:

—Desde que tú te hiciste obrero, yo y Ana Blagovo sabíamos muy bien que tenías razón, pero no nos atrevíamos a decirlo en voz alta. Di, ¿qué fuerza nos impide decir francamente aquello que pensamos? Ana Blagovo, por ejemplo, te ama, te adora, sabe perfectamente que tienes razón; yo también; ella me quiere mucho y sabe que también tengo razón, y, sin embargo, algo le impide venir a nuestra casa, nos rehuye, temerosa de encontrarse con nosotros.

Mi hermana calló un instante y agregó con vehemencia:

—¡Si supieras cómo te ama! Sólo a mí me ha confesado su amor, y eso en la obscuridad, para que no pudiera ver su rostro. Me conducía a una alameda oscura del jardín y me hablaba, susurrando, de su gran amor por ti. Estoy segura que no se casará jamás, porque eres tú su solo amor. ¿No es verdad que da lástima?

—Sí.

—Es ella quien nos manda comida. ¡Es graciosa! ¿Por qué se oculta? Yo también me ocultaba, tenía miedo de decir lo que pensaba; pero ahora todo ha terminado: ya no tengo miedo de nada; diré cuanto quiera, y me siento dichosa. Cuando vivía en casa, no sabía aún lo que constituía la dicha, mientras que ahora no me cambiaría por una reina.

El doctor Blagovo vivía en nuestra ciudad, en

casa de su padre. Se disponía a regresar a Petersburgo. Trabajaba mucho, se ocupaba en estudios científicos y había decidido marchar al extranjero para prepararse al profesorado. Dejó su servicio del regimiento, y en lugar del uniforme militar llevaba amplio gabán, anchos pantalones y bellas corbatas. Venía con frecuencia a visitarnos.

Mi hermana estaba encantada de sus trajes, de sus corbatas y alfileres y de un pañuelo pequeño encarnado que llevaba en el bolsillito de su gabán.

En una ocasión, para distraernos, mi hermana y yo nos pusimos a enumerar sus trajes y contamos una decena.

Era evidente que seguía enamorado de mi hermana, y, sin embargo, jamás le había prometido, ni por galantería, llevarla con él a Petersburgo o al extranjero. Yo no podía imaginar qué sería de ella ni del niño que iba a nacer.

Ella no se daba exacta cuenta de su situación. No pensaba seriamente en el porvenir; decía que Vladimiro podía ir donde quisiera, incluso abandonarla, con tal que fuera dichoso; ella se contentaba con la felicidad que el doctor le había dado ya.

De ordinario, cuando él venía a nuestra casa, la examinaba detenidamente desde el punto de vista médico, y le hacía beber leche caliente con unas gotas medicinales.

Aquel día hizo igual. La reconoció y la obligó a beber una cosa.

—¡Bravo, estoy contento de ti!—le dijo cogiendo el vaso vacío—. No es preciso que hables tanto. Desde hace poco tiempo charlas como una urraca. ¡Cállate, te lo ruego!

Ella se echó a reír.

Luego, el doctor entró en el cuarto de *Nabó*, cerca del que me encontraba, dándome cariñosamente en el hombro.

—Bueno, muchacho, ¿cómo va?—preguntó, inclinándose sobre el enfermo.

—¡Todos estamos en la mano de Dios, señor doctor! Todos hemos de morir el día menos pensado. Y permítame usted que le diga, señor doctor: usted no entrará en el reino de los cielos; el infierno estaría vacío. Es preciso que haya pecadores también...

Minutos después, el doctor y yo nos hallábamos en la calle.

—¡Es doloroso, muy doloroso!—me dijo.

Observé que estaba muy acongojado y que las lágrimas asomaban a sus ojos.

—Está alegre, gozosa—continuó—; ríe, espera, y, sin embargo—no quiero ocultárselo—, su situación es desesperada, amigo mío. Sí, desesperada. *Nabó* me odia y me ha hecho comprender que yo obré respecto a su hermana de un modo poco honrado. Desde su punto de vista, tal vez tenga razón; pero yo tengo un concepto propio del bien y del mal y no me arrepiento de nada que haya hecho. Cada uno tiene derecho al amor, ¿no es cierto? Sin el amor, la vida sería imposible, y sólo los

esclavos y los pobres de espíritu pueden temer y huir del amor.

Comenzó a hablar de otras cosas: de la ciencia, de sus esperanzas en lo concerniente a su carrera. Hablaba con énfasis, y se veía bien claro que no se acordaba ya de mi hermana, de su situación desesperada ni de su propio dolor. La vida le atraía, le llamaba, le arrebatava con sus posibilidades, con sus extensos horizontes. Macha tenía sus sueños, sus grandes esperanzas y ambiciones; él mismo estaba poseído de su carrera científica, y sólo yo y mi hermana quedábamos allí, pobres, desgraciados, sin ningún porvenir, sin sueños ni esperanzas.

El doctor estrechó mi mano y se marchó. Quedé solo en la calle. Me aproximé a un mechero de gas encendido, y una vez más leí la carta de Macha. Los recuerdos de mi reciente dicha se apoderaron de mi cerebro. Recordé cómo una mañana de primavera fué a verme al molino, se acostó y cubrióse con mi pelliza para mejor parecer una simple campesina. Otra vez, cuando echábamos el anzuelo a los peces del río, estaba casi toda mojada y esto le causaba tal placer que rió durante todo el tiempo.

Sin darme cuenta, me encontré en la calle de la Nobleza, ante la casa de mi padre. Estaba sumida en la obscuridad.

Salté por encima del muro que la separaba de la calle y pasé, por la puerta de detrás, a la cocina. No había nadie. La tetera hervía, probable-

mente preparada para mi padre. "Sí, le servirán ahora el te"—pensé.

Tomé una luz y me dirigí a la casita del patio donde yo habité en otro tiempo. Allí me arreglé, con viejos periódicos, una cama, y me acosté. La casita, débilmente alumbrada por la tenue luz de la lámpara, se llenó de sombras movientes. Hacía frío. Me figuraba que al momento entraría mi hermana llevándome de comer; pero inmediatamente me acordé que se hallaba ahora enferma en casa de *Nabó*. Mi consciencia se había obscurecido, y sufría múltiples pesadillas.

Bien pronto escuché una campanilla. Desde mi infancia conocía su sonido breve y lastimero.

Era mi padre, que volvía del club.

Me levanté y volví a la cocina.

La cocinera, *Aksinia*, al advertir mi presencia, hizo un ademán de sorpresa y comenzó a llorar.

—¡Ah, querido!—sollozó—. ¡Dios mío, Dios mío, a lo que has llegado!...

Su emoción era tan grande que comenzó a estrujar su delantal entre las manos.

Sobre la ventana había una gran botella de "vodka". Me serví una copa y la bebí ávidamente, pues estaba sediento. Los bancos y las mesas estaban limpios; se respiraba un olor agradable, que me gustaba mucho en mi niñez. Mi hermana y yo le teníamos mucho cariño a la cocina, donde pasábamos, durante las ausencias de mi padre, horas enteras escuchando los cuentos fantásticos de la cocinera, o jugando al rey y la reina.

—Y Cleopatra, ¿dónde está?—me preguntó Askinia, en voz baja, reteniendo la respiración—. ¿Y tu mujer? He oído decir que marchó a Petersburgo.

Servía ya en nuestra casa cuando mi madre vivía, y nos bañaba a Cleopatra y a mí. Ahora también continuaba considerándonos como niños que es preciso vigilar porque hacen tonterías.

Durante un cuarto de hora me habló de sus opiniones sobre mí, sobre mi hermana, sobre nuestra situación. Se veía que tenía vagar suficiente para entregarse a estas reflexiones.

—Se puede obligar al doctor a casarse con Cleopatra—dijo—. Basta que ella dirija una petición al arzobispo para que éste anule su primer matrimonio. Si el doctor rehusa casarse, se podrán tomar medidas respecto de él.

En cuanto a mí, encontré también una solución: yo podía vender, sin que mi mujer lo supiera, Dubechnia, y poner el dinero en un Banco a mi nombre. Además—decía la cocinera—, si mi hermana y yo hubiésemos caído de rodillas ante mi padre, nos habría tal vez perdonado. Por de pronto era preciso mandar decir una misa.

En aquel momento se oyó la tos de mi padre.

—Vaya, pequeño mío, háblale—dijo Askinia—, saludale humildemente. No te pasará nada por eso.

Entré en el gabinete de mi padre. Estaba ya sentado ante la mesa y delineaba el proyecto de una casa de campo de ventanas góticas y una gran torre parecida a la del cuartel de bombe-

ros, algo, en suma, muy feo, trivial, insignificante. Desde el sitio donde yo me había detenido pude ver muy bien el dibujo.

Cuando hube visto el rostro flaco de mi padre y su cuello amoratado, sentí por un momento el deseo de echarme ante él suplicándole perdón, como me lo había recomendado Aksinia; pero la vista de aquella pobre casa de campo con su torre repugnante me contuvo.

—¡Buenas noches!—dije.

Me miró un momento; pero bajó en seguida los ojos al dibujo.

—¿Qué necesitas?—preguntó, después de un breve silencio.

—He venido para decir a usted que mi hermana está muy enferma...

Esperé un instante, y continué:

—Está en trance de muerte.

—¡Bueno, qué le vamos a hacer!—suspiró mi padre, quitándose los lentes y dejándolos sobre la mesa—. Se recoge aquello que se siembra.

Se levantó, dió algunos pasos por la habitación, y repitió:

—Sí, se recoge aquello que se siembra. Acuérdate cómo hace dos años, cuando viniste a verme, te supliqué, en este mismo lugar, renunciases a tus locas ideas; recuerda mis súplicas encaminadas a que no olvidaras tus deberes y velaras por el honor de nuestra familia y las gloriosas tradiciones legadas por nuestros antepasados. Nuestro deber es guardar esas tradiciones, y, sin

embargo, las has pisoteado. No has querido seguir mis consejos. Nada quisiste escuchar, y sigues con tus locas ideas. No contento con esto, has lanzado sobre el mismo camino peligroso a tu pobre hermana. Gracias a ti ha perdido toda idea de moralidad y de honestidad. Ahora llegó el castigo. Ambos os encontráis en peligrosa situación. ¡Qué le vamos a hacer! Se recoge aquello que se siembra.

Mientras hablaba seguía paseando con paso lento a través del gabinete. Creía, sin duda, que yo había ido para pedirle perdón por mi hermana y por mí, reconociendo que habíamos cometido faltas. Esperaba ruegos, súplicas.

Yo sentía frío, y temblaba de pies a cabeza, como si sufriera fiebre. Con voz débil y serena le contesté:

—Yo también le ruego recuerde que aquí mismo, en este lugar, le supliqué me comprendiera, que comprendiera mis ideas y proyectos, porque nosotros podíamos decidir juntos el modo de ordenar la vida. Por toda respuesta, usted comenzó a hablar de nuestros antepasados, de su abuelo el poeta, etc. Ahora, cuando le anuncio que su hija única está gravemente enferma, en situación desesperada, usted vuelve a hablar de sus antepasados, de las gloriosas tradiciones. Es inconcebible esa ligereza en un hombre ya viejo.

—¿Por qué has venido?—me preguntó colérico, probablemente herido por el reproche de ligereza.

—No lo sé. Yo le quiero. Lamento hondamente

que estemos tan distantes el uno del otro. Le quiero todavía; pero mi hermana ha roto todos los lazos que le unían a usted. No le perdona ni te perdonará jamás. Sólo el oír su nombre de usted remueve en ella el odio por su pasado, por la vida que llevó a su lado.

—¿De quién es la culpa?—gritó mi padre—. ¡Eres tú, el culpable, el canalla, tú lo eres!

—Admitamos que sea yo el culpable—dije—. Confieso que tal vez he cometido muchas faltas; pero dígame usted, ¿por qué su vida, que nos cree obligados a imitar, que usted nos presenta como una vida modelo, por qué es tan sin espíritu, tan monótona, tan aburrida? ¿Por qué en todas las casas que usted construye aquí desde hace treinta años no hay un solo hombre que pueda enseñarnos de qué manera es preciso vivir. ¡No hay un solo hombre honrado en la ciudad! Las casas de usted son nidos malditos, en los cuales se martiriza a las madres, a las hijas, se mata moralmente a los niños.

Callé un instante para tomar aliento, y continué:

—¡Mi infeliz hermana! ¡Mi desgraciada hermana! Es preciso estar ciego, necesario insensibilizar el espíritu por el "vodka", los naipes, las charlas insulsas, o bien dedicar toda la vida a esos pobres dibujos de casas con apariencia abominable, para no ver todos los horrores que se ocultan en esas casas. La ciudad cuenta ya doscientos años de existencia, y no ha dado a la pa-

tria ni un solo hombre útil. ¡Ni uno solo! Todos ustedes han matado en germen, cuidadosamente, cuanto había aquí vital, capaz. Es ésta una ciudad de tenderos, de hosteleros, de escritorzuelos, de cobardes y de devotos: una ciudad que pudiera desaparecer el día menos pensado sin que se advirtiese su desaparición y sin que nadie llorase su pérdida.

—No quiero oírte más, ¡canalla!—gritó mi padre asiendo la regla que había sobre la mesa—. ¡Cállate! ¡Estás borracho. ¿Cómo te atreves a presentarte ante mí en tal estado? Yo te declaro por última vez—y díselo también a tu hermana, que ha perdido toda honestidad—, yo os declaro que no recibiréis nada mío. Por consiguiente, no seréis mis herederos. He arrancado de mi corazón los malos hijos, y si sufren las consecuencias de su indocilidad y de su obstinación, tanto peor para ellos. ¡No tengo piedad para vosotros! ¡Piensa en marcharte! Dios misericordioso ha querido castigarme dándome hijos perversos, y yo me someto, humilde, a esta prueba.

Como el Job bíblico, halló consuelo en los sufrimientos y en el trabajo.

Calló, volvióse a mí y continuó:

—En tanto no vuelvas al buen camino, te prohibo pisar el suelo de mi casa. Soy justo. Todo cuanto te he dicho es de una gran utilidad para ti, y si quieres corregirte, piensa en lo que te he dicho toda tu vida y sigue mis consejos. Ahora, márchate; no tengo nada más que decirte...

Yo salí

No recuerdo como pasé esa noche y la siguiente. Después me dijeron que vagué todo el tiempo de una calle en otra, la cabeza descubierta, cantando, seguido de una gritadora turba de chiquillos.

XX

Si yo hubiese tenido el deseo de mandarme hacer una sortija, le habría hecho grabar esta inscripción: "Nada pasa." Sí; estoy convencido que nada pasa sin dejar una huella tras nosotros, y que cada acto nuestro, incluso el más insignificante, ejerce determinada influencia en nuestra vida presente y futura.

Lo que yo he vivido no ha dejado de ejercer influencia sobre los demás. Mis desdichas y mis sufrimientos llegaron al corazón de los habitantes, y ahora no se mofan de mí, no se vierte agua sobre mí cuando paso ante las tiendas del mercado. Poco a poco se han habituado a la idea de que yo soy ahora un simple obrero, y no encuentran nada extraño en el hecho que yo, gentilhomme, lleve vasijas llenas de pinturas y coloque cristales en las ventanas. Al contrario, se me da con satisfacción trabajo: soy considerado en la ciudad como un buen obrero y el mejor contratista de trabajo, después de *Nabó*.

Este, ya restablecido de su enfermedad, seguía pintando los techos y las cúpulas de los campana-

rios; pero muy débil aún, no tenía fuerzas para cumplir los múltiples deberes de contratista; en casi todos era yo quien le reemplazaba: yo visitaba a los habitantes para pedir trabajo, contrataba los obreros, tomaba dinero a préstamo, pagando crecidos intereses. Ahora, convertido en contratista, comprendo perfectamente que se puede andar durante tres días recorriendo la ciudad buscando obreros para hacer un trabajo de escasa importancia.

Se es fino conmigo, no se me tutea ya; en las casas donde trabajo me dan te y se me invita a comer. Los niños y las jóvenes vienen muchas veces a ver cómo trabajo, mirándome con curiosidad y con tristeza.

En una ocasión trabajé en el jardín del gobernador, donde pinté un quiosco. Estando yo trabajando, el gobernador, que se paseaba por el jardín, entró en el quiosco, y para distraerse comenzó a hablar conmigo. Le recordé que en otro tiempo me llamó a su casa para exigirme que variase de conducta. Me miró atentamente, y después dijo, dando a su boca la forma de una o:

—No me acuerdo.

He envejecido, me he vuelto taciturno, severo; no río casi nunca; me dicen que me parezco ahora a *Nabó*, y que, igual que él, aburro a los obreros con mi severidad.

María Victorovna, mi antigua mujer, vive ahora en el extranjero. Su padre, el ingeniero, se encuentra en el este de Rusia, donde construye

una línea férrea y compra ventajosamente algunas propiedades.

El doctor Blagovo está también en el extranjero.

Dubechnia ha vuelto a ser propiedad de la señora Cheprakov, que la compró al ingeniero con un veinte por ciento sobre el precio a que ella se la había vendido.

Moisey, ya convertido en ingeniero, no viste ahora como un campesino: lleva un costoso sombrero, y sus trajes son de última moda. Llega muchas veces, en un cochecillo elegante, a la ciudad y frecuenta la Banca. Se dice que ya ha comprado una propiedad a plazos y se dispone a comprar también Dubechnia.

El desgraciado Iván Cheprakov está completamente desequilibrado. Durante mucho tiempo no hacía nada y vagaba por la ciudad, casi siempre ebrio. Intenté darle trabajo; durante algún tiempo pintó con nosotros tejados, colocó cristales y parecía un obrero de tantos: robaba los colores, pedía humildemente propinas a los clientes y se emborrachaba. Mas pronto dejó el trabajo y volvió a Dubechnia. Luego me contaron que había organizado una conspiración para matar a Moisey y para robar el dinero y las joyas de Cheprakov, su madre.

Mi padre ha envejecido considerablemente, y pasea durante la tarde, ya encorvado, por delante de su casa. Yo no he vuelto a verle.

Prokofy, el hijo adoptivo de Karpovna, cuando

el cólera se ensañaba en nuestra ciudad, hacía una propaganda encarnizada contra los doctores, asegurando que ellos provocaban la epidemia para ganar más dinero. Tomó una parte muy activa en los desórdenes y manifestaciones, y por eso fué azotado. Su oficial, Nikolka, murió del cólera. Mi anciana nodriza, Karpovna, vive todavía y continúa amando locamente a su hijo adoptivo. Cada vez que me ve mueve su venerable cabeza y dice suspirando:

—¡Pobre desgraciado! Eres un hombre perdido...

Toda la semana estoy ocupado mañana y tarde. Los días de fiesta, si el tiempo es bueno, tomo en mis brazos a mi sobrinita—mi hermana esperaba un niño, pero fué una niña lo que nació—y me encamino lentamente al cementerio. En él permanezco mucho tiempo contemplando la tumba querida y diciéndole a mi pequeñita que allí yace su madre.

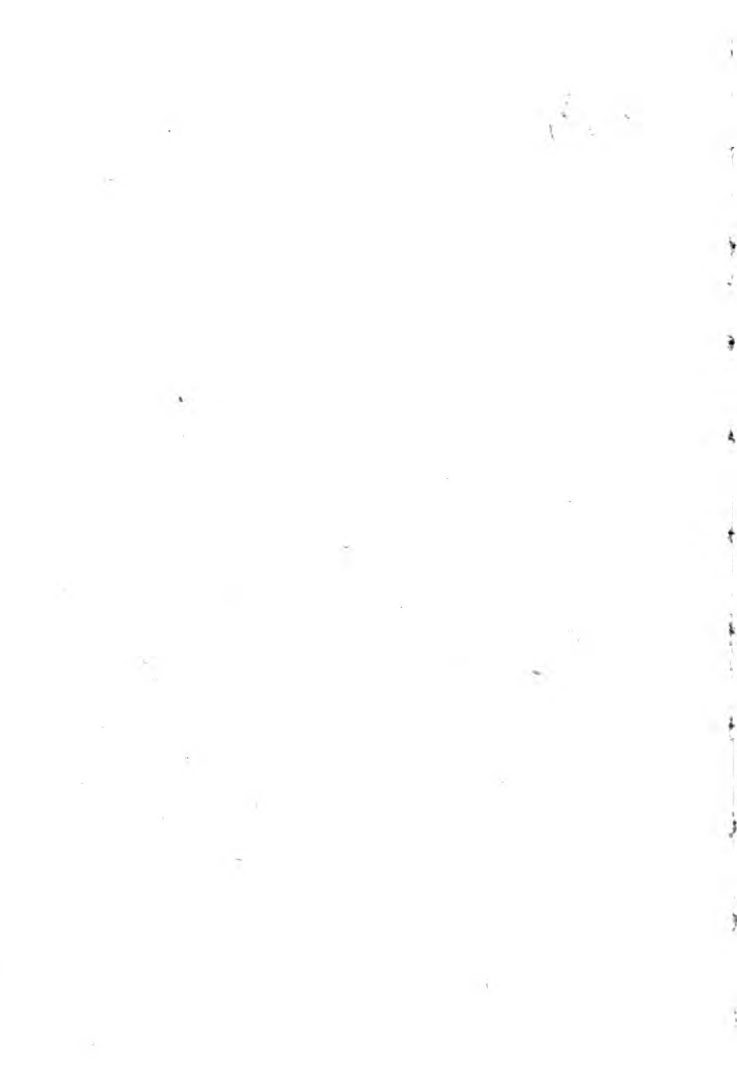
Alguna vez encuentro junto a la tumba a Ana Blagovo. Nos saludamos. Unas veces permanecemos silenciosos, otras hablamos de mi pobre hermana, de la huerfanita, de las tristezas de la vida. Después salimos juntos del cementerio, caminando de nuevo en silencio. Ella marcha despacio para permanecer más tiempo a mi lado. La pequeñita, feliz, alegre, guiñando los ojos bajo los rayos del sol abrasador, ríe, tiende sus diminutas manos a Ana Blagovo; cada dos pasos nos detenemos un instante para acariciar a la pequeña.

Cuando entramos en la ciudad, Ana Blagovo, turbada, llena de emoción, los ojos enrojecidos, me estrecha la mano y se separa de mí. Ella continúa su camino sola, grave, severa, triste. Y ningún transeunte, viéndola tan severa y reservada, creería que momentos antes marchaba a mi lado y acariciaba conmigo a la gentil niñita.

FIN

INDICE

	<u>Págs.</u>
I.....	9
II.....	22
III.....	34
IV.....	44
V.....	50
VI.....	58
VII.....	67
VIII.....	83
IX.....	89
X.....	100
XI.....	108
XII.....	113
XIII.....	120
XIV.....	129
XV.....	132
XVI.....	136
XVII.....	145
XVIII.....	150
XIX.....	156
XX.....	170



1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80
81
82
83
84
85
86
87
88
89
90
91
92
93
94
95
96
97
98
99
100



UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA



3 0112 068380978